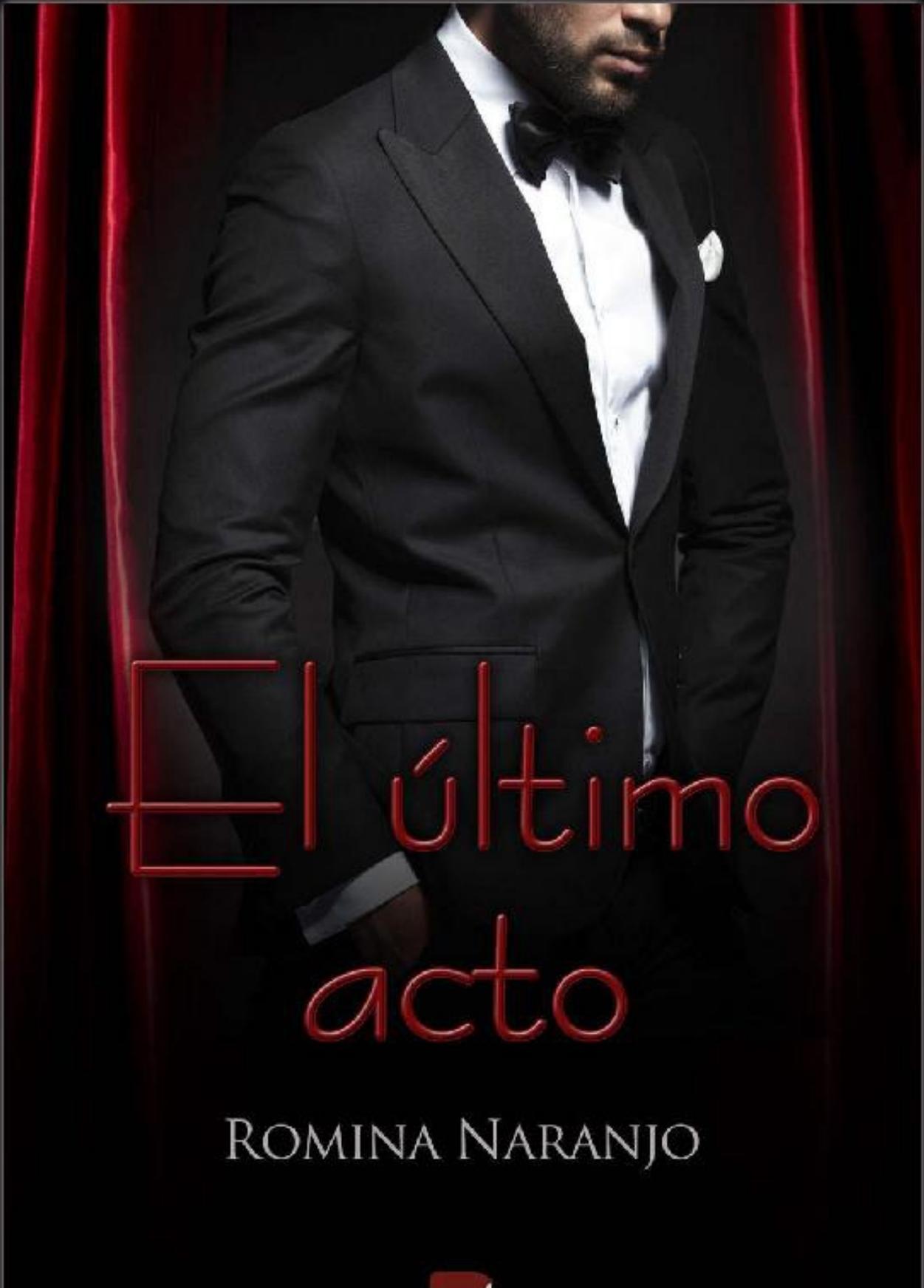


Selección RNR



El último
acto

ROMINA NARANJO



Romance actual

EL ÚLTIMO ACTO

Romina Naranjo



1.ª edición: julio, 2016

© 2016 by Romina Naranjo

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-509-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*"La vida es una obra de teatro que no permite ensayos...
por eso, canta, ríe, baila, llora y vive intensamente
cada momento de tu vida...
antes que el telón baje y la obra termine sin aplausos."*

Charles Chaplin

Portadilla	
Créditos	
Dedicatoria	
Prólogo	
Acto I. Inicio	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
Acto II. Conflicto	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	
31	
32	
33	
34	
35	
36	
37	
38	
39	
40	
41	
42	
43	
44	
45	
46	
47	
Último Acto. Desenlace	
48	
49	
50	

51

52

53

54

55

56

Epílogo

Agradecimientos

Prólogo

El sudor le escurría por las sienes, como un pequeño río, fluyendo hasta la abertura de la camisa de atrezo que se le pegaba a las formas como una segunda piel. En su mente resonaba el sonido único y acompasado de su respiración, la cabeza agachada, los brazos abiertos en cruz y con las manos extendidas, mostrando las palmas en la simbólica postura de rendición máxima y entrega plena.

La madera crujía a medida que los asistentes se ponían en pie, creando una sinfonía única, rítmica, ordenada. Fila a fila, palco a palco, sucumbiendo al éxtasis más profundo que podía albergar el ser humano ante el arte en su mayor expresión. El foco central iluminó las tablas, cayendo sobre su cabeza como una aureola divina, bañando con su luz sus rasgos inmóviles. Las pequeñas motas de polvo, danzando a su alrededor, confiriéndole el don de lo etéreo.

Palabras de júbilo, bravos y alabanzas en un coro casi celestial, y entonces, por encima aún de todo eso, el clamor. Los aplausos cual cascada indomable, potentes, como un torrente reverencial dirigidos todos ellos a la figura de una sola persona, de carne, de hueso, convertida en puro fulgor cuando las cortinas de terciopelo se abrían. Pasaba algo inexplicable, un suceso mágico y maravilloso que hacía que aquellas personas prorrumpieran en una ovación tal que se sintieron temblar las columnas, las lágrimas de la lámpara de araña titilaron, y los flecos que decoraban el proscenio ondularon.

Desde Venecia, pasando por Francia, Londres, Barcelona y Madrid, fuere donde fuere, aquel era el culmen a sus esfuerzos, a su entrega, a la dedicación de años de sufrimiento y penurias hasta alcanzar la cima de toda gloria, hasta emocionar a desconocidos que olvidaban sus propias identidades en detrimento de cada gloriosa palabra pronunciada durante la actuación.

El teatro, esa amante perversa, egoísta y egocéntrica, que te colmaba, exigiendo que a cambio le debieras tu ser. Te bebía hasta el alma, te cambiaba, te encumbraba, se convertía en tu única razón de existir, y te lo quitaba todo.

Allí, hierático como una estatua de mármol, con los aplausos resonando en su cabeza, el sudor perlado su rostro, los músculos doloridos de esfuerzo... sin más que soledad para él. Agonía existencial, una nada opacando el todo que debía sentir, que sintió una vez. El desencanto, el tedio, la pérdida de la pasión hacían que tras acabar cada función, no quedara de su alma más que un jirón marchito. Apretó los puños, bajó los brazos, y el telón cayó, sumiéndolo en la más negra de las oscuridades, en un silencio sepulcral donde no había nada, solo vacío.

Acto I

Inicio

Conté las costuras del respaldo de escay del asiento de mi jefe mientras él me releía el listado de condiciones que había interpuesto la familia del próximo cliente antes de acceder a que nuestro Gabinete de Análisis Psicológico se encargara de su caso. Tenía las manos entrelazadas sobre mi regazo, asintiendo de cuando en cuando con la cabeza mientras le daba vueltas a algunos de aquellos puntos que ya se me habían quedado grabados de memoria:

—No divulgar ningún tipo de información.

—Confidencialidad extrema tanto en el tratamiento como en los resultados.

—Máxima discreción antes, durante y después de las sesiones.

—Firma de acuerdo de silencio bajo pena económica en caso de hacer pública alguna de las cláusulas del presente contrato.

—Destrucción de toda copia existente de las notas que se hubieran tomado durante las sesiones.

—Prohibición expresa de grabación de vídeo o audio durante las sesiones.

El etcétera parecía no tener fin.

Todo eso era parte del proceso común. ¿Qué clase de estudio personal era puesto sobre la mesa para que cualquier persona pudiera verlo? El silencio profesional era un juramento hipocrático para nosotros y bajo ningún concepto nos arriesgábamos a romperlo, en ninguna circunstancia, por extraordinaria que esta fuera. Como era el caso.

—Leire, ¿me estás escuchando? —graznó mi interlocutor, interrumpiendo su diatriba y sacándome de mis pensamientos.

—Por supuesto. Estoy al corriente de todos los puntos. No será ningún problema.

Mi jefe, un cincuentón entrado en carnes, con el pelo ralo y blancuzco, dejó el documento sobre la mesa y me miró a través de las finas gafas que llevaba puestas. Yo sabía lo que estaba viendo, a una chica prácticamente recién salida del cascarón y a la que nunca habría dado aquella oportunidad de no haber sido porque era la única profesional que en ese momento contaba con los medios y las facilidades necesarias para cumplir con todos los requisitos que nos pedían.

Dicho de otro modo, era la única sin cargas familiares que podría aceptar sin problema cualquier excentricidad.

Con casi veintiocho años, ni estaba casada ni tenía hijos, por lo que no había nada que me apartara de la lucrativa senda del trabajo. Además, era consciente de que, por varios que fueran ya los años que llevaba en el gabinete, siempre me considerarían como la nueva, la última en haber llegado a su protegido nido de gallinas cluecas y gallos correosos.

Me esforzaría el triple que cualquier otra persona, porque tenía que demostrar que me merecía aquel giro del destino que me había puesto ante la oportunidad de mi carrera, de mi vida.

Ese iba a ser el paciente que recordaría durante todos los años que me quedaban por ejercer, el que pondría como ejemplo, el que crearía el molde de la profesional en la que me iba a convertir. Un paso en falso, un resultado negativo, y ya podía despedirme de ser considerada digna de ascender dentro de aquel equipo. Para siempre.

Sin presiones.

—¿Estás segura de que podrás enfrentarte a esto?

Respiré hondo y asentí con la cabeza, mostrándome segura de mí misma. Era capacitada y experta en varios trastornos del psique humano, había leído todos los libros y revistas sobre el tema, estudiado un máster. Me había formado. Estaba preparada.

Aunque era cierto que se trataba de una situación bastante diferente a las que solía tratar en mi pequeño despacho diariamente. Había estudiado en una universidad pública fuera de mi localidad, atendiendo a un grito de rebeldía adolescente que me pedía la independencia y la lejanía del lecho familiar. Había cosechado buenas notas, y tras eso y algunos tumbos donde había hecho casi de todo, por fin habían llegado las ansiadas prácticas en un gabinete de verdad. Y allí me había quedado.

Estaba convencida de que el reto sería mayúsculo, algo que me había quitado el resuello durante todo el tiempo previo a recibir la oferta, sopesarla y, finalmente, aceptarla. Había tratado diferentes trastornos relacionados con la personalidad, pero nunca en un paciente con las características personales y peculiares que tendría aquel. Y desde luego, no con las implicaciones emocionales, profesionales y hasta de desplazamiento que ello conllevaría para mí.

Además de las económicas, que siempre eran un incentivo.

Carraspeé y miré atentamente a mi jefe cuando volvió a hablarme.

—Es una persona muy especial, Leire... —tanteó, poniendo palabra a mis pensamientos—. Por expresarlo con algún término, nada de lo que hayas visto o estudiado puede compararse ni prepararte para lo que te vas a encontrar. No tendrás ninguna referencia a la que agarrarte, ¿comprendes?

—Lo sé —dije, bastante orgullosa de mi recientemente adoptado aplomo—, pero todos los pacientes son, en cuanto a trato por mi parte, iguales. No hago ningún tipo de distinciones. De ninguna clase.

—Su familia nos ha pedido que busquemos a la persona más capacitada; yo pensé en ti inmediatamente, llevas trabajando para nosotros algo más de dos años, y creo que podrías serle útil. Aparte de tus conocimientos adquiridos, tu apariencia no resultar amenazante, por lo que no tendría por qué reaccionar de forma agresiva.

Aquello me paralizó un poco, ¿mi apariencia amenazante? Era castaña, con los ojos pardos. Apenas llegaba al metro sesenta y cinco, pesaba unos sesenta kilos, ¿se refería a que yo no representaba una figura atemorizante? ¿Que no imponía?

—¿Está trastornado? —inquirí, repentinamente asustada—. En los informes preliminares no consta...

La mueca que me dedicó dejó bastante claro que el uso de aquel término había sido un lapsus por mi parte que no podía permitirme volver a utilizar. Cogí aire. Estaba bien, todo estaba en orden.

—No lo está. Padece una depresión del tipo B. Ha perdido todo entusiasmo por las cosas que antes significaban algo para él, se ha entregado a algunos malos hábitos, se pasa el tiempo encerrado y no presenta deseo alguno de atenderse a sí mismo o a sus necesidades.

—¿Ha intentado atentar contra su vida?

—No directamente. —Y aquello no es que aclarara mucho—. Pero desde luego va por una senda que solo puede tener dos finales.

—Y se espera de mí que lo guíe al camino de la vuelta al mundo civilizado —ironicé.

—Debes trasladarte con él y tratar de ayudarlo a salir adelante. Está tomándose un tiempo sabático, pero en lugar de mejorar, ha ido a peor. Según su familia, solo la ayuda profesional podrá devolverlo a flote, pero no de la manera convencional. —Me miró por encima de sus gafas redondas, con una elocuencia que ya había visto antes—. Es vital para este gabinete que lo consigas, Leire, y no hablo solo de la publicidad, sino también del prestigio que va con ella. Tienes que lograr que sea el que fue, y que deje claro que ha sido gracias a nosotros.

Salí del despacho de mi jefe confundida. Había tenido que firmar tantos documentos que me amenazaban con quedarse hasta mis gomas del pelo si abría la boca, que no dejaba de parecerme curioso que me animaran a lograr buenos resultados más por lo que el nombre de aquel paciente podía significar que por cumplir con efectividad nuestro trabajo.

Jamás había tenido un caso parecido, donde más que guiarme por las pautas de la lógica, la razón y los conocimientos, tendría que ir a tientas y casi día por día según lo que pudiera necesitar aquel paciente tan particular.

Un hombre del mundo del espectáculo. Un famoso. Alguien que llenaba portadas de revista y levantaba al público de los asientos.

Un hombre con un don.

Pero enfermo, a fin de cuentas. En esos momentos, solo era un hombre como otro cualquiera, un ser humano que necesitaba ayuda y atención. Era increíble el poder

que podía llegar a tener la mente, que atacaba a diestro y siniestro sin pararse a hacer concesiones ni tener piedad o compasión con personas que podía entenderse que lo tenían todo. Los privilegiados también sufrían, no cabía duda.

Repentinamente emocionada con poder formar parte de la historia al haber devuelto a un talentoso artista a su cauce, decidí que ya bastaba de miedos, era momento de ponerse manos a la obra. Entré a mi piso y recogí lo imprescindible para tres semanas, treinta días a lo sumo, que era lo que tenía como toma de contacto y para saber a qué atenerme. De tener que aumentar mi estadía con el paciente, enviaría a una de las asistentes en prácticas del gabinete a por el resto de cosas que fuera a necesitar. Me duché y me puse el pijama, pero ni siquiera intenté meterme en la cama o dormir. Me dediqué a revisar notas y llevarme algunos libros con capítulos destacados que pudieran servirme, además de revisar toda la información con la que contaba sobre la persona en cuestión.

Aunque se trataba de algo absolutamente confidencial, y yo tenía mi propio método como punto de partida, siempre me venía bien hacerme una base genérica, de ese modo sabría cuán dispuesto estaría él a colaborar.

Me dio la madrugada sin poder despegar la vista de los papeles, con la pantalla del ordenador encendida y mil pestañas de buscadores, trabajando a toda velocidad. Para cuando despuntó el sol, ya sabía todo lo que cualquier persona con capacidad de búsqueda podría encontrar en las redes y páginas de Internet.

A partir de aquel momento, sería solo tarea mía bucear en busca de la verdad que se escondía bajo el actor.

Al día siguiente, un chofer nos esperaba en la puerta a mi corrector de ojeras y a mí.

Me puse un traje chaqueta color gris claro con una camisa negra debajo, suponía que una primera impresión formal pero no excesivamente rígida causaría buena impresión, así que dejé la chaqueta abierta y me recogí el pelo a medias con una pinza.

Por lo que tenía entendido, me conducirían a una cabaña en las montañas, una especie de retiro espiritual (o compra inmobiliaria para huir del mundanal ruido y desgravar hacienda) donde residía mi actual paciente. Hice memoria, decidiendo que releería el informe que llevaba bajo el brazo para hacerme con una idea más clara del perímetro y potenciales riesgos y puntos fuertes de la zona donde estaríamos.

—Buenos días —me dijo un hombre que, al parecer, viajaría en el coche conmigo.

—Hola —respondí simplemente. Nervios traidores... Evidentemente, su cara me sonaba de mi enfermiza búsqueda de la noche anterior.

—Gracias por haberte comprometido. Espero que no te moleste que te tutee, dadas las circunstancias. Estamos desesperados, no se nos ocurre a quién recurrir.

—Trataré de hacer mi trabajo lo mejor que pueda. Gracias a ustedes por su confianza. —Me abroché el cinturón e intenté transmitirle parte de la confianza con la que había salido de casa y que, aparentemente, había perdido.

—Mi hermano no es un mal hombre, pero está bastante perdido —me fue diciendo cuando nos pusimos en marcha—, puede resultar irritante o incluso antipático, pero no lo es cuando se lo conoce. Solo te ruego que tengas paciencia, la necesitarás. —El hombre suspiró—. Tiene un rico mundo interior, una forma de ver la vida, de entender el arte, el espectáculo... Es sencillamente impresionante, pero su brillo se ha opacado, y no sabemos cómo ayudarlo a recuperarlo. Es como si hubiera tocado techo y no supiera cómo avanzar.

Le sonreí amistosamente. Podía notar lo preocupado que estaba. Tenía esa mirada nublada por la desazón y la tristeza de ver hundirse a alguien a quien quieres, sin poder hacer nada por sacarlo a flote. Daniel, que así se llamaba, era un hombre alto y corpulento, con el pelo de un castaño claro con vetas más oscuras que empezaba a encanecerse. Diversas arrugas de expresión marcaban su rostro, acrecentadas ahora por la tensión. Se lo veía saludable, con algunos kilos de más, bien vestido y educado. Me dio una buena impresión.

Según mis pesquisas, actuaba como una especie de *manager* o agente personal de su hermano. Lo acompañaba en las giras, tramitaba sus contratos y todo lo tedioso que no tenía que ver con brillar y hacer arte.

Nos adentramos en un hermoso paisaje de árboles y flores silvestres; a lo lejos, pude divisar una bonita casa hecha de piedra maciza, cerrada a cal y canto, con un coqueto jardín, sorprendentemente bien cuidado, y un lago a solo unos metros.

A un lado, se abría el bosque, y al otro, la carretera zigzagueante por la que nosotros nos desplazábamos en ese momento. Por hacer un cálculo aproximado, deduje que se necesitaría un coche y al menos veinticinco minutos de trayecto para encontrar el primer lugar donde pudiera venderse una docena de huevos frescos. Aquello me sirvió de apunte, mi paciente quería evitar a toda costa el tener que tropezarse con alguien.

Había buscado una soledad plena. Nota mental para mí.

—¿En qué consistirá exactamente su tratamiento? —me preguntó Daniel, tensándose a medida que nos acercábamos.

Carraspeé, tratando de sonar profesional y evitar por todos los medios decir cosas como «iré improvisando sobre la marcha según sus arranques de ira».

—Intentaré que exteriorice qué ha originado su reclusión, que me hable de él y que se sienta a gusto. Trataré de alejarlo de todo lo que le hace daño, una vez sepa lo que es. Puede parecer absurdo, pero lo más importante y, a la vez, difícil es conseguir que persona con este tipo de problemas lo verbalicen.

Daniel me miró extrañado, era obvio que yo sabía quién era su hermano, su nombre, sus datos y profesión, pero como profesional, y para ganarme su confianza, debía hacerle creer que no veía en él nada más que lo que físicamente era: un hombre con problemas. Por supuesto, cabía la total posibilidad de que mi ingenuidad fuera mal recibida, pero no podía acercarme haciendo aspavientos debido a su *yo-profesional*, o inmediatamente se cerraría en banda.

Me despedí del chofer, quien no había formulado una sola palabra, y de Daniel, cogí mis cosas y comencé a pasear por el caminito que separaba la carretera principal de la casa que sería mi hogar durante algún tiempo. La hiedra cubría parte de la piedra de la fachada principal, y se oía el murmullo del río. Los pájaros cantaban a lo lejos, y el fresco aire removía las hojas de los árboles. El lugar era puramente bucólico, sacado de alguna novela donde un adorable pueblecito como ese sería el escenario principal.

Por lo que me habían informado, él ya sabía de mi existencia, y, a regañadientes, había aceptado que me acercase hasta su retiro en las montañas. Al parecer, su madre se lo había suplicado, desesperada ante su estado anímico. Podía deducir que había cedido por temor a que su propia madre se instalara con él, o quizá un séquito de médicos invadiéndolo cual batallón.

Dejé las maletas en el porche de la entrada y toqué con los nudillos. No recibí respuesta, tal como me temía, así que giré el picaporte y, para mi sorpresa, la puerta se abrió. Me encogí de hombros, suponía que al no esperar visitas, uno no tendría por qué tener la precaución de cerrar con llave.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Miré de un lado a otro tras cruzar el umbral. Todo permanecía en penumbra. Las persianas estaban bajadas, y las ventanas, cerradas. El ambiente estaba cargado y había un fuerte olor a humo de cigarrillo. Y a alcohol.

Entre lo poco que se veía en medio de la oscuridad, destacaban botellas vacías. En cantidades ingentes y alarmantes.

Caminé por el salón, notando que la casa era grande, espaciosa, con sofás, televisor, reproductor de música..., aunque todo tenía un aspecto de desuso y abandono.

Una librería estaba cubierta a medias por una sábana y había una rinconera con cajas de cartón embaladas encima. Parecía que mi futuro proyecto no dedicaba especial tiempo a las labores hogareñas. Al dar unos pasos más, me percaté de que no estaba sola en aquella habitación, había alguien tumbado en el sofá, despierto y en silencio. Inmóvil.

Encendí una lamparilla, con lo que la penumbra se disipó levemente en ese momento. Las motas de polvo bailotearon sobre el haz de luz. Cuando mis ojos se acostumbraron a la repentina claridad, pude observar con mayor nitidez al hombre que tenía frente a mí.

Lucía un cabello castaño cobrizo y largo hasta los hombros, suelto y echado despreocupadamente sobre su pálido rostro. Vestía pantalones vaqueros desgastados y un jersey grisáceo con las mangas remangadas. Tenía bien marcados tanto la mandíbula como los huesos de las clavículas, y parecía más delgado de lo que correspondía a su edad y altura. Se lo veía medio recogido en el sofá, como si no fuera del todo ajustable a su tamaño. Parecía un niño buscando la posición fetal, queriendo protegerse de algo, bien de la inusitada claridad, o bien de mí, la intrusa que no había sido invitada.

Cuando encendí la luz, giró la cara hacia mí con un gesto de incomodidad, sus ojos oscuros estaban señalados por unas grandes y marcadas ojeras. Se llevó la mano derecha a los labios, dando una profunda calada a su cigarrillo medio consumido. Sin decir palabra alguna. Sin dedicar más de un segundo a mirarme por segunda vez. Sin el menor interés.

Bien, me dije, era un comienzo como otro cualquiera.

—Hola —repetí, cohibida ante su penetrante y abrupta mirada, aunque esta estuviera dirigida al techo y no a mí—. Soy...

—Sé quién eres —me interrumpió con voz grave, enronquecida por el poco uso, dándose tiempo para continuar—. Leire Fernández, la aprendiz de loquera que me han enviado para darme golpecitos en la espalda. Te imaginaba más vieja.

Ignoré el comentario como si hubiera pasado a través de mí.

—Bueno, lamento desilusionarte. ¿Tú eres...?

Levantó la cabeza, mirándome con una ceja arqueada, quizás incrédulo ante tan estúpida pregunta. Yo me limité a esperar en silencio su respuesta. Ver el cariz de ego herido que reflejó, quizá sin querer, su expresión me dio a entender que no estaba todo perdido. Oh, claro que se había sentido ofendido, no me cabía la menor duda. Y mi sencilla cuestión había tocado exactamente la tecla que yo esperaba.

Por supuesto que sabía quién era él, y claro que su imagen, aunque desaliñada y emborronada con respecto a la original, me había impactado, pero no era eso lo que podía mostrar.

—Darren Matthews... o Smith, si lo prefieres —contestó, esperando algún tipo de reacción específica de mi parte, cosa que no llegó. La ceniza del cigarro le cayó sobre el jersey y ni siquiera se molestó en apartarla.

—Encantada, Darren. Estoy aquí porque...

—Ya sé por qué estás aquí. Te he dicho que sé quién eres y para qué vienes. Me han informado de todo. Has cumplido. Ahora lárgate. No pierdas el tiempo.

Resoplé por su actitud, él se limitaba a mirar al techo, fumando un cigarro tras otro, no gastando energía ni siquiera en atenderme cuando le hablaba. Eché un ojo al cenicero de latón atestado de colillas y me obligué a respirar hondo. No podía perder la paciencia en los primeros diez minutos.

Había llegado el momento de ir improvisando sobre la marcha.

—Oye, perdona. —Chasqué los dedos en su dirección para que me atendiera—. Es a ti, gracias —dije cuando por fin logré que me mirara—. ¿Te importaría dejar de interrumpirme cuando hablo? Estoy intentando presentarme con educación.

Como única respuesta se incorporó, quedándose sentado y apartándose el pelo de la cara con gesto cansado. Se le hundieron los hombros y bajó el cuello. No se sentó erguido, en pose de superioridad, porque no se sentía en absoluto superior, pese a su pequeño reflujo de ego anterior. Otra nota para mí.

—Como iba diciendo, estoy aquí por petición de tu familia, esperando que podamos hablar y así me cuentes qué te pasa y por qué has hecho de acabar contigo y tu carrera tu principal obligación —simplifiqué.

—¿Acaso te importa eso? —preguntó abruptamente.

—Es mi trabajo; mientras tú seas mi paciente, me importará todo lo que a ti te importe.

—¿Y qué pasa si me niego a colaborar? No hablo con desconocidos.

—Bueno, en ese caso me sentaré en este sofá y te miraré sin parpadear, en algún momento tendrás que hablar, tengo una paciencia increíble —le sonreí, echándome el pelo hacia atrás.

Darren se levantó y caminó hacia la cocina lentamente. Estaba bastante delgado y resultaba evidente que no le hacía mucha gracia el tenerme allí, aunque tampoco había que ser un físico teórico para haber llegado a esa conclusión. Me fijé en que el sofá estaba hundido más o menos en la misma posición en que había estado él antes. Tendríamos que intentar cambiar un poco ese repentino romance entre él y la vida sedentaria.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté, aguijoneando.

—¿Perdona, qué? —Me miró nuevamente, impresionado, girándose a medio camino de la cocina. Levantó una ceja.

—He dicho que a qué te dedicas.

Se le marcaron todos los huesos de la mandíbula cuando la apretó. No sé si contestó con ironía, pero el caso es que habló despacio, como si yo fuera tan tonta que no podría entenderle de usar frases largas y complejas.

—Trabajo en el teatro. Primer actor, siempre primer actor. —Otra vez ese gesto con las cejas, ese tono de evidencia.

—Debe ser muy interesante. Ya hablaremos de ello en otro momento, no es algo que sea primordial ahora mismo.

Mi gesto de desdén dio en el clavo. Se tambaleó un poco, irguiéndose con dificultad. «Demasiadas horas sentado», pensé.

—¿Intentas burlarte de mí?

Sí. Ese era el espíritu. Incluso en momentos realmente malos, la psique humana te recordaba los valores y destacamientos que podías tener por encima de otras personas. Y no cabía duda alguna, para nadie que entendiera, de que Darren Smith, Matthews si se usaba su apellido artístico, era destacado en múltiples formas. Me permití un segundo de admiración, pues tenía ante mí al actor de teatro más joven y prometedor que había dado la crítica en el último medio siglo.

Había interpretado a Otelo en la obra homónima de Verdi; a Ulises, en una representación teatral de la Odisea que había conmocionado al mundo y logrado arrancar de las garras del cine a los adeptos al séptimo arte, sentándolos en las butacas y humedeciendo sus ojos de pura emoción. Su última obra actual, en la que había brillado en el papel de Darcy, de Jane Austen, le había valido el premio de la crítica por segundo año consecutivo. Era simplemente una estrella, recientemente eclipsada por sí mismo y sus temores ocultos.

Intenté recobrar la frialdad para volver a hablar con él, apartando mis pensamientos a un lado, como había sido mi plan inicial. Lo miré a los ojos, viendo en ellos la fuerza con la que no mucho tiempo atrás había pisado las tablas de algunos de los escenarios más importantes del mundo.

—No, Darren, solamente quiero saber cosas de ti, pero no quiero agobiarte, así que cuéntamelas cuando estés preparado. Todo se hará a tu ritmo, para tu comodidad.

—Muy amable, ¿vas a darme pastillas y ese tipo de cosas? —preguntó brusco—, ¿drogarme para que no moleste? Personalmente, prefiero el alcohol.

—No, yo no soy psiquiatra, además, bastantes vicios tienes y a tú solito, ¿no? Como para encima darte más...

—Es mi vida, y tú... no te atrevas a intentar decirme lo que debo hacer.

—Pues no, pero te agradecería que fueras un poco menos...

Sin dejarme terminar, se dio la vuelta y se encerró en su dormitorio, dejándome con la palabra en la boca. Bien, el célebre Darren Matthews, que había hecho suspirar a cientos de personas con sus monólogos de amor en el teatro, no era caballeroso ni siquiera en la medida mínima.

Pero, a mi pesar, debía admitir que aquel *abandono* de la escena bien habría valido una salva de aplausos. O así habría sido de habernos encontrado en el teatro.

—Menudo genio... es una pena que no te vaya a servir de nada conmigo.

La lucha no había hecho más que comenzar, yo estaba dispuesta a salvarlo de sí mismo; su renuencia, simplemente, había hecho de aquel asunto algo personal. No iba a tirar la toalla y darme la vuelta con el rabo entre las piernas por complicado que quisiera ponerse conmigo. Lo sacaría del pozo aunque tuviese que tirarme de cabeza con él. A cabezonería, pocas personas podían medirse conmigo.

La noche me sorprendió cuando aún no había terminado de acomodar todas mis cosas en la que sería mi habitación. Solo quitarle el polvo y hacerla medianamente habitable me había llevado toda la tarde.

Era una estancia amplia, con una gran cama, un armario, una cómoda con su espejo, mesillas de noche e incluso su propio baño, cuyo mecanismo de llaves de agua y luces me había costado entender hasta que había empezado a anochecer.

Tras unos minutos más de establecer orden, me cambié y me tumbé en la cama, completamente rendida. El sueño no tardó en vencerme, aunque fue intranquilo, con pesadillas que incluían a Darren, el alcohol y lo más profundo del lago situado junto a la casa.

Volví a despertar cuando habían transcurrido unas cuantas horas, casi a las cuatro de la madrugada. Me puse la bata y me dirigí a la cocina a por un poco de agua. Cuando hube saciado mi sed, descubrí que sobre la mesa se hallaba una botella de vino abierta y gastada hasta la mitad. Giré la vista hacia el salón y entonces lo vi.

Darren estaba sentado en el sofá, frente a la ventana, con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra, intercalando ambos vicios cada escasos minutos. Con lentitud, me acerqué a él con la misma suavidad que utilizaría para interactuar con una manada de ciervos a los que quisiera alimentar de mi mano. Cautelosa, me aclaré la garganta para hacerme notar sin asustarlo.

—Así que por eso son las ojeras...

Levantó la vista para mirarme, luego, volvió a bajar sus ojos hasta la ventana.

—¿Cuántos días hace que no duermes? —le pregunté con tono preocupado.

—Ya he dejado de contarle en días o noches —declaró con voz apagada.

—Entonces, ¿cómo lo cuentas?

—En semanas. O quincenas cuando se da el caso.

Suspiré, sentándome a su lado.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Un té? ¿Una infusión? No creo que el vino sirva para hacer que alguien concilie el sueño, si me permites mi opinión.

—¿Ahora te doy lástima? —inquirió con su ya habitual tono sublevado.

—No, solo trato de ser amable, ¿sabes lo que significa esa palabra? Ser amable es cuando tratas bien al resto de la gente, deberías practicarlo.

—No necesito que seas amable conmigo —dijo, levantándose para irse.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunté sin subir el tono de voz de más, solo lo bastante para que quedara claro que no podía retirarse porque la conversación no había terminado—. He preguntado que cuál es tu problema

—No me gusta que se entrometan en mi vida.

—Bueno, pues yo no puedo ignorar a alguien que necesita ayuda.

—Pues yo no quiero tu ayuda. No te la he pedido.

—¿Ah sí? ¿Pues sabes qué? Te aguantas, estoy aquí para ayudarte y eso es lo que voy a hacer, puedes colaborar y hacerlo más fácil o no, es tu decisión.

De enumerar todas las faltas de profesionalidad que había cometido en aquella pequeña conversación, probablemente, me habría dado cabezazos contra la pared más cercana.

Él, por su parte, no me dio ninguna respuesta, simplemente se giró para volver a su habitación. Yo estaba fuera de mí, frustrada como pocas veces me había sentido. Y aunque me dije que era pronto para conseguir algo, no pude evitarlo. Fui hacia la cocina, cogí la botella de vino entre mis manos y la vacié completa por el desagüe. Ante el ruido del líquido, Darren se giró. Me miró como si me hubiera salido un tercer ojo.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿Tienes idea de cuánto ha costado?

—No. Y tampoco me importa. Supongo que la ha pagado Darcy —ironicé en un susurro, solo para mí misma.

—¿Quién te has creído que eres? —ahora su tono era más ronco; su mirada, el doble de colérica, y parecía el triple de grande cuando dio un paso, mirando alternativamente a la botella goteante y a mí.

—Tú sabes quién soy, me interrumpiste esta mañana cuando quise explicártelo, ¿piensas que no sé cuál es tu plan? Pretendes agotarme la paciencia para que me marche por donde he venido, pero no vas a conseguirlo. No voy a rendirme. Si tú tienes mal humor, yo puedo ser peor, te lo aseguro.

No dijo nada, ni yo tampoco. Solo hacía algunas horas que nos conocíamos, pero nuestros caracteres ya estaban chocando, era obvio que no nos llevábamos bien. Retirada técnica. Nos fuimos cada uno a nuestra habitación, pero no pudimos dormir. Él, por sentirse intimidado en su propia casa, y yo, porque en el primer día ya había roto innumerables normas básicas. No podía hacer enfadar a un paciente que padeciera conducta colérica, ¿en qué estaba pensando?

A la mañana siguiente me desperté pronto, abrí las persianas, conecté el aire acondicionado y ordené los cojines del sofá. Terapia personal para aplacar repentinas inseguridades. Por lo menos, volvía al manual.

—¿También haces tareas domésticas? —me preguntó Darren nada más salir de su habitación.

—No, pero vivir con un ogro hace que te aburras.

«Mierda», ¿pero qué coño me pasaba?

—Prefiero las persianas bajadas.

—Me importa. La luz es necesaria, estás muy pálido, ¿cuánto hace que no sales? Tienes un jardín precioso, está completamente florecido.

—Prefiero estar aquí —repitió, sentándose en el sofá.

Respiré hondo, preparada para volver a desenfundar si era necesario, me senté en la mesa que estaba frente a su sofá, mirándolo.

—¿Cuál es el problema? Puedes confiar en mí, quedará todo entre nosotros, incluso si fueras un ex presidiario, estaría obligada por tu horda de abogados a no decir una sílaba.

—Casi lo fui. Estuve a punto de entrar en la cárcel por... conducta agresiva. Relativamente. No escucharon mi versión.

—¡Caramba! Eres una joya, amigo, todo encanto y saber estar. El amor de Desdémona.

En ese momento, ocurrió algo casi milagroso teniendo en cuenta su estado, Darren sonrió. Quizá fuera en recuerdo a su Otelo, pero no importaba. El logro había llegado mucho antes de lo que esperaba, efímero, pero real. Y no parecía haberse percatado del todo de que yo conocía aquella referencia. Me había salido bien.

—¿Sabes qué creo? Debemos comer algo, son casi las dos de la tarde, no sé tú, pero yo con el estómago vacío no soy persona.

—No tengo hambre.

—No sé a qué colegio habrás ido, pero en el mío enseñan que la nicotina no tiene los nutrientes necesarios para formar parte de una alimentación equilibrada.

—¿Siempre hablas tanto y tan rápido? —me preguntó Darren, incorporándose. Aquella mañana se había puesto un tejano de marca que había conocido tiempos mejores, y otro jersey de características similares a las del día anterior. Se rascó la barba.

—¿Y tú siempre te quejas tanto?

No recibí respuesta. Se echó otra vez en el sofá y se absorbió en sí mismo, perdido en aquel mundo de riqueza interior que su hermano había alabado y que yo empezaba a temer. Una especie de *Pais de las Pesadillas*, cuya puerta de entrada tendría que encontrar.

Preparé ensalada y pasta. Darren mareaba la comida con el tenedor, comía poco y casi sin ganas. Me había costado Dios y ayuda que se sentara a la mesa después del suplicio que había sido poder cocinar algo con una despensa prácticamente vacía de todo lo que no llevara alcohol.

Lo miré, dándole un poco de tregua después de haber hablado y hablado para agobiarlo y que se sentara a comer a cambio de que me callara. Oí sus dientes apretados, tenía la mandíbula tensada.

—¿Es porque sientes que no hay más que puedas conseguir profesionalmente? —pregunté nuevamente, tratando, una vez más, de lograr que me confesara qué era lo que le dolía tanto.

—¿También hablas mientras comes?

—Hablo casi durante todo el día, es entretenido, ¿sabes? Sirve para socializarte con la gente, te explico, socializarte es cuando compartes cosas con más seres humanos como tú, existen, por increíble que te parezca.

—Eres muy graciosa... —dijo irónicamente.

—Gracias —le sonreí—, me halaga que te hayas dado cuenta.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra? —preguntó exasperado.

—Contigo no es difícil, estás siempre callado. Tiendo a decir la primera, la última y todas las de en medio. Quizá verte comer me... dejaría sin palabras. Un rato.

Me gruñó algo que no me atreví a interpretar. Llenó el tenedor y dio algunos bocados a la ensalada, picoteando los macarrones con tomate, aparentemente distraído. Se los comió casi todos, aunque no se sirvió más. Después lanzó el cuenco al fregadero y se dio la vuelta como si yo fuera un adorno tallado en la silla. Recogí la cocina mientras él volvía al sofá, donde se había enclaustrado por decisión propia. Pude notar cómo me miraba. Llevaba meses solo, con lo que debía resultarle extraño convivir con otra persona.

—¿De dónde eres? —le pregunté cuando me senté a su lado.

—Soy americano, a medias, ¿no lo sabías? —inquirió, poniéndome a prueba—. Vivo a caballo aquí y allí.

—¿Habría preguntado si lo supiera? Yo soy española, terminé la carrera y me ofrecieron un trabajo estupendo en un gabinete neuro-psicológico, tratante de temas de trastornos y desequilibrios emocionales, con sede americana, por eso decidí saltar el charco. Decir que no, no era plausible.

—¿Echas de menos España cuando estás fuera? —preguntó.

—Sí, cada vez que puedo me doy una escapadita. Te diré algo, no hay nada como la comida española, puedo garantizártelo. Y tú puedes comparar.

—Para estar pensando siempre en comer, tienes buen cuerpo.

—Vaya, gracias —noté como se me teñía la cara del mismo color que la salsa de la pasta que nos habíamos comido.

—Quiero decir —se apresuró a excusarse—, que estás siempre con eso de la comida, pero luego, estás... no es que seas... obesa, ¿sabes?

—Tranquilo, lo he entendido.

—Voy a darme una ducha.

—No olvides afeitarte. —Se giró con las cejas arqueadas—. La barba te hace más viejo y te da aspecto desaliñado, además, es más saludable para la piel tenerla hidratada y cuidada, según un estudio...

—¡Vale, me afeitaré si prometes dejar esos rollos!

—Te doy mi palabra.

Con un resoplido de frustración, Darren se dirigió al baño mientras yo sonreía. Parecía que, poco a poco, el témpano de hielo se iba derritiendo. Cerró con excesiva fuerza, y puse los ojos en blanco. «Oh, sí, gruñón y poco dado a la conversación estrella del teatro, puedes hacer todo el rudo todo lo que quieras».

Con un resoplido, terminé de recoger y me dejé caer en una silla, cerrando los ojos un momento, cuando empecé a oír caer el agua de la ducha.

Vale. Habían sido muchas salidas del tiesto. De hecho, casi cada vez que le hablaba, me saltaba unas dos (mil) normas básicas del trato con pacientes propensos a la ira y con una depresión del nivel de Darren.

Decir que no podía evitarlo no sería profesional. Yo no estaba siendo profesional.

—Pero los logros van llegando poco a poco —me dije—. Y aunque me ponga en duda a mí misma, eso es más importante que un puñado de instrucciones.

Darren no era un aparato eléctrico, así que podía llevarme por la intuición para saber cómo manejarlo.

Si es que no terminaba manejándome él a mí.

El resto de la tarde transcurrió sin sobresaltos.

Darren aceptó mi consejo y se afeitó. Llevaba puesto un pantalón oscuro, una camiseta blanca y, encima, una camisa desabrochada, su largo pelo seguía, como siempre, suelto, tapando unos ojos de expresión perdida y sombría, ajena a este mundo, a casi un paso de la enajenación.

Se me vino a la mente que Edvard Munch podría haber pintado una nueva versión de su *Grito* basándose solo en aquella mirada agonizante.

Se encerró en su dormitorio a leer y fumar, como casi todo el tiempo, mientras yo permanecía sentada en el porche, sobre una manta, contemplando la lluvia caer sobre las hojas de los árboles, besando los pétalos de las flores y empapando con un soniquete muy relajante el camino de piedra de la entrada, bajo un cielo nublado y plomizo.

Al cabo de unos instantes, noté como la puerta de la casa se abría y unos pasos se acercaban a mí.

—¿Estás loca? ¿Qué haces bajo la lluvia?

—Estoy en el porche, hay techo, ¿ves?, la lluvia está cerca, pero no te moja. Ven, siéntate a mi lado.

Hizo caso a mi propuesta y ocupó un lado de la manta, mirando alternativamente el chaparrón y a mí con expresión dubitativa.

—En unos minutos comenzará a anochecer. Estas pequeñas cosas son las que hacen que ames la vida, son bonitas, sencillas, naturales...

—En mi vida nada está bien —dijo él, de repente.

—¿No? —pregunté haciéndome la desentendida, pretendiendo animarlo a continuar su confesión. Extendiendo suavemente la mano hacia el morro del asustadizo ciervo otra vez, con cautela.

—Últimamente... nada ha salido como... no sé, todo ha ido mal, he estado lejos mucho tiempo, he perdido a un amigo, he perdido a mi novia...

—¿Novia? No sabía que tuvieras.

—No tengo, rompimos hace bastantes meses, ya no me acuerdo ni cuántos. Ni siquiera recuerdo su cara... y el problema es que en vez de una pérdida ha pasado a ser un problema más que se suma a los otros, no algo que tenga importancia por sí solo. No la echo de menos, solo es... algo más.

—¿Por qué se acabó? —Me arrebujé en el jersey que me había puesto y dejé de contemplar la naturaleza para dedicarle atención a él.

—Por lo mismo que con las demás supongo, no teníamos los mismos intereses, nuestros trabajos no podían coincidir, no nos veíamos... no estábamos realmente enamorados...

—Confundir los sentimientos es algo muy común, igual de común que romper con una pareja, pero otras llegarán, es solo cuestión de tiempo.

—Jamás he tenido estabilidad emocional, nunca en toda mi vida. Empiezo a desesperarme, a cansarme... tal vez eso no esté hecho para mí. Mierda... ya debería haber asumido que eso no está hecho para mí. Ni siquiera quiero volver a tener la opción.

Pero sus palabras escondían justo lo contrario. Era como si deseara tanto esa estabilidad, que se apresurara para conseguirla. Los resultados a la prisa, evidentemente, no eran buenos.

Tal vez aquel era el secreto. ¿Quería sentar la cabeza? ¿Una familia? ¿Algo, alguien a lo que volver?

—Darren, piensa que eres como ese suelo de ahí afuera.

—¿Disculpa? —inquirió con tono ofendido.

—Eres como el suelo. Ahora llueve y estás empapado, embarrado, sucio..., pero mañana el sol saldrá y te secará, porque nada es para siempre, y mucho menos la tristeza.

—¿Sentirme como el suelo hará que me encuentre mejor? ¿Dónde has estudiado? Animando no tienes precio. Estás loca, espero que lo sepas.

—Careces de imaginación. —Aquel no era el peor insulto que un paciente me había lanzado, ni sería el último tampoco. Había aprendido a verlo como gajes del oficio, como una muestra de que mi terapia empezaba a hacer mella—. Algo peligroso dado a lo que te dedicas.

—Puede que la haya gastado toda en mi trabajo.

—¡Es verdad! Mencionaste que trabajabas en el teatro, ¿dijiste que eras tramoyista o... apuntador o...?

—No. Soy actor —dijo, mirándose—. Primer actor.

—¿Actor? A ver, deja que mire tu cara... ¡claro! Espera, ya te recuerdo, ese de la obra clásica... con los barcos y... la historia antigua... ¡*Moby Dick*! ¿No? —le pregunté haciendo gestos triunfantes con las manos.

—*La Odisea*. Ulises —me corrigió al borde del colapso ante la confusión. Sus ojos atemorizantes se habían vuelto ahora de un chocolate oscuro, entre la impresión y la vergüenza, seguramente por mi aparente falta de cultura.

—Estoy segura de que había una ballena..., pero también pueden ser sirenas, claro.

—Ni siquiera es parecido, joder. No tiene ni punto de comparación.

Trató de evitarlo, pero no pudo, una carcajada salió de su garganta, haciendo que se relajara el ambiente. Fue ronca y sin demasiada emoción, por la falta de la práctica, pero una vez más, era algo. Nos quedamos callados viendo como anochecía, las estrellas, apenas visibles a causa de la lluvia, comenzaban a salir. Resultaba casi romántico.

«Mierda», ¿en serio, Leire? ¿En serio? Tenía que rehacerme. Ya.

Cuando empezó a refrescar, decidimos volver dentro. Cenamos muy ligeramente y en silencio, pude notar como Darren se sentía impresionado de sí mismo, pues hacía muchísimo tiempo que guardaba sus sentimientos para él solo, no podía comprender como había sido capaz de confiar en mí tan rápidamente, hasta el punto que lo había hecho.

Me senté en el sofá y encendí el televisor, daban concursos, programas musicales, películas antiguas...

—Ese es mi sitio —me dijo cuando llegó al salón.

—No ponía tu nombre, hay más sofás.

—Me gusta ese, siempre me pongo en ese. Es mi sitio.

—Te repito, no tiene tu nombre escrito en él.

—¡Es mi casa!

El grito me hizo sentir frío en la piel. Tenía las manos crispadas y la boca tensa, pero no dejé que me afectara. Fingí, con cada célula de mi cuerpo, que me daba igual.

—Dime algo, Darr, ¿siempre resuelves las cosas como un niño pequeño?

—No me llames eso, no me gusta.

—Bueno, no te llamaré Darr si no te pones pesado conmigo, ¿trato hecho?

—Yo no me he puesto pesado, solo quiero sentarme en mi sitio, en mi sillón, ¿es tan difícil de comprender? Y no tengo por qué seguir haciendo tratos contigo solo para que consigas lo que quieres. Este es mi jodido sofá y si quiero sentarme en esa parte, lo haré.

—Sh, no me dejas oír la película.

Apretó los dientes tan fuerte que pude oírlos chirriar. Dirigió sus ojos a los demás sillones, se acercó a uno y cogió un cojín, luego vino hacia mí y lo colocó en mis rodillas.

Se quitó las zapatillas y se echó con la cabeza en mis piernas y el resto del cuerpo estirado. Vale, el jaque mate iba a ser para él en aquella ocasión.

—¿Estás cómodo? —pregunté con más ironía que amabilidad—. Me temo que esto no está negociado en el contrato, ¿sabes?

—Sh, no me dejas oír la película —respondió.

Preferí no contestar nada. Por lo que fijé mi interés en la pantalla, sin enterarme del todo del argumento, que resultaba ser la típica comedia romántica: chico conoce chica; chico y chica se enamoran; padres de chico no aceptan a chica, pero chico lucha por su amor... ambos viven situaciones desesperadamente surrealistas ante las que cualquier pareja con dos dedos de frente habría decidido sabiamente seguir cada uno por su lado, y finalmente chico y chica resuelven todo y se casan mientras sus amigos cantan una canción que pierde todo significado cuando la subtitulan.

Me encantó.

Distraídamente, y sin darme cuenta, empecé a jugar con el cabello de Darren, enredándolo en mis dedos o peinándolo con mis uñas, con suavidad y a ritmo lento y decadente. Haciendo hincapié en su cuero cabelludo, lo fui presionando con mis dedos de un lado a otro.

Supuse que le gustaba, ya que en un momento determinado, subió la cabeza un poco más, con lo que me daba un mejor acceso a su poblada melena del que tenía antes. Además, emitía graciosos ronroneos de cuando en cuando. Puede que la alegoría del ciervo no hubiera sido tan acertada como utilizar una con un enorme y, por lo visto, meloso gato.

La película logró engancharme y la seguí con interés, sin dejar de masajear el pelo de Darren, hasta que terminó. Iba a expresar mi intención de levantarme cuando percibí que la respiración de Darren resultaba mucho más calmada que antes, tenía los brazos caídos y la cabeza ladeada sutilmente. Su cuerpo había perdido toda la tensión y subido unos grados de temperatura.

Me eché hacia delante para mirarlo y no pude evitar sonreír, mezclando incredulidad y satisfacción, ¡dormía! No estaba mal para un insomne.

Cambié de canal, aún con la sonrisa dibujada en la boca, y no me moví ni un ápice del sitio, pues no quería despertarlo después de la cantidad infinita de tiempo que llevaba sin descansar. Tampoco cesé en mis caricias, puesto que estas parecían relajarlo.

Las horas pasaban, y su sueño placentero parecía no verse alterado por nada, incluso se movió, colocándose boca arriba, con lo que me dio la oportunidad de observar sus facciones varoniles y fuertes. Comprobé la veracidad de sus rasgos americanos, esos que en tantas revistas había leído, y no pude evitar pensar que en aquel momento no parecía tan inalcanzable y aparentemente hastiado del mundo como casi siempre dejaba entrever.

La pose del actor, supuse. ¿Cuánto habría de verdad y cuánto de márquetin? No parecía una locura que alguien que vive en ese mundo terminara por querer huir.

Al cabo de un tiempo, y emitiendo una extraña queja, abrió los ojos, se despertó y me miró durante un segundo.

—Hola —le dije con amabilidad. Inmediatamente se incorporó.

—Lo siento. ¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Dos horas y cuarenta minutos —dije, sonriendo ante su estupefacción.

—¿De verdad? ¿He dormido casi tres horas? —analizó entonces la situación—. Joder, ¿no te has movido en todo el rato?

—No quería despertarte —respondí simplemente.

—No... no sé qué decir.

—¿Has descansado? ¿Te sientes mejor? —Asintió con la cabeza—. Entonces no necesito oír nada más.

Tras un momento de duda, se levantó diciendo que debía hacer algo, no supe si era verdad, pero no quise perturbarlo más en el mismo día. Prácticamente huyó a su dormitorio, toqueteándose las manos nerviosamente y sin mirarme. Cruzó la sala en cuatro zancadas y cerró la puerta tras él.

Me incorporé sintiendo las piernas dormidas, la vejiga protestante y el estómago prácticamente en pie de guerra, pero satisfecha conmigo misma.

Haber logrado que descansara y no tomara ni una copa en casi toda la noche era un gran logro, sobre todo para él mismo. Eso bien valía tener que correr al baño medio zamba por el hormigueo de mi tren inferior, o tener una cena tardía que me supo a orgullo y trabajo bien hecho, a pesar de devorarla por el hambre descontrolado que sentía.

Apoyado en la puerta cerrada de su dormitorio, Darren se llevó las manos al cabello; con gesto interrogativo y sin poder evitarlo ni saber por qué, una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Nada hizo presagiar la horrible noche que estábamos a punto de pasar.

Me retiré a mi dormitorio después de que Darren hiciera lo propio hacia el suyo, sintiéndome satisfecha conmigo misma y notando que la terapia comenzaba a dar sus frutos. Ya había conseguido que durmiera, y aunque su carácter seguía siendo duro y frío, estaba convencida de haber hecho la suficiente mella en él como para tener esperanzas de que volviera a ser él mismo.

Me dormí al instante, pensando que con un poco de suerte, él haría lo mismo. No había llegado a la fase REM cuando me despertaron unos ruidos. Me rasqué un ojo y bostecé. Como mi trabajo de interna no acababa por mucho que me hubiera acostado, salí de la cama y abrí la puerta del dormitorio. La puerta de Darren estaba entreabierta y en la penumbra de la habitación se veía el resplandor de la televisión encendida, cuyas voces chirriantes habían sido el motivo de mi desvelo.

Me quedé quieta entre los pilares que separaban los dormitorios, planteándome si debía irme o esperar un poco. Aunque pudiera interpretarse como meterme donde no me llamaban, opté por lo segundo y agudicé el oído. El destino y la mala suerte quisieron que esa noche Darren decidiera ver un programa donde unos señores con traje y corbata, que se hacían llamar periodistas, lo despedazaban vivo sin motivo ni razón aparente.

—Solo digo que es una gran falta de profesionalidad por su parte. ¿Cuánto se ha cancelado? ¿Un mes, dos, de funciones? Yo digo...

—No olvidemos que estas estrellas jóvenes siempre tienen este tipo de escapadas. No podemos descartar que sea por promoción.

—Yo solo digo que no me parece profesional que toda una compañía se resienta porque un actor mimado y sobre pagado decida que está cansado.

—Y eso teniendo en cuenta que tampoco hablamos del único.

—Ni probablemente del mejor. Darren Matthews... ¿se acordará alguien de él dentro de cuarenta años?

Oí como lo juzgaban. Ninguno de aquellos hombres lo conocía, algunos ni siquiera eran capaces de pronunciar correctamente su nombre, pero eso poco o nada les importaba. Lo acusaban de poco profesional, ¿un actor enfermo? Se suponía que él interpretaba, que estuviese mal psicológicamente daba lo mismo. ¿Dónde estaba su profesionalidad? ¿Se había embolsado un ingente sueldo y ahora desaparecía con esa fútil excusa para esconder que era un vago y que aquella profesión no significaba nada para él?

Decían que era un niño consentido, que el dinero y la fama le habían podido como a tantos otros. Solo una cara bonita más, un próximo juguete roto al que habían otorgado laureles demasiado pronto y sin merecerlo. Ahora se rebelaba contra todo y se negaba a seguir actuando, ¿por qué? Sencillo: quería más dinero, más fama, más galletas saladas en su camerino. Toda aquella panda de despropósitos normalmente habrían hecho que Darren incluso se riera, «toda publicidad era buena» solía decirse, pero debido a su estado, su sangre hirvió y se sintió tan utilizado, tan incomprendido... ¿Es que realmente a nadie le importaba un comino que no fuese más que un hombre con sus propios sentimientos? ¿Debía comportarse como una máquina?

—En París, al parecer, increpó de muy malas maneras a uno de los encargados de revisar su diálogo porque sus sugerencias no habían sido escuchadas. ¿Es eso aceptable hoy en día? ¿Es lícito encumbrar de esa manera...?

Apagó el televisor con un manotazo que me hizo dar un salto desde mi escondite y se dirigió con paso firme a la cocina, rumbo a su destrucción personal. Ira, malos modos, excesivo ego... ¿Veían eso en él? ¿Era lo que todos pensaban?

Darren podía complacerlos. Podía darle a todos, a cada uno de ellos, lo que querían.

Contemplé, impotente, como empezó a beber sin medida ni control, una copa tras otra, ahogando su frustración y su dolor. No pudo matar las penas ni sacarse las burlas de la cabeza. No pudo olvidar lo que había oído, ni siquiera podía intentar evitar que le afectara, relegarlo todo a un lugar recóndito y escondido de su mente turbulenta.

Agonizando de un dolor que no tenía forma ni era visible, estrelló la botella vacía contra el fregadero, mirando su expresión hosca entre los pedazos de vidrio y viéndose el alma en ellos, hecha trizas.

Cuando lo vi aproximar la mano a los vidrios, decidí acercarme, como empujada por un resorte.

No podía quedarme contemplando semejante horror. Al dar unos pasos más y ver su expresión, me impacté. Una de las sillas estaba tumbada en el suelo, seguramente habría tropezado con ella, pero ni cuenta me había dado. Darren se estaba sentando en otra y jugueteaba con una copa vacía, como si mi presencia no significara nada para él.

Nada quedaba ya de los nimios avances hechos.

—¿Pero qué...?

Comprobé su estado, buscando síntomas de que la embriaguez hubiera llegado a un estado alarmante. Incluso aquel vino fino de personas pudientes y artistas contaba con cierta graduación, por más que las etiquetas de las botellas parecieran brillar.

—¿Estás borracho? —le pregunté, sin tacto.

—Puedo estarlo más —respondió sin mirarme.

—¿Crees que esta es una forma madura de resolver las cosas? —le espeté, mirándolo de frente.

—Me da igual si lo es o no. Déjame en paz.

—Creí que había quedado claro que eso no entra en mis competencias.

—¡Déjame en paz! —me gritó—. ¿Qué más te da si me emborracho o no? Es mi vida, es mi veneno, puedo consumirlo como quiera.

—Me siento decepcionada. Pensé que estabas mejorando, creí que estabas mejorando, que aún se podía hacer algo por ti. Creí en ti. Confíe...

—¿Piensas que por haberme hecho reír dos veces ya has salvado mi alma de la condenación? No tienes ni idea de quién soy ni de lo que me pasa, no sabes nada.

—Lo sabría si me lo contaras.

—¡No quiero contarte nada, es mi vida!

—¿Tu vida? ¿De verdad crees que estar encerrado, solo y a oscuras es una vida?

Se levantó y caminó por el salón, fumando y sin hablar. Yo me sentía furiosa con él, y conmigo. Aquel había sido un retroceso que debí haber esperado, tenía que haberlo tenido en cuenta antes de vanagloriarme en mi repentino éxito. Había sido poco profesional, otra vez.

Solo habíamos ahondado la superficie, y yo ya veía resuelto el caso. Un error de principiante que me mortificaba casi más que su actitud hacia mí.

—Esa gente... —dijo de repente, sacándome de mis propias regañinas mentales—, me juzga, me humilla, me pisotea, lo hacen todos y cada uno de los días, a todas horas, en todas partes, les pagan por ello. Su vida es ver cuánto pueden joder la mía. Y debo reaccionar con mucho cuidado de que mi respuesta no sirva solo de más carnaza.

—Entiendo que debe ser horrible y sé cómo te sientes, pero no creo que...

—¿Sabes cómo me siento? ¡Tú que vas a saber! Prueba a vivir ahí un solo día, ¡uno nada más! ¿Y me pides que vuelva? ¿Crees que eso es mejor que esto? No seas estúpida.

—No me hables así —mi tono fue bajo, pero frío.

—Hablo como me da la gana —respondió cortante—. Lo hago con todo el mundo, no sé por qué te empeñas en creer que mereces algo diferente. Esto es lo que tengo. Te ahorraré tiempo y esfuerzo, entérate: no hay nada más.

—Muy bien, ¿quieres beber? ¡Estupendo, bebe! Emborráchate, fuma, no comas, no duermas, mátate. Eso es problema tuyo.

—¡Sí, joder! ¡Por fin lo has entendido!

Sentía mis puños temblar de furia, quería ir y pegarle, gritarle a la cara, zarandearlo, hacer que despertase. Entré a la cocina en dos zancadas, cogí el sacacorchos y empecé a abrir todas las botellas y a vaciarlas por el fregadero una tras otra, sin dejar ni una sola gota. Aquello había servido una vez para apacar mi frustración, y había despertado su cólera. En esos momentos, me venía muy bien que fuera él quien más enfadado estuviera. Terapia de choque, decidí.

—¡Qué demonios...! ¡Estate quieta, para!

Trató de detenerme, pero era demasiado tarde, su valiosa inhibición había ido a parar a las cañerías.

Me giré, sosteniendo el cuello de la botella vacía, y lo encaré sin el menor miedo, dispuesta a decirle algo que quizá ninguna otra persona haría, porque era más fácil darse por vencido, cerrar la puerta y dejar a cada quién con sus problemas. Pero aquel no era mi estilo.

—No vas a poder conmigo, ¿lo comprendes? Así tenga que enfrentarme a ti todos los días, no conseguirás que me vaya, no lograrás que me rinda.

—Ni siquiera me conoces, no sabes nada de mí. ¡Esto es lo que soy!

—Te equivocas, lo sé absolutamente todo. Sé que no eres más que un mocoso asustado que está enfadado con el mundo porque nadie le comprende, un crío que pretende jugar a ser un hombre con su cigarrillo a medio lado y su copa de cristal. El dios del teatro que bajo las tablas no puede atarse los cordones solo porque le tiemblan los dedos.

Me miró con la rabia pintada en los ojos. Me asusté un poco, aquello sobrepasaba completamente todas las líneas de respeto a los pacientes. «¿Y si me pegaba, qué?», pensé de forma irracional.

Ya me habían advertido que tenía ataques de ira, se suponía que yo debía actuar en consecuencia y atenuarlos, en lugar de buscar todos los botones que lo hicieran estallar con todavía más fuerza. Pero allí estaba, jugándomelo todo a la peor mano posible.

—¿Sabes lo que creo? —le pregunté para alejar tales pensamientos.

—Me importa una mierda lo que creas.

—Deberías madurar. Si tienes un problema, supéralo, eso es lo que hacen los adultos.

—¡Cállate!

Darren dio un manotazo en la mesa, haciéndola tambalear. Las botellas rodaron, algunas cayeron al suelo, esparciendo los cristales por todas partes. Con un suspiro, me agaché para recogerlos. Él también lo hizo. De una forma burda y nada caballerosa, empezó a apilar vidrios en la palma de su mano.

—Ya lo hago yo, ¡quita! —espetó sin mirarme.

Trató de apartar mi mano con la suya, y yo de quitar la suya con la mía. El resultado fue un corte en mi palma que enseguida empezó a sangrar. Expresé una queja y apreté el puño con dolor mientras la sangre brotaba. Aquello era simplemente perfecto. Me incorporé, lanzando maldiciones, en busca de algún trapo con el que frenar la leve hemorragia.

Enredé un par de servilletas de cocina en mi mano derecha, perdida en mi propia riña interior a causa de mi torpeza. Todo estaba en silencio a mi alrededor, bajé la vista y encontré a Darren, que seguía arrodillado en el suelo, junto a los cristales, con la cabeza agachada y el rostro tapado por su largo pelo.

—Es cierto —dijo lentamente—. Todo lo que has dicho... todas esas cosas... he intentado superarlo, quiero hacerlo, pero... mírame.

—Ya lo hago —le dije, yendo hacia él.

—Estoy solo, estoy vacío. Acabado. Tan roto como esas botellas.

Caminé lentamente hasta pasar el reguero de vidrios y me agaché frente a Darren. Con la mano sana, aparté el pelo para poder verlo. Negué con vehemencia.

—No es verdad. Mira, yo estoy aquí.

Levantó la vista hacia mí. Tenía los ojos húmedos. Entonces, sin previo aviso, extendió los brazos y me rodeó con ellos fuertemente, enterrando la cabeza en mi hombro con desesperación. Me tambaleé un poco acucillada como estaba, sin el punto de apoyo de mi cuerpo bien definido. No me atreví a hacer ningún comentario, simplemente me quedé en silencio y esperé.

Entonces, Darren lloró.

Lloró como no lo había hecho en meses, quizás incluso en años. Lloró como un niño al que le quitan un juguete, como un viejo que pierde a un hijo, como un hombre herido, como un chico asustado. Lo mecí despacio mientras me quedaba sentada en el suelo, escuchando su sollozo ininterrumpido, sin hablar. Froté su espalda con mi mano, queriendo reconfortarlo. La escena era desgarradora. Había restos de vino en el fregadero, botellas vacías en la mesa, copas sucias, cristales rotos en el suelo, un pañuelo ensangrentado y dos personas sumidas en el dolor.

A pesar de todo eso, era la vez que más cerca me había sentido de Darren, en ese momento en que sus lágrimas empapaban mi bata y sus manos se aferraban a mí como su única posibilidad de salvación. Creyó en mí para desahogarse, y yo creí en él, volví a estar segura de que sería posible, de que nada estaba acabado. El final de aquel viaje estaba muy lejano en el horizonte, pero al menos volvíamos a emprender juntos esa turbulenta travesía.

Por la mañana, la casa presentaba un aspecto desolador. No había podido pegar ojo en toda la noche y ahora me encontraba asomada al ventanal que daba al jardín con aspecto meditabundo. Trataba inútilmente de colocarme una venda en la mano herida, pero, ya fuera por nervios o por pura torpeza, no lograba conseguirlo.

—¿Estás bien?

Levanté la vista hacia el cristal y pude ver el reflejo de Darren. Estaba unos pasos detrás de mí, serio y preocupado. Había algo en su rostro que no había visto hasta ese momento y que identifiqué como vergüenza o arrepentimiento.

—Sí, tranquilo, no tiene importancia —dije para quitarle hierro al asunto.

—Sí que la tiene. Soy un imbécil.

—Digamos que un antipático malhumorado e impertinente sí, pero no diría tanto como imbécil.

Sonrió a su pesar. Se sentía avergonzado por su comportamiento de la noche anterior, y yo aún conservaba el susto en el cuerpo. Al dirigir mis ojos a los suyos y ver ese brillo, esa expresión de niño arrepentido, simplemente no podía enfadarme con él. Todo un descubrimiento.

—¿Qué tal la mano? —preguntó.

—Bueno... sangra cada rato y no puedo atarme la dichosa venda...

—Trae, déjame a mí.

Cogió mi mano entre las suyas suavemente, enrollando el pequeño vendaje a través de la palma y cubriendo la herida.

—Tienes unas manos muy suaves —me dijo mientras la acariciaba con ternura—. Pequeñas y suaves. Como de niña.

Algo me paralizó. Cada roce de su piel con la mía hizo que células de mi interior se fueran muriendo. O tal vez crecían, no lo sé. Las mejillas se me encendieron.

—Me muerdo las uñas muy a menudo, no suelo hacerme la manicura casi nunca y... es habitual que me manche con tinta de bolígrafo y... no sé por qué te estoy contando todo esto —dije de carretilla y sintiendo de repente mucho calor.

Darren sonrió, anudando la venda y sin soltarme.

—Bueno, eso no quita que sean suaves. Oye, sobre lo de ayer, sé que por mucho que me disculpe no servirá de nada, no tengo justificación.

—Todos pasamos por malos momentos, me siento halagada de que consintieras desahogarte en mí.

—No puedo entender por qué me ayudas, quiero decir, podrías irte, cobrarías igual solo por haber venido hasta aquí, pero no, te quedas... no tienes obligación de soportarme.

—Si te soy sincera, no eres tan desagradable, tienes momentos incluso simpáticos.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que soy un caso perdido —musitó en voz baja.

—Jamás pierdo el tiempo con los casos perdidos, si lo fueras, ya no estaría aquí. Soy rapidísima haciendo el equipaje, tengo mucha práctica.

—Lamento mucho que te hicieras daño, de verdad.

—Debo admitir que en un momento... me sentí un poquito intimidada.

—¿Por mí? —exclamó Darren, que se había quedado en *shock*.

—Estabas enfadado. Y bebido. Y, seamos sinceros, yo no estaba siendo nada profesional con aquellas cosas que te dije, buscaba una reacción exagerada.

—He estado mucho más borracho, puedo asegurarlo, hasta no mantenerme de pie. Nunca he pegado a una mujer. No te habría hecho daño. Te lo juro, si mi palabra vale de algo.

—Lo sé —dije con seguridad—. No me preguntes cómo, pero sé que no me harías daño, por eso sigo aquí y por eso no me iré hasta que estés completamente bien.

«O lo que sea que signifique bien para ti...».

—¿Por qué tienes tanta fe?

—Porque a pesar de lo que todos crean, sé que eres alguien especial. Y bueno, basta de charla, esos cristales no van a recogerse solos, caballero, así que muestre su arrepentimiento por la forma en que ha tratado esta casa.

Bajó los hombros y me soltó la mano. Asintió con un gesto de la cabeza, como si hubiera querido decir «sí, señora», y se encaminó a la cocina. Interpreté que el hecho de haberme asustado lo había supuesto una especie de punto de inflexión. Estaba mal, de eso no había duda, pero de ahí a dañarme físicamente había un trecho que él no cruzaría.

Yo lo sabía, pero para Darren, creer que me había sentido amenazada había resultado una llamada de atención potente y efectiva.

Al final, limpiamos entre los dos, recogimos los desperfectos casi sin hablar. A pesar de todo, notaba a Darren un poco menos oscuro, aunque siempre en sus limitados parámetros.

—¿Qué te parece si vemos alguna película juntos? —Se encogió de hombros como respuesta—. ¡Me encanta tu entusiasmo!

Se posicionó mientras yo encendía el televisor.

—¿Qué? Vamos, fuera de ahí, es mi sitio —le dije.

—¡Joder, no volvamos otra vez con la lucha del sofá!

Puse los brazos en jarras, colocados en mis caderas, y lo miré alzando una ceja, sin decir palabra alguna. Resopló y se levantó sin rechistar.

—Empezamos a parecer un matrimonio —dijo, sentándose a mi lado.

Pasamos los canales sin detenernos en ninguno en especial. Veíamos algunos minutos de una película, y luego perdíamos el interés. Tal como el día anterior, había tocado comedia romántica, esta tarde en particular todo parecía teñido de suspense y *thriller*, con títulos que llevaban palabras como: perseguida, acorralada, secuestrada, asesinada en su jardín... y demás sinónimos espeluznantes.

—¿Has visto esa iluminación? ¡Es fantástica! Me pregunto qué tipo de focos habrán usado para crear esa sombra —comentó Darren cuando nos decidimos por una —, en teatro es mucho más limitado obtener ese tipo de efectos.

—Por favor, deja de hablar como un entendido en cine, me agobia —le saqué la lengua, haciéndolo reír.

En un momento determinado, mis dedos dieron con un canal donde daban un documental con entrevistas, inmediatamente y antes de que yo entendiera por qué, Darren comenzó a quejarse.

—Quita esa mierda, por favor.

—¿Por qué? No hemos visto nada, no seas pesado —me repantingué, protegiendo el mando—. Es mucho mejor que todas esas donde la protagonista femenina sufre durante hora y media.

—Hazme caso, pon otra cosa, volvamos a la de la iluminación de lujo.

—¿Pero por qué no quieres...? Eh, espera, espera... ¡Eres tú! ¡Eres tú! ¿Has visto? ¡Sales en el documental!

—Sí, me he dado cuenta... —expresó, girando la cara—. Vamos, quítalo.

—¡Oh, mira, vas a besar a la chica! ¿De qué obra son esos cortes? ¿Es Darcy? Sí, es Darcy. Vaya... no parece que ella fingiera demasiado, apuesto a que te pidió

una cita en cuanto cayó el telón.

—Vale, se acabó, ¡dame el mando!

Antes de que pudiera darme cuenta, se había lanzado sobre mí en una lucha frenética por el control del televisor. En un intento desesperado por escapar, me giré, y los dos nos fuimos directos al suelo.

—¡Quítate de encima, me estás clavando la hebilla del cinturón! —me quejé sin soltar el cacharro.

—No hasta que me des el mando —insistió.

Entonces se me ocurrió una idea brillante, cogí el mando y lo colé por mi escote, con el desafío pintado en la mirada. ¡Ja! Era un truco bajo y mezquino, pero las mujeres podíamos permitirnos esas cosas cuando la fuerza bruta nos abandonaba cruelmente ante desafíos como aquel.

—¿Pensas que eso te va a servir de algo?

—No serás capaz de... Vale, probablemente lo seas, ¡ni se te ocurra!

—Soy un hombre con recursos.

Se levantó y apagó el televisor directamente, luego me ofreció la mano para que me levantase mientras estallábamos en risas y nos recomponíamos el pelo y la ropa. Me saqué el mando de entre los pechos y lo dejé en la mesa. Me miró con la ceja levantada, porque había ganado sin esfuerzo a pesar de mi técnica.

—Esto desafía todo lo que he aprendido en la universidad —le dije—. Desde que estoy aquí, no he hecho más que infringir normas. Me planteo auto-quitarme el título, de verdad.

—¿Tenéis reglas y todo eso? ¿En serio?

—Sí, para empezar, ayer no debí haberte gritado, por lo que me disculpo. Por cierto, en lugar de estar jugueteando, debería centrarme en el asunto que nos ocupa.

—Bueno, si te sirve de algo, te diré que hacía mucho tiempo que no me reía así. No sé si en tus apuntes de protocolo estará, pero gracias.

Le sonreí mientras una calidez muy agradable se me colaba por dentro del cuerpo y me hacía sentir algo muy bueno, que nada tenía que ver con el orgullo profesional.

—Sirve, Darren. Claro que sirve.

Esa noche logré otro pequeño éxito: que cenara verduras.

En ocasiones, me sentía como la madre de un pequeño y travieso bebé, esa mujer abnegada que tiene que usar todo su instinto, determinación y poder para negociar con tal de que el crío haga las cosas que se supone debe hacer para tener buena salud. Tratar con Darren era parecido. Al menos, empezábamos a tolerarnos bien.

Después de recoger, tal como venía siendo habitual en nuestra reciente rutina, pasé por su habitación. Estaba tumbado en la cama, con los ojos como platos.

—¿No puedes dormir? —pregunté.

—No —declaró, incorporándose y mirándome—. ¿Crees que podrías...? Ya sabes... —Se pasó las manos por el pelo, haciendo alusión a lo ocurrido un par de noches antes. Lo entendí de inmediato.

«No. Absolutamente no. Indiscutiblemente no. Seguro que en algún epígrafe de los que he firmado se expone que estoy categóricamente...».

—Claro, hazme un sitio.

Me medio tumbé a su lado, él estaba boca arriba mirando al techo con una extraña expresión. Comencé a jugar nuevamente con su pelo.

—¿Era cierto? ¿Todo lo que dijiste anoche?

—¿Qué exactamente?

—Eso de que... no estoy solo.

—Es cierto —declaré inmediatamente.

Permaneció callado durante algunos minutos, evaluando mi respuesta y quizá meditando alguna otra pregunta, mientras yo peinaba los castaños mechones de su cabello con mis uñas y lo notaba relajarse poco a poco.

—Tienes a toda tu familia —le dije—. Es una muy grande, están pendientes de ti, te quieren. También tienes a tus amigos y... bueno, a toda la gente que trabaja contigo. A los que te siguen a donde quiera que vas y hacen horas de cola para verte actuar.

—Sí, es verdad —sonrió débilmente, con los ojos algo cerrados—, el equipo siempre ha sido muy bueno, me pregunto... en realidad, me agobia un poco pensar cómo estarán yendo las cosas. Había obras programadas, ensayos. Mi segundo había estado fuera, así que no sé si habrá tenido tiempo de...

—No te preocupes por eso ahora, descansa. Podemos hablar mañana.

—Tú seguirás aquí, ¿verdad? —dijo en un susurro—, no me dejarás solo.

Su cabeza acabó de girarse hacia un lado y los ojos se le cerraron. Entonces, como llevado por la inercia, se volvió hacia mí y pasó su brazo por mi cintura.

—Tú no me dejarás solo —balbuceó, apenas consciente ya.

—No, Darren, no te dejaré solo —repetí débilmente, empezando a creer que quizá no debía hacer promesas.

Antes de abrir los ojos, noté un extraño calorcito sobre mi estómago y una respiración suave cerca de mi oído; sonreí. Qué agradable, como si un gato se me hubiera dormido encima y sus ronroneos me mecieran, animándome a seguir perdida en el sueño. Suspiré, ajena a todo, los escasos segundos que tardé en darme cuenta.

Abrió los ojos de par en par, miré hacia la derecha y casi me da un infarto. ¡Había dormido con Darren!

De un salto, me quedé sentada en la cama, pero noté que no podía levantarme, pues su brazo me tenía sujeta por la cintura y al parecer, no tenía intención alguna de soltarme. De todas las formas en que podía saltarme el protocolo establecido entre paciente y terapeuta, de entre todos los errores que había cometido ya, aquel, esa confraternización, dormir juntos... era, con diferencia, lo más desastroso que podría haber ocurrido.

Un error mayúsculo. Con signos de exclamación.

—Mierda, mierda. Esto no puede pasarme a mí...

Cogí el brazo de Darren y, con cuidado, lo quité de encima, lo que provocó que instantáneamente se despertase y que yo iniciara mi huida a velocidad supersónica.

—Ummm —murmuró, desperezándose y contemplando mi frenético escape—, normalmente, cuando paso la noche con una mujer, suele comportarse de manera más cariñosa por la mañana.

¿Se iba a poner gracioso recién despierto? ¿En serio? El único momento en que tendría permitido ser un borde inaguantable, ¿lo escogía para ser gracioso?

—Me quedé dormida ayer ahí sin darme cuenta. ¿De qué te ríes? —Yo estaba considerablemente nerviosa.

—Hacia muchísimo tiempo que no dormía abrazadito, ¿sabes? Ha sido muy... inspirador. Aunque suelo llevar menos ropa.

Le tiré a la cara un cojín que estaba en el suelo, mirándolo amenazadoramente. Ese tipo de bromas no tenían cabida. Podían costarme mi carrera, mi credibilidad, dar al traste con todo por lo que había trabajado tan duro.

—Vamos, no es para tanto. ¿Ni siquiera un beso de buenos días?

Ante mi expresión, optó por levantarse también, seguramente, por amor a su vida y por su propia seguridad, pero no paró de reírse durante todo el tiempo que estuvo duchándose. Maldito fuera el sentido del humor cínico de los actores... y su código de moralidad siempre reversible a conveniencia. Él no podía entender las implicaciones de aquello, y no pensaba perder el tiempo en explicárselas.

—Te prefería cuando no tenías sentido del humor —mascullé para mí.

Después de desayunar, abrí las persianas, había un radiante sol, los pájaros cantaban y los árboles se alzaban en el pequeño bosquecito que rodeaba la casa donde estábamos. Eso me dio una idea y, como cualquier cosa era mejor que seguirle dando vueltas al pequeño desliz nocturno, decidí ponerla en práctica.

«Es hora de trabajar», decidí. El momento de hacer *algo* relativo a la terapia. Darren tenía que salir de aquellas cuatro paredes, o correría el riesgo de vampirizarse ante tanto exceso de oscuridad.

—Vamos a dar un paseo fuera —le dije, viéndolo jugar con mis libros sobre la psique y la profundidad de la mente humana.

—No, quedémonos en casa sin hacer nada.

—Perdona, te he dado la impresión de que estaba consultándote. Vamos, anda, estás pálido, el aire puro te sentará bien y debes estirar las piernas, porque según un estudio sobre la circulación sanguínea en las extremidades inferiores que publicaron en la Universidad de Cambridge y cuya tirada llega a mi gabinete...

—¡Joder, vamos fuera!

Sonreí triunfante. ¡Era tan simple!

Caminamos alrededor de la casa y luego fuimos adentrándonos levemente en el pequeño bosque, cargado de flores y plantas de lo más exóticas, completamente desconocidas para mí. Imaginaba que Darren debía haber traído esquejes y semillas de varias partes del mundo para hacer de su jardín un lugar mucho más de ensueño de lo que ya era. Curioso *souvenir*.

Entre el bosque de especies endémicas se entrelazaban, en los alrededores de la casa y por algunas zonas específicas, un pequeño prado artificial, y los alrededores de un cenador formado por bancos de madera. El aroma, el calor y el brillo de los colores te dejaba sin aliento.

—Caramba, qué bonito es esto —exclamé alucinada.

—Sí, casi lo había olvidado —dijo él, inundándose de aire puro—, quédate callada, escucha.

Hice lo que me decía. Permanecemos en completo silencio durante un par de minutos, hasta que no pude más con la curiosidad.

—No oigo nada.

—Exacto —afirmó, sonriendo—. Nada en absoluto. Solo la naturaleza en todo su esplendor.

Andábamos con cuidado, pues al haber llovido unos días antes, el terreno resultaba accidentado e irregular. Sudábamos y pasábamos calor, pero, inexplicablemente, el ambiente era magnífico, y todo aquello le hacía mucho bien a Darren.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Tienes novio? ¿O marido? Alguien a quien acariciar el pelo por las noches, me refiero —sonrió—, por placer, se entiende.

—¿No te parece una pregunta demasiado personal?

—Bueno, teniendo en cuenta que he llorado en tu hombro, nos hemos gritado, peleado por el sofá y dormido juntos..., creo que podemos cruzar esa línea, ¿no te parece? Creí que eras tú la que abogaba por la conversación y el conocernos mejor.

Me eché a reír. Cuando quería, podía ser muy agudo.

—Tienes razón, pues a ver... sin contarte a ti, no hay ninguna melena más que sobar por las noches.

—¿En serio? ¿Nadie? —preguntó nuevamente con evidente escepticismo.

—¿Tanto te cuesta creerlo?

Se encogió de hombros, pensativo.

—Solo... no sé. Lo daba por hecho. Alguien debía haber.

—¿Y qué me dices de ti? —lo miré, esperando.

—Estoy soltero y sin compromiso desde que mi última novia decidió dejarme por ser de la forma en que era cuando nos conocimos y que tanto la atrajo de mí en un principio.

—¿Te dejó por querer cambiar algo que le gustaba? ¿En serio?

—Supongo que la agobié llevando los problemas de mi trabajo a casa, ella no tenía por qué cargar con todo eso. Puedo resultar muy irritable cuando estoy en medio del estudio de algún personaje. Creo que esperaba que la relación fuera un... continuo cotillón de fiestas y vida glamurosa, que las cosas reales de la cotidianidad no supondrían nada para nosotros.

—Ya entiendo, pero me parece que una pareja debe estar ahí en esos momentos, para eso son, ¿no? Y lo especial debía ser convivir cuando esos... cotillones quedaban tras la puerta de vuestra relación real, ¿no?

—Tal vez. Nunca he tenido demasiada suerte en ese aspecto.

—Pasará cuando menos te lo esperes, alguna pobre incauta caerá en tus brazos, pobrecita...

Iba a replicar, pues pude ver cómo se giraba hacia mí, que caminaba tras él, pero en ese momento, tropecé con una piedra y me precipité hacia delante. Creí que iba a besar el embarrado suelo, pero con una gran agilidad, Darren me sujetó por la cintura, librándome del golpe.

Me miró con la ceja levantada, seguramente, a punto de decir una gracia que a mí me ofendería.

—Por poco... Gracias.

—¿Eres una pobre incauta?

—¿Qué? —pregunté descolocada aún por el tropiezo.

—Has caído en mis brazos, necesito saber si eres una pobre incauta.

Me eché a reír mientras él me depositaba en el suelo con cuidado. No comentamos nada sobre lo perfectamente encajadas que parecían quedar sus manos en mi cintura ni tampoco la rapidez con que mis brazos encontraron su cuello, sujetándome firmemente. Era mejor no ahondar en eso.

Era mejor no ahondar en nada que me hiciera todavía más consciente de lo atractivo que empezaba a darme cuenta de que era.

De mutuo acuerdo, decidimos volver a casa unos minutos después, para ducharnos, eliminar el exceso de barro y comer algo.

Pasé la tarde sentada en el suelo viendo como Darren tocaba una guitarra. Lo hacía bastante bien. Incluso quiso enseñarme unos acordes, pero por mucho que lo intentara, solo conseguí que se me quedaran los dedos atrapados entre las cuerdas. Me encantaría decir que lo hice a propósito, por forzarlo a seguir tocando, explorando esa veta artística suya que tan dormida había estado, pero la realidad era mucho más cruel.

Mi torpeza para todo lo musical y plástico resultaba antológica.

Dejé la guitarra a un lado cuando Darren decidió rendirse como profesor. Lo vi abrir el frigorífico para sacar una jarra con agua. El cielo empezaba a tomar un tono plomizo y el sol que nos había calentado durante nuestro paseo por su particular *Jardín de las Delicias* se despedía hasta el día siguiente.

Otra noche se nos avecinaba, ¿traería consigo insomnio, disputas, algún desgarrado momento de intimidad emocional, o sería una noche tranquila? Pensarlo me hizo recordar lo fácil que había sido ayudarlo a descansar, lo cómodo que se había sentido en mis brazos, arropado, sintiendo lejana la soledad y el miedo a estar a oscuras en ese mundo suyo que lo perturbaba.

Estaba mal a tantos niveles... y, sin embargo...

—¿Quieres que vaya esta noche a tu cama? —Darren empezó a toser, y el agua que se había bebido le empapó la camiseta—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado por Dios?

—Nada, no es nada —dijo, secándose con torpeza—. ¿Qué me has preguntado hace un momento?

—Que si querías que fuera a tu cuarto, ya sabes, para nuestro ritual de conciliar el sueño.

Ni siquiera me lo planteé. Solo surgió. ¿No había dicho Maquiavelo que el fin justifica los medios? Pues mi fin era que el insomnio desapareciera y que Darren volviera a tener unos ciclos de sueño humanos, ergo...

—Ah. Joder. —De repente se rió, pasándose las manos por la cara—. Te referías a eso.

—Claro, ¿de qué pensabas que hablaba? —me hice una idea, pero lo dicho, no ahondar.

—De nada, te había oído mal. Sí, pásate luego, si no te importa.

Le sonreí dándole a entender que allí estaría, como la noche anterior. Estaba convirtiéndose en un hábito común entre nosotros, uno que funcionaba, pues nada más acercar la mano a su cabeza, Darren caía profundamente dormido.

Para librarme de futuras batallas internas, solo debía recordar mantenerme bien despierta y marchar a mi propia cama una vez que él estuviera dormido. ¿Qué podía salir mal teniendo algunas precauciones?

Me hice a mí misma el firme propósito de conseguirlo.

Aunque terminé fracasando esa noche. Y las que siguieron.

Pasaron casi veinte días desde el comienzo de aquella terapia, la más surrealista de mi carrera hasta el momento. Los avances eran contados y no muy profundos, pero al menos Darren empezaba a confiar en mí, una creciente cercanía, rallando casi en la amistad, nos había envuelto.

Y con ella llegaron los hitos, despacio, pero constantes. Había reducido considerablemente su hábito por la bebida. Ahora solo consumía vino en determinados momentos, por ejemplo, cuando comíamos. También su mal humor había descendido, con lo que sus problemas más acuciantes estaban, más o menos, controlados, si bien no resueltos por completo.

Excepto el tabaco. Era algo contra lo que yo no podía hacer nada. Vistos los avances, me dije a mí misma que, de momento, era mejor no forzar la situación. Dejarlo fumar valía la pena si lo otro seguía la progresiva reducción. Además, habíamos cogido casi como costumbre el compartir horas de sueño, con lo que ahora Darren tenía un mejor aspecto, parecía más saludable, había engordado ligeramente gracias a unos hábitos alimenticios con los que decía que yo lo torturaba y se reía mucho más que antes.

Plantearme cuántas cosas hacía mal, cuánto apego estaba provocándole para suplir sus carencias, tendría que venir después. Primero, debía lograr que fuera estable emocionalmente.

En este momento, nos encontrábamos tumbados en el suelo, con las piernas sobre el sofá, mirando al techo, en completo silencio.

—Han pasado casi quince minutos —me dijo.

—Lo sé, me das la hora cada cinco segundos.

—¿Puedes recordarme para qué estamos haciendo esto?

—Para que aprendas a relajarte y a tener paciencia.

—Me duele la espalda —se quejó—. Me aburre mirar al techo.

—Ten paciencia.

—Como si fuera a conseguir algo de esto...

—¿Quién es la profesional?

—Pues... depende de la rama a la que te refieras, cada quien es profesional en sus cosas.

—¿De verdad? A ver, ¿en qué eres profesional tú?

—En sacarte de quicio, por ejemplo.

Me levanté resoplando, estaba claro que cuando Darren se ponía simpático, no había terapia alguna que pudiese controlarlo.

—Tengo una idea —dije—. ¿Y si vamos a nadar al lago ese que está frente a tu casa? El agua es cristalina y los árboles de alrededor le dan un ambiente muy bucólico. Puede ser divertido.

Y un ejercicio saludable con el que fortalecer su cuerpo y pulmones, que buena falta le hacían.

—Estupendo. Nada tú, y yo te miraré, incluso aplaudiré cuando te zambullas.

—Está bien, supongo que no sabes nadar.

—¿Te crees que voy a caer con algo tan simple como eso?

—Bueno... si sabes nadar, entonces debes negarte por el otro motivo, pero no te preocupes.

—Vale, Leire, picaré. ¿De qué motivo hablas?

—Oh, ya sabes... entiendo que no te apetezca... después de todo, un hombre de tu edad...

—¿Qué quiere decir exactamente eso de *un hombre de tu edad*? —me preguntó, empezando a levantar la ceja.

—Bueno, ya sabes... ya no se tiene la misma agilidad que antes, se te enfrían los huesos, te dan gripes, bronquitis...

—No me jodas —respondió serio. Estaba mirándome como si no hubiera podido insultarlo de peor manera. El ego de los actores...

—De verdad, no pasa nada, señor Matthews, usted quédese aquí tranquilito sentadito en el sofá, sin agitarse, no le vaya a pasar algo.

—¡Vamos al puto lago! Te voy a enseñar yo lo que hace un hombre de mi edad. Como si te sacara veinte años... —farfulló—, me parece una mierda de terapia de críos esto que haces, ¿eh?

Se metió en su habitación emitiendo quejas mientras yo estallaba en carcajadas. Ay, pero que inocente era...

Una vez estuvimos equipados con nuestros correspondientes trajes de baño y toallas, salimos al caluroso jardín y nos acercamos a los escalones de madera que servían de acceso al lago. Iba a comenzar a bajar cuando vi cómo Darren se quedaba atrás, corría unos pasos y se lanzaba de cabeza, salpicándolo todo.

—¿Qué? ¿Qué tienes que decir ahora de mi edad, eh? —preguntó, nadando hacia mí—. ¿Has alucinado, niña?

—¿Cómo? Perdona, no estaba mirando... ¿qué ha pasado?

Como respuesta, tiró de mi mano y me metió en el agua. El fuerte impacto casi no me hizo notar que estaba helada. Casi.

—Eres un rencoroso —tirité—. Voy a hacerte un informe ne... negativo, que lo se... sepas.

—Sí, lo que tú digas —añadió simplemente—. ¿Echamos una carrera?

—Vamos, déjalo ya, solo quería enfadarte para que vinieras, no te pongas pesado.

Empezamos a nadar a nuestro aire. La verdad es que era muy relajante, el agua fría nos despejaba la mente y los movimientos eran beneficiosos para nuestra circulación. En un momento, dejé de tener delante a Darren. Cuando me di la vuelta para encontrarlo, lo vi parado en medio del agua, haciendo gestos raros con la cara.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Un calambre —respondió—. No puedo moverme. Joder...

Entonces, se hundió. Sin más.

Aterrorizada, me acerqué nadando lo más rápido que pude, me zambullí, buceé, busqué, pero no lo encontré. ¡No era posible, estaba allí mismo hacía un segundo! ¡Aquello simplemente no podía estar pasando, no tenía ningún sentido! El corazón me martilleó contra las costillas amenazando o bien con pararse, o con escaparse del pecho y lanzarse al agua por su propia cuenta.

—¿Darren? —llamé desesperada—, ¡Darren! Por favor... ¿Dónde estás? ¿Me oyes?

Intenté ver algo por encima del fondo, pero no había nada. La superficie del agua era clara, casi cristalina. Sentía el pitido de mi respiración acelerada y el miedo abriéndose paso inexorablemente por mi sistema nervioso. No cesé de nadar y gritar una y otra vez, pero no servía para nada.

Empezaba a sentir una leve taquicardia cuando escuché risas desde fuera del lago, me giré, y allí estaba él. Sano y salvo. Iba a matarlo. Bastante temblorosa, salí del agua y subí los escalones para acercarme.

—Eso te pasa por meterte conmigo. ¿Te ha parecido creíble mi cara de ahogado? Es una pena que en el teatro no haya infraestructura para trabajar con agua, creo que lo haría muy bien.

—¡Capullo! —le grité con todas mis fuerzas, dejándolo impresionado.

—¿Qué te pasa? —preguntó anonadado.

—Que eres un imbécil, eso me pasa. ¿Tienes idea del susto que me has dado? Pensé que te había ocurrido algo de verdad, que estabas ahogándote. Intenté buscarte, pero no pude hacer nada, me sentí impotente y culpable, ¡porque había sido idea mía!

Hipé. No iba a echarme a llorar, eso sería lo último en mi lista de acciones, pero estaba tan nerviosa, y el susto me había calado tan hondo... Volví a hipar.

—Lo siento, solo era una broma. ¡Dios, estás temblando! Vamos dentro.

Pero rechacé su oferta, seguí gritándole y golpeando su pecho para desahogar todos mis nervios, que eran muchos.

—¡Eres un inconsciente, un estúpido, cómo has podido...!

No acabé la frase. Su mano derecha se había colocado delicadamente en mi cuello y sus labios habían rozado los míos. Me había besado, levemente, casi sin que lo notara, pero me había besado.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté atónita.

—Para que te sintieras mejor —respondió.

—¿Qué? —exclamé, como si su respuesta hubiera sido lo más ofensivo que había oído en años—. ¿Para qué me sintiera mejor? La gente no se besa para sentirse mejor. ¿Es que no te importa nada la forma en que haces las cosas? ¡Ese no es motivo para...!

Esta vez, me sujetó por la cintura con ambas manos, acercándose hasta su cuerpo mojado con decisión y besándome con una pasión bastante más notable que la primera vez. Con ansias, con deseo, dejándome sin habla, literalmente. Su boca se ancló a la mía y sus manos aferraron mis caderas con precisión suiza. Se me cerraron los párpados mientras notaba sus labios cálidos y húmedos moverse hábilmente a través de mi boca, recorriéndola, aprendiéndose los pasos de ese nuevo baile y memorizando cómo me gustaba a mí que fuera interpretado. Cuando su lengua me invadió, todo contacto con la realidad desapareció para mí. Ya no había lago, ni agua fría, ni suelo bajo mis pies, solo los embates húmedos de su lengua barriéndome por dentro.

Me dio un leve mordisco en el labio inferior, y después, se apartó, mirándome como si esperara una reacción por mi parte.

—Ahora... debes preguntar por qué lo he hecho —dijo, aún sin soltarme, con la voz muy baja.

—¿Por... por qué lo has hecho? —exclamé obedeciendo, ya sin rastro de enfado, mirándolo dudosa.

—Porque me gustas. —Me miró, sus intensos ojos clavados en mí—. Y te equivocas en algo, no es que no me importe cómo hago las cosas, porque las hago a mi manera. Me gustas, y esto es lo que hay, así es como lo demuestro. Por una sola vez, quédate callada, no digas nada... y besémonos otra vez.

—Joder, Leire, ¿quieres parar? ¿No decías tú que los adultos hablan las cosas?

—¿Hablar? ¿Hablar? ¿Y de qué quieres hablar? ¿Del tiempo, deportes, el deshielo de los polos tal vez?

Tras lo ocurrido en el jardín, yo había optado por salir, literalmente, huyendo. Ahora caminaba con rapidez por el salón, tratando de encerrarme en mi dormitorio para no tener que pensar más en aquel asunto, algo que, por supuesto, era todo lo contrario a lo que Darren esperaba. Por eso me seguía, incansable, y se negaba en absoluto a dejar aquello por la paz. Teníamos que hablar, decía, y no parecía dispuesto a darme una tregua. Maldito fuera.

—De nuestro beso —dijo con simpleza.

—¿Nuestro beso? Perdona, pero has sido tú —dije señalándolo con un dedo acusador—, el que ha besado a alguien aquí.

—Bueno, yo empecé, pero tú no opusiste resistencia, todo lo contrario.

—¡No es cierto!

—¡Claro qué lo es, soy adulto, sé cuándo me están besando!

—Oh, por Dios, esto es ridículo.

—Tienes razón, solo fue un beso inocente, no es que te haya pedido matrimonio.

—¿Inocente? ¿Inocente? Fue... fue... —busqué algún apelativo que sonara fuerte, algo que expresara mi estado de nervios, algo para que comprendiera cómo me sentía—. ¡Fue con lengua!

La cara de Darren era un poema.

—Eh... sí, bueno, un poco... ¿se supone que debo sentirlo? Tanteé, tú abriste la boca... ¡Joder, espera!

Me agarró por el brazo, girándome suavemente hasta quedar frente a él. Aún seguía con restos de agua de nuestro baño escurriendo por todas partes, y ni siquiera nos habíamos parado a vestirnos tras... los hechos. Intenté focalizar todos mis pensamientos en el estado deplorable en que estábamos dejando la casa, pero volví a fracasar.

Yo solo quería salir de ahí lo antes posible. Aquello parecía ir de mal en peor. Desde el acuerdo de ser compañeros de sueño, todo se había precipitado, como si nuestra relación profesional estuviera convirtiéndose en un tren que estaba destinado al descarrilamiento.

Había sido culpa mía, yo lo había permitido. En las circunstancias en que Darren se encontraba, se suponía que la adulta con dos dedos de frente allí era yo. La mentalmente estable era yo. ¿Qué coño hacía besándolo como una quinceañera en la orilla del lago?

—¿Qué pasa? ¿Por qué reaccionas así? —preguntó—. ¿No te gusto?

—No se trata de eso. No lo entiendes.

—No me has contestado.

—Digamos que... físicamente, no eres desagradable.

Darren arqueó una ceja. Parecía estarse divirtiendo mucho a mi costa, convencido, como parecía estar, de que su tremendo atractivo me había robado todo el raciocinio.

—A lo largo de mi vida me han dicho muchas cosas, en serio, toda clase de piropos, en varios idiomas incluso. Creí que lo había oído todo, pero ese es nuevo.

—¡Olvídalo! Escúchame bien, no quiero que vuelvas a hacer eso que has hecho, ¿entiendes?

—¿Hacer qué? —preguntó con una media sonrisa.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Besarte hasta perder el aliento? ¿Abrazarte? ¿Acariciarte? ¿Las tres cosas a la vez?

—Hablo muy en serio, Darren. No puedes volver a hacerlo. Nunca.

—¡Vamos!, nunca es mucho tiempo, ¿por qué no? —Me miró realmente perdido, era consciente de que algo se le estaba escapando, y capté el momento exacto en que comprendió que la situación era mucho más seria para mí de lo que parecía—. ¿Cuál es el problema con todo esto?

—Mira, comprendo que te sientas agradecido por lo que he hecho por ti, te he ayudado y escuchado en momentos muy duros y...

—Para, para, no te he besado porque quiera darte las gracias, eres una gran terapeuta, de verdad, la mejor que he conocido, pero sé cuáles son mis sentimientos hacia ti. Me gustas, me gustas de verdad, como mujer.

—Convives conmigo, has pasado mucho tiempo solo, es normal que... bueno, al no tener otra cosa...

—¿Crees que todo se basa en que, como hace tiempo que no tengo pareja, al verte cerca me es imposible controlarme? No soy un animal.

—Lo sé, no quería ofenderte, ya sé que no lo eres, pero... bueno, cuando salgas a la calle y veas a todas esas otras, pues...

—Me gustas tú. —Se puso serio, seco—. Todo tu razonamiento empieza a cabrear. No tiene ningún sentido. Quiero que me digas qué es lo que pasa, me atraes, ¿es tan difícil entenderlo, sin más?

—¡No lo repitas! —dije—, tienes que... que... ¡hacer algo para que se te pase!

—Está bien, me tomaré un jarabe a ver qué tal —declaró con sorna—. Basta, hasta ahora has mostrado ser muy cabal, deja de actuar como una niña.

—Tú y yo no podemos tener una relación, no es posible, compréndelo, por favor.

—¿Por qué no podemos? Que yo sepa, ambos estamos libres y sin compromiso, y es obvio que estamos sintiendo algo el uno por el otro, se nota en el ambiente, lo sé, no puedes negármelo.

—Eres un actor. Famoso —exclamé, como si aquella fuera una razón de peso. No era la primordial, pero sí uno de los elefantes que teníamos en nuestro concurrido salón—. Eres una estrella a la que tengo el deber de devolver a su lugar.

—¿Ahora pretendes hacerme creer que eso tiene alguna importancia? Sabes perfectamente que eso es en lo último que piensas cuando me miras. Y sabe Dios que por cómo nos hemos conocido, mucho de lo que piensas puede hacerte desear salir corriendo. Pero hay algo más, algo profundo... algo por lo que te quedas.

Respiré hondo, pretendiendo aparentar calma, una calma que por supuesto no sentía. Aún podía notar el aliento de Darren sobre mis labios y sus manos mojadas en mi cintura.

—Eres mi paciente, y yo, moralmente, estoy obligada a no involucrarme contigo más de lo debido, mis convicciones me lo impiden. Y no me jugaré mi prestigio por nada, sienta lo que sienta.

—¡A la mierda con eso!

—No, Darren. Para mí, eso lo es todo.

—Mírame, olvídate de las estrellas, de la moral y del trabajo. —Me cogió la cara con sus manos—. Olvídate de mí y de todo lo demás, piensa solo en lo que quieres tú.

—Respeto mi decisión. Por favor.

—¿Y quién respeta mis sentimientos? ¿Acaso no me animabas tú a expresarlos?

—No creo que estés seguro de lo que sientes, hemos pasado demasiado juntos, han sido tantos momentos... incluso hemos dormido juntos, lo que, dadas las circunstancias, espero que comprendas que no podrá volverse a repetir.

No tenía que haber empezado, en primer lugar.

Resopló, alejándose unos metros. Se apretó el puente de la nariz con una mano mientras con la otra se alborotaba el pelo, que al estar mojado tenía el tono del bronce fundido. Cuando me volvió a mirar, parte de su serenidad se había desmoronado, parecía casi desesperado, incomprendido, como si faltara un nexo que uniera todo lo que él quería decir con lo que estaba diciendo yo.

—Solo contesta a un par de cosas, ¿estás interesada en otro hombre?

—No —dije débilmente—, pero eso no viene al caso.

—Bien, ¿te soy indiferente?

—Yo... mira, esto no va a llevarnos a ningún sitio.

—¿No puedes responder a eso verdad? Porque no es cierto, porque tú también me besaste, lo noté, lo sentí.

—Mira, Darren, para mí, ahora, lo único importante es terminar tu tratamiento, que te encuentres mejor y que puedas volver a tu vida. A la de verdad.

—Para eso no falta mucho, y cuando pase, ya no seré tu paciente, ¿no es verdad? Ya no tendrás ninguna obligación moral que te impida fijarte en mí. No existirá ninguna ley de no... confraternización o alguna gilipollez por el estilo que nos impida saber dónde lleva esto, ¿es así?

No dije nada. Me limité a bajar la cabeza intentando serenar mis nervios.

—Dime que no te gustó. —Se acercó, hablando lentamente—. Dime que no te han temblado las rodillas, que no se te ha quedado la mente en blanco y que no has sentido mariposas en el estómago. Dime que no deseas que vuelva a suceder.

Levanté los ojos para mirarlo, estaba muy, muy cerca.

—Había querido besarte desde que entraste por esa puerta el primer día —alzó las manos, sujetándome por los hombros con suavidad—, a riesgo de parecer un engreído, he estado con otras mujeres... con varias mujeres. Tengo experiencia. No puedes simular que no has respondido, porque eso es algo que no se puede esconder.

—Solo te pido que... respetes mi postura, yo...

—Me controlaré, pero ya sabes que la paciencia no es una de mis virtudes.

—¿Qué... qué quieres decir?

Su mano colocó un mechón de pelo húmedo tras mi oreja, y luego me acarició el cuello con los dedos. Sus manos eran una tortura, arriba y abajo por mis hombros, creando cosquillas por toda mi epidermis y haciendo que las rodillas se me volvieran de gelatina, como a una quinceañera que recibe la primera sonrisa de un chico.

—Aceptaré que necesites unos días para pensar y aclarar tus ideas, pero sé que tu corazón oculta algo, y ahora que he dado el paso, no pienso echarme para atrás.

Incapaz de soportar aquella tortura un segundo más, me di la vuelta y me encerré en mi dormitorio, con el corazón latiendo a mil kilómetros por hora y el vello erizado. Lentamente, me pasé los dedos por los labios y cerré los ojos. Estaba convencida de que jamás, hiciera lo que hiciese, podría olvidar aquella sensación.

Los días pasaban lentamente, sumidos como estábamos en una convivencia incómoda. Con frecuencia, discutíamos y nos gritábamos por tonterías sin sentido para desahogar nuestra mutua frustración. Una vez más, me había precipitado al decir que habíamos encontrado un cómodo equilibrio en el que convivir. Todo se había ido al traste tan repentinamente como había venido.

Y mi trabajo como su terapeuta, mis normas y mi profesionalidad habían hecho *mutis* de una manera alarmante.

Darren se había tomado en serio el concederme únicamente unos días para definir mis sentimientos, y una vez que transcurrieron, se propuso firmemente seducirme y conquistarme a cualquier precio, tentándome constantemente para luego alejarse y dejarme sumida en la turbación.

Quería que le confesase lo que sentía, y yo lo sabía, pero me aferraba fuertemente a mi decisión y profesionalidad. Aunque me doliera en el alma tener que rechazar sus caricias, aunque soñara cada noche con sus labios, y por mucho que me costase, no cedería. De hecho, fuera de lo estrictamente necesario, pasaba la mayor parte del tiempo lo más alejada de él que podía. Hacía lo que fuera, con premeditación, para evitar cruzarme con él o mantener cualquier conversación que se alejara de su tratamiento.

Por otro lado, la terapia continuaba exitosamente. Había conseguido que Darren saliese al pueblo a pasear, al menos, unos minutos, y aunque nuestras horas de sueño compartidas habían quedado estancadas, el insomnio había presentado una mejoría notable. Por lo demás, la rutina de la casa era bastante voluble. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Había momentos en que casi nos matábamos, y otros en que intercambiamos brevísimas miradas de dolor y pesar.

—¿Qué te apetece comer? —le pregunté.

—¿Qué me ofreces? —respondió, dando pie, como casi siempre, a que mis nervios se alterasen.

—Comida, por supuesto.

—Obviamente, ¿por qué la aclaración?

Me di la vuelta y comencé a cocinar, intentando dejarlo estar, pero al poco, sentí su presencia muy cerca de mí, hablándome casi al oído.

—Si necesitas más manos... tengo dos —me dijo.

—Mantén tus manos fuera de mi perímetro, tengo cuchillos y sé cómo usarlos.

Respiró profundamente en mi cuello, y el cuchillo se cayó de mi mano mientras yo cerraba los ojos. Lo que había empezado en mí como una súbita atracción iba haciéndose más fuerte, y aquello me aterraba, porque era mucho más difícil renunciar a algo que te iba germinando dentro, incluso sin que yo pretendiera que fuera así.

—No tienes por qué hacernos esto, no tienes por qué castigarte a ti misma, no es nada malo lo que sentimos.

—Mi jefe me mataría si se enterase de que he roto las normas —me excusé, debía mantener mi negativa en pie.

—Él no está aquí ahora, solo estamos tú y yo. ¿Sabes algo? —Se acercó más, hablando en un susurro—. Anoche soñé contigo.

—¿Ah, sí? —Todo mi cuerpo concentrado en sonar desinteresada.

—Sí. Soñé que te tenía en mis brazos y que nos amábamos de tal forma, que temblaron las cuatro paredes de esta casa.

—Me... alegre de que puedas... dormir por las noches, es una buena señal.

Lo empujé levemente y continué poniendo la mesa mientras él me miraba con los ojos apagados. Le estaba haciendo daño y yo lo sabía, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Me gustaría que fueras sincera conmigo —dijo en un tono menos sensual que el anterior.

—Me parece que lo he sido.

—No es cierto. ¿Cuánto tiempo pretendes que estemos así? Es insufrible, y bien lo sabes.

—Eres tú el que no para de acercarse y decirme esas cosas, no es culpa mía.

—No puedo evitar hacerlo, conoces mis sentimientos, sabes que se me enciende la sangre cada vez que te veo, no es ningún secreto. Pero tú evades el darme una respuesta.

—Mi trabajo me impide tener cualquier tipo de relación extra profesional contigo, somos amigos, aunque ni siquiera sé si eso está bien, pero es lo que hay. Lo siento. Asímelo y sigamos adelante.

—Mírame a los ojos y repítelo. —No lo hice—. ¡Mírame y dime que no sientes nada! ¡Hazlo!

—¡No puedo!

Salí de la cocina, me encerré en mi dormitorio y me permití unos momentos de tristeza. Cuando decidí salir y despejarme, todo estaba oscuro. Busqué a Darren entre cerrando los ojos y lo encontré dormido en el sofá, como solía hacer últimamente. Sin poderlo evitar, me acerqué a él.

Me arrodillé en el suelo, contemplando su semblante serio. Aparté con dedos temblorosos el pelo de su cara, acariciando su frente, sus mejillas, sus labios... Su rostro había ganado forma, y su mandíbula ya no parecía tan prominente en comparación con el resto de sus facciones. Las ojeras bajo sus ojos habían redimido. Deslicé el dedo por el puente de su nariz, ahogando un suspiro que se me atascó en el alma.

—No sabes cómo me duele no poder cerrar los ojos y lanzarme a tus brazos, no imaginas cómo todo mi cuerpo y mi corazón me lo gritan, pero temo que de hacerlo no logre mi cometido, y tengo que conseguirlo, tengo que salvarte, tengo que evitar que recaigas en esa oscuridad en la que te encontré, porque me importas y no quiero que te dañes a ti mismo. Sé que te hago daño con mi rechazo..., pero creo que es lo correcto, por favor, entiéndelo, porque antepondré ese deber ante cualquier cosa, incluso ante mí misma.

Lo besé levemente en la mejilla y me alejé de él. Me apoyé en la ventana, abriendo levemente la persiana y contemplando el brillante sol, hasta que de repente oí unos pasos y, extrañada, me giré.

—¿Darren?

—Basta, se acabó —me dijo, serio.

—¿De qué...? Creí que estabas... que dormías.

—Lo sé, por eso te has acercado a mí, por eso te has confesado y me has acariciado, porque pensabas que no lo notaría.

—Yo... mira, puedo explicar eso, salí y...

—No quiero que te excuses, lo que quiero es que dejemos de sufrir, sabes cómo me duele tenerte a la vez tan cerca y tan lejos, y ahora he podido comprobar que tú también estás luchando contra ti misma, y no tiene ningún sentido.

—Es mi decisión, Darren. Es lo que quiero.

—No es cierto, eso no es lo que quieres, y si no eres capaz de ser sincera contigo misma y dejarlo salir, entonces, yo lo haré por ti.

Antes de que pudiera asimilar a qué se refería con aquella afirmación, Darren colocó sus manos en mi cuello y me besó.

Era un beso tan fogoso y apasionado, que nos tambaleamos, quedando apoyados en el cristal del ventanal que daba a la calle, mientras continuamos besándonos como si fuera el último día de nuestras vidas. Me sujetó la cara con las manos, poniendo punto y final a aquel periodo de gracia que me había concedido para aclararme las ideas. Sus labios mimosos separaron los míos, y cuando su pasión se adentró en mí, ya no quedó espacio para nada más. Llevada por la inercia, coloqué mis manos en su cuello, acariciando su pelo, mientras él las bajaba lentamente hacia mi cintura, para acercarme aún más a su cuerpo.

Podía escuchar claramente los sonidos guturales que escapaban de su garganta, nacidos de la pasión proveniente de aquel beso ruidoso, húmedo, cálido, ardiente. Un beso que necesitábamos como vivir, que nos habíamos estado negando sin darnos cuenta de que eso nos estaba consumiendo a los dos. Nunca en toda mi vida había experimentado algo como aquello, sentía que todo mi cuerpo estaba ardiendo al compás del de Darren, pero por alguna extraña razón, me habría quemado en aquellas llamas toda la vida, habría hecho cualquier cosa, dado cualquier cosa, con tal de que el momento no cesara jamás.

Tan enardecidos el uno en el otro nos encontrábamos, que no notamos que alguien se acercaba por el caminito que separaba la casa del lago. Solo lo percibimos cuando el timbre de la puerta sonó, despedazando nuestro momento mágico de pleno y sin darnos tiempo casi a recuperarnos. Agitados, separamos nuestras bocas unos milímetros para mirar hacia la puerta. El cristal del ventanal estaba totalmente empañado, pues la casa se encontraba cerrada y nuestras respiraciones eran agitadas.

—Es el médico —susurré con voz trémula—. Había olvidado que venía hoy a revisarte. Dios mío... ¿cómo se me ha podido pasar? No puedo creer...

Darren alzó su mano y la pasó por mis labios, mirándome.

—Tranquila, calla. —Cogió aire, serio—. Esto no ha terminado aquí —me dijo en un susurro—, es solo el principio, te lo aseguro. Ni siquiera pienses que vas a escaparte otra vez. Ahora, calma, respira.

Después de respirar hondo, abrí la puerta, hice pasar al doctor y aparenté toda la normalidad que pude. Mientras él saludaba a Darren, ambos nos miramos. Sabíamos que no podríamos retrasar el momento de la verdad mucho tiempo más. Aquello nos había estallado en la cara, y tarde o temprano íbamos a tener que hacerle frente a la realidad de la situación.

Ya no había escapatoria posible.

El médico cualificado para hacer una valoración preliminar sobre el estado de la terapia, y cuya función era principalmente dictaminar si era o no necesario el recetar medicamentos, estuvo casi una hora entera revisando y entrevistando a Darren. Le hacía todo tipo de preguntas, personales y profesionales, así como pruebas de diversa naturaleza. Mientras tanto, yo contemplaba la escena nerviosa, en parte por lo que había ocurrido antes entre nosotros, y en parte por la salud de Darren, que era algo primordial para mí.

Una vez que la visita terminó, Darren procedió a darse una ducha, sin decirme nada, pero ofreciéndome una mirada que no dejaba lugar a explicación. Entretanto, el doctor me notificó sus impresiones.

—¿Cómo lo ha encontrado? —Mi angustia era palpable, temiendo que descubriera lo ocurrido.

—Pues... tenía la tensión un poco alta y las pulsaciones disparadas.

—Oh... —intenté parecer sorprendida—, pues no sé cómo habrá podido agitarse... —Y esperaba de todo corazón que no quisiera tomarme la tensión arterial a mí.

—Bueno, afortunadamente no es nada grave, no hay signos de depresión, parece que su trabajo está ofreciendo frutos, él me ha hablado muy bien de usted. Puede sentirse orgullosa por la profesionalidad con que está llevando este asunto.

—¿De verdad? ¿Ha hablado bien de mí? ¿Lo ha hecho? —Sentí como me ponía colorada—. ¿De verdad?

—Todavía se muestra un poco reticente a abandonar esta casa, pero si la terapia continúa avanzando como hasta ahora, estoy convencido de que en muy poco tiempo lo tendremos en los grandes escenarios haciendo su trabajo.

Sonreí ampliamente ante esa perspectiva y despedí al doctor.

—¿Y bien? ¿Cuándo me vais a encerrar en el manicomio? —dijo Darren, aún remojado de la ducha, nada más oír irse al médico.

—Lamento desilusionarte, pero estás casi sano, así que nada de ingresos. Ni siquiera vas a necesitar antidepresivos.

—¿En serio? Caramba, nunca lo habría imaginado.

—Oye, Darren, voy a ducharme y a escribir los avances y las conclusiones del doctor para luego mostrárselo a mi jefe. Tengo muy atrasada la bitácora de seguimiento y es muy importante que la presente cuando acabe el tratamiento.

Él asintió con la cabeza y se fue a la cocina, mientras yo me encerraba en mi dormitorio a poner en orden mis ideas. Ninguno de los dos comentamos lo sucedido anteriormente, quizá porque no había nada que lo excusara o quizá por temor de que, al sacar el tema, nos fuera imposible contenernos. Intenté no pensar en ello y centrarme en mi trabajo administrativo; el hilar las frases y sumergirme en distintas teorías terapéuticas siempre me servía para alejarme del mundo, y pareció dar resultado también esa vez. Una vez hube pasado a papel todo lo acontecido, me duché y vestí con un sencillo vestido de lino a media pierna. Tenía el pelo suelto y no me había maquillado.

Consulté el reloj y concluí que era hora de cenar, por lo que salí de la habitación dispuesta a preparar algo de comer, tal como establecía el no registrado nuevo rol que yo tenía en la casa, aunque dadas las mejoras de conducta de Darren, quizá me planteara pedirle que, a partir de aquel momento, fuera más colaborativo en la cocina. Interactuar con el medio que lo rodeaba y proveerse de unos hábitos saludables podría venirle muy bien. Decidida a hacerlo, me encaminé por el pasillo que se bifurcaba entre el salón y la cocina, y me quedé parada a medio camino ante lo que vi.

Darren estaba poniendo copas en una improvisada mesa en el jardín, donde también había un par de velas y una botella de vino. Un mantelito rojo a cuadros se mecía suavemente con el airecillo nocturno. Aprecié una cesta de pan troceado y un bol rebosante con ensalada verde. La vinagrera estaba en el centro de la mesa, y las servilletas, dobladas sobre los platos.

—¿Qué es esto? —inquirí, aún con la boca abierta mientras me acercaba.

—Verás... —parecía nervioso—, como estos días hemos discutido mucho, pues... quería compensarte por mi mal carácter con una cena.

—No sé qué decir... —Estaba emocionada. Esa era la verdad. El gesto era romántico, y no importaban ni las circunstancias adversas, ni quiénes fuéramos nosotros, ni lo complejo de nuestra situación. Lo único real e importante era que había tenido un detalle romántico y tierno para conmigo. Y lo disfruté sin cuestionarlo.

Me sonrió, cogiéndome de la mano y acercándose a una de las sillas que había colocado en el jardín. La apartó con galantería, haciéndome sonreír, y luego me puso la servilleta sobre las piernas.

—Entonces no digas nada. Vaya... estás preciosa, si se me permite la obviedad. Ve empezando, enseguida estoy aquí.

Dejó la botella de vino descorchada sobre la mesa, y yo aproveché para llenar las copas hasta la mitad. El tinto estaba en su punto de frescura, y aunque poco entendía yo de vinos, parecía ser de una cosecha excelente. Di un sorbito que me bajó por la garganta. El aroma afrutado se emparejaba perfectamente con el rastro de dulzor que dejaba el licor en el fondo de mi garganta. Suspiré, oyéndolo trastear en la cocina preparando los platos. Según tenía entendido, por alguna de aquellas múltiples biografías no autorizadas que circulaban sobre él, Darren había trabajado en el mundo hostelero antes de dedicarse a la interpretación. Parecía que recordaba bien su pasado y estaba sacándole partido.

—Así que una cena para hacer las paces, ¿eh? —dije, sonriendo en su dirección—. No está mal... ya sé lo que debo hacer para que colabores más a menudo.

—Sí, tenos que fumar la pipa de la Paz, o bueno, yo la fumaré mientras tú me echas la bronca por ello.

Trajo dos grandes platos, colocó uno frente a mí y el otro en el que era su sitio y entonces se sentó. Destapó las bandejas, dejándome ver un par de rollitos de verduras, arroz tres delicias y una selección de fideos con gambas y pollo servido con salsa de limón.

—¿Has preparado comida china? ¿En tan poco tiempo? ¡Es increíble!

—Bueno, para ser sinceros... he llamado al restaurante chino, y ellos han preparado la comida, pero lo que cuenta es la intención, y esa ha sido toda mía. —Ambos nos echamos a reír.

Cenamos más o menos en silencio, comportándonos como si nada hubiera pasado, como si aquel fogoso beso no hubiese existido, aunque nuestras miradas nos delataban. Pensé que alguien debía romper el hielo y llenar el silencio con algo antes de que se volviera incómodo o saliera a relucir el asunto del que prefería no hablar.

—Todo esto es precioso, mira qué paisaje —le dije mientras observaba la tranquilidad de las aguas del lago y el brillo de la luna.

—Es lo más hermoso que he visto jamás.

Dirigí mis ojos hacia él, que me miraba a mí.

Acabamos con la cena y comenzamos a recoger los platos y copas al cabo de unos minutos más, cuando empezó a refrescar. Guardamos las sobras en la nevera, para el día siguiente, y yo me encargué de ponerle el corcho al vino y dejarlo reservado en el botellero para otra ocasión. Me sentía cómoda, pues en ese momento el ambiente estaba lleno de amistad y buenas vibraciones. Habíamos charlado, comido, reído...

Cuando empecé a oír la lluvia cayendo sobre el suelo de la terraza, decidí cerrar las puertas y dejar las cortinas medio descorridas. Siempre me había gustado mirar la lluvia desde dentro de la casa, y aquella no era una excepción. Me tensé cuando vi su reflejo a través del cristal.

—Me parece —dijo la voz de Darren desde mi espalda—, que ya que yo he puesto la cena y el servicio, tú deberías encargarte del postre, ¿no te parece justo?

—Bueno, para ser completamente sinceros, tú solo has comprado la cena. —Me giré, dedicándole una sonrisa—. Como no me has avisado, no he podido preparar nada, no tengo ninguna cosa que pueda servir de postre.

—Tú eres el postre.

Y con aquellas palabras bordeó mi cintura con sus manos, precipitando sus labios contra los míos en un beso que no pude ni quise evitar.

—Darren, no, por favor...

Me solté de su tentador abrazo, alejándome de él cuanto pude, respirando hondo y rogando tener fortaleza para evitar hacer aquello que deseaba desesperadamente.

—¿No? Durante unos gloriosos minutos has dejado actuar a tu corazón, como lo hiciste antes cuando me besaste con toda tu alma. —Me acarició los hombros, colocándose detrás de mí—. Muero de hambre y de sed, y tú eres un manjar que se pasea ante mis ojos...

Respiré hondo, sintiendo su boca en mi cuello, en una tortura deliciosa, cerré los ojos, ansiando dejarme llevar, necesitándolo. Busqué refrenarme de forma automática, con lo que fuera, la misma cantinela de siempre, enarbolada como un estandarte que me salvara del precipicio donde ya estaba asomada.

—Mi trabajo... las normas...

De súbito, Darren me giró, mirándome intensamente, con los ojos brillantes de deseo, de desesperación, de enfado irracional. Negó con la cabeza.

—Mira las cosas del modo más simple —dijo—, nada de médicos y pacientes, nada de estrellas, nada de leyes. Yo soy un hombre, y tú, una mujer, única y exclusivamente.

Acaricié su pelo con mis manos, su cara, su cuello... anhelándolo y necesitándolo más que al aire que respiraba.

—Respóndeme a algo, Darren —continué acariciando su pecho mientras el calor y la cercanía entre nosotros aumentaba—, si yo soy una mujer que te desea...

¿Qué pasas a ser tú?

—Un hombre al que tendrás.

Nuestras bocas se devoraron, y ya no cupo ni una sola duda más.

Todo adquirió un matiz de lenta dulzura, pues ahora estábamos convencidos de que nada ni nadie podría detener nuestras ansias de amarnos, por lo que pensábamos disfrutarlo intensamente.

Desabroché la camisa de Darren con dedos temblorosos e intentando ver los botones a través de su cabeza, que se encontraba perdida en mi cuello, haciendo no sé muy bien qué, pero que me encantaba. Frustrada en mis torpes intentos, dejé caer las manos, manteniendo mi trabajo inacabado, ante lo que Darren alzó la cara y me sonrió con ternura, besándome levemente en los labios.

—Relájate —me susurró—, tenemos toda la noche, toda la vida, pienso gozar de cada momento, no hay prisa.

—Espera un momento, no te muevas —repuse.

Colocó sus manos a su espalda y contempló, riendo, como yo acababa con aquellos infernales botones, ahora sin nada que me lo impidiera.

—¡Por fin! —exclamé triunfante, entonces lo miré y pasé las manos por su pecho desnudo—. Dios mío... si fueras un pecado, no tendrías perdón de Dios.

Se rió, negando con la cabeza, antes de besarme con toda su pasión y su apetito, acariciando mi cintura, mi pelo, mis hombros. Nos mirábamos, nos reíamos, nos volvíamos a mirar y nos besábamos. Nos encontrábamos tan sumamente felices, que no sabíamos cómo expresarlo, estábamos cómodos el uno en brazos del otro, como si aquello hubiese sido lo normal en toda nuestra vida, como si hubiésemos nacido para amarnos de aquella manera. Despacio, fuimos dirigiéndonos hacia el dormitorio de Darren, que nada más entrar, apagó la luz, dejando la estancia solamente iluminada con la luz de la luna que se colaba por la ventana. Nuestros suspiros eran lo único audible en la casa, que estaba sumida en un silencio íntimo y sensual. La situación no podría haber sido más erótica, más especial, ni aunque nos hubiéramos esforzado en prepararla.

—Dime que no es un sueño —me pidió, intentando recuperar el aliento—. Prométeme que es verdad, que serás mía, que cuando despierte, seguirás en mis brazos. Dime que no vas a seguir intentando huir...

—Te lo juro —le dije, llevando sus manos a los botones de mi vestido—. No tengo fuerzas para seguir nadando a contracorriente. No puedo más...

—Ahoguémonos entonces.

Con manos diestras, soltó todos los botones, teniendo bastantes menos dificultades que yo, mientras lo besaba sin poderme ya contener. Sus labios eran adictivos, dulces, armónicos, pura melodía a través de mi boca, sobre ella, dentro de ella, un baile dulce y cadencioso que no podía ni quería dejar de bailar. Lentamente, deslizó el vestido con delicadeza por mis hombros, hasta dejarlo caer, y pasó sus manos por mi espalda, ocasionándome un estremecimiento.

Cuando nuestros cuerpos tocaron la superficie blanda y suave del colchón de la cama, las bromas y risitas nerviosas acabaron, las palabras sobraron, siendo sustituidas por miradas anhelantes, por suspiros de placer, por anhelo que se hacía líquido en la forma de nuestra transpiración entremezclada. Darren respiró hondo y, en contra de sus propios deseos, paró de tocarme y besarme, se aclaró la garganta y me habló con voz ronca y sin poder construir las frases de manera muy lógica.

—Yo... si por algún motivo aún dudas... no tienes por qué...

Como respuesta, lo atraje hacia mí, acariciando su espalda mientras me besaba, dispuesto a dármele todo en aquella maravillosa noche. Poco a poco, la ropa se acabó y ya no hubo nada que separase su cuerpo del mío. La lluvia se había vuelto torrencial, mojaba la calle y golpeaba las ventanas, mientras nosotros nos recorriamos con bocas y dedos, empapados con nuestra propia pasión. En un momento determinado, perdido entre los besos y los gemidos, entrelazamos fuertemente nuestras manos y entonces, por fin, después de tantos sueños, de tanta tensión, de tanto sufrimiento, nos fundimos en uno solo.

En aquel instante glorioso, yo solo pude susurrar su nombre mientras se me quedaba la mente en blanco. En el rostro de Darren se formó entonces una profunda sonrisa, la más grande y sincera que había lucido nunca, y supe que había abandonado la oscuridad, que sus temores habían quedado atrás, ya no más dolor, no más aislamiento. Estaba curado con mi amor. Había encontrado la luz en mi interior, en la comunión de nuestra pasión, en el efímero pero potente momento de máxima unión, él había encontrado su propia razón para seguir adelante. Saberlo, ser consciente de ello, vivirlo, fue algo maravilloso. Le besé la frente, emocionada.

Abrimos los ojos y nos miramos, sabiéndonos el uno del otro, y entonces nos lanzamos al abismo de la lujuria y la pasión.

Los besos y las caricias no cesaron, nuestras respiraciones cada vez resonaban más en aquellas cuatro paredes. Las sábanas se mojaron de amor y de felicidad, y todo a nuestro alrededor pareció desaparecer, absolutamente todo carecía de sentido, lo único real, lo único válido éramos Darren y yo en nuestro estado de profundo éxtasis. Hicimos el amor durante segundos, minutos, horas, días, meses, años, lustros, décadas... era la primera vez y al mismo tiempo, parecía la última. El tiempo se paró, el mundo se terminó, entramos en otra dimensión, en una propia, donde solo existíamos los dos, sin espacio ni cabida para nadie más.

En la cresta del placer, todo era poco para expandir nuestro inmenso deseo el uno del otro, con lo que yo clavé mis uñas en su espalda al mismo tiempo que sentía sus dientes en mi cuello, mostrándonos la intensidad de lo que estábamos experimentando. Aprendimos a satisfacernos mutuamente, como si hubiésemos nacido destinados a ser amantes durante el resto de nuestra vida, como si nuestras existencias ya solo sirvieran para mantenernos acoplados. Nos entregamos hasta la más pura y total extenuación física y mental, y cuando nuestras fuerzas nos abandonaron, dejándonos flotando en algún indeterminado lugar del cielo nocturno, yo sonreí, con los ojos cerrados, mientras Darren se derrumbaba, dejando caer su peso sobre mí y apoyando la cabeza en mi hombro.

No nos dijimos nada, ni siquiera movimos un músculo. Simplemente nos encerramos en nosotros mismos, rodeándonos con nuestros brazos y cubriéndonos con las sábanas en un último y valiente esfuerzo físico, para que ni siquiera el aire pudiese tocarnos mientras nuestros corazones gritaban de júbilo en nuestros pechos.

Abrió los ojos cuando la luz del sol irrumpió molestandamente en la habitación, recordándome que no habíamos tenido la precaución de echar las persianas. Inmediatamente sentí unos dedos que se paseaban libremente por mi espalda, y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

Me cubrí con la sábana y procedí a darme la vuelta, pues me hallaba tumbada boca abajo, me incorporé y a mi lado encontré a un sonriente Darren, que estaba sentado, apoyado en el cabezal de la cama, tapado hasta la cintura, mirándome.

—Hola tú —le dije tontamente.

—¿Qué hay? —preguntó en el mismo tono.

Lancé mis brazos a su cuello y nos besamos apasionadamente durante unos minutos, para luego apoyarme en su pecho, jugueteando con su mano. Estaba rendida, todo mi cuerpo débil tras las ascuas de la pasión.

—¿Cómo estás? —me preguntó, acariciándome el pelo.

—Bien, estupendamente, pero cansada, agotada.

—Eso es bueno —sonrió—, quiere decir que he tenido un rendimiento aceptable.

—Oh, más que aceptable diría yo, unos cuantos escalones por encima del aceptable.

Le sonreí, contemplando como su rostro se hinchaba de orgullo ante mis alabanzas de sus cualidades amatorias, ¡hombres! Por lo visto, el ego profesional no era lo único que aflora en los momentos más insospechados.

—He esperado esto desde hace tanto... —me dijo—, ha superado mis sueños con creces, ha sido... espectacular, maravilloso.

—Lo ha sido, pero no entiendo cómo, con lo fuera de juego que quedamos, estás despierto ya. —Emitió una mueca de culpabilidad.

—Me levanté hace un rato para... tomar... el aire.

Me di la vuelta y lo miré con la ceja levantada, tapándome el pecho con la sábana y lanzándole mi mejor expresión acusadora, incluso señalándolo con el dedo, montando una escena completa.

—¿Has ido a fumar, verdad? ¡Pero qué típico!

—¡Oh!, no vayamos a discutir ahora por favor.

—Tienes razón, mejor vamos a desayunar, me muero de hambre.

Cogí mi ropa interior y su camisa y me precipité hacia la cocina, riendo ante las quejas de Darren, que se negaba a que nos levantásemos.

—Permitiré que comas —concedió magnánimo—, pero durante el resto del día no vas a abandonar esa cama. ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo deseándote? Pienso cobrármelo todo. Incluidas esas botellas de vino que lanzaste a las alcantarillas.

—Lo que tú digas, cielito. —Le guiñé un ojo, y luego nos sentamos a comer.

—¡Me encanta que me llames así! —Nos reímos como un par de tontos —. Buscaré algo igual de cursi para ti.

Sacamos leche, tostadas, café, zumo, galletas, magdalenas y un sinfín de cosas para recargar nuestras gastadas energías. A menudo nos rozábamos *accidentalmente* al abrir la nevera o dejábamos caer sutiles besos aquí y allí, devorándonos con la mirada como un par de chiquillos. Ya no podía recordar los motivos por los que aquello había tardado en pasar, mi sentimiento de culpa se había esfumado, al igual que todas mis reticencias. Me sentía feliz, satisfecha y colmada. Quería disfrutarlo durante unos momentos más.

—Es curioso —comentó, mojando una magdalena en su taza de café.

—¿El qué?

—Pusiste el grito en el cielo cuando te besé aquella vez, pero ahora, después de lo ocurrido anoche, estás como si nada. No lo comprendo.

—Bueno —pensé durante un momento, con una tostada en mis manos—, ten en cuenta que el beso fue con lengua, lo que implica... intercambio de fluidos.

—¿Quieres que te enumere todos los que intercambiamos anoche —mordió la magdalena y masticó deprisa— durante el sexo?

Ante la pregunta, yo alejé de mi boca el café, poniendo un gesto de asco.

—Gracias, Darren, acabas de fastidiarme el desayuno. —Él se echó a reír ante mi expresión—. Hablo en serio, ese no es un tema para discutir ahora, por el amor de Dios.

—No exageres, no pensé que fueras tan escrupulosa, cariño —me dijo, aún riéndose.

—Ahora, por listo, vas a fregar los platos, así podrás familiarizarte con fluidos como agua y jabón.

Pretendí estar enfadada todo el día, pero no pude conseguirlo, pues al terminar de ordenar la cocina, Darren se reunió conmigo en la habitación, y mientras yo recogía la ropa que habíamos deshecho el día anterior, él se dedicó a hacerme arrumacos y darme abrazitos por la espalda.

—Vamos a dormir un poco —pidió mientras me quitaba sutilmente la camisa que llevaba puesta.

—¿Dormir, eh? ¿Entonces qué haces?

—Quiero que estemos como antes, que nos acostemos y nos abracemos sin que nada nos separe, ni siquiera la ropa. Quiero acariciarte. Sentir todo tu cuerpo.

Le sonreí y cumplí su deseo. Minutos más tarde, yacíamos profundamente dormidos, ajenos a lo que estaba a punto de pasar.

El sonido de la puerta nos despertó. Darren lanzó unas cuantas maldiciones y buscó sus pantalones. Me besó y arropó, aunque yo ya estaba despierta y dudaba de que pudiera volverme a dormir.

—Enseguida vuelvo —me dijo antes de salir.

Darren salió a recibir a nuestro visitante, y aproveché que había dejado la puerta entreabierta para asomarme y averiguar la identidad de nuestro visitante. Tal vez fuera vulnerar su intimidad, pero era incapaz de quedarme en la cama esperando.

Lo vi cruzar el salón todavía subiéndose la cremallera y abrir de un tirón. Tardó unos segundos, pero pronto la silueta de Daniel Smith, el hermano de Darren, fue totalmente visible desde mi escondite. Imaginé que el médico había hecho extensible a la familia que las visitas estaban permitidas y Daniel no había querido perder el tiempo.

Darren no parecía contento, y yo empecé a sentirme tensa.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Joder, hola a ti también, hermano.

Con un suspiro, Darren le hizo un gesto y lo invitó a pasar, lanzando miradas furtivas al dormitorio. Me pregunté si sabría que estaba espiándolo, pero nada en su cara lo demostró.

—¿Llevas perfume de mujer? —preguntó Daniel tras el abrazo.

—¿Qué dices? —Los nervios de Darren empezaban a ser notables en su tono de voz.

—Nada, da igual. ¿No te alegras de verme o qué?

—Bueno, sí, es que... verás... no es un buen momento... además, ¿no se supone que tengo que estar solo y aislado hasta dejar de ser autodestructivo para mí

mismo?

—Tú y tu carácter. ¿Qué haces medio desnudo a estas horas? ¿Y dónde está Leire? —Su tono sonó burlón—. No la habrás echado, ¿verdad?

—Joder, no. Ella... está... está... dormida. Durmiendo, como lo estaba yo hace unos momentos.

—¿Qué está...? —supe en un segundo que estaba atando cabos. El aspecto de Darren, su nerviosismo... no había que ser muy listo para descubrir lo que estaba pasando—. Mierda, Darren, ¿es que siempre tienes que joderlo todo?

—No lo he jodido todo... solo... —se encogió de hombros, con una sonrisa.

Decidí que aquel era el momento para salir. Darren tendía a contar demasiadas intimidades cuando se veía acorralado. Era mejor enfrentarse al momento con la cabeza alta, antes de que el momento me arrasara a mí. Cuando coloqué mis descalzos pies en la moqueta del salón y vi la mirada de Daniel, toda mi buena intención se esfumó y fui incapaz de dar un solo paso más. Moverme y dar la cara dejó de ser una opción.

Daniel me miró con los ojos abiertos como platos, mientras me notaba a mí misma ruborizarme hasta límites insospechados. Darren se pasó las manos por la cara, intentando decir o hacer algo que solucionase aquella situación rocambolesca, que bien podría haber sido el prelude al descanso entre actos de una de sus obras de humor satírico. El hermano mayor que casi nos había pillado en la cama, un tópico mayúsculo.

—Un... un momento —pidió a Daniel, que permanecía patidifuso. Vino hacia mí y, tomándome de la cintura, me devolvió al dormitorio, cerrando la puerta—. Espera aquí un momento, Leire, por favor. Enseguida vuelvo.

—¡Espera! —lo retuve—. ¿Por qué no me has avisado? ¡Dios Santo! ¿Qué estará pensando de mí? —exclamé histérica.

—Que tienes unas piernas increíbles —dijo, mirando mi indiscreto atuendo. Al final había dejado los vaqueros abandonados y solo me había puesto su camisa.

—¡Darren! —reclamé exasperada—. ¿De verdad crees que es el momento?

—Vale, está bien, tranquilicémonos. Voy a volver ahí a hablar con él, tú no te muevas de aquí, no te preocupes por nada, ¿está bien? Confía en mí. Y no te vistas.

Le respondí con un gruñido que le pasó inadvertido al salir. No podía quedarme parada sin hacer nada, pero tampoco quería salir e inmiscuirme en su conversación. Pensé en ducharme para no escuchar lo que se dijeran, pero sus tonos de voz eran tan airados que me era imposible no enterarme.

—¡¡Te has acostado con ella!! —increpó Daniel en cuanto Darren pisó la sala—. ¿En qué demonios pensabas?

—Shh, baja la voz —apaciguó Darren, ignorando la pregunta—, no lo digas así, suena como si fuera algo sucio. Y no lo es.

—¡Una mierda, eso es lo que es! Es tu terapeuta, está aquí para ayudarte, para curarte, no para satisfacer tus deseos sexuales. ¿Es que no respetas nada? ¿No has pensado en las consecuencias? No, claro que no, porque no has usado la cabeza precisamente.

—¡Déjalo ya! Sí, hemos pasado la noche juntos. ¿Y? ¿Llamarás a mamá para que me castigue sin postre? Soy un hombre adulto, y ella, una mujer adulta, nos gustamos y...

—Darren, en cuanto acabe el tratamiento, ella volverá a su trabajo de siempre, y tú tendrás cientos de cosas que hacer, entrevistas, ensayos, obras...

—Lo sé, lo sé, pero eso ahora mismo no tiene importancia.

—¿Qué? ¿Estás borracho? ¿Cómo no va a ser importante? ¿Qué es esto, Darren? ¿Un juego? ¿Un consuelo? ¿Un desahogo? ¿Eres consciente de que esa chica no tiene nada que ver con el mundo dónde tú te mueves? ¡Puedes destruirla, arruinar su carrera! ¿Qué será de ella cuando deje de ser la única mujer con la que compartes tiempo y espacio?

Desde mi estratégica posición, y gracias a las voces que daban los dos, oí lo suficiente para que el alma se me cayera a los pies como un peso muerto. Encerrados en nuestro búnker particular, ajenos al mundo y sus monstruos, no me había parado a pensar en aquello. Darren dejaría su encierro domiciliario pronto, ¿qué le impediría entonces hacerme a un lado?

—¡No es nada de eso! Para mí, esto es serio, no estoy aprovechándome de ella, no tienes idea de todo el bien que me ha hecho, de cómo me han ayudado sus métodos y sus palabras, pero también sus labios y sus caricias, que se metiera en mi cama por lo que soy simplemente. Aquí, donde no tengo nada.

Respiré hondo, sobrecogida. Aquellos sentimientos eran sinceros, no me cabía duda. Conocía a Darren lo suficiente como para estar segura. Sabía cuándo mentía y cuándo no, reconocía los momentos en que actuaba, y este no era uno de ellos.

Sin embargo..., la tranquilidad perdida amenaza con no volver jamás. También Daniel había dicho verdades que no podían ser ignoradas.

—No es posible, y lo sabes. En unos días, su jefe vendrá para firmar el final de tu terapia, y ella volverá a su vida.

—La quiero —declaró Darren firmemente, dejándome helada. Por la cara que puso Daniel, deduje que él tampoco se esperaba aquello—. La quiero, estoy enamorado de esa mujer y me da igual que ese jefe suyo venga solo o con toda la infantería de marina. No es una niña, no es como si pudiera prohibírsele y llevársela.

Con el corazón bombeándome en el pecho a mil por hora tras semejantes palabras, me asomé a la puerta llevada por un impulso. Lo primero que deseé fue abrazarlo sin que me importara nada, pero no pude participar del momento. Daniel estaba haciéndolo por mí, y al mirar su expresión, intuí lo que debía estar pensando ese hermano mayor al que le había caído encima un jarro de agua fría. Tenía poco o nada que añadir a todo aquello, después de todo, él no podía meterse en las decisiones de dos personas adultas, aunque supiera que estaban destinadas al sufrimiento y la separación.

Suspiré y me permití un momento de debilidad, esperaba que Darren mostrara la misma entereza para enfrentarse a lo que venía que la que había mostrado para contarle a su hermano todo lo que llevaba dentro.

Cuando Darren entró al dormitorio, su semblante era serio y distante, pero al preguntarle por lo ocurrido con su hermano, se limitó a besarme y decirme lo mucho que le gustaba estar conmigo, lo especial que era y lo bien que iba a salir todo. Yo sonreí y quise creerle con todas mis fuerzas. No obstante, algo en mi interior me decía que aquellas caricias eran la forma que tenía de despedirse sin decirlo con palabras. La manera de creer que todo era posible aun cuando en un rincón de su interior, la verdad asomaba su fea cabeza. Y lo interpreté con tanta convicción, porque eso era justo lo que sentía yo.

Pasamos unos días maravillosos, encontrándonos prácticamente de luna de miel y sin salir de la cama, amándonos intensamente a todas horas. Comíamos juntos, dábamos largos paseos alrededor del río jugueteando a cogernos de la mano, recorríamos el bosquecillo persiguiendo el sonido de los grillos, e incluso hicimos algunos picnics en el porche, al amparo de la luna. Fueron unos días maravillosos, Darren me contaba cosas sobre su familia y su fascinante trabajo, y yo le hablaba de los lugares en los que había estado, de aquellos a los que quería ir, de cómo me había decidido por la carrera que había estudiado y lo mucho que me había costado conseguir la oportunidad.

Pese a todo, el estar refugiados en nuestra burbuja no impidió que recibiésemos por correo la infame carta donde mi jefe anunciaba su próxima visita, felicitándome por mi excelente trabajo y diciendo a Darren que el mundo suspiraba por volverlo a ver. Por lo visto, el informe preliminar del médico había sido más concluyente de lo que en un principio habíamos pensado, y el proceso del alta empezaba a estar en marcha. El tiempo se escapaba entre los dedos y retenerlo era imposible. Mis servicios estaban concluidos.

—No tienes por qué irte con él —me dijo mientras observaba como preparaba mi maleta, repitiendo casi las mismas palabras que llevaba días diciendo—, no es tu dueño, no puede obligarte.

—Es la persona que me paga un sueldo, tengo un contrato con él y un despacho con más pacientes que atender.

—¿Entonces ya está? ¿Así es como termina todo? ¿Sin más? —Me cogió del brazo, haciendo que dejara la maleta inconclusa y lo miraba—. ¿Eso soy para ti? ¿Un maldito deber cumplido? ¿Un caso más que archivar?

—Darren, ¡no! Claro que no, pero ya te dije que esto sería así, ¿crees que no me duele? ¿Crees que no sufro? Te lo advertí, por eso no debimos...

—Shh, no. —Me abrazó—. Por favor, no te arrepientas de lo que ha ocurrido entre nosotros, no lo lamentes, han sido los mejores días de mi vida, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—El mundo te espera —le dije, soltándome de su cálido abrazo.

—¿Me esperarás tú? Cuando acabe los ensayos para el estreno y vaya a buscarte... ¿estarás ahí para mí?

No pude contestarle, en aquel momento el timbre sonó e instintivamente el corazón se me encogió. Yo ya sabía quién era y a qué venía.

Abrió la puerta y recibí el abrazo afectuoso que me daba mi jefe, que sonreía y no paraba de decir lo bien que había hecho mi trabajo y la altura tan inmensa en la que había dejado a nuestra compañía. Hablaba de éxitos futuros, de muchos clientes tan especiales como Darren que ahora estaban interesados en el Gabinete para solucionar estos o aquellos problemillas emocionales. Parecía aún más orondo que antes, con los ojillos en forma de dólal escondidos tras las gafas. Sentía unas náuseas persistentes en la boca del estómago.

—Bueno, me complace informarte que tu tratamiento ha tenido un final feliz. Mañana, a primera hora, tu hermano estará aquí para recogerte y llevarte a casa. Leire acabará el papeleo en la oficina, pero eso nada tiene que ver contigo. Lo que resta es asunto nuestro, podrás volver a tu vida inmediatamente. —Le sonrió como si le hubiera dado la mejor noticia del mundo.

Darren se limitó a mirarlo sin expresión alguna en sus ojos, mientras yo permanecía callada fingiendo que leía el parte de alta médica que había caído en mis manos.

—No pareces muy contento con la idea —le dijo perspicazmente—, si tienes alguna queja con respecto a la forma en que ha procedido Leire...

—No, desde luego que no, no es eso —se excusó rápidamente Darren, sin mirarme—. Es solo que, ha sido todo tan... repentino.

—Lo entiendo, lo entiendo, pero el facultativo ha dado fe de lo bien que te había visto, así que ya no tiene caso que sigas aquí encerrado, podrás volver a tu vida de antes, y ella también —añadió, mirándome—. Ha hecho un trabajo espectacular, Leire.

—No ha sido para tanto... —susurré sin ánimos.

—Tonterías, no seas modesta. Te has ganado la confianza del Gabinete, y desde ahora tendrás tu propia cartera de pacientes, es lo que querías, ¿no?

Asentí con la cabeza. Sí, suponía que era así... ¿era lo que yo quería? ¿Por lo que tanto había trabajado? Ya no me acordaba. Me quedé allí, parada en una esquina, mientras Darren fingía estar interesado en la fútil conversación de mi jefe, que se mantuvo unas horas más allí plantado, sin que pudiéramos prestar demasiada atención. Después, nos estrechó nuevamente la mano y se marchó tan satisfecho como había entrado.

—Así que solo nos quedan unas horas —dijo Darren cuando empezó a anochecer.

—Sí, las... maletas están casi listas, y por la mañana vendrán a recogernos.

Darren se moría por gritarnos nuestros sentimientos, pero era consciente de que habíamos infringido las reglas durante su tratamiento, y que si eso llegaba a oídos de mi jefe, me despediría inmediatamente, además de que podría demandarme y perjudicarme a la hora de conseguir trabajos futuros.

Permanecimos callados, mirando con ojos tristes aquellas paredes que tanto de nosotros habían observado mudamente. Giré la cara hacia Darren, consciente de que probablemente aquellas iban a ser las últimas horas en que lo vería por el resto de mi vida. Luchando por no llorar, caminé hacia él, busqué sus labios y lo besé.

—Te quiero —le dije sin separarnos—. Necesito que sepas que nunca...

—Por favor —me susurró—, no te despidas de mí, no me digas que no me olvidarás, que todo esto ha sido especial para ti... Eso solo significaría que ya se ha acabado, y no quiero. Todavía no, por favor.

—Bésame —le supliqué—, ámame... ámame una vez más.

Una noche más nos refugiábamos en su dormitorio, queriéndonos entre suspiros y lágrimas contenidas, sabiendo que aquella era la despedida de un tiempo de felicidad y que pasaría mucho antes de que pudiéramos volver a sentirnos así, si es que volvíamos a sentirlo. Pasamos la noche abrazados fuertemente, viendo pasar las horas en completo silencio. ¿Qué podíamos decirnos? ¿Qué más podíamos hacer? Infinitas locuras pasaron por nuestra mente sin que pudiéramos tomar ninguna de ellas como vía de escape. Rendidos, nos conformamos con esperar...

A las ocho en punto de la mañana, el cortejo de coches esperaba fuera. Daniel colocó el equipaje de Darren en el maletero, mientras la madre de ambos abrazaba a su benjamín emocionada y compungida, sin poder creerse que estuviera sano.

Cuando vino hacia mí y me agradeció con lágrimas en los ojos el haberlo cuidado, quise morirme. Acerté a asentir con la cabeza, saludándola respetuosamente y librándome como pude de la situación. Enfrentar a la madre del hombre al que amaba y estaba a punto de perder era algo que, simplemente, me sobrepasaba en aquel momento.

Mi jefe firmó el alta de Darren y lo felicitó por su mejoría, indicándome que era hora de irnos, y ya caminaba hacia la puerta cuando una voz nos interrumpió.

—Creo que deberíamos dejar que se despidieran a solas, ya sabéis, por esos vínculos que se crean. Después de todo, han tenido que convivir... seguro que Leire quiere tener unas palabras con Darren. —Daniel, consciente de nuestro sufrimiento, nos regaló unos valiosos minutos de intimidad. Lo miré y asentí una vez, agradecida de todo corazón.

Los presentes se mostraron de acuerdo, y Darren le agradeció a su hermano con la mirada la oportunidad.

Volvimos a la cabaña y entramos al dormitorio, que era la parte más alejada de los visitantes que aguardaban fuera. Cerramos la puerta y nos abrazamos.

—No es que no vayamos a vernos nunca más —dije—, quiero decir, cuando acabes con los ensayos y en los descansos de las representaciones, pues...

—Es cierto. —De pronto, sonrió—. Tal vez tardemos algunas semanas, pero en cuanto pueda escaparme, iré por ti, estaremos juntos otra vez. Podemos vernos en mi casa... o enseñarme la tuya. Incluso podemos alquilar una habitación en un hotelito romántico, ¿en la costa quizá?

Afirmé mecánicamente a todo lo que decía, aunque hacía rato que había perdido el hilo. Puede que mi trabajo con él hubiera acabado, pero siempre sería un paciente del Gabinete, estaba fichado, por decirlo así. Dudaba de que pudiera haber algo entre nosotros incluso en ese momento. No creía que pudiera volver a estar con él.

En cuanto volviera a su rutina glamurosa y sofisticada... probablemente olvidaría todo eso. Una vez saliese de aquella casa, no volvería a contactar con Darren, porque ambos debíamos seguir adelante con nuestras vidas, porque nuestra relación era imposible y porque era menos que improbable que tuviésemos oportunidad. No podía decirse así, aún estaba débil emocionalmente y no quería que volviera a caer, pero era la realidad, y me golpeó tan fuerte como una bofetada.

—¿Me esperarás? —preguntó nuevamente, aparentemente, más tranquilo—. ¿Esperarás por mí?

Le acaricié la cara, diciéndole en un fingido tono serio que no quería enterarme que hacía tonterías y aconsejándole algunas bobadas más que en aquel momento no venían al caso. Todo valía para evitar responder a la pregunta con una mentira, o para ensuciar el momento con un silencio.

—Antes de irte —dije—, una última cosa...

Lo miré a los ojos, aparté con cuidado el pelo de su rostro, colocándolo tras sus orejas con ternura, y lo besé con todo mi amor y mi pasión. Lo besé profunda y largamente. Lo besé por todos los besos que ya no podría darle. Lo besé para decirle adiós.

—Hasta pronto, mi vida —me dijo luego, con una sonrisa—, hasta muy pronto.

—Adiós, Darren.

Cuando salió y se reunió con su familia, yo sabía que aquel adiós era real y que aquella calma que inundaba su rostro había sido un truco barato por mi parte, pero no quise que sufriera y habría hecho cualquier cosa por evitarlo.

Su coche empezó a alejarse, y mientras subía al mío, no pudiendo ya controlar el llanto, sentí la mano de mi jefe sobre mi hombro y su voz grave diciéndome:

—Has hecho lo correcto. —Me entregó la carpeta con el informe y el cheque por mis honorarios. Las náuseas volvieron a atacarme, obligándome a sujetarme de la puerta abierta del coche—. Escoger el trabajo primero siempre es la opción acertada.

Entré y me abroché el cinturón, dando una última mirada a aquella casita de la sierra, aquella propiedad de la familia de Darren que ahora permanecería cerrada, sintiendo como parte de mi corazón quedaba en ella.

—Adiós para siempre, amor mío.

Y el motor se puso en marcha, alejándose de lo que nunca había sido mío y ya nunca lo sería.

Los meses siguientes permanecían borrosos en mi mente. Algunos fueron muy malos, y otros incluso peores, pero afortunadamente, y sin saber muy bien cómo, había logrado seguir adelante. Me refugié en mi despacho, trabajando sin parar día tras día y evitando pensar y recordar. Como bien había supuesto mi jefe, muchos clientes pedían exclusivamente cita conmigo tras el éxito que había tenido con la celebridad del teatro, así que me mantuve ocupada todo lo que pude, llevándome fichas y trabajo a casa, preparando entrevistas, reuniones y vistas preliminares tanto con los pacientes, como con las familias. Dedicaba todo minuto del día a ello, restándolo a actividades como dormir o comer.

Crear esa burbuja de trabajo no resultaba del todo difícil, puesto que nadie sabía qué había estado haciendo en mi servicio exclusivo de la sierra, y por ello no hacían preguntas que me obligaran a recordar. Mi jefe había advertido que aquello era secreto de sumario, y así se había quedado. Poco le importaban las implicaciones emocionales siempre que pudiera tener su notoria publicidad.

Las náuseas volvían con solo pensar en él y su visión monetaria del mundo.

—Ya estoy aquí, después de haber asaltado el quiosco para traerte las revistas, como todas las semanas, ¿las saco de la bolsa?

Levanté la cabeza al sonriente rostro de Tony, mi asistente en prácticas. Llevaba trabajando conmigo casi dos meses, y durante ese tiempo nos habíamos hechos íntimos. Tomó asiento frente a mí, con su elegante jersey de cachemir echado sobre los hombros sobre una elegante camisa de color frambuesa muy claro. Con su pelo negro azabache perfectamente peinado y sus ojos verdes. Mirarlo era como ver una obra perfecta. Además, era un tío genial, agradable y que se moría por participar en todo y estar ocupado todo el tiempo. Cuando había poco que hacer, bajaba a por las revistas. Solía decir que así captaba posibles clientes nuevos procedentes del papel cuché.

—Déjalas ahí, no tengo tiempo de mirarlás ahora. Lo haré en casa si saco un hueco. Entre ducharme y secarme podría ser.

—Bueno, como tú quieras, yo he cumplido con mi misión.

—Gracias, Tony, eres un cielo, ¿qué haría sin tí?

Tony, o Antonio Méndez, como rezaba en la placa que se había puesto sobre su mesa auxiliar, era, labores de trabajo aparte, mi principal apoyo. El amigo que había estado conmigo apoyándome y ayudándome cuando más lo necesitaba.

Jamás me había preguntado qué había ocurrido en mi terapia anterior, ni siquiera cuando nos volvimos cercanos y empezamos a tener confianza, por lo tanto, no sabía nada acerca de mi historia con Darren, ni siquiera podía pasárselo por la cabeza.

Había transcurrido casi un año desde todo aquello... Doce meses de dolor, cuarenta y ocho semanas de lágrimas, trescientos sesenta y cinco días de desamor y nostalgia... «Menos mal que estaba superándolo», me dije a mí misma. Ya casi no contaba el tiempo que pasaba. Con un chasquido de dedos, Tony me sacó de mis pensamientos. Levanté la cara a tiempo de ver su perfecta sonrisa de hoyuelos.

—¿Vamos a comer juntos? —preguntó.

—Lo siento, tengo montones de cosas que hacer, debo tramitar a un par de nuevos pacientes, digitalizar los avances de los otros, quiero ir a arreglar un poco mi piso...

—Nada de excusas, llevo toda la semana invitándote a comer, no pienso irme de aquí con una negativa, así que cierra el ordenador y acompáñame. Puede que tenga sueldo de becario, querida, pero puedo perfectamente ofrecer un almuerzo digno, muchas gracias.

No pude negarme, por lo que tomé mi abrigo y salí con él a la calle, cogiéndome de su brazo mientras andábamos charlando animadamente. Así era Tony, siempre haciéndome reír, dando motivos por los que dar otro paso después de que hubiera decidido rendirme. Su actitud, sin que él lo supiera, estaba ayudándome mucho con mis planes, pues durante aquellos meses, había decidido mantenerme alejada de Darren a toda costa, no queriendo saber nada de él ni de ninguna faceta de su vida.

Pero hacía unos quince días habían anunciado con grandes carteles una próxima producción teatral en la que él brillaba como protagonista. Me había detenido a leer el panfleto y las lágrimas habían acabado cayéndome por la cara. Me sentí tan estúpida, que desde ese día intentaba caminar con la cabeza hundida entre los hombros. Mirar las farolas estaba prohibido para mí.

—¿Qué le pasa a esta ciudad últimamente? —me quejé—. Está como superpoblada, ¿no te parece? Casi no se puede ni andar. Donde quiera que mires hay alguien, es desesperante.

—Creo que están organizando algo, una especie de gala benéfica o una Mostra Teatral o vete a saber qué.

—¿Mostra Teatral? Creo que esas cosas se hacen en Francia, Tony, no aquí.

—Bueno, tú es que todavía tienes el chip de haber visto los supuestos escenarios emblemáticos del arte, pero España tiene lo suyo, y cada vez más. Nuestra cantera está impresionando al mundo. ¿Quieres que después de comer vayamos a ver nuestro paseo de las estrellas?

—Otro día, quiero irme a casa pronto y dormir toda la noche.

Tony y yo entramos a nuestro restaurante italiano preferido, donde solíamos ir cada vez que teníamos tiempo o cada vez que yo cedía ante sus caprichos, porque él era un sibarita y no frecuentaba sitios que no hubiera visto publicados en algún sitio antes. Pedimos lo de siempre y comenzamos a comer.

—¿Todo bien por tu casa? —se interesó, sirviendo vino blanco en nuestras copas. Sus cejas elocuentes dejaron claro a qué se refería.

—Perfecto, a ver cuándo te pasas y me ayudas a catalogar mi biblioteca, prometiste que lo harías cuando me mudara, y de eso hace once meses.

—Iré, es una tarea pesada y aburrida, pero iré. Te aprovechas porque sabes que te adoro y no puedo negarte nada, pero algún día me las cobraré todas juntas. —Dio un trago a su vino con evidente placer—. Y qué demonios, me encanta ordenar todo lo que cae en mis manos, archivar y etiquetar. Tengo archivados mis archivadores, sabes que digo la verdad.

Soltó una carcajada y levantó la copa. Yo brindé con él por su maravillosa neurosis. Lo hacía único.

A las cuatro de la tarde volvimos al despacho, esquivando a las masas de jovencitas que corrían por las calles, cámara en mano, para fotografiar las casas de los famosos, los restaurantes de los famosos y el suelo que pisaban los famosos en aquella parte de la ciudad. Qué país el nuestro... con zonas tan comunes, tan poco llamativas para quiénes las habíamos tenido toda la vida, y con otras que, en los últimos años, y con los rodajes de algunas películas de mucho éxito, se habían vuelto tan de culto como Los Ángeles.

—Seguro que ninguna de ellas sabe nada sobre la arquitectura de esta ciudad —auguré—. Ni se han leído los libros en que están basadas esas películas y que tienen muchos más años que los actores que las interpretan.

—Vamos, no seas tan dura con ellas, tú eres igual, aunque no correes detrás del trasero del *Fulanito de Tal* actual. Todos tenemos ídolos.

—Por favor, tengo mejores cosas que hacer, gracias. La mayoría de esos... famosos del momento ni siquiera me parecen buenos actores —decidí morderme la lengua, ese tema no era uno de mis favoritos, me traía reminiscencias que prefería dejar de lado—. El tiempo lo pondrá todo en su lugar, y ya verás cómo la mayoría son flor de un día.

Tony se echó a reír y, juntos, entramos a mi despacho, pusimos en orden unos asuntos y después, me llevó a casa.

—¿Te recojo mañana? —ofreció cuando llegamos a mi puerta, cargados de dosieres y archivos que revisar.

—Sí, por favor, mi coche sigue en el taller, dicen que me lo dan mañana, crucemos los dedos. Quizás esta vez mañana sea mañana, y no dentro de cuatro días.

—Iremos a recogerlo cuando salgamos, ¿te parece?

—Perfecto, gracias, eres un cielo —le dije, sonriendo.

—Nada de eso. Buenas noches, preciosa.

Me besó la mejilla cariñosamente y, en cuanto entré a casa, arrancó su coche rumbo a la suya.

La noche transcurrió tranquila, trabajé hasta que me pesaron los ojos, hice todo lo que tenía pendiente y dediqué tiempo para cosas personales que no podía compartir con nadie. Cuando di por terminado el día y me metí en la cama, lo hice con la misma sensación de vacío, pese a lo que tenía, que todas las noches.

Faltaban dos minutos para las siete de la mañana y yo ya estaba esperando a Tony en la puerta de mi casa, revisando por enésima vez que no había olvidado ni los documentos que necesitaba para ese día ni los papeles del coche.

—¿Lista para un nuevo día de increíbles aventuras en el mundo de la terapia, encanto? —me dijo en cuanto llegó.

—Resignada a ir a trabajar con un loco otra vez por culpa de la huelga de mecánicos más bien.

—¡Oh!, ¡le quitas el romanticismo a la vida!

Llegamos justo a tiempo a la oficina, pues, como siempre, Tony había parado en un puesto de perritos calientes para *desayunar*. Puede que tuviera exigencias en cuanto al tipo de restaurante, pero le era casi imposible pasar de largo ante un vendedor ambulante. Eran su auténtica debilidad.

—No comprendo cómo puedes comer eso a estar horas.

Y tampoco entendía cómo es que no engordaba un gramo teniendo en cuenta sus hábitos.

—Es mi constitución. Necesito alimentarme fuerte desde primera hora, si no, no rindo, y si no rindo, me despides, y luego a ver quién te compra las revistas, te trae en coche y le pone un poco de glamur y saber estar a esa oficina de paredes grises.

—Muy agudo —añadí—. Que aproveche.

Me senté en mi escritorio a revisar papeles durante horas y horas, hasta que llegó el momento de abrir la consulta y tratar a mis pacientes. Ocupé toda la mañana en el pequeño Ricardo, un niño cuyos padres se habían divorciado de manera poco amistosa, causándole un grave síndrome traumático.

El pobre chico se consideraba culpable de aquella ruptura y a sus seis años había recogido sus cosas en la mochila del cole y anunciado que se iba a vivir con su abuela para que sus padres pudieran volver a ser novios. Se me rompía el corazón cada vez que le veía la carita, con esa completa expresión de tristeza en el rostro que lo acompañaría de por vida. Por suerte, estaba respondiendo y empezaba a comprender parte del intrincado proceso que conformaba las relaciones humanas. Era difícil para todo el mundo aceptar los caprichos del corazón, y mucho más para alguien tan pequeño. Mi reto personal era ayudarlo a tener una vida infantil lo más rica posible.

—Tony, necesito que me acompañes a dar una vuelta —le dije en cuanto mi cita con Ricardo hubo terminado—, estoy quemada mentalmente, si no me da el aire, me explotará la cabeza.

El amable Tony aceptó de inmediato. Siempre estaba dispuesto a colaborar en el trabajo y también a sacarme de él sin que tuviera que pedírselo dos veces. Nos echamos a la calle, como siempre, cogidos del brazo, pareciendo incluso una pareja de enamorados.

El paseo resultó agradable y tranquilo, hasta que, de pronto, él se quedó estático, sin dar un paso.

—¿Qué pasa? —pregunté un poco asustada—. ¿Tony, estás bien?

—Dios mío —exclamó—. ¡No puedo creerlo! ¡Aquí mismo, en mitad de la calle donde trabajamos!

—¿Qué ocurre? Por el amor de Dios, ¿qué has visto? ¡Estás blanco!

—Blanca te vas a quedar tú, ¡mira allí, mira!

Giré la vista hacia donde él me indicaba, parpadeé un par de veces y luego noté como se me secaba la garganta y se me paraba el corazón.

—No puede ser...

Acto II

Conflicto

Tony tiraba de mí hacia delante mientras yo luchaba por mantenernos quietos en el sitio, aún sin salir de mi profundo estado de *shock*. Sería difícil fraguar una retirada creíble... Pero no imposible si le ponía empeño, algo que no me era nada sencillo con mi amigo insistiendo y tironeando de mí con todas sus fuerzas.

—¿Pero no lo estás viendo? ¡Vamos!

—¡No, no te muevas! —supliqué.

—¡No seas tonta, es Darren Matthews! ¿Cuántas posibilidades hay de encontrártelo por la calle? ¡Dios mío, es increíble! ¡Vamos!

Irremediablemente, me vi arrastrada. No habíamos dado más que unos pasos, cuando percibí que aquellos ojos inolvidables se habían clavado en mí con una idéntica expresión de desconcierto.

—¡Dios mío! ¡Eres Darren Matthews! —Tony, completamente fuera de sí, parecía una *groupie* recién llegada al club de moteros más famoso de la ciudad.

—Lo soy. —No dejaba de mirarme mientras yo evitaba hacerlo a toda costa. Dios, cómo se podía tener tanta mala suerte—. Encantado.

—¡No puedo creerlo! Somos unos grandes admiradores tuyos, sobre todo ella, te adora, te idolatra, es una fan completamente enfermiza y entregada.

Noté como me ponía roja por momentos, queriendo matar a Tony, mientras Darren me miraba con las cejas alzadas. Ese era un dato que nunca le había dado, ni siquiera durante todo el tiempo que habíamos estado juntos. Claro que no era lo más grave que había ocultado. Se me revolvió el estómago.

—¿De verdad? —preguntó Darren, esforzándose por mantener la conversación viva. Por su expresión, yo sabía que estaba midiendo sus pasos.

—¿Que si de verdad? Incluso guarda los programas del teatro y los recortes de prensa. Venga, Leire, dile algo, no seas tonta.

Mantuve la cabeza baja, permitiéndome únicamente levantar la vista para ver como Darren me miraba con interés. No parecía demasiado contento, su expresión volvía a ser hosca.

—¿Lo ves? Pobrecilla, se ha quedado en blanco, ¡está cortadísima! —Tony estaba cociéndose en su propio jugo, todo un maestro de ceremonias—. Leire, pero si es muy simpático, míralo. No se lo tomes en cuenta, está avergonzada, pero normalmente es mucho más cariñosa.

—No lo pongo en duda —la respuesta de Darren fue como un agujonazo justo en el blanco—, quizás en ambientes más... personales.

Tony empezó a revolverse los bolsillos de la bandolera, ajeno por un momento a nuestro intenso intercambio de miradas. Maldita sea, maldita sea, ¿es que no podíamos irnos ya? Detestaba dar escenas, y últimamente parecía que era lo único a lo que me dedicaba.

—¡Oh, vaya! He dejado la cámara de fotos en el coche, ¿podéis esperar un segundo? ¡Tengo que ir por ella, esto hay que immortalizarlo!

Mi alocado amigo me dio un papel y un bolígrafo, aparentemente para que consiguiera el autógrafo de Darren, y se marchó prácticamente corriendo hacia el aparcamiento para recoger la cámara. Puse los ojos en blanco al ver los aspavientos que hacía por la calle, Jesús, íbamos a atraer a todo el mundo. La feria había llegado a la ciudad. Me anoté mentalmente el asesinar a Tony en cuanto estuviera a solas con él.

De repente, noté un tirón y no pude hacer nada mientras Darren me cogía del brazo y a grandes zancadas me metía en una especie de callejón apartado y solitario. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría gritado como si me estuvieran atacando.

—¿Así que una gran fan, eh? ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó enfadado.

—Pues porque no podía, no debía decirte que te conocía, habría resultado muy violento para el tratamiento, las normas de mi trabajo...

—¡Normas, normas! Siempre las normas. ¿También te impidieron las normas contactar conmigo? ¿Darme un número de teléfono donde localizarte? ¿Una dirección? ¡No he sabido nada de ti desde hace más de un año! ¿Por qué demonios no me llamaste?

—¡No me reproches nada! Era lo mejor, tú tenías tu vida, y yo, la mía, debíamos seguir adelante.

—Claro, ya he visto que tú has seguido adelante muy bien con el... tipo ese que no paraba de chillar —escupió. Nunca me había creído capaz de despertar los más fuertes instintos en los hombres, pero reconocí aquello inmediatamente, eran celos—. No puedo entender qué le has visto a ese...

—¡Deja en paz a Tony! Es mi mejor amigo, ha estado conmigo en los peores momentos, no tienes idea de todo lo que ha hecho por mí —exclamé a la defensiva.

—¿Y no le has dicho que fui tu paciente? ¿No sabe que ya me conocías? ¿Qué estuviste conmigo dos meses en la sierra? ¿No se te ha ocurrido contarle que fuiste mi mujer?

Ante aquella pregunta, abrí mucho los ojos, mirándolo con suspicacia. Incluso para un actor de teatro, la pose y las frases elegidas habían sonado demasiado sobreactuadas. De no haber estado tan nerviosa, habría estado a punto de hacerme sonreír.

—No digas tonterías, hazme el favor.

—No las digo, ambos sabemos a qué me refiero, aunque supongo que te lo has callado. ¿Así que los programas del teatro, eh? Y yo de estúpido creyendo que de verdad no sabías nada sobre mí, todas aquellas preguntas que me hacías... toda aquella ficción que te inventabas...

—Conocía tu nombre y tu profesión, pero no te menté en nada más. Durante aquel tiempo estuve contigo, no con la estrella, como muy bien te dije. —Lo miré, más serena—. Siempre estuve segura de que, de alguna manera, sospechabas que sabía más de ti de lo que decía, así que todo esto no viene al caso.

—¡Por supuesto que viene al caso, esta conversación no ha terminado!

Lo miré de forma fulminante, allí estábamos, después de un año de lejanía, gritándonos como dos energúmenos. Su expresión malhumorada me recordaba a aquellos primeros días en su cabaña de la sierra, solo que ahora no me intimidaba. Había pasado por mucho, tenía muchas cosas en mi vida que proteger, y de ninguna manera pensaba ponerlas en peligro, ni siquiera por él. Debía cuidar muy bien mis movimientos a partir de aquel momento, cometer un error podría ser fatal.

—Quiero verte a solas, en un lugar donde podamos hablar de esto. Hay muchas cosas que me tienes que explicar —declaró, aunque no tenía ni idea de cuánta razón tenía—, no vamos a dejarlo así, y ni se te ocurra escaparte otra vez.

—Nunca he reaccionado bien cuando me acorralan, Darren.

—Estoy en el NH del centro de la ciudad, no tendrás problemas para pasar, identifícate como mi terapeuta, te reconocerán.

—Te he dicho que no tenemos nada de qué hablar, no pienso ir a ningún sitio. ¿Es que no me escuchas? ¿Tenemos que hacer siempre tu santa voluntad o qué? —Con un tirón, me solté de su agarre, ni siquiera recordaba que aún me tenía sujeta. El sentir el calor de su mano me había confortado, pero aquello no podía volver a pasar—. No puedes obligarme a hacer algo que yo no quiero.

—Tú decides. —Mis palabras parecieron entrarle por un oído y salirle por el otro—. O vienes para que podamos hablar, o yo mismo le contaré a tu amiguito todo lo que ha ocurrido entre nosotros.

—¿Me estás amenazando? —pregunté asombrada—. ¿En serio? ¿De verdad vas a caer en eso?

—Te ofrezco opciones. Tú eliges.

Iba a contestarle, pero Tony escogió aquel momento para aparecer, sonriente con su cámara, sin percibir el clima de discusión que se cernía sobre nosotros. Disparó fotos a diestro y siniestro, recogiendo el autógrafo que, de mala gana, Darren le firmó y despidiéndose de él efusivamente mientras yo lo taladraba con la mirada.

—¡Madre mía, qué experiencia! —me dijo como si nada de aquello fuera con él y su único interés fueran las fotos que miraba una y otra vez en la pantalla digital de su cámara—. Salir a comer y encontrarte así como así con un famoso... creo que le he gustado.

Bajé la cabeza hasta meterla en medio de mis hombros. Tony no esperó ni a que se cerrara la puerta del Gabinete para contarle a todo el mundo que había conocido

a Darren, enseñando las fotos y el autógrafo. No se guardó para él ni el más mínimo detalle. Confiaba en mi amigo, pero ante un jugoso cotilleo era incapaz de cerrar la boca. Si llegaba a enterarse de lo que habíamos vivido Darren y yo, la situación podía ponerse fea. No me quedaba más remedio que ceder ante el asqueroso chantaje para evitarlo. Rechiné los dientes. Maldita sea... Ahí estaba otra vez, a punto de meterme en la boca del lobo.

—Déjale las cosas claras y punto. Acabemos de una vez. Esto no es una visita de cortesía, así que no vas a ser cortés, ni educada, ni amable. Las cosas claras, las cosas claras y punto —me repetí el mantra mientras cruzaba el vestíbulo del hotel. Me temblaban las piernas dentro de los tacones y a pesar de que había llegado tranquila, conforme se acercaba el momento, la serenidad acumulada se me iba escapando.

Entré al ascensor firmemente, recogiéndome el pelo con una pinza, ni siquiera me había cambiado la ropa del trabajo y aún tenía que recoger el coche. Era bueno tener cosas que hacer, me dije, pensar en lo que iba a pasar cuando llegara a mi casa y siguiera con mi vida como si no hubiera pasado nada extraordinario en el día. Porque no iba a pasar. Aquello era un intercambio de despedidas, nada más.

Cuando el ascensor sonó, mostrando que había llegado a la planta, mi estómago dio un vuelco. Respiré hondo y llamé. No tuve que esperar mucho, a los pocos instantes, la puerta se abrió. Miré a través del espacio y no vi nada más que una habitación vacía. Di un paso, cerrando a mi espalda. Di otro. Nada. Cuando caminé por tercera vez, unos brazos fuertes me cogieron de la cintura, tirando de mí sobre la moqueta, haciéndome casi resbalar. Levanté el bolso como mecanismo de defensa y me revolví ante mi agresor dispuesta a atizarle con todas mis fuerzas. Pero se quedó en una intención.

Me encontré frente a frente con Darren, que, sin vacilar ni un instante y sin mediar palabra, tomó mi boca con la suya en un beso cargado de rabia, fuego y apetito. Quise rechazarlo, no era a aquello a lo que yo había acudido, me había chantajeado para que accediera a verlo y estaba tan enfadada que únicamente pensaba dedicarle unos minutos de mi tiempo, pero me besaba con todas sus fuerzas y de una forma tan profunda que, simplemente, me permití cerrar los ojos y sucumbir.

Sentí como empujaba mi cuerpo con el suyo a través de la ordenada habitación hasta llegar a una mesa central que adornaba la estancia. Se separó de mi boca durante unos segundos y alzando la mano con una violencia incontenible, lanzó todos los objetos decorativos al suelo.

El jarrón chino se hizo añicos sobre la parte del parqué sin alfombrar y las flores secas de popurrí se desperdigaron por doquier. El cenicero se abolló con un repiqueteo metálico y los periódicos internacionales, en desorden, se perdieron por el suelo. Durante el camino perdí un zapato y el bolso se me resbaló de entre los dedos.

—Darren, pero que...

No pude acabar la frase. Súbitamente, me elevó sin esfuerzo hasta sentarme sobre aquella mesa, separando mis piernas y situándose entre ellas, besándome ardorosa y salvajemente ante mi profundo estado de *shock*. Se me subió la falda por los muslos, y la mente empezó a hundirse en una nebulosa de pura delicia cuando sentí sus dedos acariciándome el cuello y los hombros, perdiéndose por mi recatado escote; sus labios abriendo los míos.

Fui consciente del ruido sordo que hizo su cinturón al ser lanzado contra el suelo, y en un instante, apartó sus labios de mí, acercó la mano a mi pelo y me quitó la piza, alborotándome la melena con sus dedos y adentrándose en mi cuello, provocándome un estremecimiento tan intenso, que solo pude emitir un profundo suspiro.

Entonces, me miró profundamente durante un segundo, y yo comprendí aquella mirada, sabía que en ese momento podía detenerlo, negarme, parar. Era la única oportunidad que tendría para volver a mi plan inicial, a pedirle que se apartara de mí y habláramos de lo que había ido a hablar. Pero no pude hacerlo. No quise hacerlo. Había pasado demasiado tiempo.

Mi cabeza me decía que aquello no estaba bien, que era completamente incorrecto, pero aquel susurro era incomparable a los gritos anhelantes que lanzaba el resto de mi cuerpo cada vez que las manos de Darren me rozaban. Mi piel había sufrido amnesia de sus atenciones, pero ahora la memoria había vuelto en fuertes oleadas arrasando con el sentido común y todos los impedimentos que se me pudieran ocurrir.

Notaba su cuerpo tenso, jamás lo había visto tan fogoso, tan ansioso, se mordía los labios de pura pasión. Sentí sus manos acariciar mis piernas al mismo tiempo que me subía aún más la falda, y mientras yo lo miraba entre extasiada y profundamente confusa, me tomó de las caderas, acercándose a él con fuerza. Mis dedos temblorosos encontraron su pantalón, Darren ahogó un potente gruñido en mi garganta mientras yo se lo abría, tan perdida en el océano de amor como lo estaba él. Se apoderó de mi cuerpo sin recibir la más mínima contraindicación de mi parte; me hizo suya con fuerza y pasión, incluso casi con brusquedad.

Dejé salir un grito de mi garganta, mitad de sorpresa, mitad de placer, clavando las uñas en su espalda, mientras él me poseía implacablemente una y otra vez, dejando salir sus intensas ansias y rodeando mi cintura con uno de sus brazos para mantenerme cerca en todo momento. Entre nuestros gemidos de pasión y los susurros entrecortados que él me prodigaba, escuchaba los rastos de porcelana resquebrajándose aún más bajo sus pies. Cerré los ojos con la cabeza hacia atrás, olvidando por un momento todo; si aquel iba a ser mi último momento de felicidad, entonces quería saborearlo con todas las capas de mi piel.

A pesar de lo inesperado de la situación, el placer que experimenté fue el más sublime de mi vida, jamás había sentido algo así y me encontraba incapaz de hacer otra cosa que dejarme llevar por aquella fuerza que Darren ejercía sobre mí, llevándome y trayéndome en su fuego eterno, quemándome hasta el alma con sus besos y sus caricias que me colmaban y maldecían al mismo tiempo.

Tras la intensa actividad, escuché como un ronco gruñido escapaba de su garganta mientras yo trataba de contener mi alterado corazón y los temblores que sacudían todo mi cuerpo después de haber rebasado la cima del placer.

Bajé de la mesa todavía con el cuerpo tembloroso, colocándome la ropa. No tenía intención de mirarme al espejo, pero suponía que estaba despeinada y enrojecida, con múltiples signos de la vergüenza que ahora me recorría el cuerpo. Darren se había apartado de mí casi con la misma velocidad con la que había venido y se había perdido en el interior del cuarto de baño, donde podía oírlo echarse agua en la cara y respirar hondo varias veces. Bueno, al menos no era la única que se había quedado sobrecogida.

Pensé que debía marcharme, de hecho, iba a hacerlo, pero en ese momento, él salió, con el semblante serio, el cabello mojado y la camisa semi abierta. Se agachó, recogiendo su cinturón y mi pinza del pelo, alcanzándomela con gesto sumiso.

—Gracias —susurré, incapaz de decir cualquier otra cosa.

—¿Quieres... sentarte? O... algo de... beber o...

Me senté en el sofá no muy segura, acto que él imitó, manteniéndose sutilmente alejado. ¿Íbamos a hablar ahora de la situación como si nada hubiera pasado? ¿Obviaríamos el hecho de que habíamos compartido una intensa y repentina relación sexual sin haber intercambiado ni una sola palabra? Su semblante era indescifrable, no podía saber cómo se sentía. Aguardé, retorciéndome las manos.

—Escucha, yo... —empezó a decirme tras tomarse un momento—, quiero pedirte disculpas, esa no es forma de... de verdad lo lamento, yo... —resopló, apartándose el pelo húmedo de la cara—. ¿Te he hecho daño? ¿Estás... bien?

Alcé los ojos hacia él, que me miraba preocupado y con expresión de arrepentimiento. Nada que ver con el fuego de hacía unos momentos. Me paré a pensar unos instantes sobre su preocupación. Desde la última vez que Darren y yo habíamos hecho el amor, hacía más de un año, yo no había estado con ninguna otra persona... ¿acaso lo había notado y su disculpa se debía a la falta de tacto? ¿Se había dado cuenta de que había diferencias en mi cuerpo? Aquello me alarmó. Negué con la cabeza.

—Estoy bien, tranquilo. Supongo que... yo también me alegro de verte —me permití bromear ante la perspectiva de gritar.

—Te aseguro que lo siento mucho —repitió, rozando mi pelo con suavidad—. No sé qué me ha pasado... Si te hubiera maltratado, jamás me lo habría perdonado. Eres tan delicada... No pretendía ser un animal. No había planeado esto, no supe cómo... —Se encogió de hombros—. Perdóname, Leire.

Le sonreí un poco para tranquilizarlo. No podía ser cínica. Pese a la impresión que me había causado la velocidad con que se había lanzado a mí, tenía que admitir que me había encantado su fogosidad. Había disfrutado plenamente, y eso él debía saberlo a pesar de su preocupación. Le quité importancia al asunto con un gesto. No pensaba hinchar más su ego, pero tampoco permitir que se sintiera como un violador.

—Te sentí algo distinta —dijo de repente, poniéndome sobre aviso—, no sé cómo explicarlo...

—Bueno, hacía mucho tiempo... —Mis nervios empezaban a ser evidentes, hice ademán de levantarme, pero me cogió de la mano—. Quizá no lo recordabas... Oye, Darren..., pienso que lo mejor es que me vaya...

—Espera. —Me retuvo otra vez—. Créeme, tengo viva en mi mente la manera en que me amas, en que te me entregas... Y fue distinto, estabas como más apasionada, más mujer. —Su mirada me quemó de la cabeza a los pies al recorrerme—. Tu cuerpo parecía diferente.

Respiré hondo, ahora ya histérica en toda definición. Había algo de cierto en aquello que Darren decía. Era consciente de que algo había cambiado. Por supuesto que yo no era la misma, por completo. El giro que había dado superaba los ciento ochenta grados. Me había esforzado en acomodarme a las circunstancias de mi vida porque era lo que me había tocado. Al enterarme de los cambios que se estaban operando en mí, no me quedó más remedio que salir adelante como pude, con uñas y dientes. No iba a volver a verlo, de eso había estado estúpidamente segura, así que no había dedicado tiempo a prepararme para aquel momento.

Nunca me había parado a decidir si me lo guardaba o lo compartía. Ahora lo tenía delante, esperando una explicación que oscilaba sobre nosotros, como un enorme globo de helio que amenazaba con explotar en la cara en cualquier momento.

—Es cierto, hay algo... —confesé—. Algo ha cambiado en mí.

Darren me miró y me prestó toda su atención. Decidí que no tenía sentido mentir o esconder la verdad. Tal como había sucedido cuando me subí al coche y abandoné la casa donde habíamos estado juntos, tenía que tirar adelante con las circunstancias que me habían tocado. Una vez más, se me presentaban muy duras, pero si el destino había querido que volviéramos a estar frente a frente, yo solo podía dejarme guiar por su dictado.

Cogí aire y decidí en ese momento hacer lo que no había hecho cuando nos separamos: contar la verdad.

—¿Recuerdas... nuestra primera noche juntos? ¿En la sierra?

Darren sonrió.

—Por supuesto, jamás podría olvidarlo.

—Bien, en esa noche, como en las demás... nos dejamos llevar por la pasión, olvidándonos de todo... incluso de las consecuencias...

—¿Consecuencias? —me preguntó aturdido—, sabíamos que nos arriesgábamos estando juntos, desde un principio me dijiste que tendrías que irte, que teníamos todo en contra, que las normas...

—No, no me refiero a eso, Darren. —Respiré y tragué saliva—. Mantener relaciones íntimas sin precauciones... conlleva consecuencias. —Lo miré con intención—. Consecuencias físicas.

—Sí —coincidió, aún sin saber adónde pretendía yo llegar.

—Las hubo, Darren. —Retorcí las manos, nerviosa—. Existen... en mi vida.

—¿Qué estás tratando de decirme? —Su bello rostro de marcadas facciones masculinas se había puesto pálido como prueba de los nervios que empezaba a sentir.

—Un mes después de que me fuera, me di cuenta de que estaba embarazada —solté por fin—. Di a luz hace casi tres meses.

Observé a Darren, que permanecía con la boca abierta incapaz de decir una sola palabra. Justamente así me había quedado yo, en el sofá de mi piso, con el predictor positivo en la mano. Con esa expresión de tonta integral, sin poder razonar que dos más dos habían dado cuatro.

—No voy a decirte que te busqué hasta por debajo de las piedras —ahora había cogido carretilla, así que tendría que escuchar toda la historia—, pero sí indagué lo que pude, a pesar de que me había prometido no hacerlo. Me jugaba mi trabajo, seguías siendo paciente, aunque se te hubiera dado de alta, y te aseguro que perder el empleo en esos momentos era lo que menos me convenía. —Seguía sin decir nada—. No di contigo, habías viajado o... qué sé yo. Pensé que no iba a verte más...

Darren se levantó y deambuló por la habitación, como un perro sin dueño, mientras poco a poco su semblante iba cambiando y poniéndose cada vez más serio. Otra vez aquella expresión, su cara de eterno traicionado. Se paró para mirarme desde su casi metro noventa de altura, acusador, como una escultura de Miguel Ángel, las facciones cinceladas en arrugas de malestar.

—¿Intentaste buscarme? ¿Me estás diciendo que no pudiste decirme que ibas a tener un hijo? ¿Qué no hubo ninguna maldita manera de que pudiera enterarme?

—Estaba asustada, confundida, hacía poco tiempo que nos habíamos separado, no sabía dónde estabas...

—Pudiste darme un teléfono, una dirección, yo podría haberte buscado y nada de esto habría pasado —espetó—. ¡Tenías que ponerte en contacto conmigo, decirme cómo encontrarte, lo habías prometido!

—Compréndelo, era lo mejor, era lo que debía hacer. Si hubiera sabido desde un primer momento que estaba embarazada, las cosas habrían sido diferentes, por supuesto, nunca habría actuado como...

—¿Es mío? —preguntó súbitamente.

Me quedé absolutamente bloqueada. Abrí la boca y la cerré otra vez, como un pez fuera del agua. Sacudí la cabeza a la espera de que el riego sanguíneo volviera a

conectárseme con el sistema nervioso. Parpadeé, como si me hubiera hablado en arameo.

—¿Qué? —fue lo único que pude musitar.

—Que si estás segura de que es hijo mío.

En ese momento quise levantarme, avanzar hasta él y abofetearlo con toda mi alma hasta dejarle la mano marcada en la cara. Sin embargo, no podía moverme, una marea de rabia y vergüenza me paralizaba las extremidades, manteniéndome presa en aquel sofá sin poderme defender. ¿Acaso creía que por el hecho de haber estado con él, mi actitud cotidiana era acostarme con cualquier persona sin tomar en cuenta ni siquiera el tomar precauciones? Miré a mi alrededor, donde el jarrón hecho añicos y el cenicero abollado parecían decirme que las circunstancias daban pie a aquella infame pregunta.

Pero no, ni siquiera el arranque de pasión salvaje que habíamos compartido era excusa suficiente para que dudara de mí de aquella manera. Me refugié en mi enfado, usándolo como una armadura. Lo miré ofendida, imitando a la perfección su cara de traicionado.

—¿Cómo es posible que te atrevas a preguntarlo?

—¿Acaso mi duda no es razonable? —no se acobardó—. No he sabido nada de ti en más de un año, me mentiste, prometiendo que nos veríamos pronto, cuando tu plan era exactamente todo lo contrario. No me facilitaste ninguna manera de localizarte, y además, estoy seguro de que si ese amiguito tuyo no se hubiera acercado a mí, probablemente, ni siquiera habría vuelto a verte, así que, vamos, dime, ¿por qué tengo que asumir que es hijo mío sin la más mínima duda?

—¿Que por qué? ¿Que por qué? Pues porque a pesar de todas las estupideces que has dicho, sigo aquí; porque a pesar de tu comportamiento conmigo, no me he marchado; porque aún después de tanto tiempo y los gritos de esta mañana, hace un momento, te he amado con todo mi corazón. ¡Porque sabes que jamás te he mentido! Y porque yo...

Cerré los ojos y apreté los puños, respirando con agitación, mientras él me miraba entre confuso y asombrado. Creo que nunca le había dicho tantas palabras juntas, y desde luego, no tan airadas.

Saqué un papel de mi bolso y garabateé unas letras en él con el mismo bolígrafo que Tony me había dado aquella mañana para un propósito muy distinto. Logré levantarme, aunque tambaleante, y dar unos pasos

—Aquí tienes mi dirección, cumplo con mi palabra, aunque sea tarde. No pienso negarle a mi hijo la oportunidad de que te conozca, como tampoco quiero privarte a ti de ese derecho. No quiero absolutamente nada, por si esa va a ser tu próxima gran aportación. Si decides ir a verlo, las puertas de mi casa estarán abiertas, pero si no lo haces, espero que salgas de mi vida y no vuelvas más.

Dejé el papel sobre aquella mesa en la que antes nos habíamos entregado a la pasión, al amor confiado, como si no hubiera problemas ni distancias entre nosotros, aun cuando el abismo de las verdades ocultas era insalvable. Recogí mi bolso y no miré atrás cuando salí de la habitación con paso ligero, temblando por dentro como una hoja de papel expuesta al aire.

Llegué a casa sintiéndome cansada y derrotada, necesitando únicamente abrazar a mi hijo y olvidarme de todo lo vivido horas antes, aunque me resultara prácticamente imposible. Recibí la visita sorpresa de Tony, que se marchaba de vacaciones a no sé qué montaña y venía a traerme las cosas que, con el tiempo, yo había ido dejando en su coche: una barra de labios, una lima de uñas... Me dio una cajita de cartón rosa con todas mis pertenencias, por si yo pudiera necesitarlas mientras él estaba fuera. Me limité a sonreírle, sin entablar conversación ni soltar a mi pequeño en ningún momento.

Me notó ausente y preocupada, pero al captar mi poca predisposición para contarle nada, decidió no preguntarme, se despidió del bebé y de mí y se marchó. Le estaba muy agradecida por todo lo que había hecho por mí, así que me prometí solemnemente darle la explicación que merecía en cuanto volviera. Esperaba que para entonces mis ánimos hubieran escalado posiciones.

Le di a mi hijo su biberón, intentando que los momentos de rutina que vivíamos juntos alejaran mi mente de todo lo ocurrido horas antes. En cuanto terminó, sus ojitos redondos me miraron con una somnolencia que me tocó el corazón. Lo veía poco en esos días, por culpa del trabajo y las ocupaciones, pero al menos tenía la libertad e independencia económicas que necesitaba para sacar adelante al niño por mí misma, para asegurarle comodidades y bienestar. Lo acurruqué en mis brazos, disfrutando de su olor y su calor, y después lo dejé en su cunita.

Me recalenté las sobras de la cena del día anterior y la picoteé en el sofá, mirando mi deprimente reflejo en la superficie negra de la televisión. Aquel era un día para arrancar del calendario y borrar de la mente. ¿Cómo había podido ceder e ir a ver a Darren? ¿Cómo había podido volver a acostarme con él? ¿Por qué demonios no me había resistido? Y peor aún, ¿para qué le había contado todo si solo me había ganado sospechas y acusaciones a cambio? Me estaba bien empleado, por tomar siempre las peores decisiones.

Ahora el no quería saber nada de su hijo, ni siquiera me había creído cuando le conté sobre su paternidad. No es que yo lo necesitara, porque no era así, pero había tenido la esperanza de que quisiera conocer al niño, verlo... preguntar algo sobre él, verse tocado por la curiosidad al menos. Confié en que me detuviera por el pasillo, que corriera detrás de mí y dijera... El sonido del timbre me distrajo de mis pensamientos. Mis opciones eran o Tony, que no había podido hacer las maletas y marcharse en paz hasta no saber a qué venía mi cara de huérfana inconsolable, o bien el mecánico de mi coche, por fin con las llaves en la mano dándome la inmensa alegría de que ya estaba arreglado.

No obstante, no acerté ni con lo uno ni con lo otro.

—Oh, vaya... ¿por qué no? —Me hice a un lado, mirando a Darren.

—Hola... —susurró con extrañeza ante mi particular saludo—. He estado pensando... no creo que pueda seguir adelante, vivir, actuar como si nada sabiendo... necesito ver... conocer...

—¿A tu hijo? —terminé por él.

Se limitó a asentir sin decir una sola palabra. Terminé sonriéndole un poco. Me parecía tierno verlo allí plantado, tan grande y tan tímido. Mi instinto inicial había dado en el clavo; al digerir la noticia, le había sido imposible mantenerse ajeno, la impasibilidad no existía cuando uno se enteraba de que tenía un hijo. Lo animé a pasar y cerré la puerta. Miró con curiosidad la cena a medio comer delante de un televisor que no estaba encendido, pero no hizo comentarios.

—Bueno... esto no es como tu hotel o como la casa de la sierra... —declaré un poco avergonzada en cuanto él puso los pies en mi piso—, ni siquiera he tenido tiempo de doblar la colada...

—Es muy bonito. Un hogar.

—Sí, bueno, un hogar de una madre que trabaja demasiado y no tiene tiempo de poner orden.

Recogí algunos peluches que yacían sembrados en el sofá y cuando me giré, me di cuenta de que Darren tenía uno de ellos en sus manos y de que lo acariciaba con cariño y emoción.

—¿Es... es de él? —preguntó con un hilo de voz.

Asentí, dejándolo perderse en ese momento de aceptación trascendental. Cuando se encontró con fuerzas para encararme, soltó el muñeco en la pila en que yo había puesto los demás y me miró con fijeza.

—Siento mucho todo lo que te dije, soy un estúpido y un imbécil y no tengo absolutamente ninguna excusa —gesticuló como hacía siempre que estaba tenso—. Ni siquiera me interesé ni te hice preguntas sobre lo que verdaderamente importaba, me comporté como un arrogante, infantil, machista y... oye, cuando creas que es suficiente, avísame.

—Lo haré, tranquilo, continúa. —Ante su expresión de desconcierto, no pude más que sonreír—. Es una broma. Has venido, es lo que cuenta. Ya solucionaremos lo demás. Como has dicho..., tenemos que centrarnos en lo que de verdad importa ahora.

Le indiqué que me siguiera hasta mi dormitorio, donde reposaba la cunita con nuestro hijo, pero antes de cruzar el umbral, se paró en seco, sintiéndose incapaz. Vi cómo se apoyaba en la pared y se llevaba los dedos al puente de la nariz, haciendo presión como mecanismo antipánico. Le froté el brazo, aunque dudaba de que aquello sirviera de nada, para conferirle un poco de calor humano a modo de calma.

—Tranquilízate, ¿estás bien? —le dije, preocupada.

—Sí, sí, es solo... ¿qué pasa si no le gusto? ¿O si no le caigo bien? ¿Y si me rechaza?

Alcé una ceja, intentando por todos los medios no reírme y comprender sus inquietudes de padre primerizo. Tenía gracia, pero hacía menos de media hora estaba revolcándome en mi mala suerte congénita, y ahora intentaba no carcajearme de lo irreal de toda aquella situación.

Decidí aplicarme el cuento de la tranquilidad y le conferí ánimos.

—Darren, tiene tres meses, no tienes que entablar una conversación con él, es tu hijo, es tu sangre... es algo que va más allá de todo lo demás, simplemente, es un nexo de unión. Se acostumbrará a ti enseguida. Su instinto le dirá que eres algo suyo.

Pareció quedarse más tranquilo con mi explicación, le cogí la mano y lo llevé hasta la habitación, situándolo frente a la cuna. En cuanto sus ojos hicieron contacto con el pequeño cuerpecito del niño, de su hijo, se le llenaron de lágrimas.

—Dios mío —dijo con alabanza—, es... es...

—Perfecto, lo sé. —Sonreí—. Fíjate, tiene tu misma expresión cuando duermes.

—¿En serio? —preguntó sin apartar la vista del niño—, pero tiene tus labios.

—¿Qué? Claro que no los tiene.

—Los tiene, conozco bien tus labios, es la misma curva, son igual de carnosos, con esa forma de corazón. Es precioso, es el niño más guapo del mundo, es guapísimo.

—¡Lo es! Yo siempre lo digo, pero claro... supongo que nuestra opinión no puede considerarse muy objetiva.

—¿Cómo se llama? —me preguntó—, Dios mío, ni siquiera sé eso... ni siquiera te pregunté eso cuando me contaste...

—Se llama Darío —respondí simplemente, no iba a ponerle más peso a la losa de su culpabilidad. Él me miró con los ojos húmedos, incapaz de decirme palabra alguna—. Su significado no está muy claro, pero se le atribuyen connotaciones regias y de poder. —Sonreí—. Fue un embarazo movido. Está claro que dotes de mando no le faltan.

—Darío —dijo él en un susurro, acariciando la manita del pequeño con su dedo.

El niño abrió sus perezosos ojitos, encontrándose directamente con Darren, que se negaba a separarse de la cuna. Me hice un poco hacia atrás, dejándoles espacio para medirse el uno al otro.

—¿Quieres cogerlo?

—¡No! —Darren se apartó un poco—. Es muy pequeño, ¿y si se cae? No sé hacerlo, nunca cogí en brazos a mis sobrinos siendo tan bebés, no me gustaba, son muy... frágiles.

—No seas cobarde. Siéntate ahí y coge a tu hijo en brazos, compórtate como un adulto.

Darren se sentó en la cama, yo tomé al bebé en mis brazos y después, con delicadeza y dándole indicaciones, se lo pasé a él. Al principio, estaba completamente tenso, no movía ni un músculo y me miraba suplicándome que volviera a recuperar al pequeño, pero después de unos minutos, era todo un maestro.

—No puedo creerlo —me dijo—, lo tengo en brazos... ¿Lo estás viendo? Tengo en brazos a nuestro hijo, Leire... A nuestro hijo.

Me sequé las lágrimas disimuladamente. Ahí estaban los dos hombres más importantes de mi vida, juntos, ante mis ojos. Era una imagen que guardaría en mi memoria por el resto de mi vida. Darren estaba embelesado con cada gesto de Darío, cómo parpadeaba, cómo movía sus manitas, si encogía o estiraba las piernas. Cuando lo vio bostezar, pareció quedarse anonadado. Entendía muy bien cómo se sentía. Yo lo tenía hacia tres meses y aún no me acostumbraba a que fuera tan especial.

Cuando el pequeño volvió a dormirse, Darren y yo salimos de la habitación y decidimos tomarnos un café. Saqué un álbum de la estantería y se lo mostré.

—Son de mi embarazo y de lo que han sido estos tres primeros meses, supuse que te gustaría verlo. —Nos sentamos en el sofá, y él empezó a pasar las hojas, deteniéndose en todas las imágenes como si quisiera obligar a su mente a imaginar cómo habría sido estar en ellas, haberlo vivido.

—Me he perdido tanto... Ojalá hubiera podido estar durante todo el periodo, en el nacimiento... Mi hijo ha estado viviendo durante tres meses y yo no sé nada de él.

Lo miré compungida ante su clara muestra de dolor.

—Bueno, tienes el resto de tu vida para pasarla con él, si quieres.

—Claro que quiero. Escucha, no quiero ser un padre ausente, no quiero verlo un par de horas cada varios días. Quiero llevarlo y traerlo del colegio, enseñarle a montar en bici, a afeitarse, a hacerse el nudo de la corbata...

—Para, para... me estoy agobiando solo de oírte. Aún falta mucho para eso. Pero eres su padre, claro que estarás ahí cuando quieras.

—Crees que... ¿podamos ser amigos? ¿Llevarnos bien y eso, por él?

—Claro que podemos ser amigos, debemos ser responsables y tener un comportamiento cordial por el bien de nuestro hijo.

Ambos sonreímos, orgullosos de nuestra madurez repentina, pero por alguna razón, fue una sonrisa que se apagó ante nuestra nueva condición amistosa. Nos miramos con resignación. Quizá, por el momento, aquello fuera lo más sensato, lo mejor y lo menos complejo. Después de todo, ahora había un niño en el que pensar y del que ocuparnos. La locura que había pasado en el hotel, simplemente, no podía volverse a repetir, aquello no iba a ayudarnos en nada y solo nos traería complicaciones.

Puede que Darren ya no fuera mi paciente, tal como él me había hecho ver aquella calurosa tarde en la sierra, cuando el amargo adiós nos había entristecido a ambos, pero ahora había algo más grande entre nosotros. Un solo error, y no solo nos haríamos un agujero muy grande en nuestras vidas a nosotros mismos, sino que la estabilidad de Darío dependía exclusivamente de lo bien que aprendiéramos a jugar con las cartas que nos habían tocado, y arriesgarse con eso no era una opción.

Recogí las tazas y aproveché para doblar la colada que había dejado abandonada junto a la encimera de la cocina. Un trueno iluminó la habitación, haciéndome mirar por la ventana. La lluvia caía como un torrente golpeando el cristal. Instintivamente, saqué velas del cajón y puse el encendedor a mano, por si se diera el caso.

—Tocará mojarse, porque he dejado el coche a unos cuantos metros —dijo Darren, cuando volvió a la salita, al percatarse del brutal cambio que había dado el tiempo en tan pocos minutos.

Lo miré, con una sábana entre las manos, negando en su dirección como si se hubiera vuelto loco.

—¿Estás de broma? No puedes salir así y mucho menos conducir, sería una locura. Esta calle está prácticamente horizontal, se formará una piscina en la calzada que puede llegar hasta treinta centímetros de altura.

—¿Y qué sugieres que haga? Esa tormenta tiene toda la pinta de estar dispuesta a seguir avanzando. Seguro que no para en toda la noche.

Me encogí de hombros y seguí doblando toallas, pensando en las posibilidades. Aun cuando Darren lograra llegar a su coche, lo haría hecho una sopa, y eso contando con que el coche arrancara, porque si lo había dejado al principio de la avenida que circundaba con la casa... las ruedas no tardarían en estar anegadas en agua. ¿Acudiría la grúa de tráfico por precaución?

—¿Leire? —Lo miré sumida en mis pensamientos—. Creo que debería pasar la noche aquí.

Darren se mostró encantado con su propia idea, puesto que no se había apartado de la cuna de nuestro hijo en toda la tarde y no cesaba de mirarlo y maravillarse con cada pequeño gesto o movimiento que hacía.

Si me hubiera parado a pensar durante, al menos, un minuto más, estaba convencida de que nunca habría aceptado aquella invitación, pero el sonido atemorizante de los relámpagos hacía que me dijera a mí misma que no había más remedio. Mandar al padre de mi hijo a la tormenta para que se marchase a casa no estaba bien. No obstante, cuando fui al armario a por almohadas y sábanas limpias, caí en la cuenta de algo en lo que no había reparado hasta entonces.

—No tengo más camas.

—¿Qué? —preguntó Darren, entrando a mi espalda.

—Que no tengo más habitaciones, la que está junto a la mía está hecha un verdadero desastre, tengo montañas de papeles, cosas del niño, cajas apiladas de la mudanza...

—Bueno, no importa, puedo dormir en el sofá, no te preocupes —ofreció sin perder la calma—. Te puedo asegurar que he dormido en algunos sitios más que inverosímiles.

—Ese sofá es horrible, no puede abrirse y los reposa brazos son de madera, no quiero que mañana te levantes con torticollis y me demandes. Además, creo que has cubierto el cupo de apoltronarte en un sofá con todo el tiempo que estuviste en la sierra.

Me sonrió de medio lado. Caramba, ya no quedaba nada de aquella época de depresión, cuánto me alegraba descubrirlo en pequeños gestos como aquel.

—En ese caso —prosiguió—, supongo que solo queda una opción... compartir tu gran cama de matrimonio.

—¿Qué? ¿Dormir juntos? ¿Nosotros dos?

Sentí como me ponía cada vez más y más colorada. Colorada y nerviosa, mientras Darren me miraba con los ojos muy abiertos, casi sin poder creerse lo que estaba oyendo. Respiré hondo y cerré la boca. Estupendo, acababa de descubrir que teníamos un hijo en común, y yo ahora me comportaba como una perfecta lunática, balbuceando y rasgándome las vestiduras como si fuera una niña ofendida. Resoplé, esperando que no se lo hubiera tomado demasiado mal.

—Bueno... —carraspeó—, teniendo en cuenta que tenemos un hijo, no creo que eso resulte un gran problema, ¡ni que fuera la primera vez que dormimos juntos!, de hecho... sería lo más inocente que hemos hecho juntos tú y yo en una cama.

—Ahora es diferente. —Obvió su comentario—. Estamos tratando de ser amigos y de empezar a comportarnos de una forma más... adecuada a como hemos hecho hasta ahora. No me parece que dormir juntos sea el paso correspondiente.

—En ese caso, no me abrases cuando te gires.

—¿Qué? —espeté—, ya veo que sigues en tu política de no escuchar más que lo que te interesa. —Respiré hondo—. Somos dos personas adultas, adultas y civilizadas. Además, una noche pasa por donde sea, compartiremos la cama pacíficamente y no habrá ningún problema.

—Me parece perfecto —declaró con una brillante sonrisa mientras salía de la habitación—, pero si me abrazas, te despertaré y, civilizadamente, te pediré que vuelvas a tu lado, amiga.

Gruñí frustrada, conteniendo mis ganas de golpearlo con la caja de toallitas húmedas del niño. Era claro que entre Darren y yo las cosas nunca tomarían el camino sencillo. Nuestra relación se había precipitado, luego había venido la separación, el nacimiento de Darío y aquel reencuentro rocambolesco en el hotel. La Madre Naturaleza podría haber tenido piedad y hacer que la noche fuera clara y despejada, pero no, había tenido que desatar el diluvio universal para ponernos en aquella tesitura.

Al menos, mi arranque infantil había escondido la principal preocupación que sentía, el hecho de que estaba segura de que notaría lo mucho que me afectaba estar cerca de él, oír su respiración, sentir su presencia al otro lado de una cama que había estado fría y solitaria durante más de un año. Iba a ser una prueba de voluntad muy dura para mí. Acaricié el pelito de Darío y le sonreí cuando me miró.

—Tu padre... es un espécimen fuera de lo común.

Recogí un poco la casa mientras Darren ojeaba el álbum del bebé con una sonrisa paternal pintada en la cara. Se entretuvo haciendo fotos con su móvil para tener copias de las imágenes, a pesar de que le había prometido dejar que se las llevara para que se las reprodujeran en un estudio. No parecía poder esperar para tener la presencia de su hijo en su casa. Eso me alegró.

—Somos amigos, ¿no? Y como amigos, podemos hablar y tenernos confianza —soltó de pronto, encendiendo mis alarmas.

—Claro —afirmé, colocando los cojines.

—Bien, en ese caso, ¿por qué hay en este álbum y en esta casa tantas fotos de ese tal Tony y ninguna mía?

Lo miré, intentando procesar aquella cuestión. La verdad era que no tenía ni idea de por dónde salir.

—Porque yo soy el padre de nuestro hijo, por lo tanto... me parece lógico que tengas fotos mías, es más, ¡nunca me las has pedido!

—Bueno, no te preocupes, ahora vamos a Internet y cogemos unas cuantas. —Me reí de mi propio chascarrillo.

—No tiene gracia. —Puso un gesto desagradable—. ¿Te gusta ese tío? ¡Por favor! Ni siquiera es tu tipo de hombre. Es... casi rubio.

—Ese tío, como tú lo llamas, es un gran amigo que ha estado ahí siempre que lo he necesitado, ha sido un gran apoyo, un pilar constante en mi vida, un hombro firme en el que poder desahogar...

—¿Te has acostado con él? —preguntó, interrumpiéndome.

—¿Disculpa? Esa es una pregunta muy íntima.

—¿Y? ¿Recuerdas quién te dejó embarazada? ¡No me vengas con eso ahora!

—No me he acostado con él, solo somos amigos. Es como un hermano para mí.

—¡Ahhh! —suspiró aliviado—, vale, mejor. ¿Tampoco sabe nada de mí?

—Bueno... —Pensé durante un momento—. Supongo que sabrá lo que todo el mundo, que haces teatro, que te llamas Darren...

—Había olvidado lo graciosa que eres. —Pero tras el comentario, me sonrió—. Casi tanto como preciosa.

—Vale, adulador, voy a bañar al niño, ¿quieres ayudarme?

Se levantó inmediatamente, remangándose la camisa y dejando sobre una mesa su reloj. Mi siguió con diligencia, cargando con las cosas que le di y llevándolas al baño. Cogí al niño y lo desvestí en la habitación, abrigándolo con una gran toalla infantil para transportarlo. Darren lo sostuvo mientras yo templaba el agua y preparaba las demás cosas.

—Me gustaría aprender a hacerlo —dijo—. ¿Puedes enseñarme?

—Es muy fácil. A ver —indicé—, tienes que sujetarlo para poder mojarlo lentamente y enjabonarlo, ¿de acuerdo? Agárralo con firmeza, pero no con fuerza. Apoya su cuerpecito entre tu mano y el brazo, eso es, los hombres tenéis las manos más grandes para eso. —Le corregí la postura—. Bien, ahora, con la otra mano, ve echando el agua sobre él, despacio.

Él asintió, concentrándose como nunca antes en su vida y poniéndole caras al pequeño para que este se distrajera mientras lo bañaba. En un momento determinado, y pese a su pequeña estatura, el pequeño dio una considerable patada al agua, empapando la camiseta de Darren, que se rio como si nada.

—Ya estás bautizado, eres oficialmente un papá —exclamé risueña.

Después de hacerle unas fotos a Darren con el niño en la bañera, lo cogí en brazos y expertamente volví a envolverlo en la toalla. Lo sequé deprisa, poniéndole sus crematas para la piel y, luego, el quimono de dormir. Darren no nos quitaba ojo de encima, peinó al niño y le puso unas gotitas de colonia en la cabecita, después, mientras yo le daba el biberón a Darío, Darren se ausentó para secarse.

Dejé al bebé en su cuna y cogí la camisa que Darren había dejado en la entrada del baño, la llevé a la habitación y le pasé el secador para eliminar el exceso de agua y que pudiera volver a ponérsela.

Una vez estuvo seca, volví al baño, abrí la puerta y, automáticamente y por segunda vez en aquel día, me puse roja, bajando la cara.

—Perdón... debí haber llamado.

Darren, que se pasaba una toalla por el pecho, se giró hacia mí, quedándose sorprendido ante mi comportamiento.

—¿Estás bien? —preguntó—, te has quedado paralizada.

—Sí, claro, aquí tienes tu cuerpo... ¡camisa!, ¡tu camisa!

—Gracias —añadió, esbozando una sonrisa—. ¿Me vas a decir que a estas alturas te da vergüenza verme así? ¡Pero si me has visto con mucho menos! Además, no eres una niña... eres madre, ¿cómo puedes seguir tan tímida?

—Muy simpático. Me voy a ver al niño.

Salí del cuarto de baño tan rápido y con la mirada tan baja, que no pude apreciar la sonrisa perspicaz de Darren, que se lo estaba pasando bomba con aquella situación. Detestaba hacer el papel de chica tonta, pero no podía evitarlo, habían pasado muchas cosas entre los dos, y aunque ahora no estuviéramos juntos... bueno, los sentimientos no se disipaban de un día para otro. Me puse la ropa de dormir y revisé a Darío, que dormía plácidamente, totalmente ajeno a los intentos de su madre por conservar un poco de dignidad.

—¿Sabes? —Darren entró a la habitación—, no he traído pijama. No esperaba que el tiempo se confabulara para no dejarme volver a casa.

—No lo habrías traído de todas formas, porque no lo usas.

—Vaya... buena memoria. —Y otra vez aquella sonrisa.

—Vale, está bien, tu hijo se despierta cada tres horas durante toda la noche, y yo mañana tengo que ir a trabajar temprano, si es que el mecánico cumple su palabra y me devuelve por fin el coche, así que, si no te importa...

—¿Tienes el coche roto? —Mi mirada le dejó clara la parte de la frase que no había expresado todavía—. Vale, vale, menos charla y más dormir.

Se dio la vuelta, se quedó en ropa interior, mientras yo examinaba una revista que tenía en la mesilla de noche desde hacía tres semanas, y luego se metió en la cama. Dobló la almohada y se pasó un brazo por detrás de la cabeza, removiéndose hasta acomodarse. Parecía una escena totalmente cotidiana, normal. El hombre y la mujer en la cama, el niño dormido en la cuna, el sonido de la lluvia tras la ventana...

—¿No te resulta extraño? —pregunté, incapaz de contenerme.

—Me resulta maravillosamente... —esperé su respuesta mientras me quitaba la bata de encima del camisón—, reconfortante —añadió.

—Bien, esta es la primera y única norma: como ronques, te vas al sofá.

—Ya sabes que no ronco —se defendió—. ¡Ah! Olvidaba algo.

Me incorporé y encendí la lamparilla, sabiendo lo que vendría y anticipándome a ello.

—Ya lo sé, y tranquilo, que no pienso abrazarte.

Se rio, conteniendo la carcajada para no despertar al pequeño. Negó con la cabeza, haciéndome enarcar las cejas. Como fuera otra bromita de las suyas...

—No, no es eso. Buenas noches.

E inmediatamente se acercó y me dio un corto y casto beso en los labios, para luego girarse, tumbarse y apagar la luz, dejándome completamente bloqueada.

Aquella iba a ser una noche muy larga.

Ciertamente, lo fue.

El bebé se despertaba cada tres horas por hambre, y en el transcurso de una toma a otra, abría sus ojitos por otros diversos motivos: frío, incomodidad, desvelo, calor... todo ello expresado de la forma más primitiva: llanto profundo e ininterrumpido. Cuando mi despertador sonó, aún con la impresión de no haber pegado ojo en toda la noche, puse los pies en el suelo y me encaminé a tomar una buena ducha después de comprobar que el niño seguía dormido.

Me puse mi traje de chaqueta y los zapatos de tacón que menos me destrozaban los pies, me recogí el pelo en una coleta alta y saqué mi maletín al salón, dispuesta a tomarme un cargado café para poder enfrentar la jornada laboral.

—Buenos días —me dijo una voz soñolienta.

—Hola —respondí, poniendo en marcha la cafetera eléctrica.

—Jamás me había levantado tanto en una sola noche.

—Gracias por ayudarme, normalmente, lo hago siempre sola, fue agradable oír un «voy yo» para variar. —Le sonreí con sinceridad, sacando dos tazas y preparando el azucarero y la leche.

Darren sonrió débilmente mientras intentaba mantener los párpados abiertos.

—¿Ya te han traído el coche? —preguntó, sentándose frente a mí—, comentaste anoche que hoy tendría que estar listo, ¿no?

—¡Mierda! —maldije—, aún no, y Tony está de vacaciones en alguna parte del mundo. ¡No voy a llegar a tiempo al trabajo!

—Tranquila, puedo llevarte yo, si quieres.

Lo miré dispuesta a negarme por principios a otra de sus ideas. Pero lo cierto es que me salvaba el culo, por más que no quisiera reconocerlo. La niñera iba todas las mañanas a encargarse del niño mientras yo trabajaba, por lo que en breve llegaría, y el coche de Darren estaba aparcado a unos metros de la puerta...

—Puedo ir en taxi o...

—Venga ya, ¿vas a gastarte el dinero teniendo yo el coche fuera? Sé conducir. Me visto y te llevo en cinco minutos.

Me quedé parada en la cocina, con el café humeante en la mano. Encogí los hombros y dejé que las cosas siguieran su curso. No podía permitirme llegar tarde al trabajo, de modo que no había otra.

Al final, no fueron cinco, pero diez más tarde me ataba el cinturón del carísimo y lujoso coche de Darren mientras él hacía lo propio. Observé que se había puesto las gafas de sol a pesar de que salíamos casi al amanecer y negué con la cabeza, manías de actores...

—Tendrás que ir indicándome el camino, no conozco las calles —me dijo amablemente—. La niñera es muy agradable, no la conozco de nada, pero se la ve por cómo trata al niño. ¿Es normal que aun sabiéndolo me cause...?

—¿Estrés dejarlo con otra persona? Sí, totalmente. Te acostumbrarás.

Solo me dio unos minutos de tregua.

—Estás muy guapa con ese traje, pareces una alta ejecutiva.

Me eché a reír.

—Verás, he estado pensando algo —Darren usó ese tono conciliador que tanto miedo me daba.

—Oh... eso nunca es bueno —añadí mientras jugueteaba con los botoncitos del coche. «Cristal arriba, cristal abajo. Calefacción *on*, calefacción *off*. Sillón tumbado, sillón derecho». Aquel chisme parecía sacado de *La guerra de las galaxias*.

—Sí, bueno, el caso es que, como ya te dije, no quiero ser un padre ausente que ve a su hijo unas horas al día, ¿qué voy a hacer? ¿Irme al hotel y pasarme por tu casa de cuando en cuando? Sería desaprovechar las vacaciones, ¡y para una vez que las tengo...!

—¿Qué estás sugiriendo? —pregunté, aún sin prestarle mucha atención.

—Creo que deberíamos... convivir, pacíficamente, por el bien de nuestro hijo.

—¿Qué? ¿Vivir juntos? —Era completamente absurdo—. Mira, Darren, aprecio la intención, de verdad..., pero somos dos personas diferentes, con rutinas y vidas totalmente diferentes...

—Tenemos un hijo juntos, eso hace que nuestras vidas ya no vayan por caminos distintos —contraatacó.

—Muchas parejas tienen hijos juntos y no viven juntos —razoné yo, dispuesta a no ceder, aquello no tenía el menor sentido, sería desastroso para mis nervios, y ni qué decir de mis sentimientos—. No podemos supeditarnos el uno al otro.

—Mientras tú trabajas, yo puedo ocuparme del niño, así lo conoceré más y pasaré tiempo con él, no tendrá que estar con una niñera desconocida, sino con su padre, además, podré traerte al trabajo en coche.

—¿Cómo si mi coche fuese a estar a medio arreglar para siempre!

La lógica de sus argumentos me sacaba de quicio. Lo miré. Llevaba una mano sobre el volante y la otra apoyada en la ventanilla, que estaba baja y dejaba pasar una brisa que alborotaba su pelo.

La idea de que Darío estuviera con su padre no solo me dejaba tranquila, sino que era lo más conveniente para él. No solo porque así recuperaría algo del tiempo en que no había tenido a Darren en su corta vida, sino que el tener una presencia masculina a su alrededor sería un factor determinante en su crecimiento. Todo eso, dejando de lado mis sentimientos. ¿Cómo podía vivir otra vez cerca de él, esperando con temor el momento en que rehiciera su vida, empezara a salir con alguien, teniendo que vivirlo? Ya había sido lo bastante dura la noche anterior verlo a mi lado en la cama, con el bebé en brazos, removiéndose hasta rozarme... lo había soportado porque era una sola noche.

¿Qué haría si el periodo resultara más largo? ¿Debía anteponer lo que sentía a lo que sería mejor para Darío? ¿Y si luego Darren se agobiaba de la vida hogareña a la que no estaba acostumbrado y decidía marcharse? Tomar aquella decisión empezaba a despertarme jaqueca.

—Te recuerdo que mi piso es minúsculo y solo tiene una cama —dije al tiempo.

—No hay problema con eso, tampoco dormimos mucho, anoche casi no coincidimos en ella.

—¿Vas a convertirte en un amo de casa? ¿Qué sabes tú del cuidado de un niño?

—Lo mismo que tú, ambos somos padres primerizos.

—Yo he aprendido con el paso del tiempo —me defendí.

—Bueno, entonces yo también aprenderé.

Me crucé de brazos, mirando al frente, no sabía por qué, pero intuía que tenía perdida aquella batalla. Algo me decía que Darren se había estudiado bien todas mis posibles réplicas y se había preparado las respuestas para todos los casos. Me había cogido desprevenida para asegurarse la victoria.

—Mira —tanteó con más sutileza—, somos amigos, ¿no? Dos personas adultas que pueden vivir en paz por el bien de su hijo; si vemos que se nos hace difícil o que no nos soportamos, me voy al hotel y listo.

—Tú lo ves todo muy sencillo, no es tan fácil como lo pintas. No puedes darle a Darío la presencia de su padre, dejar que se acostumbre y luego, si no sale bien, marcharte. Sería injusto y cruel, puede que sea pequeño, pero comprendería la decepción.

—No voy a decepcionarlo. Va a salir bien. Estoy seguro de esto. —Tajante y sin titubeos. Puso el intermitente y giró por la calle del Gabinete—. No lo habría propuesto si pensase que no iba a poder con ello.

—No sé, Darren...

—¿Por qué no? ¿Hay algún otro motivo por el que no puedas o quieras vivir bajo el mismo techo conmigo? ¿Te sentirías... incómoda quizá? ¿Por lo que pasó entre nosotros?

Touché. Había ganado, y ambos los sabíamos.

Paró frente al edificio del Gabinete, quitándose las gafas y regalándome una sonrisa triunfadora. Yo le dediqué una mirada de *hablaremos luego* y cogí el maletín. Si él había tenido tiempo de sobra para prepararse aquella batalla, lo justo era que yo también, así que aprovecharía mis descansos en el trabajo para argumentar las críticas. No iba a dejarme ganar tan sumisamente.

—Que tengas un buen día en el trabajo, cariño.

Respondí a su tono musical cerrando la puerta de su carísimo coche con un portazo, esperando oírlo gritar, pero en vez de eso, me lanzó un beso y se fue.

La mañana transcurría mientras yo pasaba faxes a toda prisa y atendía llamadas telefónicas, una de las cuales, para mi sorpresa, era de casa. Solté la grapadora con que estaba uniendo unos informes sobre la mesa y los papeles se me cayeron encima de la fotocopidora, desperdigándose por todas partes. Agarré el auricular al reconocer el número, y el corazón se me subió a la garganta.

—¿Darren? —dije alarmada—. ¿Le ha pasado algo al niño? ¿Está bien?

—Sí, sí, está todo perfecto, lo he vestido y perfumado, está hecho todo un rompecorazonos. Creo que le ha guiñado un ojo a la canguro cuando se ha ido, ¿es posible?

—Puede, aunque dudo que lo haya hecho queriendo. ¿Por qué llamabas?

—*Para nada en especial, solo que este Casanova y yo hemos tenido una seria conversación de hombre a hombre, estábamos a punto de asaltar tus reservas de leche materna y hemos llegado a la conclusión de llamar a mamá para ver qué tal le iba el día y saludarla.*

Tuve que recordarme que no era apropiado tener la boca abierta. Y también que no podía dejar que Darren siguieran afectándome así.

—Qué detalle.

—*Hay otra cosa, verás... ¿cómo demonios compruebo si la leche está demasiado caliente o demasiado fría? Porque para mí paladar está bien... he puesto un poco en una taza para probarla, pero no sé si él...*

Parecía desesperado, y aquello me hizo reír a carcajadas.

Habría dado, literalmente, todo cuanto tenía por ver a Darren echando leche materna en un tazón y probándola para medir si estaba lo bastante caliente. Por suerte para mí, todas aquellas cosas vergonzosas propias de primerizos, las había pasado sin testigos.

—Échate un poco en el dorso de la mano para medir la temperatura —le expliqué cuando logré dejar de reírme—. ¡Y no te bebas la leche materna!

—*En el dorso de la mano... ¡Gracias! Dios, se me ha pasado de todo por la cabeza salvo eso. Y, por cierto, le leche no está nada mal con un poco de azúcar.* —Se rio—. *Nos vemos después, adiós.*

Cuando colgué, todavía tenía la sonrisa pintada en la boca. Darren podía ser muy tierno en situaciones como aquella, con un niño de por medio al que todavía estaba haciéndose. Y yo muy influenciable, visto lo visto.

Tenía que trabajarme seriamente aquella tontería que se adueñaba de mí. Suspiré y me puse a recoger los papeles que había desperdigado por el suelo.

Sobre las ocho de la tarde, bajé las escaleras de la oficina mientras maldecía al inventor de los tacones, miré al frente y vi aparcado el coche de Darren en la entrada, subí detrás, junto a la silla del pequeño, al que besé inmediatamente.

—¿Cómo estás? ¿Has tenido un buen día, amor?

—Pues sí, un tanto confuso en algunas cosas, pero con el tiempo me acostumbraré, gracias por preguntar —respondió Darren, que arrancó y emprendió el camino.

—Se lo decía al niño, listillo. ¿Ya has colocado la silla aquí?

—¿Qué clase de padre crees que soy? Hay que llevar al niño sujeto, lo dice la normativa que me he descargado de Internet esta tarde. Por cierto, he traído algo para ti, está ahí, en el asiento de al lado.

Rebusqué, todavía sorprendida, así que había estado estudiando las nociones básicas de cuidar a un bebé, ¿se podía ser más mono? Mierda, aquello tiraba por tierra mis intenciones de no dejar que su lado paternal me afectara.

Seguí tanteando y di con una bolsa. Cuando extraje su contenido, mi pregunta retórica, fruto de esa tontería que se adueñaba de mi cuerpo por su culpa, obtuvo respuesta. Sí, confirmado. Podía ser aún más mono.

—Unas zapatillas...

—Unas zapatillas —coincidió Darren—, siempre te estás quejando de lo mucho que te duelen los pies, así que he pensado que te gustaría ponerte cómoda antes de llegar a casa, son tu número, ¿verdad? El color lo ha elegido Darío. —Me sonrió por el retrovisor—. Es un hacha escogiendo zapatos de mujer.

Aquel era un detalle que no muchos hombres habrían tenido. No supe qué decir ni tampoco cómo reaccionar. Acaricié la tela suave de las zapatillas y decidí ponérmelas. Mis pies casi aullaron de placer.

Cuando llegamos a casa, saqué con cuidado al pequeño de la sillita y entré mientras Darren cogía mi maletín, los otros zapatos y cerraba el coche.

Él había percibido lo mucho que me había impresionado su gesto y se sentía satisfecho consigo mismo por haberlo conseguido. Sonrió, viéndome entrar desde el aparcamiento.

—Voy a demostrarte que puedo ser un compañero perfecto —se dijo a sí mismo—. Querrás estar conmigo otra vez, ya lo verás.

Y silbando alegremente, entró en casa.

Con el paso de los días, creamos una especie de rutina familiar en la que nos encontrábamos peligrosamente cómodos. Habíamos aprendido a turnarnos durante la noche para atender a Darío, con lo que ambos logramos descansar un poco más. Darren aprendió a cambiar pañales y le cogió la maña a calentar los biberones, quería participar en todo y hacerse cargo de todo. Me llevaba y recogía del trabajo, y en sus ratos libres hacía algunas tareas de la casa.

Nunca me encontraba platos sucios en la pila o la cama sin recoger. El niño siempre estaba atendido y, poco a poco, había más cosas de hombre en mi casa. Me iba invadiendo con gentileza, sin que casi me diera cuenta. Dándome tiempo a hacerme a la idea de que cada día una más de sus camisas llenaba mi armario.

Con la convivencia, también llegaban los roces, por ejemplo, él quería amenazar al mecánico con no pagarle, y yo prefería seguir con mi guerra por mi cuenta, con llamadas cortas y exactas, sin hacer caso a ninguno de los insultos que él quería que añadiera a mi discurso.

Aunque ayudaba mucho y se esforzaba, siempre había sido un desastre para el orden, como me había quedado claro en la sierra, y los hábitos no habían cambiado demasiado.

—¿Dónde has puesto mi cartera? —gritó el sábado por la mañana mientras yo estaba en el dormitorio vistiendo al niño.

—No la he puesto en ninguna parte, estará en su sitio —repliqué.

—¿En su sitio? ¿Y cuál se supone que es su sitio?

—¿Has mirado en el cajón de la mesilla que te has apropiado? —pregunté, conociendo de antemano la respuesta. El tener mi nombre en las escrituras me daba derecho a lanzar aquellas pequeñas pullas cada vez que me apetecía. Aunque, para el caso que me hacía, de poco me servía, la verdad.

Con paso ligero, Darren entró al dormitorio, abrió el cajón y bingo.

—¿Cómo sabes siempre dónde está todo? —me preguntó mientras besaba al niño—, a veces incluso te pongo a prueba y cambio las cosas, y aun así, aciertas.

—Sé dónde está todo porque siempre lo pongo todo en su sitio, en el mismo sitio. ¿Cómo es posible que tú nunca encuentres nada?

—Soy un hombre, está en mi naturaleza. Yo abro los botes, tú encuentras las cosas. Somos un equipo.

Lo miré con ceño. Iba a darle todos los motivos por los que su excusa ni siquiera valía como tal cuando Darío decidió que se aburría de nuestro espectáculo y empezó a llorar.

—Tiene hambre. —Empecé a mecerlo—. Se le ha pasado un poquito la hora y no está conforme.

—¿Quieres que traiga el biberón? —ofreció Darren—, ya está preparado y solo sería calentarlo, no tardaríamos mucho

—No, ya sabes que cuando estoy en casa le doy el pecho, cada vez puedo hacerlo menos, así que aprovecho.

—Claro, está bien.

Y procedí a guardar sus camisas en el armario, como si no hubiera entendido la petición implícita en mis palabras. Darío seguía llorando, y ya mis arrumacos no valían de nada para él.

—Darren... —me cohibí—, tengo que darle el pecho al niño.

—Pues hazlo.

—No lo has comprendido, ¿cómo podría explicarlo? Lárgate.

Se giró y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Va en serio? ¿Quieres que salga? ¿Pero qué más te da? Y ahora que lo pienso... nunca te he visto hacerlo y me gustaría, seguro que es una escena preciosa.

—Darren, sal de la habitación inmediatamente.

Decidí que su idea era mejor, así que abandonó a medias la tarea de ordenar sus camisas, se sentó en el suelo y me miró con todo el desafío descarado del que era capaz. Darío chilló, cansándose de aquella situación ridícula. Me lo cambié de postura, moviéndome por la habitación.

—Te estás comportando de una manera infantil, Darren.

—¿Infantil yo? Eres tú la que está colorada como una quinceañera por una tontería, yo te dejé embarazada, te he visto mucho más desnuda, es más, te he visto totalmente desnuda.

—Ya lo sé, pero es distinto, éramos una pareja, ahora somos amigos, la situación se vuelve tensa.

—Seguimos siendo físicamente los mismos. Es mi hijo, quiero verlo comer.

—Bueno, pero es mi pecho y yo no quiero que lo veas.

Mientras tanto, el pequeño no cesaba en su llanto, a pesar de que yo lo mecía de un lado a otro intentando tranquilizarlo. Quizá si no hubiera estado tan agobiada por la situación, me habría dado igual, pero me sentía irracional y no quería dar mi brazo a torcer.

Lo cierto es que no era la misma, había dado a luz y mi cuerpo había cambiado desde que Darren y yo habíamos mantenido relaciones. Lo del hotel no contaba, apenas nos habíamos quitado la ropa, pero ahora era diferente, a plena luz del día y con toda claridad podría apreciar los estragos que un embarazo y la lactancia hacían con el pecho de una mujer.

No estaba preparada para que me viese de aquella manera, aunque no hubiera y nada entre nosotros.

—Sal fuera, Darren, lo digo en serio.

—No seas puritana, míralo, está sufriendo de hambre, ¿qué más te da? Ni siquiera voy a mirarte a ti, solo a él.

—¿Por qué simplemente no puedes respetar mi decisión y salir?

Se limitó a cruzar brazos y piernas, sin moverse. Miré la carita de Darío y no pude alargarlo más. Me senté y empecé a desabotonarme. Mi pudor tendría que quedarse callado ante la necesidad de mi hijo.

—Eres un... un... ni siquiera se me ocurre nada fuerte que llamarte. Siempre tienes que salirte con la tuya por encima de los demás. Darío no puede esperar, así que no tendré más remedio que ceder, pero te lo advierto, como te pille mirándome, te daré una bofetada. Y es en serio.

—¡Pero qué agresiva! —dijo sonriendo, sabiéndose vencedor, una vez más.

Lo ignoré completamente. Me acomodé en el sillón que teníamos en el dormitorio y procedí a alimentar al bebé, que, inmediatamente, dejó de llorar.

Darren se acercó, mirando la escena con una sonrisa paternal en la cara.

—¿Qué sientes? —me preguntó, su tono se suavizó, y el mío también. Dar de mamar a mi hijo siempre sacaba la parte más delicada y dulce de mí.

—No lo sé... es una sensación... rara, no puedo explicarla. Solo sé que no resulta desagradable, al menos, hasta que le salgan los dientes.

—Debe ser maravilloso saber que alimentas a tu hijo de ti misma —dijo—. Ojalá hubiera podido estar aquí cuando nació, cuando dio sus primeras patadas... jamás me lo perdonaré.

No dije nada. Continué mi labor sin mirarlo, sabiendo que, posiblemente, aquella era una carga que tardaría un tiempo en aliviarse, pero que tendría que convivir con él para toda la vida. Nos quedamos en silencio, escuchando solamente el sonido de las succiones de Darío. Fue un momento muy íntimo para los tres, una secuencia de familia que compartimos. Al final, y pese a mis negativas, comprendí que me gustaba que estuviera allí, junto a nosotros.

Una vez que el pequeño quedó saciado, procedí a mecerlo para que durmiera la siesta. Lo tuve en brazos, en la cuna, en el cochecito... hice de todo, pero no cerraba los ojos ni para parpadear.

—¿Qué pasa? —preguntó Darren, alertado por mis continuos paseos y los gorjeos que no cesaban—. Normalmente, después de comer cae rendido, hasta tenemos que zarandearlo un poco para que espabile y eructe.

—Pues hoy no es así, no quiere dormirse. Lo he intentado todo, incluso cantarle. Me duelen los brazos.

Darren se acercó, estirando los suyos. Había ganado mucha confianza en aquellos días. El hecho de tener un apoyo en esos momentos, para el simple hecho de pasarle al niño cuando las fuerzas me fallaban, hacía que me sintiera tonta por el espectáculo que había montado antes.

—Deja que papá lo intente.

Cogió al niño con cuidado, y no sé qué fue lo que hizo, pero el caso es que salí a por agua y cuando volví al dormitorio, Darío dormía en su cuna y Darren me sonreía de forma orgullosa.

—No quiero saber qué has hecho, pero procura recordarlo para el futuro.

Salimos al salón, permitiéndonos un minuto de reposo tras el esfuerzo. Me dejé caer en el sofá, tendríamos que ponernos con la comida, pero la sola idea de mover un músculo era demasiado para mí. Podíamos comer algo más tarde, nosotros no íbamos a berrear. Abrí los ojos, sin saber que los había cerrado, y miré a Darren, que se había acomodado a mi lado y reunía sobre la mesita de centro algunos legos de construcción.

—¿Ha llamado el mecánico? —pregunté esperanzada.

—No, pero no te preocupes, yo puedo seguir llevándote, me entretiene y no tengo nada mejor que hacer. Y ya que no quieres amenazarlo...

—Eso está descartado. —Entonces recordé algo que llevaba tiempo queriendo saber—. ¿Cuándo empiezas los ensayos?

—Dentro de... no sé, más o menos dos meses, ya me avisarán cuando me necesiten. Por cierto... ¿Cuándo vuelve tu amiguito, Johnny?

—Tony —lo corregí.

—Sí, bueno, ese.

—El fin de semana que viene estará aquí.

—Qué ilusión —dijo Darren de forma irónica—, supongo que harás las presentaciones oficiales, ¿no?

—¿Presentaciones oficiales? —Lo miré—. ¿Qué quieres decir?

—Algo así: Johnny, este es Darren Matthews, el padre de mi hijo.

—¡Tony! —repetí, él se encogió de hombros. Sospechaba que no memorizaba el nombre porque no le daba la gana—, pero tienes razón, creo que debería explicárselo. Como también a mis padres...

—Mis padres ni siquiera conocen a su nieto, he hablado con ellos, pero... Bueno, no es lo mismo, de hecho, mi madre me ha amenazado si no se lo presento, creo que renegará de mí como hijo. No puede creer que tenga un nieto y que aún no lo conozca, no he vuelto a llamarla porque de su boca sale de todo y nada es bonito, te lo aseguro.

Ambos nos reímos

—Hablando de hijos —Darren se removió, cambiando de postura—, quiero que veas algo.

Se levantó y rebuscó durante unos minutos entre los cajones del salón, lanzando alguna que otra maldición. Yo puse los ojos en blanco. Nunca encontraba nada porque era un desastre integral. Al final, volvió con unos papeles metidos dentro de una carpeta naranja. Me la dio y esperó. Saqué los documentos y empecé a leerlos, sin tardar mucho en comprender lo que significan. Incluso sentí una emoción en el pecho causada por la impresión. Era algo que no se me habría ocurrido pedirle, pero había salido de él hacerlo.

—Los documentos para reconocer legítimamente al niño...

—Solo tienes que dar el consentimiento. —Su sonrisa fue amplia y sincera—. Te dije que no sería un padre ausente, y esta es mi forma de demostrar que me implicó del todo, quería hacerlo, y ya está hecho. Es, oficialmente, nuestro hijo, con nuestros apellidos.

—Significa mucho para mí —dije—. El gesto, el que saliera de ti..., pero sobre todo va a significar mucho para Darío cuando vaya creciendo y empiece a comprender las cosas. Le has dado tu apellido, todo tu respaldo... Gracias.

Lo abracé, muy emocionada, y él me frotó la espalda con cariño.

—Soy yo quien te da las gracias a ti, por él —me dijo con un guiño—. Siempre nos tendrá a los dos.

El lunes siguiente llegó con una desagradable sorpresa para mí. Mientras reorganizaba mi agenda, recibí la visita de Lorena, unas de las psiquiatras del Gabinete con la que jamás me había llevado bien. Durante todo mi periodo de prácticas, había hecho lo imposible para hacerme quedar incómoda, y cuando finalmente fue claro que iba a permanecer en el trabajo, su trato fue aún peor. La animadversión se acrecentó considerablemente cuando el caso de Darren recayó en mí. Me sonrió con hipocresía y dejó un papel sobre mi mesa, retirándose su pelo perfecto de sobre los hombros y manteniendo el cuello tieso como una estatua.

—¿Qué es eso Lorena? —pregunté, deseando que se marchase pronto.

—Es la invitación para la cena que hacemos todos los años en la empresa por estas fechas.

La miré seria, sabiendo a donde pretendía llegar.

—Aunque supongo que, como cada año, no vendrás, puesto que no tienes pareja con la que acudir y podrías sentirte muy incómoda estando sola. Es una pena, siempre nos divertimos tanto...

—¿Si sabes que no voy, por qué insistes en darme la invitación? —Era obvio que lo hacía por pura maldad, pero podría ahorrársela alguna vez, después de todo, yo nunca la había tratado de mala forma.

—Porque tengo que dársela a todos, quién sabe, quizá se produzca el milagro y alguien te acompañe esta vez.

Se marchó sonriendo y moviendo su melena. Respiré hondo. Estúpida cena. Nunca había acudido y no pensaba hacerlo ahora. En esa reunión elitista solo se medía la importancia de la gente a raíz de lo influyente que fuera tu acompañante. De lo más absurdo, ¿acaso yo necesitaba a alguien para sentirme más realizada como mujer? Era madre, independiente, trabajadora, tenía en la vida todo lo que quería para estar satisfecha, y ni Lorena ni ninguna otra tenían armas para hacerme sentir inferior o insuficiente en comparación a ellas.

Pero lo hacían. Lo harían aún más si se me ocurría poner un pie allí.

Una vez terminada mi jornada laboral, y con el mal humor metido en el cuerpo, salí del edificio, entrando en el ya conocido coche que me esperaba fuera. Como el niño iba dormido en su sillita, simplemente cerré la puerta, me puse el cinturón y me crucé de brazos. Si alguna de ellas saliera a la puerta en ese momento..., pero no, no caería en su juego. Yo no tenía que demostrar a nadie que no estaba sola, que tenía apoyos. Quería que se me valorara por mí misma, sin más.

—Hola a ti también, así me gusta, una buena sonrisa para un buen chofer —exclamó Darren, arrancando el coche.

—Odio a Lorena —espeté.

—Es comprensible, tiene un nombre de bolero muy oído, yo también la odiaría. —Salió del aparcamiento y enfiló el camino hacia casa—. ¿Quién es Lorena?

—Mi estúpida compañera de trabajo, con la que nunca hablo y a la que nunca veo, salvo los días previos a la estúpida cena que organiza la estúpida empresa todos los estúpidos años.

Darren me miró por encima de sus gafas de sol, no sabiendo si debía o no intervenir. Yo giré la cara. Darío estaba durmiendo, menos mal. ¡Eso era lo que conseguían sacar de mí! Hacerme malhablada cuando estaba cerca de mi hijo. No podía permitirles ejercer ese tremendo control sobre mi persona.

—Lo siento... Ha sido un mal día, y esto le ha puesto la guinda.

Darren dejó que me enfriara y siguió conduciendo sin decir nada más hasta que consideró que se me había pasado.

—¿Qué tiene de malo esa cena?

—No lo sé. Nunca voy, no tengo pareja, y por ello Lorena disfruta dándome una invitación que sabe que no voy a usar. —Ante su mirada de confusión, añadí—: Es obligatorio ir acompañado, es una especie de reunión de la familia de Gabinete, si no llevas familia, no queda bien.

—Bueno, ignóralo, ya encontraremos algo entretenido que hacer en casa, no te enfurruñes por eso, no merece la pena.

Llegamos unos minutos después. Yo servía el almuerzo mientras Darren acostaba al niño y entonces, cuando lo vi acercarse por el pasillo, se me ocurrió una idea brillante, la solución al problema. Aquel iba a ser mi momento de redención, mi venganza por fin.

—¡Tú eres un hombre! —le grité.

—Algo me dice que eso no va a traer nada bueno.

—Darren, necesito utilizarte para fastidiar a la... a Lorena —me corregí. No volvería a cometer ese desliz, por el bien de mi hijo. Nada de tacos en casa, aunque no estuviera presente—. Quiero que vengas conmigo a la cena.

—¿Perdón? —Me miró, completamente en *shock*—. No conozco a nadie, sabes que no me gustan ese tipo de cosas... Además, allí estará tu jefe, ¿qué crees que pensaría si nos viera juntos?

—Ya no eres paciente, tu caso se archivó. No tiene nada que objetar. Escucha, probablemente te aburras muchísimo, todos los invitados son unos estirados esnobs que jamás salen del despacho. Dudo hasta de que te reconozcan.

—Vamos a ver —su tono fue de claro intento de razonamiento—, comprendo que esa mujer te haga sentir mal, pero no tienes que llegar a su nivel. Simplemente, ignora la cena, sigue con tus cosas, y ya está.

—No lo entiendes, estoy harta de que me infravalore. Por una vez, quiero poder estar tranquila sin tener que estarme preguntando de qué nueva forma tratará de humillarme.

—¿Qué has hecho otros años? —Levantó una ceja, mirándome—. ¿Has ido con Tedy?

—Tony, y no. No, no he ido con él. Nunca le falta compañía para acudir a ningún sitio y siempre tiene el plan concertado desde meses antes.

—No sé por qué me sorprende... —musitó.

Me ayudó a recoger la mesa y luego se sentó en el sofá, intentando mantenerse al margen y evitando darme una respuesta. No pensaba dejar de insistir, necesitaba que hiciera aquello por mí, era muy importante. Ahora que había descubierto la manera de sobresalir y darle en las narices a Lorena, no pensaba echarme atrás.

—Por favor, Darren, seguro que logras divertirte, igual hasta haces amigos.

—¿Y qué pasa con el niño? Si salimos los dos, ¿dónde lo dejaremos?

—Con su canguro, es de plena confianza. Cuando tengo que trabajar toda la noche se queda con ella y yo le recojo por la mañana.

Un arreglo fantástico al que habíamos llegado de forma natural tras mucho meditarlo. De ese modo, ella no tenía que esperarme hasta la madrugada ni volver tarde a su casa, y yo, por supuesto, contribuía a su fondo de inversión para cambiar de coche con esas tarifas de nocturnidad.

—¿Vas a dejar a nuestro hijo con una persona ajena para vengarte de una compañera de trabajo? Me sorprende.

Pasé por alto el ligero tono de reproche que noté en su voz, porque era más que probable que tuviera toda la razón.

—No es una persona ajena, es su niñera desde... siempre.

—Teniendo en cuenta que solo tiene tres meses, no creo que ese sea un dato relevante.

—Ya te he dicho que tiene mi confianza. Y que no es la primera vez que se ocupa por la noche. Conoce al niño y sabe tratarlo.

Darren me miró, podía escuchar los engranajes de su cabeza funcionando a toda velocidad, seguramente, buscando algún impedimento más.

—No he dicho que vaya a hacerlo, pero en caso de que acepte... ¿qué sería exactamente lo que debería hacer?

—Nada —dije inmediatamente—, solo dejarme ir de tu brazo y fingir que eres mi pareja, seguirme la corriente a lo que diga, nada más. Solo es actuar.

—¿Actuar? No sé si podré hacerlo... No estoy acostumbrado. —Se rió de su propio chiste.

—Por favor, hazlo por mí.

Le puse mi mejor carita inocente, él solo suspiró. Ya que tenía sus propios planes con respecto a mí, pensó que le vendría bien que ser solícito y estar ahí para mí. Resopló, pasándose las manos por el pelo. Cuando me miró, yo ya sabía que, por una vez, había ganado.

—Está bien, iremos a esa cena tuya para que me pasees como un trofeo de caza, pero —su largo dedo índice me señaló a modo de advertencia—, me debes una.

—¡Gracias, gracias!

Lo abracé efusivamente durante un segundo y luego me levanté como un resorte, cogí mi bolso y mi abrigo y me dispuse a salir.

—¿Adónde vas ahora? No me ha parecido un agradecimiento suficiente para todo lo que has insistido.

—Voy a casa de la canguro para hablar con ella y al centro comercial a comprar nuestros modelitos para mañana.

—¿Qué? Espera, espera, ¿mañana? ¡No dijiste que fuera mañana!

—No te preocupes, conozco tanto tus gustos como tu talla, te compraré un traje precioso.

—Nada de corbata. ¿Me has oído? Corbata no.

—Vale, corbata no —accedí, no podía creer que estuviera emocionada por acudir a esa cena—, luego repasaremos lo que vamos a decir, tenemos que tener una versión creíble, y debe ser la misma.

—Comprendo... quizá debería llamar a mi agente y documentarme, ¿cuándo crees que tendrás listo el guion? —dijo jocosamente.

—No es para tanto, solo quiero ir acompañada y poder divertirme un rato, no se me ocurre nadie mejor que tú. No voy a utilizarte.

—¿Ah, no? Pues es una lástima... —Abrí mucho los ojos—. Era una broma, ya sé que no lo harás. Anda, ve a lo que tengas que hacer, puedes contar conmigo.

Le di un beso en la mejilla, como muestra de mi alterado estado de felicidad, dejándolo muy impresionado, y me eché a la calle. Puede que no fuera una actitud muy adulta, pero había momentos en la vida en los que uno necesitaba sentirse en consonancia con el resto, y eso era lo que me pasaba a mí. Aunque en sentido lógico supiera que no era inferior a Lorena, tenía que poder demostrarlo.

Hablé con la niñera, y en cuestión de segundos se comprometió a ocuparse del pequeño sin ningún problema. Lo llevaría a su casa, como siempre hacía, y nosotros iríamos a recogerlo al día siguiente.

Una vez hube hecho las compras, llevando en mi mano una fortuna en trapos, el azar quiso que me topase cara a cara con Lorena, y juro que jamás me había alegrado tanto de verla.

—Vaya suerte, justo la persona a la que quería ver —dije, sonriendo con autosuficiencia—. Te informo de que finalmente sí iré a la cena.

—¿Qué? —Su asombro fue evidente, pero se recompuso—. ¿Irás? ¿Y con quién si puede saberse? Porque ya sabes que es un requisito obligatorio.

Sonreí ampliamente, disfrutando del momento con una inmensa plenitud. Si la venganza se servía en frío, yo debía estar mostrando mi mejor selección de polos.

—Lo sé, claro. Voy con mi pareja, naturalmente.

—Tu... tu pareja. —Su cutis perfecto casi se agrietó.

—Mañana podrás conocerlo, espero que sea cierto eso de que se pasa tan bien, no me gustaría que se aburriera. Hasta luego, Lorena.

Me marché de allí sintiéndome la reina del Universo.

—¿Quieres estarte quieta y tranquilizarte? —Darren estaba ante el espejo, arreglándose el cuello de la chaqueta.

—No estoy nerviosa —mentí—. ¿Recuerdas todo lo que hemos hablado?

—Soy capaz de aprenderme las separatas para obras de hasta tres horas, recordaré las nociones de la historia que te has inventado.

Salí del cuarto de baño con mi despampanante vestido negro atado al cuello y mi larga melena rizada, mientras me perfumaba y guardaba los enseres de maquillaje. Darren se quedó estupefacto, y todo su arranque de actor ofendido cesó.

—¿Estoy bien? —Admiré su traje oscuro y su camisa blanca, que le sentaba como un guante—. Tú, sí, muy elegante.

—Estás absolutamente... no se me ocurre ningún adjetivo para catalogarte —admitió—, *uau* podría ser lo que más se acerca.

—Me vale con eso. —Sonreí.

Unos minutos más tarde, nos despedíamos del niño, que permanecía dormido como un angelito, ajeno a todo el revuelo que montábamos nosotros.

Recordé a la canguro todas las cosas que le repetía cada vez que cruzaba la puerta de casa y ella, paciente y educada solo asintió. Incluso se quedó callada cuando me vio colgar un papelito con mi número de teléfono en la nevera, a pesar de que ella hacía mucho tiempo que lo tenía registrado.

Una vez dejé aclarados puntos innecesarios, salimos de casa y entramos al coche.

La cena iba a transcurrir en la misma sede del Gabinete, así que Darren puso el piloto automático y tomó el mismo camino que hacía cada día para llevarme y traerme. Yo iba tan nerviosa que no paraba de jugar con los botoncitos del coche, mientras él martilleaba el volante con sus dedos al ritmo de la suave musiquilla que salía del estéreo.

Al llegar, entramos al salón de fiestas cogidos de la mano, como si fuera la cosa más habitual del mundo. Nada más poner los pies en la entrada, cogí una copa de una de las bandejas y me la tomé de un trago. Darren, que sostenía la suya intacta, me la acercó.

—Te agradezco que me lo pongas tan fácil, Leire —sonrió, viéndome beber—, ni siquiera tengo que camelarte para emborracharte, ya lo haces tú sola.

—Shhh, por ahí viene Santiago Ortiz, uno de mis compañeros. —Compuse mi mejor sonrisa para corresponder a la suya.

—Qué sorpresa verte aquí, Leire —comentó Santiago, dándome un beso en la mejilla. Después, estudió a Darren durante unos segundos, con expresión interrogante.

—Buenas noches, soy... —empezó a presentarse el aludido.

—Mi pareja —dije por él.

Darren y Santiago intercambiaron miradas y se estrecharon la mano.

—Un placer —dijeron los dos, dando por concluido el momento.

—Si quieres que sea más creíble —me susurró Darren cuando quedamos a solas—, deja que hable por mí mismo, o pensarán que mi único atractivo es mi cuerpo.

Guiñó un ojo y yo le miré con sorna. Parecía pez en el agua, seguramente porque actuar, evidentemente, no era nuevo para él. Yo me estaba comportando como una estúpida, pretendiendo algo que no era para dar en las narices a una mujer que no me importaba, pero la razón, en momentos como ese, brillaba por su ausencia.

Había llegado hasta ahí, de modo que solo me quedaba seguir adelante.

Nos dispersamos entre la gente mientras yo con la mirada buscaba a mi jefe, quien afortunadamente brillaba por su ausencia. Puede que la cena anual promulgara los valores de la amistad y la familia, pero él se consideraba muy importante para asistir a tales eventos.

Como la cena era tipo buffet, no debíamos sentarnos todos juntos en una gran mesa, sino ir picando de los diversos platos que nos ofrecían. Fui indicándole a Darren quiénes eran unos y otros, contándole incluso algunos cotilleos maliciosos de algunos compañeros como consecuencia de las dos copas de champán que me había tomado con el estómago prácticamente vacío.

Tras un rato, la pérfida Lorena se personificó ante nosotros, con su siempre sonrisa falsa congelada en la cara y un vestido totalmente inapropiado para la ocasión. Su marido, como siempre, permanecía en un segundo plano. Que tuviera que llevarlo ni significaba que debiera estar con él.

—¿Así que él es tu acompañante? —preguntó, enseñándole lo largas que eran sus pestañas.

—Ese soy yo, es un placer conocerte. —Educadamente, Darren le besó la mano mientras yo sonreía con malicia cogida de su brazo. Lorena estaba fuera de sí.

Me resultó evidente que lo había reconocido. Por supuesto, puede que otros se hubieran despistado, pero no ella. Aunque no iba a darme la satisfacción de hacer algún comentario que mostrara que estaba impresionada. Me pregunté si algún otro de mis compañeros también habría reconocido a Darren como el famoso actor de teatro que adornaba carteles y libretos de obras muy reconocidas, desde luego nadie había dicho nada, supuse que por respeto y para no incomodarlos.

—No imaginé que participarías en este tipo de eventos —comentó Lorena—, ni tampoco que permanecerías con nosotros... después de haber sido paciente.

Quise responder, pero me quede callada al apreciar que Darren mostraba la sonrisa más radiante y espectacular que había visto en mi vida. Su mano derecha se posó en mi cadera y empezó a descender hasta colocarse melosamente donde la espalda pierde su casto nombre. Miró a Lorena casi con disculpa, sin dejar de prodigarme tan íntimas atenciones, y después, respondió:

—Digamos que me merece la pena verme rodeado de... especialistas, con tal de estar cerca de Leire. —Inclinó la cabeza hacia mí y me besó la sien sin apartar la vista de ella—. Ahora, si nos disculpas...

Cogió mi mano y me sacó de allí con toda la elegancia que dan años de experiencia en escaparse de la prensa. Lorena permaneció en medio de la sala, con el rictus helado y la expresión contrariada. Su cara destilaba venganza, y no se molestó en disimularla.

Después de que pasara la hora de cenar, uno de los máximos accionistas de nuestra compañía me hizo señas para que me acercase a él. Extrañada, me disculpé de Darren y me acerqué al concurrido grupo de peces gordos que me requerían.

En un principio, me mostré bastante interesada en su conversación, e incluso expresé mi opinión sobre la posible ampliación del Gabinete que estaban estudiando hacer, consistente en crear un área médica especializada en temas neurológicos y psicosomáticos, lo que no solo generaría puestos de trabajo, sino que acrecentaría nuestro cartel de profesionales en nómina. Cuando quise comprobar si Darren se estaba aburriendo mucho sin mí y lo busqué con la mirada, comprobé que Lorena había vuelto al ataque, esta vez dándole conversación y mirándolo con cara de cordero degollado.

Darren reía y movía los brazos como si estuviera explicándole algo, y ella se mostraba de lo más interesada. No podía escucharlos desde mi posición, pero sentí como algo hervía dentro de mis entrañas, rugiendo sin parar.

Cacé al vuelo a uno de los camareros cuando pasaba por el selecto corrillo donde me encontraba y cogí otra copa. Empecé a bebérmela sin quitarles los ojos de encima. ¿De qué narices tenían que hablar tanto? Se suponía que el corte que Darren le había dado antes tendría que haber surtido efecto y haberla hecho agachar las orejas.

Los invitados empezaron a retirarse. Santiago Ortiz vino a despedirse de mí, pero yo apenas pude asentir con la cabeza. No podía perderme ni el más mínimo detalle de lo que hacían Lorena y Darren, todo gesto podía ser clave para interpretar su conversación. Cuando la mano de Lorena se paseó peligrosamente por el hombro de Darren, no aguanté más, dejé la copa sobre una mesa y fui a paso ligero hasta ellos, con la mirada encendida en cólera y los instintos asesinos purgando por salir de mi interior.

—Perdón que os interrumpa. Lorena, ¿serías tan amable de devolvérmelo? Tenemos que irnos.

Cogí la mano de Darren y tiré de él, quien me siguió tras esbozar una despedida cortés, sin expresar queja. Siguió mi paso como pudo, sin entender a que había

venido tan repentino arranque por mi parte. Cuando llegamos al aparcamiento, y mientras yo peleaba con el chal para ponérmelo sobre los hombros, se decidió a encarmarme:

—¿Se puede saber qué pasa? Por poco me sacas a rastras.

—¿Qué me pasa a mí? Nada, absolutamente nada, ¿te lo has pasado bien? —pregunté irónicamente.

—Hombre, teniendo en cuenta que te has ido con tus amigos y me has dejado solo... —recibí el toque de atención como un dardo bien disparado. Qué cínico era—, pero supuse que estarías hablando de algo importante, así que no...

—Lo siento, Darren. Tienes razón, estabas tan solo y aburrido que no te quedó más remedio que babearle el escote a Lorena, porque, ¿qué más podrías haber hecho ante una situación de abandono como esa?

Con las llaves a medio camino de la puerta del coche, se dio la vuelta para mirarme. El tono que había empleado era tan ácido que era imposible no notarlo.

—¿Qué? Yo no estaba babeando a nadie, estaba siendo educado —replicó ofendido—, además, te recuerdo que solamente he venido porque tú me lo has pedido.

Abrió y esperó a que yo decidiese subir. Di un portazo, y él emitió un resoplido, tirando del cinturón del asiento del conductor.

Apenas esperé a que arrancara para volver a lanzarme a su yugular.

—¡Te lo pedí para que estuvieras conmigo, para que fueras mi pareja! Pero en lugar de eso, te dedicaste a... hacer ojitos.

—Te repito que no hacía ojitos a nadie. De hecho, estaba contándole toda la historia de nuestra relación, tal como se supone que debía hacer. Pensé que quedaría más creíble hacerlo cuando tú no estuvieras delante.

Su excusa tenía sentido. Sobre todo, porque el tono defensivo de su voz era firme y toda la postura de su cuerpo, rígida, demostraba la incomodidad que sentía ante la discusión.

Bajé las ventanillas, el calor de los celos y la cantidad de alcohol en sangre estaba pudiendo conmigo. Me estaba comportando como si tuviera algún derecho sobre Darren para hacerle una escenita, algo que nunca me había gustado. ¿Cómo evitarlo, cuando veía en mi cabeza las imágenes borrosas de lo que mi mente truculenta imaginaba que había pasado? Algo ardía dentro de mí, incontrolable como el fuego. Un instinto primario de supremacía, de defensa ante el enemigo.

—¿Intentas decirme que me lo he imaginado? Sería el broche perfecto a esta noche memorable.

Soltó un taco por lo bajo.

—El único motivo de que estuviera ahí era demostrarte que podías contar conmigo.

—Pues estoy gratamente impresionada. —Comprendí que mi rabia era exagerada, pero él no podía entender que aquello venía de muy atrás. Era solo otra muesca más en las múltiples ofensas que ya había sufrido—. Lorena siempre tiene que quedar por encima, de una manera u otra, y claro, como su marido estaba demasiado ocupado devorando el cóctel de gambas, no se le ocurrió nada mejor que intentar seducir a mi pareja.

—Ella no intentaba seducirme, y yo tampoco me habría dejado, lo habrías notado si no hubieras estado toda la noche rodeada de esos tíos trajeados que hablaban de vete a saber qué —se quejó—. Y que, además, no te miraban precisamente a los ojos. Porque no me creo eso de que solo quisieran hablar de negocios.

—¿A qué viene eso? ¡Estamos hablando de Lorena y de lo poco fiable que eres para cumplir un simple cometido!

—¡Lo cumplí perfectamente!

Ni siquiera nos mirábamos. Yo estaba cruzada de brazos, y él, atendiendo la carretera con el semblante serio y malhumorado. La noche se había torcido y ya nada parecía poder enderezarla.

Cuando llegamos al piso y fui a abrir la puerta del coche, Darren puso los seguros automáticos desde el lado del conductor, dejándonos encerrados. Tiré de la manecilla varias veces, sin éxito.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Abre la puerta inmediatamente!

—No vamos a salir de aquí hasta que hablemos —sentenció—. Como personas.

—No tengo nada que hablar contigo —me replugué—. Ya he dicho todo lo que tengo que decir. Abre el coche, Darren, lo digo en serio.

—Vamos, sabes perfectamente que Lorena no puede compararse contigo, no es mi tipo de mujer, es una engreída que no ve más allá de su ombligo —me dijo mientras me miraba—. ¿Sabes que intentó convencerme de lo buena que era en arte dramático a los seis años?

—Eso no ha impedido que le dieras el protagonismo que andaba buscando. Cada día la aguanto menos, no puedo con su forma de ser, de pensar, con su mínima moral, ¡quién se ha creído que es! ¿Por qué siempre tiene que quedar por encima?

—Madre mía, ¿quieres tranquilizarte? Jamás ha estado por encima, tú la dejas creerlo, nunca has sido insegura, eres una gran profesional, una madre maravillosa, independiente, inteligente, ¿por qué tienes que mostrar lo contrario delante de alguien así? No puedes dejar que te afecte.

Parpadeé y bajé la cabeza, suspirando. El enfado se me disipó y el estado de embriaguez que sentía me abandonó casi por completo.

—Leire... —la voz de Darren era suave como el terciopelo; sus dedos, cálidos cuando me acarició la mejilla—, ni siquiera necesitabas ir a esa estúpida cena ni demostrarle nada, lo sabes. Siempre lo has sabido, estás muy por encima de ella. Si te trata mal, si se porta así, es porque sabe que jamás estará a tu altura. Nunca será ni la mitad de mujer que eres tú.

Alcé la vista y nos miramos intensamente. Me removí en el asiento hasta desabrochar el cinturón, le acaricé el rostro y me aproximé. Cuando Darren cerró los labios sobre los míos, todo lo demás perdió importancia.

Abrí los ojos a la mañana siguiente cuando el sol impactó directamente contra mi cara. Nada más removerme para esquivar la molesta luz, fui consciente de que tenía una resaca del tamaño de las pirámides de Egipto. Bueno, me estaba muy bien merecido, no volvería a beber de esa manera tan descontrolada.

Me costó habituarme a la dichosa claridad, además de que todo daba vueltas a mi alrededor, por lo que tuve que volver a dejar caer la cabeza sobre la almohada y respirar hondo varias veces. Definitivamente, no volvería a beber.

Mi turbación se vio incrementada cuando me di cuenta de que mi cabeza no estaba sobre ninguna almohada, sino sobre un torso humano que se movía lentamente al compás de una respiración. Aquello era simplemente perfecto. Como si no fuera suficientemente malo el haber acabado borracha en una cena de empresa, encima tenía que pasar por esto, otra vez. Volví a incorporarme y me dio por mirar debajo de la sábana con la que estaba cubierta. Mi terrible sospecha se confirmó. Resoplé, llena de frustración.

—No puedo creerlo...

Giré la cara del todo de la cama, Darren proseguía dormido tranquilamente, ajeno a todo. La habitación estaba patas arriba. Había zapatos y ropa por todas partes. Me golpeé la frente con la mano. ¿Es que nunca iba a aprender? De acuerdo, el ser humano tropezaba siempre dos veces con la misma piedra, ¡pero mi caso era ridículo! Como si no hubiera costado Dios y ayuda que lográramos entender el concepto de padres y amigos, ahora nos encontrábamos con ese escenario grotesco de perversión. ¿Cómo se suponía que iba a arreglarlo?

—Por favor, dime que no... Dime que no he vuelto a acostarme contigo otra vez —recité en un mantra desesperanzado.

—No has vuelto a acostarte conmigo otra vez —dejó salir Darren en un susurro, sin abrir los ojos. Se dio la vuelta para huir de mis parloteos, mostrándome el tatuaje celta que llevaba en la espalda.

Lo miré, muy enfadada, y lo golpeé en el omóplato con la mano, haciendo que diera un bote del susto y me mirara con los ojos medio cerrados. Su expresión no era enfadada, pero tampoco estaba contento. ¿Esperaba un beso de buenos días?

—¿De verdad? ¿No lo hemos hecho?

—Solo he dicho lo que querías oír —bostezó—, pero por mi estado de relajación y satisfacción interior... me atrevo a pensar que sí, lo hemos hecho.

—¡Oh, esto es perfecto! —no grité debido a mi resaca, pero mi susurro tuvo bastante fuerza. De un salto, me puse de pie, rebuscando mi ropa por el suelo, sin soltar la sábana.

—Vamos, no es para tanto. Bebimos más de la cuenta, discutimos...

—Ya... por eso mi memoria está difusa. —Hice una montaña con mi ropa y hui al baño para evitar mirarlo con la cara llena de vergüenza. Me vestí a la velocidad del rayo, mirándome al espejo—. Dios mío... —El maquillaje se me había corrido y ahora era una pasta de diversos tonos pegada a mi cara—. No voy a volver a beber nunca jamás.

Salí cuando me sentí algo más decente y consulté el reloj de la mesilla. Me dio un vuelco el corazón, ¡casi se me había pasado el tiempo! Algo iba terriblemente mal conmigo, algo se me descontrolaba en cuanto estaba cerca de Darren.

—Dentro de una hora tengo que ir a recoger al niño —informé, sin mirarlo—. Voy justa, así que...

—Iré contigo. —Darren empezó a levantarse—. Así podremos hablar de esto.

—No tenemos nada de qué hablar. —Esta vez sería tajante. Cogi el maquillaje e intenté arreglar mi cara pálida y ajada por el alcohol, tratando de no mirarlo a través del espejo mientras buscaba su ropa únicamente con los bóxers puestos—. Y antes de que empieces a fraguar uno de tus planes, no va a funcionar en esta ocasión. Ahórratelo.

—No podemos seguir obviando todas nuestras conversaciones, ¿sabes? Algún día tendremos que afrontarlas.

—Pero ese día no será hoy. Y haz el favor de vestirte.

—Ya voy, de verdad, voy a ir contigo a recoger al niño, solo espera que me duche, tengo marcas de pintura de labios por todas partes.

—Estupendo —ironicé, dejando el lápiz de labios a medio camino entre mi mano y mi boca—, era un dato que necesitaba saber...

Unos treinta y cinco minutos más tarde, ambos estábamos subidos en su coche. Yo conducía porque conocía de memoria el camino a casa de la niñera. Iba repasando mentalmente los retazos que me venían de la cena, sintiéndome peor con cada cosa nueva que lograba hilar. Había tenido un ataque de celos descomunal por culpa de Lorena y algo que había hecho o dicho a Darren, había prestado poca o nula atención a los responsables del proyecto de ampliación de áreas profesionales del Gabinete (¡mierda, mierda!) y lo más importante, no había dejado copa llena a mi paso.

—Ahora que lo pienso... —Darren también estaba haciendo su propio inventario—, anoche cogí el coche y yo también había bebido... ni siquiera en mi época oscura de la sierra, cuando me bebía hasta el agua de los geranios, hice una cosa así.

—No volveré a beber, dichosa cena —mascullé, apretando el volante hasta que se me pusieron los nudillos blancos—, nunca debí haber asistido. Si no he ido nunca, era por una buena razón...

—Dicen que cuando las personas beben, se desinhiben y hacen las cosas que estando sobrios no se atreven a hacer —dijo.

—¿Insinúas que tu sueño siempre ha sido conducir borracho?

—Sabes que no hablo de eso. —Me miró—. Sino de lo ocurrido entre nosotros.

Y ahí estaba. Porque no podía dejarlo pasar, no, su «tenemos que hablar» era sagrado.

—Darren..., por favor, tengo una resaca monumental, estoy de mal humor... y creí haberte dicho que no quería ni oír ni decir ninguna palabra sobre este tema.

—Y yo te dije que no podíamos seguir obviándolo todo, Leire —insistió.

—Bueno, somos dos personas adultas, nos comportaremos como tal. Nadie más que nosotros sabe lo ocurrido, por lo tanto... será como si no hubiera pasado, actuaremos con naturalidad, como si nada.

—¿Vas en serio? Ese es un comportamiento muy maduro, estoy impresionado. —Se cruzó de brazos—. Tendremos *esa conversación*, no podemos aplazarla eternamente.

No dije nada, sabiendo que tenía razón. Lo habría odiado por ello, pero era demasiado esfuerzo para mi cabeza adolorida.

—Estoy de acuerdo —coincidí finalmente—, pero ahora no estoy preparada para ello, ¿comprendes? En este momento, no puedo.

Afirmó con la cabeza y no volvimos a tocar ese tema ni ningún otro hasta llegar a la casa-guardería de la canguro.

Recordaba las primeras veces que había ido a buscarlo, esperando secretamente que su niñera me dijera que había pasado la noche llorando, echándome de menos a mí y su cuna, pero eso solo ocurrió un par de noches, después, se acostumbró al ambiente y ya no hubo más problemas. Algunos días volvía a casa llorando, preguntándome si el hecho de que mi hijo estuviera tan cómodo en un lugar ajeno me marcaba como una mala madre, porque, ¿no debería pasar ese tiempo con él?

Habría hecho cualquier sacrificio para que mi hijo tuviera una vida mejor, era madre soltera entonces, por eso no podía negarme a coger más casos y aceptar horarios que me obligaran a sacrificarme, aunque eso significara pasar algunas noches separada de él.

Darren se empeñó en pagar a la canguro, y yo dejé que lo hiciera sin discutir, más pendiente de mimar a Darío cuanto pudiera para paliar el frío que siempre sentía cuando me alejaba de él.

Cuando volvimos, me puse a la tarea de poner en orden el dormitorio, que parecía una leonera, sumida en mis inconexos pensamientos.

—El niño ya se ha dormido, está en su cuna, en el salón —informó Darren, que entró con el aparato de escucha infantil en su mano—. Se ha tomado todo el biberón.

—Bien, gracias. Últimamente solo duerme la siesta con papá, no sé cómo lo haces.

—Yo tampoco. —Sonrió levemente—. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias, estoy acabando.

—Escucha —habló después de un momento—. Si después de lo ocurrido... te sientes incómoda ante nuestra convivencia y prefieres que me marche, que vuelva al hotel, quiero que sepas que lo entenderé, no habrá ningún problema.

—No quiero que te vayas. —Me sorprendí al darme cuenta de que era la verdad.

—¿Ah, no? —preguntó Darren, acercándose a mí.

—El niño te necesita, se ha acostumbrado a ti, y no quiero que pierda el hábito de estar con su padre. Yo estoy bien, tú estás bien. Todo está... bien. Podremos afrontarlo.

Él asintió, no queriendo forzarme a nuestra tan esperada conversación, y poco después, salió del dormitorio con aire taciturno. Suponía que esperaba más de mí, pero no podía dárselo en ese momento, así que lo dejé ir. Yo me senté en la cama, con las sábanas limpias dobladas en el regazo, y suspiré ruidosamente. Lo cierto es que nada estaba como debería, y no tenía ni idea de cómo arreglarlo.

Esa noche, tras cenar, nos distrajimos con el niño y los nuevos sonidos que salían de su boca, sobre todo Darren, que llevaba toda la tarde intentando que le dijera «papá». Yo me reía pensando que cuando Darío por fin dijera aquellas esperadas palabras, a Darren le daría un infarto de pura felicidad.

—Vamos, es muy pequeño, solo tiene tres meses, no lo atosigues —exclamé desde la cocina mientras guardaba los platos.

—Ya casi lo tiene, tenemos que ir enseñándole, o no aprenderá. Quizá salga a mí, yo hablé pronto —sonrió.

—Solo espero que tenga una infancia y una juventud más serena que la tuya.

—¡Exagerada! Pero si fui un angelito —dijo.

—¿Angelito? No me hagas hablar... —Me reí de buena gana—. Esa palabra y tú no podéis ir en la misma frase.

—Escapa de casa a los quince años y cruza medio país haciendo dedo y te tacharán de rebelde juvenil —chasquéó la lengua en señal de desacuerdo y volvió a sus incansables «papá» frente al pequeño, que no hacía otra cosa sino sonreír.

Con el paso de las horas, parecía que el ambiente se había relajado, algo que interiormente ambos agradecíamos, pero no podíamos negar la tensión que se creaba cada vez que nuestros ojos coincidían, haciendo que vinieran a nuestra mente recuerdos de la noche anterior que pretendíamos fingir olvidados. Haber pasado la noche juntos era un enorme elefante rosa en nuestro salón.

Sonó el teléfono, y al responder, me encontré con la voz de mi madre, que hasta donde yo sabía había estado de viaje con su grupo de amigas del club de lectura al que pertenecía. Me alegraba mucho que hubiera retomado esas actividades, las cuales había dejado de lado mientras me ayudaba cuando me vi sola y embarazada, teniendo que trabajar casi hasta el momento del parto. En cuanto me había organizado, la había mandado a su casa para no esclavizarla con los cuidados de Darío. Yo debía aprender a ser madre soltera, y ella, seguir adelante con sus cosas y acompañar a mi padre, que se sentía solo sin ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Darren—, ¿algo va mal con tu familia?

—Era mi madre —le dije, sin saber si ese «algo iba mal» reflejaba con firmeza lo que se nos avecinaba—, han decidido, tanto ella como mi padre, venir a ver al niño. Llegarán pasado mañana y estarán aquí hasta el fin de semana.

Después de haber limpiado mi pequeño piso a conciencia, decidí por fin sentarme y esperar que sonara el temido timbre anunciando la visita de mis padres. No habían querido que fuera a recogerlos al aeropuerto, lo que me había dado unas valiosas horas más para pensar cómo iba a enfrentar todo aquel asunto. Si reconocían a Darren, atando algunos cabos sueltos, no solo quedaría al descubierto que el padre de mi hijo había sido mi paciente, sino que el desliz había ocurrido mientras estaba ejerciendo profesionalmente de psicoanalista con él. Sentí vergüenza solo de pensarlo.

—¿Estás segura de que no debería irme al hotel para que sea todo más cómodo? —preguntó Darren nervioso.

—No será necesario. Todo irá bien, les contaremos que nos reencontramos y decidimos convertirnos en amigos por el bien de nuestro hijo. Simple. —Esperaba de corazón crearme y yo misma esas palabras.

—¡Pensarán que te abandoné! —replicó—. ¿Cómo se tomaron el hecho de ser abuelos repentinamente?

—Bien, están encantados con su nieto. Les dije que habíamos roto y que después me había enterado de lo del embarazo, lo cual es cierto. —Lo miré esperando que fuera pillando lo que podía y no podía decir—. Solo que en lugar de contarles que no pude encontrarte, les dije que había decidido no decirte nada. Que prefería llevarlo sola.

Darren asintió, no demasiado conforme. Aunque esa mentira lo dejaba libre de toda culpa, como el padre que no había sabido de su hijo hasta mucho más adelante, era una mentira al fin y al cabo, y no le gustaba relacionar esas cosas con Darío. A mí tampoco, pero en el momento en que pasó todo, creí actuar de la mejor manera, tanto para facilitarme la vida a mí como a mis padres y al niño que llevaba dentro. Volvió a asentir, su mirada se tornó preocupada.

—¿Les has contado a qué me dedico?

—No —admití—. No me pareció relevante del todo. No son muy asiduos al teatro, así que lo mismo no saben ni quién eres... No te ofendas. —Le sonreí para quitar hierro al asunto—. Son un poco... especiales, a su modo.

Era la forma más suave que tenía de expresarlo. Habíamos pasado los dos últimos días con aquel tipo de conversaciones. De vez en cuando, a Darren se le ocurrían dudas o preguntas sobre mis padres, y yo intentaba aplacar sus nervios mientras lidiaba con los míos. Deseaba que llegara ya el momento, porque las expectativas estaban consiguiendo que a cada minuto que pasaba, pareciera peor.

Finalmente, sobre las dos de la tarde, el timbre sonó. Corrí hacia la puerta, abrí y fui rodeada de inmediato por cuatro brazos ansiosos.

—Mamá, papá, este es Darren, el padre de Darío —anuncié formalmente cuando acabó la ronda de besos y saludos.

Las impresiones quedaron claras desde un principio. Mi madre le dio dos sonoros besos y le dedicó una gran sonrisa.

—¿Darren? ¿Qué clase de nombre es ese? —matizó mi padre, dejando claro, desde ese instante, que ese hombre, por principio, no le gustaba. Cogió protectoramente a su nieto en brazos, con las cejas fruncidas.

—Creo que es irlandés —respondió Darren—, el nombre de un antepasado muy querido de mi madre, o algo así. Puramente sentimental.

—¡Qué bonito! —Bien, mi madre estaba totalmente en el bolsillo.

Nos sentamos todos en el sofá, y mientras mis padres mimaban a su nieto, procedí a contarles la historia real. El tratamiento de Darren en la sierra, como nos habíamos gustado, el hecho de que rompíésemos y nuestro posterior reencuentro y condición actual. Más que el hecho de que estuviéramos viviendo juntos, parecía llamarles mucho la atención la profesión de Darren, lo que me venía muy bien, porque me daba un respiro de tener que entrar en detalles y dar explicaciones incómodas. No había olvidado que habíamos tenido otro desliz, en esa misma casa, pero mientras mis padres no preguntaran por la distribución de dormitorios, yo no pensaba sacar el tema.

—Así que teatro —el tono de mi padre era el mismo que habría usado para condenar activamente el uso de drogas en menores.

—Sí, señor —respondió Darren, bastante relajado para lo que demandaba la situación.

—¿Y cómo es eso? ¿Eres apuntador? ¿El encargado del telón? ¿El que vende las entradas?

—No, papá, Darren es primer actor, el protagonista. Interpreta papeles en el teatro —puntalicé—. Ha hecho algunas de las obras más importantes de la literatura clásica.

—Es un artista —dijo mi madre, sonriéndole—, igualito a Robert De Niro, pero sin la pantalla grande.

Darren le otorgó a mi madre su sonrisa más matadora, la que había usado para conquistar a Elizabeth Bennett sobre las tablas. Si antes la tenía en la palma de la mano, ahora era ya una de sus incondicionales. Mi padre, por su parte, se limitó a refunfuñar sin quitarle los ojos de encima, solo se relajaba cuando tenía en frente a su nieto, así que intentábamos que fuese durante el mayor tiempo posible.

Buscando una escapada de la reunión familiar para coger aire y centrarme en lo que estaba por venir, fui a la cocina a por unos cafés. Mi madre me siguió pasados unos instantes, dejando a los hombres a solas, lo que para mí fue una clara imprudencia.

—Mamá... —Encorvé la cabeza a través de la pared que hacía las veces de separador entre la cocina y la salita.

—Nada, nada, se tienen que conocer, y no se van a matar con Darío durmiendo en la habitación de al lado. —Me sonrió con expresión inocente.

Yo no las tenía todas conmigo, pero asentí. Preparé una bandeja con azúcar y leche. Estaba sacando las cucharillas cuando se hizo obvio el verdadero motivo de aquella reunión clandestina.

—Así que vivís juntos. —Mi madre era tan sutil como un tornado de Texas.

—Sí —coincidí, activando mi permeabilidad.

—Y dormís juntos en tu cama.

—Sí —afirmé nuevamente, cogiendo las tazas.

—Pero entre vosotros no hay nada.

—Exacto.

—Entiendo. —Pareció meditarlo durante unos segundos—. Creo que debes casarte con él y convertirte en una mujer decente.

—Mamá, no empieces, no soy indecente, y solo somos amigos, nada más.

—Seguro que eso es porque tú te opones. Es un gran chico, un hombre importante, y se ve que está loco por ti, pero claro... ¡eres tan moderna!

—¡Pero qué dices! Nunca te inclinaste hacia el matrimonio en lo que se refería a mí, siempre me animaste a viajar, a conocer el mundo, a ser independiente. —La miré con intención—. ¿Y ahora esto?

—Eso era antes de saber que tendría por yerno a un actor de teatro famoso, ¿sabes lo que daría de sí este tema en el club de lectura? Paralizaría la crítica de *La fierecilla domada* que tenemos para la próxima semana.

—No es tu yerno —aclaré, vertiendo el café en las tazas—. Y no deberías tocar el tema delante de papá.

—Bah, tu padre ladra mucho, pero no tiene dientes para morder. —Le quitó importancia mi madre con un movimiento de las manos—. Seguro que ya son camaradas.

Salí con la bandeja justo a tiempo para comprobar cuán equivocada estaba mi santa madre con su apreciación. Darren tenía expresión de haber sido sometido al tercer grado más cruel de la historia de los interrogatorios. Su mirada fue suplicando cuando cayó en la mía.

—Y ese ambiente tuyo de la música... ¿cómo funciona exactamente? —bombardeó mi padre—, he oído decir cosas horribles...

—Papá, Darren es actor, su mundo es el teatro —lo corregí, saliendo en su ayuda—, y hay cosas horribles en todas partes, ¿recuerdas las que te he contado de los psicopedagogos que extorsionaron a sus clientes?

—Sí, sí, bueno... pero la farándula siempre ha sido menos respetable. ¿Dónde está mi nieto?

Sin hacer caso a nuestras réplicas, se fue al dormitorio a jugar con él, farfullando barbaridades que había oído sobre drogas y todo tipo de cosas sórdidas donde no quería verme metida. Puse los ojos en blanco, ¿desde cuándo era mi padre tan antiguo?

—Disculpa a mi marido —se apresuró a decir mi madre, sentándose junto a Darren y cogiéndole las manos con toda confianza—, es adorable como un cachorrillo cuando quiere, te lo prometo. Pero no sabe demasiado del mundo del espectáculo. Estoy segura de que tu trabajo es muy serio.

—¿Sabe que sí? —Darren estaba encantado con aquella atención—. Es raro el día que no surge algún pequeño accidente.

Yo levanté la vista, anonadada.

—¿Me hablas en serio? ¡Pobrecito! No puedo creerlo, te juegas la vida por tu profesión, eso es de admirarse, ¿verdad, hija? —Mi madre le dio palmaditas en las manos.

—Bueno, tanto como jugarme la vida... Pero durante la obra, cualquier cosa puede fallar, y si hay efectos, como varios escenarios movidos por poleas o cables para los actores... las cosas se pueden poner feas. Una vez, durante un ensayo, el tramoyista no fijó bien el telón y me cayó con todo su peso encima.

Mi madre se tapó la boca con las manos mientras yo miraba la escena sin saber qué decir. Acabé por echarme a reír, aunque ella no entendía por qué la situación no me consternaba. Darren me miró con una sonrisa velada, pasándoselo muy bien.

Me entretuve recogiendo las tazas vacías. Mi madre fue al dormitorio a por Darío y allí estuvo hablando con mi padre, a él apenas lo oía, si acaso algún farfullo velado. Estaba claro que la señora de la casa llevaba los pantalones y seguramente lo estaba reprendiendo por cómo se había estado portando. Me parecía bien, papá se merecía un buen tirón de orejas.

Darren trajo los restos de la bandeja y me sonrió.

—No va tan mal de momento, ¿no te parece?

—Tus alardes del índice de peligrosidad en el teatro han sido muy efectivos.

—Soy actor, solo le ponía un poco de sal a la historia. —Se encogió de hombros, sonriendo—. Tu madre está encantada.

—Desde luego, te la has ganado por completo.

—Ojalá hubiera sido tan fácil ganarte a ti.

Le lancé un trapo al pecho, haciéndolo reír. Papá salió por el pasillo y nos saludó con un movimiento de cabeza. Las cejas quisieron arquearse al ver a Darren conmigo en la cocina, pero se contuvo. Tras él venía mi madre, que le dedicó una mirada de advertencia antes de dirigirse a mí.

—Leire, hija, hemos pensado que como solo vamos a estar aquí un par de días, podrías dejarnos mañana al niño con nosotros en el hotel —me sonrió esperanzada—, así podemos disfrutarlo y ejercer de abuelos.

Y nosotros estaríamos solos..., pero, claro, no iba a darme esa razón en voz alta. Así era mi madre, siempre buscaba una segunda intención para todo. En cualquier caso, veían poco a Darío, así que fuera cual fuese el trasfondo, la idea base estaba bien.

—Claro, como queráis, si no supone un problema para vosotros... ¿estás de acuerdo, Darren?

—Por supuesto, son sus abuelos, tienen todo el derecho. —Volví a sonreírle a mi madre de esa forma tan suya. Ella se llevó una mano al pecho, embargada de la emoción.

Cuando a la caída de la tarde mis padres se fueron, yo estaba tan agotada que me limité a bañar y alimentar al niño para después lanzarme de cabeza a la cama, ni siquiera recordé cenar. Tenía los sentidos absolutamente bloqueados.

Darren recogió la sala y salió al pequeño balcón a fumar, algo que no había podido hacer en todo el día y que pareció relajarlo y quitarle el estrés que mi padre había logrado causarle en un par de horas. Se había portado mejor tras la charla que mi madre le había dado en *petit comité*, pero aunque no había sido grosero, tampoco se había portado amable.

Unos instantes después, entró al dormitorio, arropó al niño y se sentó a mi lado en la cama, mirándome. Sentí sus dedos acariciar levemente mi hombro y mi cara, pasar por mi pelo y mis labios. Recorrió suavemente mi cintura por encima del camisón, me besó la frente y me cubrió con la sábana.

—Buenas noches, Leire —susurró.

Se levantó con cuidado y abandonó la habitación justo antes de verme abrir los ojos.

Estábamos perdiendo peligrosamente el control de aquella situación, pero la pregunta era, ¿de verdad queríamos mantenerlo? ¿O nos moríamos por soltar la cuerda del todo?

Aquella mañana me desperté con la sensación de haber descansado hasta recargarme por completo. Recordé que iba a tener todo el día para poner en práctica aquellas cosas que había dejado de lado por falta de tiempo. Iba a ser un fin de semana donde tendría momentos para mí, podría acabarme ese libro que no hacía más que coger polvo en el estante, o ponerme al día con el álbum de fotos que tenía atrasado, o simplemente, disfrutar de una buena película sin interrupciones mientras mis padres cuidaban de su nieto.

De buen humor, salté de la cama y me cambié de ropa canturreando algo. Me encantaba ser madre, pero de vez en cuando necesitaba un día de saludable desconexión. Y ese día había llegado hoy. Preparé las cosas del niño, le di el desayuno, lo abrigué y una vez que convencí a Darren para que me dejase su coche, puse rumbo al hotel donde se hospedaban los abuelos.

—Sé bueno con ellos —le iba diciendo, mirando de cuando en cuando, por el espejo retrovisor, hacia la sillita último modelo que le había comprado Darren—, te voy a echar mucho de menos, colega, pero creo que será bueno para nosotros salir con otras personas. Si juegas bien tus cartas de bebé adorable, les sacarás a los abuelos una compota de las que traen galletas.

Entregué a Darío y unas cuantas recomendaciones que mi madre ignoró sin molestarse en disimularlo y puse rumbo a casa para disfrutar de mi día. Antes de llegar, pasé por la tintorería y recogí unas prendas que había dejado allí ni sabía cuándo. La dependienta me cobró un recargo y me dio la charla sobre los horarios y días de recogida. Le agradecí su intención y me anoté mentalmente el buscar otra tintorería más flexible. En el camino a casa, me puse a recordar el día anterior. Había sido un completo caos. Lo mirase por donde lo mirase.

Mi padre y Darren habían chocado desde un primer momento, mientras que mi madre lo idolatraba, hecho que él aprovechaba para hacerse el interesante y tenerla de su lado. Mi madre había caído enamorada platónicamente, llegando al extremo de intentar influenciarme para que me casara con él, ¡menudo disparate!

Como si alguien como Darren quisiera casarse conmigo. Aparté todos esos pensamientos en cuanto crucé el umbral de mi piso, lo único que me faltaba era desaprovechar mi primer día libre de las tareas de madre en preocuparme por esas cosas. Dejé el abrigo en el perchero y las bolsas de ropa de la lavandería sobre el respaldo del sofá, donde Darren leía el periódico. Levantó la vista al verme.

—Que pronto has vuelto. ¿Habéis tenido un buen viaje el niño, mi coche y tú? —preguntó.

—Tranquilo, tu valioso juguete está aparcado fuera, puedes salir a besarlos si quieres.

—Quizá luego, esas cosas prefiero hacerlas en la intimidad —respondió risueñamente.

—Mi madre te ha mandado cientos de recuerdos y miles de cariñosos besos y abrazos, no creo que me alcance la vida para retribuirte todo. —Me descolgué el bolso y revisé el móvil, solo por si acaso—. Mi padre... bueno, no te ha maldecido.

—Esa mujer es un auténtico cielo —declaró con una sonrisa—, me ha tratado estupendamente.

—Claro que sí, y por lo tanto y para reafirmar esa pasión tú le has contado lo muy peligroso que es tu trabajo. —Levanté las cejas con ironía, como hacía mi padre—. ¿Era de verdad necesario que exageraras tanto?

—Bueno, ¿qué querías que hiciera? ¿Qué me quedara callado todo el rato? Al menos con tu madre tengo conversación, porque lo que es que con tu padre... quien, por cierto, se alegraría de que sufriera algún que otro accidente laboral más.

—No es para tanto, Darren. Puede que mi padre parezca duro...

—¿Puede que parezca duro? —repitió asombrado—. No quiero ni imaginar lo que debe pensar de mí. —Dobló el periódico y lo dejó en la mesa—. Con todo eso de la... farándula y el mundo sórdido y peligroso de la noche teatral.

—Bueno, es padre, debes intentar comprenderlo y ponerte en su lugar, para él no debe ser fácil tener en frente al culpable de que su hija se quedara embarazada.

Ahora fue su turno de arquear las cejas. Abrió la boca, ofendido. De acuerdo, puede que no lo hubiera expresado del todo bien...

—Ah, claro, ahora yo soy el culpable. Te recuerdo que tú también estabas ahí, y no quejándote precisamente. —Tuvo el descaro de señalarme con el dedo—. Ninguno de los dos tomó precauciones, así que ambos tuvimos la misma responsabilidad al fabricar a ese bebé.

—*Touché*. —Me sonrojé, algo incómoda, porque él tenía razón. Intenté cambiar hábilmente de tema antes de meternos en asuntos íntimos, que siempre nos llevaban a callejones donde acabábamos con poca ropa—. No estamos debatiendo acerca de mi padre, sino de cómo has engañado a mi madre. Todo el rato adulándola y cogiéndola de la mano... quizá mi padre se siente amenazado y por eso te trata así. Piénsalo.

Llevé la ropa al dormitorio y luego empecé a poner la mesa para la comida. No tardó mucho en venir a mi encuentro, apoyándose en el arco de medio punto que separaba la cocina de la sala.

—Creo que ya sé por dónde va esto —comentó, repentinamente jocosamente—. Lo que te pasa es que estás celosa de que dedicara más tiempo a ella que a ti, ¿no es eso?

Recordé que tenía la jarra de agua en las manos e intenté por todos los medios no lanzársela a la cabeza con un grito de guerra. La puse en la mesa, en el centro, y luego lo miré, con los dientes apretados.

—¿Celosa yo? ¿De ti? No me hagas reír —espeté.

—Celosa tú, querida. —Su sonrisa socarrona me sacó de quicio—. Mírate... estás intentando no asesinarme por haberme dado cuenta.

Le hice un corte de mangas que le hizo soltar una carcajada. Afortunadamente me dejó tranquila durante el tiempo suficiente para poner un poco de pasta al fuego y preparar una salsa parmesana con la que acompañarla. Decidí dejar de lado sus molestas palabras y no darle ninguna importancia, pero no podía conseguirlo. ¿Sería verdad? ¿Me había molestado que Darren dedicara aquellas sonrisas tan espléndidas a mi madre, agasajándola con su atención y sus historias? ¿Estaba celosa de que no hubiera hecho lo mismo conmigo?

Apenas le dirigí la palabra mientras comíamos, y él no hacía gran cosa por forzarme. De cuando en cuando, levantaba la cabeza del plato y me miraba con una sonrisilla pícaro, pero nada más. Una vez acabamos, me enfrasqué en el libro que tenía a medias, logrando que el mal humor se me pasara. Cuando se me puso delante, vestido para salir, con chaqueta de cuero incluida, ya ni siquiera me acordaba de por qué me había molestado.

—Tengo que ir a recoger algunas mudas limpias del hotel donde no me estoy hospedando —sonrió, encantado con aquella situación—, y a pedir que me den el correo por si han llegado ya las separatas de la próxima obra, ¿necesitas algo?

—¿Podrías pasarte por Darío? Así no tengo que esperarte hasta que vuelvas con el coche.

Asintió y se inclinó para besarme la frente.

—Volvemos luego, disfruta de tu tranquilidad.

Sonreí como una tonta y seguí leyendo, aunque había perdido gran parte de la concentración.

Rato después, recibí una llamada telefónica de mi padre, me decía que Darren y el bebé venían de camino, que el pequeño se había portado como todo un ángel y que se marchaban al día siguiente por la noche. Me dio las gracias por haberles dejado al pequeño durante todo el día y prometió que no volvería a pasar tanto tiempo hasta que volviéramos a vernos. Antes de colgar, y con un resuello algo forzado, me comentó que había hablado un poco con Darren y que... no era tan malo como había pensado al principio. Que incluso, con el tiempo, podría llegar a gustarle.

Me asombró. Al final mi madre había tenido razón, pensé mientras oía la puerta abrirse, papá no tenía dientes para morder, aunque le gustaba mucho simular lo contrario.

—Mamá, ya estamos en casa —declaró Darren, que me dio al niño en brazos inmediatamente.

—¿De qué habéis hablado mi padre y tú? —fue un acoso y derribo. Esperé su respuesta, besando al pequeño y quitándole el abrigo.

—Oh, bueno, ya sabes, del niño y todo eso. Nada importante —se descolgó el bolso de los pañales y fue al dormitorio a guardarlo. Lo seguí.

—Me ha llamado para decirme que no eras tan malo como pensaba, y como ayer te odiaba, me parece que es lógico pensar que algo ha cambiado.

—Hemos hablado de hombre a hombre, simplemente.

—¿De qué? —insistí—. No me trago eso de que solo de Darío.

—Hemos hablado sobre ti, ¿contenta?

Dejé al niño en su cuna, colaborando con Darren para acabar de una vez de ordenar todas las cosas que estaban en el bolso de viaje que yo misma había preparado esa mañana. No iba a permitir que se escabullera, no sería justo teniendo en cuenta todas las veces que él me había puesto a mí contra las cuerdas.

—Quiero saber qué le has dicho para que se dé de baja de tu club de detractores.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —preguntó, mirándome fijamente.

—¿A qué viene ese tono tan serio? —me extrañé.

—Solo te aviso, si me dices que de verdad quieres saber qué le he dicho, te lo contaré, te diré exacta y textualmente todo lo que hemos hablado. Y no podrás interrumpirme cuando haya empezado.

Lo miré sin saber qué decir, estaba segura de que se me escapaba algo. ¿Por qué se ponía repentinamente tan solemne? No había estado fuera tanto tiempo como para que hubiera podido tener con mi padre una conversación de implicaciones demasiado profundas... ¿o sí? Sentí un sudor frío por la espalda.

—¿Estás preparada para que tengamos *esa conversación*?

Ahí estaba. En ese momento se me heló la sangre, comprendiendo de súbito todas las preguntas anteriores. Darren continuó mirándome intensamente, esperando que me pronunciara, pero yo no pude hacerlo. Me había quedado bloqueada. Ahí estaba mi castigo por insistir. Dios mío, ¿qué era lo que le había dicho a mi padre? Por un lado quería saberlo, pero por otro...

Lo vi dar un paso hacia mí y extender las manos hacia mi cintura, pero el sonido del timbre rompió el momento con un sobresalto. Lo miré con disculpa y salí del dormitorio con la cabeza hecha un batiburrillo.

Darren bajó las manos y maldijo en voz baja mientras me seguía fuera. Era muy consciente de su presencia detrás de mí, por lo visto, estaba más que decidido a que aquel fuera el momento de tener *la conversación* y no pensaba permitir que el inoportuno visitante estropear el momento.

Por mi parte, abrí la puerta esperando que la distracción fuera lo bastante grande como para poder huir una vez más. Todavía no estaba preparada para afrontar nada, ni mis sentimientos, ni mucho menos los suyos.

Al toparme de frente con la identidad del visitante, suspiré de alivio. Mis plegarias habían sido más que bien atendidas.

Para Tony Méndez, volver de viaje y encontrar en casa de su amiga a Darren Matthews fue todo un *shock*, algo incomprensible en lo que ahondaría profundamente, pero como era un *showman* por naturaleza, lo dejó de lado y se lanzó a mis brazos para el apropiado reencuentro. Eso sí, en cuanto estuvimos de nuevo recompuestos, su mirada se paseó por la de Darren. Empezaba a creer que la distracción iba a traerme más problemas que soluciones.

Había dado largas a Darren para hablar y le había ocultado a Tony toda la magnitud de la paternidad de Darío. ¿A cuál de ellos tendría que enfrentarme primero?

Era una situación bastante violenta. Darren lo miraba como si en cualquier momento fuera a saltarle al cuello y morderlo hasta arrancarle un trozo. Por el contrario, Tony simplemente se había quedado en *shock*. En un determinado momento, los dos decidieron dejar de estudiarse mutuamente y dirigieron su atención a mí. Perfecto, se habían dado cuenta de que era la que tenía que dar explicaciones

—Creo que debemos sentarnos —dije sabiamente—. Necesitamos hablar... los tres.

Conté en alta voz el que había sido el episodio más surrealista de mi vida, cómo había conocido a Darren, cómo nos habíamos separado posteriormente, cómo yo había descubierto mi embarazo... A medida que avanzaba, Tony se entusiasmaba cada vez más. Le di todas las explicaciones que pude para intentar redimir el hecho de haberle mentido ocultándole todo, lo cierto era que no lo había hecho por maldad, sino porque no me sentía preparada para compartir algo así.

—O sea que eso es lo que estuviste haciendo aquellos meses en los que estabas perdida —dijo—. Ese era el famoso caso en el que trabajabas.

—Sí —coincidí yo—. Estaba en tratamiento con Darren, que en esa época no se encontraba demasiado... bien, nos acabamos haciendo amigos y... bueno...

—Nos enamoramos perdidamente el uno del otro —añadió el susodicho—, de ahí que engendrarnos a nuestro hijo, fruto de nuestra incontrolable pasión.

Yo lo miré con una expresión de advertencia...

—Dios mío, qué fuerte... ¡tienes un hijo con un actor! —chilló Tony mientras se reía, no sé si por nervios o por emoción. Parecía una *groupie* ante un grupo de motoristas sexis.

Darren puso los ojos en blanco, pero se mantuvo callado. De cuando en cuando me lanzaba una mirada que advertía *aún no hemos acabado lo otro* que me ponía los pelos de punta. Mi meta era darle largas durante todo el tiempo que pudiera.

—Después de todo eso, tuvimos que separarnos —proseguí mi historia—, el tratamiento terminó, y bueno, descubrí que estaba embarazada, intenté localizar a Darren y no pude hacerlo. Fin, el resto es historia.

—Así que ahora vivís juntos —dijo Tony.

—Sí —respondimos al unísono nosotros.

—Y no tenéis nada como pareja.

—No —respaldé yo inmediatamente. Parecía que aquel era el punto estrella de la historia, donde mi madre había hecho hincapié, y ahora, Tony. ¿Tan poco creíble y raro resultaba? ¿Por qué nadie valoraba lo tremendamente valientes, maduros y sensatos que estábamos siendo por el niño?

—Bueno, eso de «nada» es relativo —apuntilló Darren, pero no dejó que Tony prestara atención.

Tony me contó los pormenores de su viaje y las anécdotas que a él le parecían más llamativas, aunque se lamentó diciendo que después de lo que yo le había dicho, nada de aquello tenía el mismo impacto del principio. Me enseñó algunas fotos que guardaba en su teléfono último modelo e intentó por todos los medios no mirar de reojo a Darren, que estaba jugueteando con el niño, mostrando el poco interés que sentía por Tony. Mi pobre amigo no podía disimular su curiosidad con demasiado acierto.

—Tengo que recoger unos documentos del trabajo, para llevarlos el lunes.

Al instante, Darren se puso en pie al mismo tiempo que yo, cogiendo las llaves del coche de la mesa como acto reflejo. Otra vez aquella mirada de *no te vas a escapar tan fácilmente*, por mucho que mis razones no fueran una excusa. Al menos, no del todo.

—Tony puede llevarme, Darren, le va de camino a su casa y así termina de contarme. —El aludido asintió, levantándose con gracia.

—¿Qué? —Darren me miró como si lo hubiera abofeteado—. Yo te llevo al trabajo y yo te recojo, siempre ha sido así.

—Para ser exactos, siempre lo he hecho yo —lo corrigió Tony con una sonrisa inocente.

—¿Te importa? Esta es una conversación privada —lo cortó Darren.

—De verdad, no pasa nada, quédate con Darío, pronto será la hora de su siesta y ya sabes que solo la duerme contigo.

—Puede dormirse en el coche —insistió—, sabes que no me molesta acompañarte, todo lo contrario. Además... tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero de verdad no hace falta. Podremos hablar en otro momento.

—Y nosotros también tenemos charlas pendientes. —Tony sonrió, y yo le indiqué con una mirada que no echara más leña al fuego.

Le toqué el hombro cariñosamente a Darren y salí del piso, seguida de Tony, que le decía adiós con la mano mientras me murmuraba y preguntaba cosas personales referentes a él. Parecía que la suerte me había acompañado, de momento. Había pospuesto la charla, pero sabía que únicamente era un relax pasajero. Él no iba a dejarme pasar de rositas, y yo era muy consciente de que teníamos que aclarar ese punto. No podíamos permitirnos vivir con eso en medio, o nuestros propósitos de ser unos buenos padres y amigos jamás llegarían a buen fin.

En el camino al trabajo, Tony no cesó de hacerme todo tipo de preguntas personales sobre Darren, algunas propias de las revistas de adolescentes más cutres del mercado, pero cuando me negaba a responderle, me ponía cara de cachorro abandonado en vísperas de Navidad y me decía que se lo debía por haberlo ocultado durante tanto tiempo.

Era chantajeada por mi mejor amigo.

—Vamos, Leire, contéstame, ¿qué más te da?

—Tony, te lo repito, ¿para qué quieres saber qué marca de champú usa? —pregunté exasperada.

—Tiene un pelo muy cuidado, ya sabes que mi imagen es la base de mi éxito. Y quiero conocer los gustos de la gente famosa.

Era imposible. En cualquier momento sacaría su carpeta de instituto forrada de fotos de Darren subido a las tablas, y entonces yo me daría cabezazos contra el salpicadero.

—Sabes que lo descubriré, tenemos que quedar para almorzar, necesito que me cuentes bien todo eso de que fuiste a la cena y demás, ¡caramba, todo pasa cuando me voy, no es justo!

—No te esperes la gran cosa, no hay mucho que contar. —Me tensé inmediatamente ante la mención de la desastrosa cena. En cuanto frenó, me bajé del coche—. Nos vemos pronto y quedaremos para comer.

Me dijo adiós con la mano y siguió su camino. Esperaba que no se diera demasiada prisa con la exclusiva que me había sacado.

Crucé las puertas de cristal esperando tardar lo menos posible, no quería encontrarme con nadie que pudiera hacerme comentarios sobre lo ocurrido en la cena o sobre mi asistencia con Darren o la bronca con Lorena. Puede que fuera fin de semana, pero no había sido la única que había tenido la idea de ir a adelantar trabajo. Entré a mi oficina y encontré allí un sobre con el membrete que utilizaba mi jefe cuando quería hacer comunicados oficiales a los trabajadores.

Mierda, ¿se habría enterado de lo de la borrachera en la cena y me iba a despedir? Con dedos temblorosos, rasgué el sobre y leí las breves líneas escritas en él. Después, volví a leerlas por miedo a haberlo entendido mal. Cuando salí, no estaba segura de si aquella era o no una buena noticia. Llevaba años esperando por algo así,

pero tras tenerlo en mis manos, no me sentía excesivamente feliz ni segura de que aquello fuera lo que yo realmente deseaba.

Pasé por el taller de vuelta a casa solo para concederme más tiempo de reflexión. A todos los asuntos pendientes que tenía, ahora debía añadir ese.

El mecánico dijo que debían mandar a pedir la pieza defectuosa de mi coche a Alemania y que debía tener paciencia. Me impactó que tuviera la caradura de mostrarse molesto por mi insistencia, después de todo lo que había esperado y desesperado yo a causa de su trabajo más que deficiente. Lo miré mal. En aquel momento deseé que Darren estuviera ahí, él siempre sabía resolver aquellas cosas, siempre sabía qué decir. «Pero no está, así que aprende a resolverlo tú sola, como hacías antes». Tuve un serio tira y afloja con el mecánico hasta que me aseguró que en diez días la pieza estaría montada en mi coche y que no me cobraría el suplemento de desplazamiento debido a la espera.

Me sentí satisfecha con el trato y cogí un taxi para volver a casa, a la maraña de problemas sin resolver.

—¿Te ha traído tu adorable amiguito? —Darren desenfundó nada más verme cruzar el umbral. Además, traía a Darío en brazos como fiel escudero.

—No, he venido en taxi, él había ido a ver a no sé qué amigos o parientes. O algo así —respondí, quitándome los zapatos—. Habla muy deprisa y pierdo el hilo de cuando en cuando.

—¿Qué? ¿Te ha dejado tirada? ¿Por qué no me has llamado?

—No quería... molestarte. —Era cierto, en parte. En otra parte, necesitaba tiempo para darle vueltas a mi mareada cabeza.

—Sabes que no es molestia, nada que tenga que ver contigo puede molestarme.

—Escucha... Tony es un amigo y... te aviso, es posible que venga de vez en cuando a verme, y también a Darío. Es tu hijo y ya sabes que nadie te sustituirá ni lo intentará, pero tiene derecho a verlo. —Lo miré, intentando tener tacto—. Lo conoce desde que nació...

Darren solo asintió, esperaba que mi referencia no hubiera levantado ampollas, ya que él había llegado a la vida de Darío más tarde que Tony, a pesar de ser su padre. No obstante, le distrajo algo que debió verme en la cara, porque me miró con cierta preocupación.

—¿Qué pasa? —Darren me dedicó toda su atención.

—Nada, estoy cansada y no me apetece hablar —di el corte antes de que siguiera indagando con ese radar suyo que parecía funcionar a la perfección conmigo—. Ha sido un fin de semana cargadito.

Me fui al baño, consciente de que él no me había creído una sola palabra. No obstante, decidió respetar mi decisión de no comentarle nada por el momento, pues no insistió ni volvió a preguntar. Me desnudé y dejé que el agua fría despejase mis ideas. Estaba colapsada de problemas.

Por un lado, Tony había vuelto y deseaba, con toda razón, seguir viendo al niño, lo que causaría situaciones horriblemente tensas entre él y Darren. Con toda seguridad, el uno se molestaría porque tenía derechos legales, y el otro, porque los tenía morales, y yo estaría en medio, sin poder dar ni quitar razón a ninguno. Por otro, la carta de mi jefe que no me había hecho dar saltos de felicidad como yo esperaba.

Debía decidir algo, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

Y luego estaba ese otro asunto... ¿Por qué cada vez que veía a Darren sentía ese ardor interior que me impulsaba a desear besarlo una y otra vez? No había conseguido olvidar ni superar mis sentimientos, se aferraban a mí con fuerza, haciéndome infeliz. Me hundí en la bañera, deseando que el agua limpiara los rastros de las lágrimas que estaba derramando.

Dos días después, la situación no había mejorado mucho. Seguía yendo al trabajo con Darren, para evitar grandes discusiones y porque... bueno, el coche de Tony no tenía botoncitos con los que entretenerme por el camino.

Darío estaba a punto de cumplir cuatro meses, y tanto su padre como yo corríamos cada vez que abría la boca, ¿diría primero papá o mamá? Era la alegría de nuestras vidas, nuestra mayor ilusión, lo único que iba del todo bien.

Mi decisión pendiente aún no estaba tomada, por el contrario, seguía planeando en mi vida día tras día. Había encontrado cientos de pros y miles de contras. En mi cara se reflejaba mi profundo estado de desazón, pero nadie me cuestionaba cuando llegaba a casa. Darren se limitaba a mirarme y esperar el momento en que yo decidiera contarle mis problemas, por mucho que este tardara en llegar.

El martes entré al despacho con cinco minutos de retraso, pero no se notó, estábamos en una época donde el trabajo se nos desbordaba, con lo cual nadie tenía en cuenta a nadie y cada quién iba a lo suyo. Di los buenos días a la recepcionista, y ella me respondió alzando un dedo para que callase mientras garabateaba en su block de notas lo que le estaban diciendo por teléfono.

Me senté en mi mesa y procedí a leer y firmar la pila de expedientes que me aguardaban sobre el escritorio. Volví a levantar la cabeza cuando alguien llamó a mi puerta. Extrañada, vi a una amable y jovencísima muchacha, que hacía las veces de chica para todo, tanto nos traía las fotocopias como llenaba la máquina de café. Por lo que tenía entendido, estaba ahí de prácticas, para aprender el oficio de administración. Le sonreí, esperando que no viniera a pedirme algo que hacer, bastante lío tenía y a como para pararme a pensar qué podía ponerle en las manos.

—¿Sí? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Disculpa que te moleste, pero tu novio está aquí fuera.

—¿Mi qué? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Tu novio —repitió risueña—. ¿Le digo que pase o sales tú?

La miré aún con expresión de suma incredulidad. ¿Cómo demonios iba a estar ahí mi novio si yo no tenía pareja? A no ser que... maldito fuera, ¿en serio? ¿Allí? ¿En medio del Gabinete donde cualquiera podría...?

—Que pase —declaré por fin, intrigada.

La chica sonrió y se apartó de la puerta unos segundos. Un poco después, la figura de Darren se personó ante la entrada en compañía de aquella joven, que no se marchó hasta unos minutos después, cuando le dije, lo menos groseramente que pude, que se retirase.

—Hola, cariño. —Darren cerró, con una sonrisa—. ¿Mucho trabajo?

—¿Mi novio, eh? —exclamé sin moverme de mi asiento.

—Bueno, algo tenía que decir para que me dejaran verte sin tener cita. —Se encogió de hombros—. Era eso o hacer que tenía un brote psicótico.

—Ya me has visto. Adiós.

—No seas antipática —criticó mientras cotilleaba las fotografías que estaban sembradas por mi despacho.

—¿Con quién has dejado al niño?

—Con tío Tony —respondió como si tal cosa.

—¿Con Tony? ¿Tú? —Aquella sí que era buena. No solo había acertado con el nombre, sino que además lo había usado de niñera.

—Bueno, tenía que hablar urgentemente contigo, así que no me quedó más remedio que tragar —y diciendo aquello, se echó cómodamente en el diván que adornaba mi despacho.

—Hablaremos en casa, ¿vale? Por favor, estoy trabajando. Levanta.

—Por eso he venido, quiero hablar contigo de algo profesional, estoy tan mal...

—Darren, basta. —Le lancé una mirada asesina—. Este es mi lugar de trabajo, es algo serio y no tengo tiempo para perderlo con juegos.

—Pero es que tengo un grave problema —insistió.

—Lo tuyo no tiene remedio, siento decírtelo, no existe cura para ti. —Se rio—. Hablo en serio.

Se tapó la cara con las manos, mirándome después con un profundo gesto de tragedia, casi parecía a punto de llorar. Por un momento me quedé paralizada, a punto de creérmelo, pero luego recordé que era actor y, por tanto, podía abrir y cerrar el grifo de las lágrimas a placer.

—Necesito tu ayuda urgentemente, ¡estoy en crisis de personalidad! No sé quién soy, ni donde estoy, adonde vengo ni a donde voy.

Puse los ojos en blanco, suspirando y sabiéndome vencida. Otra vez. Quizá si escuchaba lo que fuera que quería decirme, se iría pronto y me dejaría continuar con mi trabajo en paz. Me recliné en el asiento y crucé los brazos.

—No sé de dónde te habrás sacado eso, pero tú ganas. A ver, ¿qué es lo que tienes?

—Verás, tengo una amiga con un problema, sé que le pasa algo grave, pero ella no quiere contármelo.

—Bueno, pues... ya hablará cuando esté preparada —concluí—, el problema es de ella y no tuyo, así que...

—Lo está pasando mal, puedo sentirlo y, bueno, solo quiero que sepa que estaré ahí para cuando decida compartir sus problemas conmigo, porque me importa y no me gusta que sufra.

Lo miré a los ojos, comprendiendo perfectamente adónde pretendía llegar y quién era aquella supuesta *amiga*. No me esperaba aquella jugada por su parte y no sabría decir si me molestó o me caló hondo que su preocupación llegara hasta tal punto. No me ponía en la tesitura de tener que decirle que esperara a que quisiera hablar con él, solo me confirmaba que si se daba el caso, estaría ahí.

—Me gustaría que mi amiga tuviese claro —me miró fijamente a los ojos, desarmándome—, que puede tenerme ahí para cualquier cosa y que por difícil que parezca todo, siempre se puede encontrar una solución.

—Estoy segura de que es consciente de eso, pero... tal vez esté confusa y no sepa si involucrándote te hará más daño que bien. —Me erguí en la silla, el estómago se me había contraído.

—No importa el daño que yo pueda sentir, lo único prioritario en este momento es ella. Está cargando con un gran peso, quiero aliviárselo, pero no sé cómo.

Me apreté las manos, nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Darren estaba dándome toda una muestra de lealtad y respeto al no presionarme lo más mínimo, entregándose y quedando a la espera de que yo decidiese usar su hombro si necesitaba llorar.

—Necesito que sepa que puede contar conmigo para lo que sea —continuó sin dejar de mirarme—. Jamás la abandonaré, sea lo que sea lo que ocurra.

—Estoy segura de que ella lo sabe —tragué saliva—, y... te lo agradece.

Le sonreí, sintiendo mis ojos húmedos y mi corazón compungido. Darren me devolvió la sonrisa y se levantó.

—Gracias por tu tiempo, me ha servido de mucho —dijo—. Ahora te dejo trabajar, tengo que volver a casa, no me gusta dejar al niño tanto tiempo influenciado por Tony.

—¡Eh!, no te has equivocado, y antes tampoco. Por fin has aprendido su nombre.

Darren alzó la mano derecha hacia mí, donde pude ver escrito con bolígrafo claramente Tony. Me eché a reír irremediadamente. Él solo se encogió de hombros,

quitándole importancia.

—Tengo mis métodos para acordarme de las cosas, deformación profesional. —Sonrió—. Bueno, nos vemos después.

Iba a marcharse, pero justo antes de que saliera, lo llamé.

—¡Darren!

—¿Sí? —Se giró hacia mí, con el pomo de la puerta abierta en la mano.

—Gracias —dije simplemente.

Me guiñó un ojo y se marchó por donde había entrado. Apoyé la cabeza en el respaldo de mi silla, permitiendo que algunas lágrimas corrieran libremente por mi rostro. Cuando me serené, miré la puerta por la que Darren había desaparecido, recordando el gran detalle que había tenido conmigo y sus hermosas y tiernas palabras. Ojalá pudiera haberle dicho lo que sentía realmente, que mis sentimientos hacia él se desbordaban por cosas como esa.

Hacía que quererlo fuera tan fácil... y tan imposible al mismo tiempo, que sin que él supiera, me obligaba a vivir en una perpetua cuerda floja, siempre con miedo a caer.

Esa tarde acabé la jornada tomando, por fin, una decisión. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa, ya no podía seguir retrasándolo. Iba por el pasillo, cuando la amable secretaria en prácticas me paró, siempre dispuesta a ayudar en cualquier cosa.

—¿Quieres un café? Acabo de cambiarle el filtro a la máquina.

—Ya me marchó, gracias de todas formas.

—Nada, no hay de qué. Por cierto, ¿te han dicho alguna vez que tu novio es clavado a ese actor tan guapo de teatro?

—¿Tú crees? —Me hice la tonta mientras le entregaba unas carpetas para archivar—. Se lo diré, seguro que le hace mucha gracia.

Me despedí de ella con una sonrisa y decidí llamar un taxi para tener tiempo de pensar en el camino.

Entré sin hacer ruido, pues era la hora de la siesta de Darío, que tenía muy mal despertar si lo sobresaltaban. Dejé mi bolso y el abrigo en la percha y empecé a buscar a Darren con la mirada. Lo encontré sentado en el sofá, pegando fotos del niño en su álbum, tal como me había visto hacer a mí. No pude evitar sonreír.

—Qué pronto has vuelto —me recibió como siempre, con aquella encantadora sonrisa que hacía que mi corazón latiera al ritmo del *Canon* de Pachelbel—. No me has llamado.

—Me he tomado la tarde libre y he cogido un taxi. Esta mañana he tenido cita con un paciente bastante complicado y me he quedado sin materia gris para nada más. —Me senté a su lado, estirando los pies—. ¿Sabes que ha dicho la secretaria? Que te parece mucho a un famoso actor de teatro.

—¿En serio? Y yo que creía que tenía una cara muy vulgar.

Ambos nos echamos a reír, pero inmediatamente después, volví a ponerme seria. Cogí aire, estaba atemorizada, pero no pensaba echarme para atrás.

—Escucha, Darren, quiero que hablemos. Necesito contarte algo y no puedo esperar más.

Dejó el álbum y me miró, prestándome toda su atención.

—Mi jefe me hizo llegar un documento hace un par de días, ofreciéndome un ascenso que... aparte de más importancia dentro del Gabinete y la posibilidad de ampliar mi listado de pacientes, conlleva un aumento de sueldo.

—¡Pero eso es fantástico! Enhorabuena, te lo mereces. —Sonrió ampliamente—. Dios sabe que eres buena después de lo que conseguiste conmigo.

—En caso de aceptar —continuó—, tendría que quedarme aquí, en España. De modo indefinido.

El empezaría a viajar otra vez en cuanto la temporada de teatro de diferentes ciudades y países comenzara, tal como había hecho antes de que nos conociéramos. Eso complicaría las visitas a Darío, que es donde estaba el principal problema.

—¿Qué has decidido? —preguntó.

—Nada, yo... quería hablarlo contigo primero.

Me miró sin decir nada hasta unos instantes después.

—Creo que no es aquí donde debemos discutir eso. Vamos.

Cogió el porta bebés donde dormía el niño y las llaves del coche. Yo lo seguí, con nuestros abrigos en la mano. No tenía ni idea de lo que pretendía, pero decidí dejarme llevar. Subimos al coche y arrancó en silencio. Tras unos minutos de camino, cogió la desviación que nos sacaba fuera de la ciudad. Ambos permanecíamos callados, sopesando quizá nuestra posible decisión.

Al cabo de lo que parecieron un par de horas, y después de algunas paradas técnicas para comodidad de Darío, vislumbré un camino sembrado de flores y, a lo lejos, un río que apenas se movía adornando la entrada a una hermosa edificación de piedra cubierta de hiedra. Al fondo, un impresionante bosque, como salido de un cuento de hadas, que recordaba muy bien.

No supe qué decir mirando a Darren, que había aparcado y también permanecía guardando silencio.

—Aquí es donde empezó todo —dijo—, si tenemos que decidir algo, tiene que ser aquí.

Bajamos del coche, abrimos la casa para dejar las cosas y luego me senté en el porche, donde se notaba una agradable brisa. Coloqué el porta bebés a mi lado. Darío volvía a estar plácidamente dormido gracias al traqueteo del coche, ya que había comido por primera vez en una estación de servicio. Darren se había apoyado en un árbol, frente a nosotros, y miraba a un lado y a otro mientras fumaba.

—Es todo muy complicado —empecé por fin.

—No lo es. Si decides aceptar, te atarás a este país y no podrás viajar o mudarte con frecuencia.

—Aquí tengo a mi familia, mis amigos, es mi lugar de nacimiento —resopló—. Desde que empecé en el Gabinete, no he vuelto a moverme, y no tenía pensado hacerlo, sobre todo cuando me quedé embarazada.

—Pero ahora yo formo parte de la vida de Darío. —Darren cambió el peso de una pierna a la otra—. Y por mi trabajo, me veo obligado a viajar bastante.

—Lo sé. Y seguro que fuera podría encontrar algo si decidiera irme, pero aquí ya tengo el puesto hecho a mi medida, comodidades, facilidades, un buen sueldo...

Darren me miró, esperando que continuara.

—Me gustaría conocer otros lugares y otras formas de trabajar, pero me da miedo, ahora que tengo un hijo, arriesgar lo que tengo seguro.

—Me parece que si realmente desearas irte, no estarías dudando. Simplemente, te marcharías —apuntó lógicamente—. Estás acomodada y te ha costado mucho conseguir lo que tienes.

—No es tan simple. —Suspiré—. Nada es simple nunca entre nosotros.

—Si te quedas, me costará mucho más ver al niño, porque desplazarme a España trabajando fuera es bastante más complicado para mí que si tú tuvieras la disponibilidad de moverte también.

—Lo sé. —Aquella era la piedra angular de todo el asunto—. Créeme, lo he tenido todo en cuenta.

—Tal vez deberíamos entrar en esa habitación y hacer el amor durante toda la tarde —señaló con la mirada al interior de la casa, encogiéndose de hombros cuando lo miré.

—¿Eso nos serviría para decidir algo?

—Quizá no, pero puede que lo cambiara todo. Tú y yo no sabemos caminar por el término medio.

Tenía razón, de saber hacerlo, habríamos encontrado una solución que nos conviniera a ambos y nos permitiera seguir adelante con nuestras respectivas vidas por separado, en lugar de empecinarnos en algo que nos mantuviera en aquel... estando sin estar.

—Al menos, esta vez, no estamos discutiendo. —Sonreí a mi pesar.

—Pero lo haremos —declaró él.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque somos tú y yo. Siempre discutimos, es lo que mejor sabemos hacer. Eso somos nosotros. O estamos bien o deseamos matarnos, cualquier otra pareja se habría mandado a la mierda con la mitad de cosas que nos hemos dicho tú y yo, pero eso a nosotros ni siquiera se nos pasa por la cabeza.

—Tenemos el mismo carácter.

—¿Sabes qué pienso? Que eres muy consciente de que vas a aceptar, porque sabes que si pretendieras renunciar a lo que tanto te has esforzado por conseguir, yo no te lo permitiría.

—Probablemente tenga el documento de renuncia en la mano, firmado y sellado, pero entonces tú dirás una palabra que me hará cambiar de parecer.

—Y los dos sabemos por qué —dijo—, siempre hemos sabido por qué actuamos como actuamos, por qué discutimos por tonterías y por qué damos vueltas alrededor de esta peonza en lugar de seguir cada uno por su lado. —Me miró de cerca—. No queremos buscarnos cada uno nuestra vida, Leire. Si fuera así, habrías dicho que sí inmediatamente y no te habría preocupado separarte de mí... porque sabes que, aparte de lo del niño, ese es otro motivo por el que te da miedo quedarte aquí mientras yo viajo.

Levanté la vista hacia él. Tenía razón. Quedarme para siempre en España tenía como gran contra que Darren sí tendría que moverse de un lado a otro por cuestiones profesionales. Y estaría lejos, más de lo que lo estaba ahora. Me había acostumbrado a su presencia, a tenerlo cerca, a contar con él, a verlo cada día. Quedarme, pensando dónde estaría, qué haría... saberlo tan ajeno, a kilómetros de distancia, me aterrorizaba. Aquellos eran mis sentimientos, la gran losa que me impedía tomar lo que tenía al alcance.

—Son solo dos palabras que no nos atrevemos a decir —susurró—. Pero maldita sea, Leire, están ahí, lo han estado siempre, acechando.

—Somos cautos —me defendí—, ya no se trata solo de nosotros.

—Somos cobardes —declaró.

—Tenemos un hijo, no podemos permitirnos cometer errores ni hacer las cosas por probar. Le afectaría si saliera mal.

—La solución a todo es muy sencilla, está ahí, siempre lo ha estado, pero cuando nos acercamos a ella, volvemos a dar vueltas alrededor de cosas sin sentido. Vivimos en un maldito tiiovivo.

Tras unos instantes sin decir nada, colocamos al niño en el cochecito y paseamos por el jardín que estaba frente a la casa, recorriendo el borde del río donde habíamos nadado juntos una vez, hacia toda una vida. Allí nos habíamos besado por primera vez. El recuerdo me hizo sonreír, y por la expresión de su rostro, supe que estaba reviviendo la misma escena.

—Sinceramente, ¿alguna vez te has creído del todo ese rollo de que solo éramos amigos? —preguntó—, fue tan tópico...

—¿A qué viene eso ahora? —Me eché a reír.

—No lo sé, era bastante ridículo, pero supongo que nos valía de excusa de cara a la galería.

Nos paramos para dejar al niño bajo la sombra de un árbol, mientras nosotros contemplábamos el río.

—¿Te has dado cuenta, no? —me dijo, yo lo miré—, estábamos juntos aquí, justo así, la primera vez que nos besamos.

—Estaba pensando en eso justo ahora. —Sonreí—. Falta algo para que sea exactamente igual.

—Que estemos mojados y que tú me pegues de forma histérica como aquella vez.

—No me refería a eso, exactamente.

Nos miramos profundamente, entonces, él cogió mis manos entre las suyas con dulzura y delicadeza.

—¿Esto significa lo que creo que significa? —preguntó—. Porque no estoy para más acertijos, Leire.

—¿Qué crees que significa? —lo cuestioné yo esta vez, apartándole un mechón de pelo de la mejilla.

—¿Por qué me respondes con otra pregunta? —dijo Darren.

—Tú también acabas de responderme a mí con otra pregunta.

Darren suspiró en voz alta, echando la cabeza hacia atrás, luego me miró.

—¿Ves? Ahí está el tiiovivo, dando vueltas y vueltas...

Sonreí y me acerqué a su cuerpo, gesto que él comprendió de inmediato. Nos besamos, lenta y profundamente. Quizá no fuera lo correcto, pero era simplemente lo que deseábamos en ese momento, nos pareció que era lo más lógico, lo más perfecto, lo más normal. Lo único que podíamos hacer en aquel momento, porque nada más tendría sentido.

Los dos supimos entonces, cuando sus brazos rodearon mi cintura y los míos bordearon su cuello, aún sin dejar de besarnos, con nuestros labios anclados y nuestras lenguas devorándose en una danza imposible de olvidar, que la decisión estaba tomada.

Entramos a la casa unos minutos después. La impresión que nos llevamos fue bastante intensa. Nada más poner los pies en aquel salón, volaron a nuestra mente cientos de recuerdos hermosos. El primer encuentro, Darren dormido sobre mis rodillas, aquella pelea por el mando a distancia... la separación ante unos testigos que nada sabían de lo nuestro.

—Recuerdo la primera vez que crucé este umbral —mi voz sonó soñadora.

—Me comporté como un auténtico imbécil.

—No puedo discutirlo.

—Se acerca el mediodía, ¿quieres que llame para pedir una pizza o... alguna otra cosa? No creo que aquí quede nada comestible —razonó—, y no vamos a coger el coche y conducir al pueblo para hacer la compra, está bastante alejado.

—Está bien, yo iré a dejar preparado el biberón de Darío.

Darren hizo la llamada con su teléfono y luego cogió el porta bebés y lo puso sobre la mesita de centro. Jugueteó con los piecitos de su hijo mientras yo lavaba el biberón y ponía a calentar el agua previamente hervida que llevaba en el termo. Me entretuve en mi tarea, midiendo las cantidades de leche de continuación en polvo que Darío empezaba a poder tomar. La derramé por fuera del biberón cuando lo oí empezar a llorar con fuerza.

—¿Qué le pasa? —Me acerqué a ellos de inmediato.

—No lo sé, estaba adormilado y de repente empezó a poner caras raras, y ahora se ha puesto a llorar. —Darren lo tenía en brazos y lo mecía—. Quizás ha tenido una pesadilla, enseguida lo calmo.

Asentí y volví al biberón, dándole brío en prepararlo. A lo mejor el peque solo tenía más hambre de la normal, así que lo agité y medí la temperatura en el dorso de mi mano. Cuando se lo llevé al salón y lo acerqué a su boquita, lo rechazó. Seguía llorando, con la carita contraída y roja. Darren le puso una mano en la frente y me miró muy serio.

—Está muy caliente, yo creo tiene fiebre.

Coloqué mi mano sobre la pequeña frente del niño para comprobarlo. Ardía.

—Vamos al hospital —declaró Darren inmediatamente, poniéndose al hombro el bolso de los pañales y cogiendo las llaves.

Yo me apresuré a tapar a Darío con el arrullo y recogí el biberón, lo mecí contra mi pecho, susurrándole palabras de mimo, pero nada lo consolaba. Darren condujo deprisa por aquella carretera zigzagueante para llegar al pueblo lo antes posible. Después de unos quince minutos, por fin cogimos la carretera que llevaba a la zona habitada y, rápidamente, buscamos el centro de salud. Una vez allí, le contamos el caso a la primera enfermera que vimos; inmediatamente, nos llevó a una sala donde la pediatra tomó al niño en brazos y le pesó la fiebre.

Tuvimos que esperar fuera mientras le bajaban la temperatura y hacían el debido reconocimiento rutinario. Me retorci las manos, y Darren se paseó por el pasillo, mirándome de cuando en cuando.

—¿Ha estado enfermo antes? —quiso saber.

—No... nada serio, algún resfriadillo de vías altas. —Me miró interrogante—. Moquitos y algún estornudo suelto. —Vigilé la puerta cerrada, esperando que alguien saliera a informar. El llanto aún se oía desde lejos—. Es muy pequeñito aún...

—Ya... pero le has estado dando leche materna todos estos meses y... ha vivido con muchos cuidados. —Darren se sentó a mi lado y me cogió la mano—. Tiene las defensas a punto, aunque sea pequeño.

Asentí, esperando que tuviera razón, que fuera algo sin importancia y no tardaran en traérselo de vuelta. Quería ver su sonrisita desdentada y sus cejas apenas visibles y suaves, darle el biberón que se había quedado frío y arrullarlo hasta que se me durmiera en los brazos.

—¿Cómo es posible que no nos digan nada! —exclamé asustada—. ¿Por qué nadie nos informa? ¡Somos los padres!

—Tranquila, están acostumbrados a atender estos casos continuamente, cada día vienen niños así, es... una rutina para ellos —dijo Darren. No sabía si lo pensaba de verdad o solo se hacía el entendido para tranquilizarme, pero lo mismo daba.

Encorvé los hombros, secando las lágrimas que bajaban por mi rostro. Era la primera vez que mi pequeño estaba en un centro de salud y ni siquiera podía verlo. No me habían dejado quedarme con él. Yo creía que como madre no lo hacía mal, pero de pronto, pensar en todo lo que desconocía, en todas las cosas que podían ocurrir y escapaban a mi control... Me temblaron los hombros, y Darren los rodeó con su brazo, apretándome contra él.

—Mira, seguramente ya le hayan bajado la fiebre, pero como es pequeño, lo mantendrán en observación. —Me acarició la mejilla con sus nudillos—. Mis sobrinos se ponen enfermos muy a menudo, y mis hermanos cuentan las batallitas en las reuniones. Nuestro chico saldrá enseguida.

Miré a Darren cuando acabó de hablarme, y una nueva bocanada de llantos se adueñó de mí. Inmediatamente, se acercó y me cobijó en su pecho, con todas sus fuerzas, mientras nos apretábamos en los incómodos asientos de la sala de espera. Se oía alguna que otra tos lejana de las salitas contiguas, y los pasos de las enfermeras con sus zuecos ortopédicos. Todo olía a lejía y desinfectante, pero allí, refugiada contra el pecho de Darren, logré sentirme un poco mejor.

—Te aseguro que no le pasará nada, no lo permitiré.

—No eres médico. —Me separé de su pecho para incorporarme—. No puedes prometer eso.

—No, pero puedo pagar a cualquier pediatra que se te ocurra para que se centre en Darío hasta que se ponga bien, ¿de acuerdo? Haré lo que sea, pero tienes que calmarte.

Intenté asentir, pero el tiempo seguía pasando, y eso no ayudaba a mis nervios. Ya no lloraba, pero seguía hipando histéricamente, hecha un flan, retorciéndome las manos y removiéndome en el asiento sin parar.

—Voy a traerte una tila —ofreció Darren.

—¡No!, por favor, no te muevas de aquí, no me dejes sola, te lo suplico.

Tomó mi rostro entre sus manos y me acarició con suavidad. Negó con la cabeza, muy convencido.

—Te aseguro que ninguna fuerza podría hacer que me apartara de ti, y tampoco de Darío, te prometo que pronto estaremos en casa, los tres.

—Necesito verlo —le supliqué, como si fuera él quien me lo impedía—. Estoy segura de que si lo veo, me quedará más tranquila.

Darren afirmó y se levantó, pese a mis quejas, entrando al pasillo que separaba el ala del hospital donde trataban a los pacientes de la sala de espera donde nos encontrábamos nosotros. Pasaron unos cinco o diez minutos, y no volvía. Ya iba a buscarlo cuando una enfermera se acercó a mí.

—¿Leire Fernández? —asentí, repentinamente pálida como la cera—, venga conmigo, la llevaré a ver a su hijo.

La miré atónita. Accedí de inmediato y la seguí por aquel pasillo sin hacer preguntas. A mitad de camino pude ver a Darren en el interior de un despacho firmando cientos de papeles que celadoras, enfermeras e incluso pacientes le ponían ante sus ojos. Levantó la cabeza de la mesa donde se había ubicado y sonrió ante un flash que iluminó la habitación. El murmullo que se oía en el despacho rivalizaba con el del resto del hospital en su totalidad.

Entonces lo entendí. A pesar de que Darren odiaba esa parte concreta de la fama y prefería pasar desapercibido, lo había usado para camelarse a una enfermera y que me dejara pasar a entrar a ver a nuestro hijo. Miró hacia afuera a través del cristal y se encogió de hombros con una sonrisa. Me llevé la mano al pecho y le susurré un «gracias» de todo corazón. Él negó con la cabeza y volvió a lo que estaba haciendo.

Estuve en la habitación donde tenían a los bebés. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando divisé a mi pequeño. Estaba plácidamente dormido, solo con sus

pañales, seguramente para que se refrescara. Le toqué la frente y me alivié al comprobar que no había rastro de fiebre.

Lo besé y acaricié durante unos minutos, hasta que la enfermera me indicó que debía salir, dándome antes la tranquilizadora noticia de que el niño estaba bien y que únicamente lo mantenían en observación por su temprana edad y para descartar que pudiera tratarse de otra cosa más seria.

Salí a la sala de espera nuevamente sintiéndome más reconfortada y tranquila. Darren me esperaba apoyado en la pared, se irguió cuando me vio salir.

—¿Qué tal está?

Solo pude ir hacia él y abrazarlo con todas mis fuerzas.

—Gracias —le dije simplemente—, lo que has hecho significa mucho.

—No ha sido nada —dijo, besándome el pelo—, ya te dije que haría cualquier cosa. ¿Lo has visto? ¿Está mejor?

—Ya no tiene fiebre, pero lo tendrán en observación al menos cuatro horas más para prevenir que pueda ser otra cosa, aunque es muy improbable.

Respiró hondo y asintió con una sonrisa. Me besó la frente otra vez y me llevó de la mano a las sillas, que crujieron cuando nos dejamos caer en ellas.

—Bien, ¿ves? Lo sabía. —Sus caricias tranquilizadoras me hicieron sentir aún más serena—. Supongo que pedirte que te vayas a casa a descansar mientras yo me quedo aquí no es una opción.

—No se te ocurra ni intentarlo —le advertí—. Me quedaré aquí hasta que pueda llevarme a Darío en brazos.

Darren afirmó con la cabeza, se quitó su chaqueta de cuero y la pasó por mis brazos. Me arrebujé en ella y crucé los brazos para que el aire acondicionado no penetrara hasta mi pecho. Nunca había entendido por qué algunos hospitales tenían unos pasillos tan fríos, ¿es que acaso querían ganarse pacientes entre las personas sanas que iban de visita?

Me rodeó con un brazo, y yo apoyé la cabeza en su hombro de forma natural. No habíamos tenido tiempo de hablar sobre lo ocurrido en la sierra, los acontecimientos habían pesado más, pero todo aquello estaba resultando revelador. Las muestras mutuas de afecto se nos escapaban de forma espontánea, las buscábamos y ofrecíamos para encontrar un poco de consuelo.

Pensé que si nos habíamos respaldado en algo tan preocupante como la salud de nuestro hijo, no habría nada para lo que no pudiéramos contar el uno con el otro.

—Envidio lo tranquilo que has estado... ojalá yo tuviera ese autocontrol —le dije.

—¿Tranquilo? Estaba aterrado, solo intentaba parecer calmado para que tú lo estuvieras —confesó con un resoplido—, no he pasado tanto miedo en mi vida. Ha sido, de lejos, la peor sensación que he experimentado jamás.

Le quise más que nunca en ese momento, sin más.

—¿En serio? —Lo miré—. Pues ni siquiera me di cuenta, parecías realmente sereno.

—Bueno, soy actor. —Sonrió con una malicia que le salía sola cuando estaba relajado—. Se supone que esa es mi especialidad, también puedo llorar de repente o incluso reírme como si estuviera loco.

Le respondí abrazándolo aún más fuerte.

—Gracias por estar aquí —susurré.

—No querría estar en ningún otro lugar. Intenta descansar un poco, ¿vale? Ha sido una tarde muy larga. Échate una siesta en mi hombro, te despertaré con lo que sea.

Asentí y cerré los ojos.

Casi cuatro horas más tarde, ya bien entrada la noche y después de darle a Darío el biberón en la salita del centro de salud, pudimos volver a casa con él en brazos. No se había despertado en todo el camino, porque pasarse la tarde llorando lo había agotado. Con cuidado, le puse el pijama y lo metimos en el porta bebés que usaría como improvisada cuna.

Me eché en la cama, con todo en total penumbra, mientras Darren dejaba las cosas en el salón. Se fumó un cigarro y pude oír el sonido de la ducha desde mi somnolencia. Un rato después, entró al dormitorio con el pelo húmedo. Me encontró mirando a Darío de forma hipnotizada.

—Estaba tan asustada —le dije con voz baja.

—Lo sé —se sentó a mi lado—, es normal, eres madre, y yo también lo he pasado fatal, tu hijo sufre y no puedes hacer nada más que dejarlo en otras manos.

—Tú hiciste más que eso, estuviste ahí. Podrías haber dicho que te ibas a casa a descansar o esconderte por si te reconocían o cualquier cosa, pero no, permaneciste a mi lado, reconfortándome, animándome...

Miró al niño y lo arropó con suma ternura, entonces, yo cogí su mano para lograr que me mirase. Mi punto de inflexión había tenido lugar en algún momento indeterminado de las últimas horas. No quería, ni podía, estar lejos de él, ya no. No pensaba perder más tiempo ni desaprovechar más oportunidades de estar juntos y ser felices.

—Darren, quiero que sepas que no voy a aceptar ese ascenso.

—¿Estás segura? —Me tocó el pelo, poniéndome un mechón tras la oreja—. Has luchado mucho por esa estabilidad.

—Lo sé..., pero tener la oportunidad de viajar y conocer el mundo tampoco está nada mal. —Esbocé una sonrisa—. Además, ¿quién quiere trabajar todos los días que me quedan hasta jubilarme cerca de Lorena?

—Leire, yo te apoyaré en lo que decidas. Si aceptar ese ascenso es lo que te hace feliz, encontraremos la manera de que funcione. Podremos hacerlo.

—Ya lo sé, y seguro que saldría bien. —Acaricié con los dedos la curva de su nariz, y luego la comisura de sus labios—. Pero la cosa es... que no quiero separarme de ti más que lo necesario, quedarme aquí atada a un trabajo y pasar semanas o quién sabe cuánto sin verte no es una opción. No lo acepto, está decidido.

Me dedicó una sonrisa tan grande, que incluso en plena oscuridad, pude verla. Tiró de mí y me besó ruidosamente, sujetándome las mejillas con sus cálidas manos. No sabía si me despedirían por no aceptar o si podría pedir excedencias para seguirlo, pero no importaba. Ya había empezado de cero una vez, sola, ahora que lo tenía a él sería aún más fácil, y si tenía que cambiar de lugar de trabajo, bueno... aún quedaba en mí algo de aquella chica aventurera.

—Leire..., quiero que sepas que voy a decirte esas dos palabras que siempre hemos tenido en medio. —Me miró, solemne—. Y voy a hacerlo ahora.

—Entonces yo también las diré. —Le sonreí—. Te quiero, Darren, desde hace mucho tiempo, y creo que para siempre.

—Yo también te quiero y me esforzaré para que sea eterno.

Nos abrazamos con ternura y, después, nos dejamos caer en la cama, abrazados, enamorados, juntos y felices. Fue así como, por fin, saltamos del ti vivo en el que habíamos estado meciéndonos, agarrados de la mano y con una sonrisa en los labios.

Después de casi una semana sin prácticamente pegar ojo, revisiones médicas varias y preocupación, el pequeño Darío ya estaba totalmente recuperado de su gripe. Empezaba a hacer vida normal, con sus comidas habituales y sus siestas inalterables. Esa tarde estuve jugando con él y prestándole máxima atención para que no se quedara dormido y cayera en cuanto se tomara el biberón de la cena. Darren y yo teníamos planes.

—Cariño, ¿qué haces? —me preguntó, entrando en la cocina y viéndome rodeada de toda clase de artículos comestibles.

—Preparo algo especial para cenar —le dije, sonriendo—, va a ser nuestra primera cena como novios.

Enarcó las cejas y se mordió el labio que amenazaba con curvarse en una sonrisa. Yo le dediqué una mirada de advertencia, echando un puñado de harina sobre la encimera de cocinar para que la masa no se pegara. Ya habíamos hablado de eso, y yo le había dejado claro que estar juntos no era solo añadir el sexo regular a nuestra vida.

—Leire..., hemos cenado juntos durante todas las noches desde hace mucho tiempo.

—Pero antes no éramos pareja. No me quites la ilusión. Me gustan las cosas románticas y me gusta cocinar de vez en cuando.

—A mí me gustas tú. —Me dio un beso seguido de una palmada en el trasero—. Haremos lo que quieras.

Sonreí satisfecha.

—Así me gusta, vete a cansar a Darío para que se duerma pronto y esta noche podamos ser un par de novios convencionales. —Empecé a remover la masa con fuerza, echando ingredientes y probándola para comprobar que estaba en su punto de dulzor—. Estará bien la normalidad, para variar.

Darren no acababa de comprenderme, pero no iba a darme un disgusto, se encogió de hombros y volvió al salón a jugar en la alfombra con el niño, que empezaba a hacer intentos de gatear. Habíamos ido comprando protectores para los enchufes y ya íbamos teniendo mucho cuidado de dónde dejábamos las cosas, porque era cuestión de tiempo que cogiera carrerilla y empezara a moverse por ahí con libertad.

Nuestra primera semana como pareja había sido como una luna de miel, besándonos y toqueteándonos durante todo el día, mirándonos como un par de adolescentes y riéndonos por tonterías. ¡Éramos tan felices! Parecía increíble después de lo mucho que nos había costado decidirnos, pero así era.

Cuando empezó a caer la tarde, yo aún estaba enfrascada en mi papel de repostera *amateur* y solo salí de la cocina para bañar a Darío, pero de su cena y de acostarlo se encargó Darren, que después no tardó en reunirse conmigo.

Mientras le daba vueltas a una salsa que me había quedado exquisita, gracias al cuaderno de recetas que me había copiado mi madre, sentí sus manos posarse en los bajos de mi espalda.

—Misión cumplida con éxito —me susurró, dándome besitos en el hombro.

—Sé bueno cinco minutos, ¿quieres? —le dije, sonriendo.

—He sido bueno durante toda la tarde, persiguiendo a cuatro patas a Darío, que no sé de dónde saca tanta energía. —Se rio cuando intentó meterme mano y yo le pegué con el trapo de cocina—. Cómo me pone verte remover.

Lancé una carcajada, tapando la salsa y dándome la vuelta para mirarlo. Había puesto su mejor cara de inocencia, pero a mí no me la colaba. Me lavé las manos y me sequé en el trapo mientras seguía mirándome como un perrillo a la espera de que le dieran una galleta, aunque en su casa la galleta incluyese muy poca ropa. Como fuera, iba a tener que esperar a después de la cena.

—Bueno, esto ya casi está, ahora solo tengo que arreglarme un poco.

—¿Para qué? Estás bien así, cómoda, en casa... Además, eres una mujer muy hermosa, no necesitas ningún adorno más.

Le sonreí y lo premié con un dulce beso en los labios. Después de todo... ¿qué daño podía hacer una galletita pequeña antes del plato principal? No podía resistirme.

—Quiero que todo sea perfecto, es un capricho que tengo.

Él suspiró, retirando de mala gana sus manos de mi cintura, y accedió a colaborar, así que se fue al dormitorio y cogió su ropa para ducharse mientras yo me arreglaba.

Mientras me ponía perfume y acababa de darme los últimos retoques, el timbre sonó. No esperábamos a nadie y me parecía muy raro recibir visitas a aquellas horas. Pensé que quizá algún vecino se había equivocado y lo dejé estar. Me calcé los zapatos y me eché el pelo sobre los hombros para ver el efecto que hacía, sonreí. El timbre volvió a sonar.

—No puede ser...

Taconeeé por el pasillo, agradeciendo la idea de haber puesto moqueta (salí tan deprisa que bien podría haber despertado a Darío con el escándalo), y abrí la puerta. Durante un momento, me quedé parada y muda, pero después estallé en risas. Allí, con una bonita camisa blanca y pantalón vaquero nuevecito, estaba Darren.

—Buenas noches, Leire —me dijo, sonriendo—, espero no haber llegado demasiado pronto... ¿Habíamos quedado a las nueve, verdad?

—Sí, justo a tiempo, adelante. —Estaba completamente loco, pero lo adoraba. Al final me había dado una cita de verdad, justo como yo quería.

Dejó su chaqueta en el perchero y después miró a su alrededor.

—Tienes una casa preciosa —comentó, como si fuera la primera vez que la veía—. Estás increíble, ¿crees que podría convencerte para ir directos al postre?

Sonreí y negué con la cabeza, él se encogió de hombros y me preguntó si podía sentarse, ¡caramba, que bien actuaba! Le di un corto beso y después le indiqué que pasara a la cocina para sentarnos a la mesa, donde yo lo había preparado todo con velas, vino y unos sencillos entrantes.

—Todo tiene una pinta estupenda.

—Bueno, hálame un poco de ti —decidí seguir el divertido juego para hacer la velada más especial.

—Pues... ahora mismo no estoy trabajando y vivo de arrimado en casa de mi novia, que se pasa el día entero metida en una oficina.

Me eché a reír.

—Pero no te creas, recojo las habitaciones, ordeno la casa... lo hago prácticamente todo, salvo pasar la aspiradora, que lo odio.

—Así que tienes novia...

—Sí, pero como te he dicho, se pasa el día trabajando —Darren dio un sorbo a su vino y luego me guiñó el ojo—, así que espero ponerle los cuernos contigo en todas las posturas conocidas por el hombre.

Me reí a carcajadas, y él acabó contagiándose mientras se encogía de hombros. Tenía que haberle preparado un guion más romántico.

Después del plato principal, que había consistido en pollo al horno con salsa de verduras y patatas aliñadas, decidimos poner un poco de música.

—¿Quieres bailar? —me dijo Darren.

—¿Bailar? Creí que no sabías.

Él me cogió de la mano, situándonos en el salón, mientras sonreía.

—Y no sé, pero no va a vernos nadie. —Me cogió la mano, y yo coloqué la otra en su hombro—. Seguro que no puede ser tan difícil.

Nos limitamos a abrazarnos y besarnos constantemente al ritmo de una música que no oíamos con claridad, pues para no despertar a Darío, el volumen estaba muy bajo. Entonces, cuando el ambiente había alcanzado por fin el clímax de romanticismo que yo tanto había querido, me solté de sus brazos y salí corriendo.

—¿Te he pisado? ¡Lo siento, te advertí que no sabía bailar! —se excusó.

—No es eso, es que tengo que sacar el postre.

Se trataba de una hermosa tarta de crema que, en teoría, debía haber estado dura y lista para comer, pero como no había tenido la precaución de hacerla el día antes, no había terminado de cuajar ni había mantenido la posición erguida que debiera. Me sentí muy desilusionada al mirarla y no pude ocultarlo. Deseaba tanto que todo saliera bien, que hasta el último detalle fuera exquisito...

—Cariño, mírame. —Darren me había seguido y observado la escena—. No tiene importancia.

—Claro que la tiene, y yo quería que todo fuera perfecto esta noche. —Me senté en el sofá, desanimada—. Es nuestra primera cena como pareja...

—Escúchame, no lo has comprendido, podríamos haber cenado pizza estando en pijama en este mismo sofá, y habría resultado igualmente perfecto, ¿sabes por qué? Porque estamos juntos.

Lo miré con los ojos brillantes.

—¿Recuerdas en la sierra? —me preguntó—, ¿la cena china comprada? Esa resultó la mejor noche de mi vida, solamente porque la compartí contigo.

Le sonreí, abrazándolo y sintiéndome muy afortunada, y luego me quedé recostada en su pecho, hasta que de pronto se levantó, entró a la cocina y volvió con la tarta en sus manos.

—¿Qué haces? —dije extrañada.

—Vamos a comernos este delicioso pastel enterito tú y yo. —Lo puso en el centro de la mesa—. Puede que no sea como el de la foto, pero huele muy bien.

Se sentó a mi lado mientras pasaba el dedo por la crema y luego lo saboreaba.

—¡Uummm, está buenísimo!

—Claro que no, todavía no ha terminado de cuajar la crema de dentro y...

No pude terminar la frase porque sentí como algo frío se deslizaba por mi cuello. Darren tenía en los dedos restos de la crema con la que me había manchado. Y su expresión no podía ser menos confiable. Tragué saliva. Me dedicó una sonrisa fugaz, acercándose, sentí sus labios y lengua recorrer mi cuello, limpiándolo de restos de tarta.

Lo miré a los ojos; vi en ellos pasión, amor, deseo. Toda yo me estremecí por dentro, olvidado ya el berrinche por no haber alcanzado una perfección que ni quería ni necesitaba. Darren me besó, dejándome saborear los restos de la cobertura del pastel, después, cogió más y la sembró por mi garganta y escote, besando ambas zonas inmediatamente después, provocando que yo cerrase los ojos mientras notaba como, poco a poco, me tumbaba en el sofá.

—Esto es lo que va a pasar —me dijo—. Voy a comerte entera, de la cabeza a los pies. Y tú me lo agradecerás.

Repitió el juego de la crema dos o tres veces más, tomándola en sus dedos y tentándome con ella en la comisura de los labios, el nacimiento de los pechos o los lóbulos de las orejas. Atrapé sus dedos dulces y me los llevé a la boca, viendo en sus ojos encenderse las llamas de la pasión. Dejé que me bajara la cremallera del vestido y yo lo ayudé a abrirse la camisa.

El resto del pastel se derritió casi por completo sobre la bandeja en que lo había hecho mientras el salón se llenaba de la ropa que nos íbamos quitando el uno al otro. Hicimos el amor con un poco de prisa, compensada con los intensos preliminares. Nos saciamos de dulce y de amor, en un abrazo tan íntimo como pegajoso que hizo que, al final, nuestra noche fuera más que perfecta para los dos.

Un par de horas más tarde, Darren recogía el salón tras haber salido del baño, y yo ocupaba su lugar, dándome una ducha bien fresquita para quitarme la sensación de delicioso pringue que sentía por todo el cuerpo. Dieron las dos de la madrugada cuando me reuní con él, llevaba el pelo atado en una trenza y un pijama de dos piezas largo con ovejitas pintadas. En cuanto me vio, bajó el libro que estaba leyendo y no pudo evitar sonreír, levantando las cejas con mordacidad.

—Vaya, vaya... parece una niña dulce, tierna e inocente. —Apartó la colcha de mi lado para hacerme sitio.

—Soy dulce, tierna e inocente. —Me subí a la cama.

—¿Debo recordarte el episodio de hace unos minutos? —preguntó—. ¿Tu conversión en la fogosa repostera sexi?

—En eso me has convertido tú —le recriminé—, en una... mujer ligera de cascos que no respeta el sagrado arte de la cocina.

—Me atribuyo todo el mérito —dijo entre risas.

Le saqué la lengua mientras él seguía riéndose, como si fuéramos dos niños. Bostecé, y él lo tomó como una señal, marcó la página del libro y lo dejó sobre la mesilla de noche que estaba a su lado, apagando la lamparita.

—¿Sabes? —habló mientras se enredaba entre mis brazos y cerraba los ojos—, deberías hacer dulces más a menudo, dan mucho juego.

Sonreí y le acaricié la cabeza, aquel hombre no tenía remedio, pero yo no lo querría de ninguna otra forma.

Terminé de darle su papilla a Darío mientras miraba de reojo a Darren, que permanecía en el salón, colgado del teléfono y caminando de un lado a otro, afirmando y negando a cada rato a lo que quiera que dijese su interlocutor. Parecía tenso, lo sabía porque se toqueteaba el pelo y el puente de la nariz de forma compulsiva.

Limpíe la cara del niño y lo dejé en su parque para que jugase y siguiera intentando ponerse de pie. Sonreí ante sus intentos, algún día nos daría la sorpresa y se sostendría sobre sus temblorosas piernas. Todavía le quedaba para dar sus primeros pasos, pero ya apuntaba maneras.

—Cariño, ¿puedes venir un momento, por favor?

Darren había cortado su conferencia y aguardaba sentado en el brazo del sofá. Tiré del parque de Darío para acercarlo por el pasillo, y así verlo desde la salita, y luego presté atención a Darren. Su gesto era serio y solo lo relajó durante unos segundos, cuando su hijo balbuceó en su dirección. Aquello me preocupó, ¿qué podría haber pasado, ahora que todo iba tan bien?

—Tenemos que hablar

—La frase mágica cuando estás en pareja.

—No te preocupes, no es nada que tenga que ver con nosotros. —Me cogió la mano y jugueteó con ella—. Me ha llamado mi agente, habíamos quedado en que me avisaría un tiempo antes del comienzo de los ensayos de la nueva obra.

—Entonces debe estar a punto de empezar.

—El estreno es en Barcelona, tengo que estar allí dentro de quince días.

Lo miré durante unos minutos, procesando. Eso significaba el principio de los viajes por trabajo. Era de lo que tanto habíamos hablado... y si bien esta vez no se iba demasiado lejos, era solo el principio, las cosas empezaban a cambiar.

De momento, íbamos a estar relativamente cerca, así que tendríamos los fines de semana y días libres para estar juntos... ¿pero y el resto? Ahora que estábamos habituados a vivir juntos, Darren se iría a sus ensayos, y yo tendría que quedarme en el Gabinete, atada a un trabajo cuyo ascenso había rechazado precisamente para no estar lejos de él, pero ¿renunciar a mi trabajo? ¿Seguirlo sin tener claro lo que iba a ser de mí? ¿Depender de él?

—Por tu silencio, supongo que estás dándole vueltas a la situación —dijo, sonriendo con tristeza—. Está previsto que la obra esté en los teatros catalanes unos dos meses... y según la aceptación, cabe la posibilidad de una gira.

—Una gira... —Lo miré, intentando seguirle el ritmo, él asintió—. Por otras ciudades, imagino.

—Sí... a veces las funciones son diarias, y otras, cada dos días... En cualquier caso, no tendría tiempo material de... actuar, venir con vosotros y volverme para la siguiente representación.

Y eso significaba semanas sin vernos... meses quizá. ¿Acaso no había decidido ya dejar atrás la posibilidad de establecerme perpetuamente y probar suerte por mi cuenta en otros sitios? Había sido muy valiente en ese momento, ahora tenía que demostrar que no me echaba atrás. Respiré hondo y no pensé antes de responder.

—Me voy contigo.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio? ¿Venís? —No pudo disimular su alegría, los ojos le brillaron.

—Me encanta mi trabajo, Darren, lo sabes, pero no quiero privar a Darío de estar contigo, no sería justo separaros ahora, y... yo tampoco quiero volver a pasar por eso otra vez, no creo que pueda soportarlo.

Él solamente me abrazó con fuerza, no sabiendo qué decir ante aquello. Cogí aire, diciéndome que todo iría bien. No iba a dejar que él me mantuviera ni se encargara de todo por mucho que su estilo de vida y estabilidad económica lo facilitara. Una cosa era seguirlo por nuestra familia, otra, perder mi independencia. Fijaría los límites y buscaría opciones para mí, no podía permitir que perdiéramos nuestro norte individual, o nunca lo lograríamos como pareja.

—Para empezar, puedo pedir las vacaciones que me deben. El año pasado no cogí ni siquiera las de Navidad, y eso que venían estipuladas en el contrato. —Me encogí de hombros—. Más adelante veremos qué opciones tengo antes de cerrarme esa puerta.

Darren asintió. Era un buen plan. Agotaría ese cartucho hasta que tuviera algo seguro a que aferrarme. El nudo de preocupación que sentí en el estómago se aflojó un poco.

—¿No tuviste vacaciones? —Me miró con los ojos muy abiertos—. Conozco mucha gente que adora su trabajo, pero tú estás casada con él.

—Bueno, pues ahora actuaré como si estuviera casada contigo, ¿qué te parece? —Esbocé una sonrisa.

—Me parece que no te arrepentirás. ¿Te viene bien que salgamos en un par de días? ¿A principios de la semana que viene?

—¿Tan pronto? Creí que habías dicho que no empezabas hasta dentro de quince días.

—Quiero ir primero a pasar unos días con mi madre, quiero que conozca a Darío, está deseando verlo, y a ti, por supuesto. —Temí que me negara, lo supe por su mirada preocupada—. No puedo seguir posponiéndolo, es su nieto... no está bien.

En un primer momento, no dije nada. Sabía que aquel día llegaría y me había preparado para ello. Mis padres habían disfrutado de Darío desde su nacimiento, pero su otra abuela ni siquiera lo había visto. Me puse en su lugar y recordé lo mucho que le había costado a Darren superar el haberse perdido tantas cosas. No podía hacerle eso, conscientemente, a otra persona.

No obstante, cuando las maletas estuvieron abiertas sobre la cama y el piso prácticamente desvalijado, empecé a tener dudas.

—¿Qué le has contado de mí? —pregunté a Darren, que estaba más que animado. No solo volvía al trabajo, sino que nos íbamos con él. Todo eso sumado al *plus* de la visita a su madre lo tenía prácticamente saltando en una pierna.

—¿A mi madre?

Asentí, metiendo el maquillaje en el neceser de viaje con manos temblorosas, ¿se habría tomado muy mal aquella mujer lo que había ocurrido entre su hijo y yo? ¿Me culpaba por no haberlo encontrado cuando me quedé embarazada?

—Que eres una mujer increíble, cariñosa, atenta, una gran profesional, encantadora, hermosa y lo suficientemente poco inteligente como para estar enamorada de mí.

—Sigo pensando que tal vez sería mejor que Darío y tú os adelantaseis... Ella quiere conocer a su nieto y pasar tiempo con su hijo, no quiero interferir.

—Vamos, cariño, no estés asustada, mi madre es un cielo, estoy segura de que os llevaréis muy bien. —Me dio un beso balsámico en los labios y sonrió—. Me salvaste de mí mismo, aún tiene pendiente volver a agradecértelo.

—¿Y si no me considera la mujer adecuada para ti? —pregunté—, una cosa es lo que hiciera por mi trabajo, pero otra es tener una vida, una familia...

—Eres la mujer adecuada para mí —me cortó. Después lanzó una mirada cargada de picaresca—. Mientras me planches las camisas, no habrá problemas.

Le tiré un jersey, haciendo que estallase en risas. Era la primera vez que viajaba en familia, y la ilusión se le escapaba por los cuatro costados. Parecía un niño en la mañana de Reyes. Cuando cayó la noche, y miramos a nuestro alrededor, solo vimos el que había sido nuestro hogar reducido a cajas y maletas.

Sentí un gran vacío en mi interior. Una gran congoja por despedirme de algo que había levantado con mis propias manos, entre sudor y llanto.

—Debía trabajar horas extra, fines de semana incluidos, para poder pagar el alquiler —comenté mientras recorría el salón—, la luz del otro dormitorio nunca funcionó y la cama chirriaba, pero era mi casa... toda mía, cada bombilla, cada plato, cada cortina, todo entró por esa puerta por mi esfuerzo.

Darren me abrazó comprensivamente, valorando el gran sacrificio que hacía por él; no me pesaba, y estaba feliz de poder acompañarlo, pero sentía tristeza y

nostalgia. Había sido muy feliz en ese lugar. Ahí había llegado con mi hijo recién nacido y había mirado su carita, llena de ilusiones y sueños. Los recuerdos no podían empaquetarse para llevarlos conmigo. Dolía decirles adiós.

—No lo pongas a la venta —susurró Darren—, no necesitas venderlo, cierra y quédatelo, cuando vengamos, podremos quedarnos aquí. Siempre será tuyo, y donde sea que estemos, sabrás que lo tienes y que no pertenece a nadie más.

Hundí la cara en su pecho, aspirando el aroma de su perfume, que siempre lograba reconfortarme, mientras él me pasaba las manos por la espalda.

—No quiero que te deshagas de él, es tuyo. Verás que todo irá mejor, quizá puedas incluso trabajar los meses que estemos en Barcelona, antes de la gira. —Su mano grande me acarició el pelo, recorriéndome el contorno de la oreja—. Lo que más necesitamos cuando empezamos las representaciones es a alguien capaz de analizarnos la mente. —Sonreí—. Te apoyaré en todo lo que necesites y jamás olvidaré todo lo que has hecho por mí, no viviré lo suficiente para agradecértelo.

Alcé la vista hasta encontrarme directamente con sus ojos y después, lo besé profundamente, llegando a una importante conclusión.

—Mi hogar será aquel sitio donde estéis Darío y tú, ya esté aquí, en Los Ángeles o en China, mientras estemos juntos, no importará dónde.

—Mi hogar eres tú —dijo él con simpleza—. No olvidaré el camino.

Seguí el consejo de Darren, guardé las llaves en mi maleta y decidí que no dejaría en otras manos la que, por unos meses, había sido nuestra primera casa de familia. Poder acariciar el llavero y tener las escrituras en mi carpeta de documentos importantes, junto con el certificado de nacimiento de Darío y el de reconocimiento de paternidad que había firmado Darren, me hicieron sentir mucho más segura. Siempre tendría un lugar al que volver.

El sábado a primera hora de la mañana íbamos camino al aeropuerto en el coche de Darren, con las maletas a cuestas.

Habíamos decidido llevar solo lo imprescindible. Muebles, vajillas y cuna se quedaron en el piso, ya que eran bienes perfectamente reemplazables. No así, por ejemplo, los juguetes de Darío, que fueron embalados en su totalidad.

Llegamos al aeropuerto y facturamos las maletas, manteniendo solo un bolso de mano con las cosas necesarias del niño. Nos dieron los billetes, nos desearon un buen vuelo y embarcamos. Tardamos unos veinte minutos en reunirnos con Darren, que había estado atendiendo a sus admiradoras con una sonrisa cariñosa en la cara, la promoción previa a la obra había empezado, me explicó, y nos encontraríamos con escenas como aquella a menudo. Después subimos al avión y nos abrochamos los cinturones.

Darío dormía pacíficamente en su sillita, atada al asiento del avión mediante potentes amarres de seguridad. Sentí la mano de Darren agarrar la mía con fuerza mientras me sonreía y apoyaba su cabeza en mi hombro.

—Te quiero —me dijo sin soltarme—, y si me duermo, no te enfades... los aviones actúan sobre mí como una droga.

—Yo también te quiero, cariño. —Le besé la cabeza, riendo.

Los motores se pusieron en marcha y una amable y rubia azafata nos explicó qué debíamos hacer en caso de accidente o emergencia. Nos ofrecieron algo de picar y bebidas de toda clase que yo decliné, demasiado metida en mis propios pensamientos como para poder comer nada. En apenas tres días, mi vida había dado un giro de 180 grados.

Iba a cambiar mi residencia, iba a comportarme a todos los efectos y con todas las personas como la pareja de Darren, iba a conocer a mi suegra, a plantearme renunciar a mi trabajo y empezar a buscar otro, abrirme a nuevas posibilidades de todo tipo. Suspiré, ¿sentía más miedo o emoción?

Fuera como fuese, nunca me arrepentía de las cosas que hacía tanto como de las que dejaba en el camino, así que me arrellané en el asiento y me dispuse a disfrutar del viaje mientras mis dos acompañantes masculinos dormitaban a mis flancos. Sonreí, presintiendo que todo iba a ir bien.

—Empieza la aventura, Leire, más vale que no te sueltes el cinturón.

Después de bajar del avión en el aeropuerto, Darío y yo esperábamos en el coche a que Darren se reuniera con nosotros. Atendió admiradores durante diez o quince minutos, y después nos pusimos en marcha. Condujo con la radio puesta, muy animado por las calles que nos guiaban hasta la residencia de su madre, a las afueras de la ciudad, mientras yo me sentía cada vez más nerviosa.

Me había contado que sus padres se habían separado hacía muchos años, y ahora su madre había rehecho su vida con otro hombre, con el que estaba casada. Darren tenía muy buena relación con su padrastro, incluso mejor que con su padre, al que no trataba demasiado. Por lo visto, el hombre se había marchado de las vidas de sus hijos al divorciarse de su esposa.

—Mi madre va a volverse loca cuando conozca a Darío —me dijo, sonriendo—. Le encanta ser abuela y llevaba años dándome prisa para que le diera un nieto. Solo por haberlo dado a luz te adoraré.

Aquello me hizo sonreír, bueno, al menos podía camelármela con el niño. Solo esperaba que no pensara mal de mí, que no sintiera que era una caza fortunas o algo por el estilo y que comprendiera por qué las cosas entre nosotros habían sucedido así.

El coche quedó parado en la gravilla frente a una gran casa de color blanco y enormes ventanales. Tenía los marcos de las ventanas pintados de un azul eléctrico que armonizaba muy bien con la madera oscura de la puerta y los barrotos del balcón. Salí con Darío en brazos, observando todo con curiosidad. Era una zona residencial muy tranquila, con casitas adosadas a los lados, jardines y vallas blancas.

—Deja las cosas ahí, luego las bajaremos —me indicó Darren, que se había puesto las gafas de sol en el pelo a modo de diadema.

La puerta de la casa se abrió y, por ella, asomó una señora de pelo corto y blanco que llevaba unas oscuras gafas a juego con su moderna vestimenta. Nos miró durante un momento y al instante, se acercó con los brazos abiertos.

—¡¡Darren!! —chilló.

Madre e hijo se fundieron en un emotivo y profundo abrazo que parecía no tener fin. Deduje que hacía mucho tiempo que no se reunían.

—¡Oh, cariño, por fin has venido! Hacía meses que no te veía, ¿cómo estás? ¿Qué tal el vuelo? ¡Oh, Darren, te he echado tantísimo de menos! —Le besó las dos mejillas con devoción, marcándole la cara con pintalabios—. No quería estar tan alejada de ti, especialmente después de lo que ha pasado... ¡Pero es que no vienes nunca!

—Ya, mamá... Estoy bien, tranquila. —Él sonreía y la besaba repetidamente, pero entonces la mujer cambió su expresión por una más dura y lo miró con recriminación.

—Podrías haberte vestido mejor para venir a ver a tu madre. —Lo miró de arriba abajo, con desaprobación—. ¿Aún tienes esas condenadas botas? ¡Hijo, por el amor de Dios, son más viejas que tú!

—Mamá, no empieces a desfundar contra mis botas, por favor, ya sabes que son muy especiales.

Sonreí porque me sabía aquella historia. Darren le tenía mucho cariño a unas botas del ejército que le había regalado su abuelo la primera vez que se había mudado de casa para empezar a hacer funciones de teatro. En su primera prueba oficial, las llevaba puestas, y también cuando consiguió el papel protagonista en *Otelo*. Decía que le traían suerte y que las usaría siempre para ocasiones especiales.

Su madre iba a replicar, pero entonces alzó la vista hacia mí y Darío.

—¡Siempre supe que entre vosotros había algo! ¡Estoy tan contenta de conocerte, por fin mi hijo ha sentado cabeza gracias a ti! —Y vino hacia mí como un vendaval, dejándome paralizada en el sitio.

Me dio dos besos y luego cogió en brazos a Darío, al que besó y abrazó con lágrimas en los ojos, negándose a soltarlo. Preguntó en menos de dos minutos todo lo que una abuela debería saber de su nieto, qué podía comer ya, qué tipo de juguetes le gustaban, si ya intentaba ponerse de pie, si había pronunciado su primera palabra. El pequeño miraba a aquella mujer con curiosidad, pero no lloró en sus brazos ni mientras era apretujado por ella. La llamada de la sangre mediaba entre ambos.

—Pero, por favor, pasad, pasad dentro —nos dijo amablemente—. Darren, no fumes dentro de casa.

Pasamos al recibidor y nos acomodamos en el sofá mientras él dejaba las maletas en la entrada. En la mesita de centro estaba dispuesta una cafetera, tazas, el azucarero y un platito cubierto por un paño que Darren se apresuró a retirar. Debajo había galletas que tenían toda la pinta de ser caseras.

—Sabía que las haría. —Sonrió, cogiendo una.

Agatha Palmer nos explicó que su esposo, el padrastro de Darren, estaría fuera durante esos días, de viaje, atendiendo su negocio de venta de piezas originales para vehículos de colección. Darren lo sintió mucho. Me había hablado en muchas ocasiones de Scott, el marido de su madre, y tenía sinceras ganas de verlo.

—Tranquilo, hijo, le daré recuerdos de tu parte, o siempre puede llamar y ya lo saludarás. ¡Oh, pero mira este bebé, es igualito a Darren cuando era pequeño! —exclamó—, menos por la forma de los ojos, eso debe ser tuyo, querida.

—Tienen la misma expresión cuando duermen. Y la forma de sus labios.

—¡Es cierto, son sus labios, no hay duda! Pero también tiene tu semblante y espero que tu carácter, hija, de verdad que lo espero. —Miró a su hijo como solo podía hacer una madre—. Mis canas nacieron antes de tiempo por culpa de eso.

Ambas nos reímos al unísono. Habíamos congeniado. Mi preocupación se esfumó durante la segunda galleta con canela que Agatha había preparado. Me dijo que eran una receta de su madre y que cuando se casó con el padre de Darren, aprendió a hacerlas porque siempre le había gustado la idea de poder alimentar a sus hijos con algo hecho por ella. Era una mujer encantadora, llena de vida y muy vivaracha. Afirmaba que en su juventud había sido terrible, pero que ahora se había sosegado.

—Cariño, voy a dejar las cosas de Darío en el dormitorio —me dijo Darren cuando se terminó el café, yo le respondí con una sonrisa.

—Si no lo veo, no lo creo —exclamó su madre cuando estuvimos solas—, lo tienes bien domado.

—No, créame, dudo que eso sea posible. Yo solo... lo quiero, mucho. —Me sonrojé—. Intento que sea feliz.

—Puedo verlo, hija. —Sonrió, cogiéndome la mano—. Te aseguro que nunca lo había visto tan centrado y contento como ahora. Y te lo agradezco personalmente.

Nos reunimos en la cocina para cenar todos juntos. Con las emociones del día, las horas se nos habían ido prácticamente volando. La aventura estaba resultando mucho más fácil y agradable de lo que yo podría haber pensado en un principio, y me alegraba mucho. Ahora yo también formaba parte de la familia de Darren, y era muy importante que Darío y yo congeniáramos con las personas de su sangre.

—Ayer estuvo aquí Cristina, con Amber. —Agatha me sonrió, tocándome el brazo—. Es mi otra hija, y mi nieta, Leire.

—¡Oh, no! —Darren se disgustó—. ¿Es que no voy a poder ver a nadie más?

—Se pondrá muy triste cuando sepa que tú has venido hoy, esa niña te adora, eres su tío preferido.

—La llamaré luego para saludarla —decidió—, quiero que sepa que tiene un primo.

—Le encantará —coincidió Agatha—. Bien, voy a recoger estos cacharros, no, no... Mañana os tocará a vosotros, pero es vuestro primer día y sois mis invitados, así que esta noche me ocupo yo. —Nos sonrió—. Que descanséis.

Le dejamos a Darío para que le diera unos buenos besos de abuela y después Darren y yo salimos de la cocina para irnos al dormitorio. Estaba agotada, no había podido descansar en el avión por los nervios de conocer a Agatha, y ahora todo ese cansancio me estaba pasando factura.

—Parece que os lleváis bien, te dije que ibas a gustarle, ¿a quién no le gustarías? —Sonrió Darren.

—Es una mujer encantadora, tienes mucho de ella —le respondí. Asintió, y pude ver que lo hacía orgulloso. No había hablado mucho de ello, pero supuse que, habiendo crecido sin figura paterna, estaba muy unido a su madre—. Te adora.

—Es mutuo. —Me guiñó un ojo—. Es la otra mujer de mi vida.

Dejé la maleta sobre la cama unipersonal del cuartito de invitados. El parque donde dormiría Darío ya estaba montado y solo me quedaba una cosa por hacer antes de dormir. Estaba segura de que por mucho que preparara el terreno, iba a sonar igual de mal, de modo que decidí darle prisa al mal paso y soltarlo directamente.

—Darren, quiero comentarte una cosa. —A estas alturas, sus manos estaban ya en mi cintura y su boca en mi cuello. Pensar con claridad fue tachado de mi lista. Iba a tener que improvisar—. Mientras estemos aquí... en casa de tu madre y tu padrastro, pues... creo que debemos... que no debemos...

Me miró a los ojos durante un segundo antes de besarme en los labios repetidas veces. Echó un ojo a Darío, que ya se adormecía bajo su mantita, y dio unos pasos, conmigo apresada entre sus brazos, hasta la cama.

—Mantente con los pantalones puestos —susurré.

—Umm, eso dificultará un poco lo que tengo pensado hacerte —me ronroneó en la oreja.

—Abstinencia sexual, Darren —solté finalmente. Funcionó como un jarro de agua fría. Las caricias cesaron y su mirada oscura se posó en mí como si estuviera loca. No iba a echarme atrás, lo había pensado mucho y me parecía lo más moral. Nuestro historial estaba plagado de deslices, y no quería cometer ninguno cuando estaba cimentando mi relación con Agatha. Era importante para mí, y él tendría que entenderlo, no le quedaba más remedio.

—¿Va en serio?

—Estamos en casa de tu madre, que, además... es muy católica, tú mismo me lo dijiste. No podría hacerlo, me... sentiría incómoda.

—Se divorció y se volvió a casar, mi madre es católica en mayor o menor medida según sus intereses —trataba de convencerme, pero por una vez, no sería yo quien perdiera la batalla—, Leire... somos una pareja... hace muy poco que hemos retomado el sexo en nuestra relación, ¿cómo vamos a volver a quitarlo ahora?

Lo miré enarcando la ceja. Hombres... se quedaban solo en la superficie de las cosas.

—Pienso que deberías dormir en el otro dormitorio, estaremos más cómodos, porque, por si no lo has notado, las camas son solo para una persona... y así evitamos tentaciones.

—No quiero dormir en otra cama. Cariño, por favor, sé razonable, ¿um? no puedes hacerme eso, ni a ti. No quieres hacerlo realmente.

—Darren, te quiero, mucho, pero también respeto esta casa y a tu madre, que se ha portado muy bien conmigo.

—Mi madre no va a escandalizarse, adora a su nieto, ¿crees que no sabe cómo te quedaste embarazada?

—Está decidido. —Me puso cara de lástima, pero no dejé que eso me apartara de mis convicciones—. Solo será una semana, no es para tanto.

Lo aparté un poco y retiré el edredón, apilando las dos almohadas que tenía en la cama y abriendo las sábanas para dejarla preparada. Darren había fruncido el ceño y no parecía nada conforme con la situación. Seguía mirándome como si no supiera lo que estaba haciendo.

—Muy bien —se rindió al final—, tortúrame de esta manera, pero quiero que sepas algo, si por mantenerme a pan y agua me vuelvo un antipático, y cuando vaya a los ensayos, insulto al director, y este me despide cerrándome las puertas de todos los teatros del país, ocasionando que tengamos que vivir bajo un puente estando completamente arruinados, será solo culpa tuya.

Salió del dormitorio pretendiendo parecer sublimemente enfadado y tropezó con su madre a mitad del pasillo. Salí a hurtadillas y asomé la cabeza por la puerta, Agatha le traía unas sábanas limpias dobladas y se las estaba entregando entre las protestas de Darren.

—Voy a dormir con mi mujer —se empecinó, aunque cogió las sábanas.

—Por favor, no seas cabezón, no cabréis en esa cama tan pequeña, de haberlo sabido con tiempo, habría puesto una de matrimonio. Estarás muy cómodo en el otro dormitorio, sabes que tengo uno para cada uno de tus hermanos.

A regañadientes, la siguió hasta la otra habitación, que estaba justo frente a la mía y poblada de fotos, recortes de revistas y diversos recuerdos relacionados con su trabajo

—Genial... Además de solo, voy a dormir en un mausoleo.

—Soy tu madre, ¿qué esperabas? —Se encogió de hombros—. Guardo todas las cosas que tienen que ver contigo. —Le sonrió y lo besó con amor—. Que descanses, cariño, seguro que caes como un bendito después de tanto avión. Y relaja esas cejas o te saldrán arrugas.

Darren se sacó las botas sin desabrocharlas y se quitó la camisa y los pantalones. Después de echarse sobre su vieja cama de adolescente, que chirriaba, se puso el brazo sobre los ojos y apagó la luz.

Tapándome la boca para no reírme de la pobre situación en la que yo misma lo había puesto, deshice mi camino, de puntillas, esperando que Agatha no me hubiera pescado espíandolos. Volví a mi habitación y arrojé a Darío.

Yo también sentía la soledad de la cama vacía, pero dormiría con la conciencia más tranquila de ese modo, aunque recordando los besos y caricias de Darren, no estaba segura de que mi propósito fuera a aguantar durante toda la semana.

—Buenos días, cariño, ¿cómo has dormido?

Darren me devolvió una mirada malhumorada poco disimulada. El flequillo cobrizo le caía sobre los ojos y arrastraba un poco los pies. Fue directo a la cafetera, así que deduje que no debía haber dormido demasiado, aunque ya era bien entrada la mañana.

—Solo —respondió con aspereza.

Se sentó a mi lado con una gran taza de café y se sirvió leche, le sonreí con ternura, intentando aplacarlo, pero no me hizo caso. Unté una tostada con mermelada, mirándolo atentamente. Por fin se decidió a hacerme un poco de caso.

—He soñado que los personajes que he interpretado me perseguían, me he pasado toda la noche huyendo de mí mismo —bufó, tomándose el café sin soplarlo—, ha sido horrible.

—Para mí ha sido una noche muy placentera.

—Habrías tenido una noche más que placentera si me hubieses dejado estar en tu cama.

Abrí la boca dispuesta a replicarle justo en el momento en que su madre hacía su aparición en la cocina con Darío. Agatha parecía veinte años más joven cada vez que tenía a su nieto en brazos. Lo estaba mecendo, haciendo ruidos con la boca que hacían al niño sonreír a mandíbula abierta. Me gustaba mucho verlos juntos.

—Ya se ha tomado todo el biberón, es un hombrecito muy despierto.

Darren se giró y estiró los brazos, pero su madre no se dio por aludida.

—Quiero cogerlo —expresó por si no había quedado claro—, es mi hijo, dámelo.

—¡De eso nada, lo tengo yo! —Agatha lo miró como si acabara de suspender un examen de matemáticas—, y no creas que vas a desahogar tu mal humor comportándote así. Si actúas como un niño, es que no tienes madurez, y yo no dejo a mi nieto en brazos inmaduros.

—Mamá, es mi hijo y quiero darle los buenos días. —Puso los ojos en blanco—. Ya no estoy de mal humor, anda, trae.

Al final, Agatha entregó a Darren el bebé, que le sonrió, y lo acunó durante el resto del desayuno. La mujer lo estudió un buen rato, con mirada fiera. Darren se encogió de hombros y se fue a la encimera con Darío, abrió un armario y le dio una galleta.

Mi suegra y yo aprovechamos el momento para charlar un poco. Ella tenía mucha curiosidad sobre los aspectos de mi trabajo, las terapias y tratamiento que solía usar con los pacientes, y cuáles eran los casos que más me habían impactado.

—¿Así que estás de vacaciones? —se interesó cuando sacié sus dudas—. ¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé, señora Palmer, como no las cogí el año pasado, me deben bastantes, y bueno, como tenerlas es un derecho de los empleados, pensé que podría aprovechar ahora y así poder viajar con Darren.

—Me parece muy buena idea, querida, y ¿cómo que señora Palmer? ¿Qué es eso? Llámame Agatha —me sonrió—, así me siento más joven.

Darren acabó con buena parte de las galletas de su madre mientras Darío seguía chupando la primera que le había dado, reblandeciéndola hasta que los trocitos se le iban quedando pegados en el babero. Su padre se rió y lo dejó en la trona mientras iba a la nevera para coger la botella de zumo.

—¡No bebas directamente del envase! —replicó Agatha. Me tapé la boca con la mano, pero la carcajada escapó de todas maneras.

Él nos miró con mezcla de asombro y malestar.

—¡Iba a coger un vaso! —se defendió—, mamá, ya no soy un niño pequeño. —Ella se limitó a ignorarlo—. Y tú —esta vez iba por mí—, tú y yo ya hablaremos luego.

Cogió a Darío en brazos y salió de la cocina con porte ofendido.

—¿Qué le pasa? Es un comportamiento demasiado antipático incluso para él. —Agatha recogió las galletas y guardó el zumo otra vez—. Me recuerda a cuando tenía quince años. Se volvió insoportable.

—No sé qué será. Habrá tenido una mala noche.

—Si yo fuera tú, cerraría la puerta con llave.

Ambas nos echamos a reír.

Un poco pasadas de las cuatro de la tarde, Agatha y yo estábamos acomodadas en el sofá grande del salón viendo cientos de álbumes de fotos antiguos, acompañadas de sendas tazas de té. Parecíamos sacadas de una serie americana, incluso el decorado del sillón, un tapizado de flores con cojines hechos a mano, daría el pego. El reloj de pared que teníamos enfrente hacía resonar el péndulo cansinamente, pero estábamos tan entretenidas que habíamos dejado de oírlo.

—Este es Darren más o menos con la misma edad de Darío, mira que carita de inocencia. —Agatha sonrió tras sus gafas de pasta rojas—. Son muy parecidos.

—Sí, se parecen muchísimo, son iguales. —Miré al pequeño, que dormía en la sillita frente a nosotras, y a Darren, que entraba en ese momento de la terraza con la cajetilla de tabaco en la mano. Nos sonrió.

—¿Qué hacen mis dos chicas preferidas? —preguntó, sentándose entre ambas—, aparte de quererme, claro.

—Vemos fotos de cuando tus hermanos y tú erais pequeños, qué tiempos aquellos... ¿recuerdas? ¿Cuándo vivimos en Miramar?

—Sí —respondió, sonriendo levemente—. ¿Son de cuando llegó Scott?

Agatha asintió a la referencia de su segundo marido y buscó alguna foto en la que saliera, sin éxito.

—Deben estar en el álbum que tengo en el dormitorio... enseguida vuelvo. —Dejó las gafas sobre la mesita y le acarició un pie a Darío antes de marcharse.

—¿No son buenos recuerdos para ti? —pregunté a Darren cuando estuvimos a solas.

—No es eso... algunos son mejores, y otros, peores, pero con la perspectiva del tiempo, supongo que lo ves todo de distinta manera.

—Esta mañana has sido muy antipático.

—Llevaba casi un día entero sin fumar y, para colmo, dormí solo y soñé cosas que ni Freud interpretaría, ¿qué esperabas?

—No sé... —medité durante unos segundos—. Un beso de buenos días, como mínimo.

Me miró y después me besó con ternura, acariciándome el muslo con su mano.

—Eres preciosa —me dijo, besándome las mejillas.

—Vale, vale, respira hondo. —Sujeté su mano, que ascendía hábilmente por mi pierna—. Un beso de buenos días sin magreo, campeón. Cuenta hasta diez.

—Eso ya no me funciona, he respirado tanto que no tengo aire en los pulmones —me hizo reír—, y contado hasta el infinito. Acabarás cayendo, te lo aseguro, aunque tenga que suplicarte.

Cuando Agatha volvió a ocupar su sitio en el sofá, dejamos la conversación de lado. Darren apoyó la cabeza en el hombro de su madre mientras esta lo mimaba como cuando no era más que un niño, disfrutando de la cercanía de su hijo y recordando viejos tiempos a la vez.

Decidida a darles un poco de espacio, di de comer a Darío, lo cambié de ropa y estuve jugando con él el resto de la tarde. Después me dirigí al estudio de la casa, donde Agatha me había dicho que podía utilizar el teléfono para hacer llamadas personales o de trabajo sin que nadie me molestara. Había algo que tenía pendiente, y aquel momento de quietud me servía perfectamente para llevarlo a cabo.

—Hola, Tony, ¿cómo estás? —sonreí nada más oír su voz—, oye... gracias otra vez por guardarme el coche en tu garaje, parece increíble que después de todo lo que le insistí al mecánico ahora vaya a estar tiempo sin usarlo.

La conversación fue haciéndose cada vez más distendida, logrando que me riera a carcajadas con las ocurrencias de mi amigo, al que echaba sinceramente en falta. Después de su viaje y antes del mío, apenas había tenido tiempo para dedicarle. Le debía un buen café acompañado de una cena para contarle todos los giros que estaba dando mi vida. Después de todo, Tony había estado conmigo en muchos momentos, era importante para mí y quería cuidar esa relación para que siguiera siendo fuerte.

Una vez colgué, varios minutos después, me giré y me encontré frente a frente con Darren. Ni siquiera lo había oído entrar.

—Ey, hola.

—¿Siempre cierras para hablar por teléfono? —preguntó.

—No quería despertar a Darío. —Era la verdad—. Y la puerta solo estaba entornada, no cerrada.

—Así que... Tony, ¿eh?

—Sí. Quería que supiera que habíamos llegado bien y... bueno, contarle cómo iban las cosas.

—Tony —repitió—, siempre Tony, continuamente, no importa dónde estemos o adónde vayamos, él siempre está ahí.

—Es mi amigo, Darren, es importante para mí. —Me crucé de brazos y lo miré con advertencia—. Y todo esto está fuera de lugar.

—Ya... yo estoy fuera de lugar, ya me doy cuenta —lo murmuró en voz baja, pero cuando volvió a dirigirse a mí, la subió varias octavas—. Hay algo que no logro comprender. —Su mirada se había vuelto agria de repente—. Si tan importante es ese hombre en tu vida, ¿qué demonios haces conmigo?

Me quedé atónita, sin poder responder. Allí sentada en la butaca del despacho y con los brazos cruzados sobre el pecho. No pude más que mirarlo con incredulidad, ¿de verdad había dicho eso? ¿A qué venía toda esa escena? ¿Eran celos? ¿Una pataleta?

Se dio la vuelta y se marchó, azotando la puerta tras de sí, furioso. Darío rompió a llorar inmediatamente, dándome el resorte que me faltaba para levantarme y acudir a su lado.

No volví a ver a Darren en toda la noche.

Me quedé callada mientras oía pasos por el pasillo. Hacía un momento me había parecido escuchar la voz de Agatha, pero no había querido atender a lo que fuera que estuviera diciendo. Me entretuve doblando la ropa limpia de Darío que todavía quedaba en su maletita e intenté por todos los medios dejar que el tiempo actuara como refrigerante para todo lo que había pasado. De nada valía pensar o hacer cosas en el calor del momento, podía cometer errores que luego lamentaría.

—Adelante —dije cuando llamaron.

Levanté la vista, mirando por primera vez a Darren desde hacía casi un día completo. Vi una expresión de cansancio que le bajaba de los ojos hasta las comisuras de la boca. Eso me consoló un poco, quería decir que aunque había sido él quien había empezado todo aquello, no había disfrutado durante el proceso. Supuse que mi cara mostraba signos muy parecidos.

—Hola —su voz me llegó trémula—, ¿cómo estás? —Alcé los ojos hacia él sin saber qué debía contestar a aquello—. Sí, bueno, es una... pregunta estúpida, puedo añadir que hace un tiempo maravilloso y ya estarían todas las tonterías dichas.

Sonreí, aún con la cabeza medio baja. Él suspiró y se acercó a mí, sentándose a los pies de la cama, que se removió un poco bajo su peso.

—Mi madre ha estado entrometiéndose un poco. —Se encogió de hombros, aunque no parecía avergonzado, incluso esbozó una sonrisa triste de disculpa—. Dice que no me ha criado para ser un cobarde y que quedarme sentado esperando que las cosas se arreglen por sí solas no va a servir de nada. —Suspiró, mirándome—. Solo para ampliar el precipicio entre los dos, y no quiero eso, Leire. Lo último que quiero es... distanciarme de ti.

—Tony es mi amigo —le dije con voz calmada—, es importante para mí, porque es como un hermano, un apoyo. Y lo aprecio mucho.

Darren afirmó.

—Lo sé, ha estado siempre a tu lado. —Entrelazó las manos y las dejó apoyadas en la cama, entre sus piernas separadas—. Incluso en los momentos en los que yo debería haberlo hecho... y no estuve ahí.

—Tú no faltaste intencionadamente. Está olvidado, y lo que cuenta es el presente. —Parecía que aquel era un daño que había perpetrado en la conciencia de Darren. Estaba siéndole difícil superarlo—. Tenemos que seguir adelante ahora que los dos podemos hacerlo.

—Me comporté como una bestia y no tenía derecho a hacerlo. Tú no eres un objeto de mi propiedad, no puedo pretender ser tu único pensamiento. —Suspiró—. En lugar de estos celos estúpidos, tendría que haberme puesto al teléfono y haberle agradecido que estuviera a tu lado, y al de Darío, que te haya cuidado y ayudado cuando lo necesitabas.

Lo miré, tenía la cabeza agachada, realmente arrepentido. Yo ni siquiera estaba enfadada, había temido durante un momento que en el calor de la discusión dijera algo de lo que luego pudiera arrepentirse, pero ahora que había pasado el tiempo y nos habíamos enfriado, sabía que eso no iba a pasar. Teníamos problemas que resolver, y hablarlo había sido un primer movimiento inteligente por parte de ambos.

—Te he hecho daño, Leire —siguió—. Y eso jamás me lo perdonaré. Por más que lo intento, algo siempre sale mal.

—Debes intentar controlar tus celos, me siento... halagada de que los tengas, pero eso solo te hace daño a ti, a ti más que a nadie. Conoces mis sentimientos, confía en ellos. —Entonces llevó sus ojos a mí—. Eres el único para mí, como sé que yo lo soy para ti.

—Te he cogido de la mano y te he traído aquí, te he dado responsabilidades y una vida completamente opuesta a la que tenías. Me he comportado de forma egoísta, porque el tenerme conmigo me hace feliz, es lo que yo quiero, pero ni siquiera me he parado a pensar en lo que quieres tú.

Suspiré y puse mi mano sobre las suyas, entrelazadas aún. Las aflojé un poco, dejándome acariciarle la palma con suavidad. Busqué las palabras que le aclararan que nadie podía obligarme a hacer algo que yo no quisiera, o a vivir de forma contraria a mis deseos. Si estaba allí, si había embarcado en la aventura a su lado, era porque no deseaba estar en otro lugar.

—Darren, tener a nuestro hijo es lo mejor que me ha ocurrido en la vida, tú me has dado alguien a quien cuidar, a quien amar, me has hecho el mejor regalo del mundo, y eso no podré pagártelo jamás.

—Bueno... tampoco he hecho nada excepcional o que me costara esfuerzo... quiero decir, para que naciera Darío, solo tuvimos que...

—Lo sé —sonreí, un poco sonrojada—, pero no lo hace menos especial, porque lo hicimos juntos.

—Yo no puedo llevarte a fiestas hasta las tantas de la madrugada. Cuando empiece mi trabajo, me encerraré en los ensayos, y cuando vuelva, seguramente estés dormida, quizá ni siquiera nos veamos durante algunos días.

—¿Qué intentas decirme con eso?

—La conversación con mi madre me ha hecho ver que ahora hay otras personas a las que debo anteponer a mis deseos, o a las cosas que quiero solo para mí. No quiero seguir siendo egoísta contigo, no quiero controlar tu vida, quiero que... hagas realidad tus sueños, que seas feliz.

—Pero es que yo soy feliz. —Ahora me sentía aturdida.

—A mí me hará feliz llegar y saber que estarás ahí, pero no puedo pretender mantenerte durante meses, en una habitación de hotel, encerrada. No es justo.

—Y no lo haré, recorreré la ciudad y buscaré opciones para mí. —Clavé los ojos en él—. Darren, yo he tomado mi decisión y estoy muy segura de ella. Por supuesto pienso volver a trabajar. No necesito fiestas, alcohol y amigos, ya he pasado por eso, ahora estoy en otro nivel, quiero estar al cuidado de mi hijo y de mi pareja, ¿lo comprendes?

—No eres el tipo de mujer que se queda en casa a planchar y a hacer la cena. Odias eso.

—Así es, y tú lo sabes. No voy a convertirme en una mujer del siglo XV, pero tengo instinto maternal. Puedo ocuparme de mi familia y, a la vez, sentirme realizada como profesional y como mujer.

Sus ojos brillaron con un amor tan grande, que el corazón se me saltó un latido.

—No te merezco —dijo, más para sí mismo que para mí—. Creo que siempre lo he sabido.

—Bueno, esa decisión es mía, ¿no te parece? Nadie es perfecto y además, tampoco soy una quinceañera a la que has secuestrado al salir del instituto.

—Podrías pasar hasta por alumna de secundaria si quisieras —añadió.

Ambos sonreímos, disipando momentáneamente la tensión creada en el ambiente. Respiró hondo y pareció más calmado después de haber dicho todo lo que tenía en mente. Me había hecho entender que no quería atarme contra mi voluntad ni ponerme restricciones de ninguna clase. Esperaba que mi postura también le hubiera sido aclarada.

—Escucha —dijo tras unos instantes—, necesito que sepas que si en algún momento cambias de opinión, si me pides que... que te deje ir, si quieres volver a tu vida de antes, a tu casa, a tu trabajo de siempre..., no me opondré, lo comprenderé y te apoyaré en lo que decidas.

Afirmé con la cabeza. ¿Cómo era posible que pudiera sentirse egoísta cuando estaba diciendo esas cosas? Iba a responderle, pero entonces, con un gemido que sonó a rendición, suspiró y cogió mi cara entre sus manos.

—Por favor, no me lo pidas nunca —su voz era un susurro, los ojos cerrados, acercando su frente a la mía—, sé que solo pienso en mí, pero no podría vivir sin ti, haré lo que sea, cambiaré lo que tú quieras, pero no me pidas que renuncie a tenerte porque me moriría.

Aquellas palabras tocaron cada célula de mi piel, tiré de él y lo abracé contra mi cuerpo con todas mis fuerzas, mientras me sentía sollozar ligeramente. Sus manos encontraron mi espalda, aferrándose a su pecho con intensidad.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —dijo en mi cuello—, tú me haces ser una mejor persona. Me completas.

—Llegué a pensar que venías a terminar definitivamente nuestra relación —confesé cuando me hube serenado.

—¿Qué? Jamás podría hacerlo, no sería capaz. Por mucho que sepa que no soy el hombre perfecto para ti...

—¿Quién dice eso? No quiero que te infravalores, tú eres el único que ha podido hacerme feliz. Junto a Darío, eres lo más sagrado en mi vida, y yo te quiero, ¿está claro? —Le acarició la cara, mirándolo—. No vamos a perder más tiempo.

—No puedo entender cómo es que me has disculpado por...

—Cuando uno ama, lo perdona todo, Darren, y aprende a no tomarse tan en serio algunos momentos —le dije con ternura.

—¿Y tú me amas tanto como para perdonar que a veces sea un capullo? —preguntó.

—Trabajaremos en ello para que seas un capullo lo menos posible. —Me sonrió con dulzura—. Pero mi amor es bastante grande como para cubrir incluso esos momentos.

Y entonces, llegó el tan ansiado beso de la paz. Dulce, tierno y ardiente, casi como nuestra propia relación. Nos quedamos el uno en brazos del otro, felices, satisfechos. Aclarar las cosas, hablar los problemas, plantarles cara y seguir adelante había sido como un bálsamo para nosotros. Nos había sanado las cicatrices del alma.

Días después, y aunque me costaba un esfuerzo sobrehumano conseguirlo, seguía manteniendo a Darren en abstinencia íntima. Después de nuestra reconciliación, había resultado muy complejo convencerlo de volver a su dormitorio. Era un hombre muy persuasivo y hábil a la hora de provocarme con tentaciones a las que casi no me podía resistir.

Aquella tarde en particular, no tuve grandes problemas, pues le había llegado por correo el guion de su nueva obra y se había encerrado en el dormitorio a estudiarlo en profundidad para poder dar al director una opinión preliminar sobre el proyecto.

—Pasarán horas hasta que volvamos a verlo —dijo Agatha, que le daba la papilla a Darío—, y no sabes cuánto me alegro de que vuelva a sentirse inspirado para trabajar. Es una bendición.

—Se toma muy en serio su trabajo. —Estaba de acuerdo con ella, no querría volver a verlo como en el pasado—. Es muy profesional para sus cosas.

—Lo sé, hija, pero tendremos que recordarle que debe comer y dormir si sus periodos insomnes se lo permiten. —Le limpió la boca a Darío, haciéndole muecas—. Lo ha sufrido toda su vida, desde niño.

—Sí, me lo ha contado. —Eso me dio que pensar—. Quizá debería ir a sacarlo un poco de su concentración para que distraiga la mente, ¿qué te parece?

—Hazlo, si a mí se me ocurriera asomar la nariz en esa habitación, probablemente se enfadaría, pero a ti no te dirá nada.

Besé a Darío y me encaminé hacia el que era mi dormitorio. Como estaba bastante alejado de la sala, había sido el escogido como sala de lectura de guion. Abrí la puerta y encontré a Darren sentado en la cama con el enorme libro en una de sus manos y un lápiz en otra.

Tenía los ojos entrecerrados y apenas se movía.

—Te pones muy guapo cuando te concentras —le dije.

—Hola —sonrió—, tú, en cambio, estás guapa siempre.

—¿Qué haces? —pregunté, sentándome a su lado en la cama—. ¿Memorizas?

—No en profundidad, primero reviso el guion y hago algunas anotaciones —me explicó, enseñándome el tocho de papeles—. Luego habrá que aprendérselo.

—¿Quieres que te ayude? Puedo cogerlo, y tú... lo vas diciendo, a ver si te lo sabes bien.

—Vale —su entusiasmo me animó—, nunca me has ayudado a pasar un guion, podría ser divertido.

Cogí en mis manos el pesado libraceo y me puse frente a él para evitar que viese lo que estaba escrito, igual que haría con un niño al que ayudase a estudiar. Darren se levantó y empezó a decirme las frases, haciendo movimientos con sus manos.

Los primeros párrafos fueron un calco perfecto, pero a partir de ahí, pocas cosas coincidían con el texto original.

—Se me permite improvisar —explicó cuando me vio pasando las páginas en busca de lo que estaba diciendo.

—De eso nada, tienes que decirlo tal como está aquí, ¿cómo sabré entonces si te lo sabes?

—Cariño, te prometo que puedo improvisar, créeme.

—Darren, hay señores, guionistas, que pasan noches sin dormir, sin descansar, para escribir todo esto, y tú lo cambias a tu antojo. —Se rió—. Lo digo en serio, ¿te dejan hacer lo que quieras con su obra, así como así?

—Si te quedas más tranquila...

Entonces se aclaró la garganta y me contó con exactos puntos y comas todo lo que ponía en la primera página. Me quedé impresionada, sobre todo porque había dicho que todavía no lo había estudiado en profundidad. Sonaba muy bonito, inspirado..., pero debía admitir que sus cambios personales quedaban mejor.

—Pues tienes razón... sonaba más convincente con tus improvisaciones. Oye, ¿qué significan estos signos que están entre las palabras?

—Eso —procedió a explicarme mientras se sentaba a mi lado—, quiere decir que hay un cambio de escena o de postura.

—¿Y por qué no ponen simplemente «cambio de escena»? Sería más fácil.

—Pues porque podría ser confuso, imagina que lo ponen junto con el resto del diálogo y entonces, empiezo a decir «quiero que sepas que te querré a pesar de las adversidades del destino y que, además, cambio de escena».

Me eché a reír al mismo tiempo que él, que parecía más relajado. Esperaba no estar quedando como una paleta integral con mis preguntas y torpezas, pero lo único que yo dominaba del teatro era sentarme en la butaca y dejar que la obra me envolviera de principio a fin. Todos aquellos pases intermedios, los entresijos, se me hacían desconocidos.

—Estoy convencida de que no te equivocarías —dije, mirándolo.

—Te sorprendería saber la cantidad de veces que me equivoco o que me olvido de lo que tenía que decir. —Tocó el guion, señalando un cambio—. Los signos, aunque no lo parezca, ayudan a la comprensión del texto. Imagina que no te indican el cambio de postura en la escena del beso, sería complicadísimo cuadrar a los dos actores.

—¿Escena del beso? —pregunté con las cejas alzadas—. ¿Qué escena del beso? ¿Qué beso?

Pasé rápidamente las hojas en busca de aquella secuencia. Vaya... así que eso era lo que se sentía cuando la abeja de los celos te clavaba su aguijón. Me puse roja de vergüenza. Si quería tener una relación con un actor, más me valía acostumbrarme a aquellas cosas. Darren se rió durante varios segundos antes de tranquilizarme.

—Era un ejemplo, no beso a nadie en esta obra. Soy el antagonista, el malvado que intenta por todos los medios destrozar a los que sí se besan. —Me acarició la barbilla—. ¿A que eso suena mejor?

—Mucho —tuve que estar de acuerdo. Volví a animarme—. Sigamos con esto, no te veo bien, ¿eh? No estás... centrado y no te sabes tus frases —añadí con voz seria.

—¿Qué dices? Soy todo un profesional.

—No, lo siento, pero no estás trabajando adecuadamente. Así que repetiremos otra vez desde el principio.

Darren se echó a reír, y yo acabé contagiada también. Era un privilegio verlo así y compartir ese momento con él después de lo ocurrido la tarde anterior. Agatha nos interrumpió llamando con los nudillos. Tenía a Darío en brazos y sonrió cuando nos encontró medio abrazados, con el guion entre ambos.

—Uy, perdón por interrumpir.

—No es nada, mamá. —Darren recogió los diálogos y le sonrió—. ¿Qué pasa?

—Voy a salir a visitar a mis amigas, ¿os importa que me lleve a Darío para que lo conozcan y le dé el aire? Necesito presumir de él.

—Adelante —le dije.

—Asegúrate de que en su bolso tienes todo lo que necesita, mamá, y abrígalo.

—¿Quién crees que os crió a tus hermanos y a ti? —se ofendió Agatha—. No me digas cosas que ya sé que tengo que hacer. Y estudia, que he oído a Leire decir que no te lo sabes.

Darren bufó y se puso las manos en las caderas, incrédulo de las acusaciones. Yo me reí y acompañé fuera a mi suegra, que me guiñó un ojo conspirador. La ayudé a preparar una muda para Darío y se llevó una papilla en el bolso por si le daba hambre. Le puso el abrigo con mucha maña y después lo acomodó en el carrito.

—Te vas de paseo con la abuela —le canturreaba—, ya verás qué bien.

Los despedí en la puerta con besos y luego volví a la habitación, donde Darren me miraba de una forma extraña.

—¿Qué pasa con el guion? —pregunté al no verlo—. ¿Lo has guardado ya?

—Dejemos los ensayos orales y pasemos directamente... a los prácticos.

Se acercó, mirándome con una sonrisa muy sensual pintada en el rostro, yo rehuí por instinto, quedándome atrapada contra la puerta, pero le devolví el gesto, sabiendo de antemano que iba a caer. Acababa de decidir que me apetecía saltarme mis propias normas, aunque le dejaría creer que me había convencido.

—Cariño... —susurré—, es la casa de tu madre...

—Pero estamos solos. —Me rozó el pelo—. Completamente solos tú y yo.

Cuando sus manos encontraron mi cintura, y sus labios, los míos, besándome con una pasión arrebatadora, derritiéndolos en unas atenciones largamente esperadas, me limité a suspirar y abrazarme a su pecho, reconfortada. Ansiaba volver a casa, y dejaría que Darren me enseñara el camino.

Cerró la puerta del dormitorio y le pasó la llave, después caminó hacia mí, que me encontraba de espaldas a él. Besó mi cuello y se acercó a mi oído, susurrándome sus intenciones de forma sensual.

—Te deseo, Leire —dijo, provocando que cerrase los ojos con un estremecimiento que me recorrió la piel—. Necesito tener tu cuerpo entre mis brazos y recorrerlo con mi boca hasta que te vuelvas completamente loca.

Me giró con delicadeza, mirándome a los ojos inyectados de pasión, anhelo y ansiedad. Lo conocía bien y sabía que le había costado mantenerse firme en la abstinencia, pero que lo había hecho por mí, por respeto a mi decisión. También supe, en cuanto sus dedos cálidos rozaron mi garganta y descendieron lentamente por mi escote, que no podía esperar ni un segundo más.

Desabroché su camisa lentamente, acariciándolo en el proceso y notando como se estremecía. Había extrañado mucho su tacto y su calor, aquello que solo él podía darme. Darren me liberó del jersey que llevaba, lanzándolo sobre el pequeño sofá que adornaba la habitación, acarició mi pecho con la yema de sus dedos, después, me soltó el pelo, acercándose para aspirar su aroma como si se tratase de un ramo de flores.

Nos libramos de pantalones y zapatos, y dejé que me tumbara en la cama, mirándome como quién observa el tesoro más valioso del mundo, haciéndome sentir hermosa, deseada, única para él. Sentí su peso sobre mi cuerpo y cerré los ojos ahogando un suspiro. Tenerlo así era una de las experiencias más placenteras que había vivido jamás, y cuando cogió mi pierna con su mano y la colocó en su cintura, acrecentando nuestra cercanía, el gemido salió de mi garganta con total nitidez.

Darren era un amante experto, y debido a la infinidad de veces que nos habíamos entregado, conocía mi cuerpo como la palma de su mano, besando y acariciando las zonas justas para hacerme perder la cordura en escasos minutos. Sabía cómo tratarme y dónde debía tocarme, como me ocurría a mí con él. Había observado y guardado en mi memoria lo que más satisfacía a mi amante, y tras la espera, se merecía todo mi empeño en complacerlo.

Deslicé mis dedos por su espalda, cubierta por una fina capa de sudor, y pude oírlo jadear con suavidad mientras besaba mi pecho, ya libre de las contricciones de la ropa, con una lentitud torturante. Alzó la vista y nos besamos profundamente en los labios, después me miró, tratando de apaciguar sus instintos.

—Te necesito tanto que me duele —murmuró—, creo que si no te hago mía ahora, ya, me volveré loco.

Rodeé su cintura con mis piernas, apresándolo contra mi cuerpo sediento. Darren sonrió y se removió colocándose justo donde yo lo necesitaba. Se deslizó dentro de mi cuerpo como lo haría un guante hecho a medida en una mano, con perfección. Encajamos como la primera vez, como dos piezas de un puzle. Empezó a mecerse, anclado en mi interior, con suavidad, buscando el lugar exacto en mis entrañas.

Cuando dio con él, eché la cabeza hacia atrás, y el mundo rotó solo para mí. La habitación se llenó de gemidos y anhelantes suspiros frutos de aquel placer que nos regalábamos el uno al otro. Yo apenas podía pensar, toda mi piel estaba electrizada ante las caricias de Darren, que me poseía con decisión y ternura al mismo tiempo.

La espera había hecho que las ansias se nos acumulasen, la caja de nuestras pasiones se abrió, lanzándonos al abismo de la lujuria y el desenfreno. Apreté con mis dedos su fuerte espalda en un intento por acallar mi intenso placer, pero resultaba tan insoportablemente arrollador que en ocasiones me nublaba incluso la visión. Estaba perdida en sensaciones a las que no podía oponerme, solo dejarme arrastrar. Él deslizó sus manos hasta mi cintura para acariciarme y guiarme en aquel juego que por tanto tiempo nos habíamos prohibido a nosotros mismos.

Los músculos empezaron a tensarse, previendo lo que estaba a punto de pasar, noté como toda mi mente se quedaba en blanco y me subía por las entrañas una fuerza que me quemaba, escalando mi garganta y saliendo con violencia por mi boca en forma de alarido atronador, formulando el nombre de mi amante. Él me acompañó a aquella cúspide del placer tan solo unos segundos después, gruñendo con voz ronca, mientras yo acariciaba su pelo húmedo, perdida aún en el éxtasis que había alcanzado.

—Leire... Dios, nena —gimió cuando el orgasmo lo atravesó. Yo cerré los ojos y me fui con él.

Nuestras miradas conectaron, cogimos aire con dificultad. No podíamos articular palabra alguna, pero nos lo dijimos todo en aquella mirada que nos reconfortaba y quemaba al mismo tiempo.

Después de toda la fogosidad entregada, me encontraba tumbada boca abajo, adormecida con las caricias que Darren me prodigaba en la espalda, con una sonrisa relajada en los labios.

—Quiero darte algo —me dijo en voz baja.

Me giré, cubriendo mi desnudez con la sábana, me senté a su lado, mirándolo con curiosidad. Vi cómo abría una cajita de madera y sacaba de ella un curioso anillo que parecía de atrezo. Se veía antiguo y bien conservado, pero a simple vista no podía saberse si su valor era monetario o puramente sentimental.

—Lo llevé en mi primera obra como protagonista —explicó con una sonrisa—, me gustaría que lo tuvieras tú.

—No, cariño, no puedes... lo has guardado durante todos estos años, debe tener un valor incalculable.

—Ese valor aumentará si lo tienes tú —respondió, besándome en la frente. Después me tomó la mano y lo deslizó por mi dedo anular, donde se removió un poco—. Habrá que ajustarlo.

—Es un gesto muy bonito. —Lo miré allí en mi mano. Luego lo abracé emocionada—. Como un compromiso entre los dos.

—Prometo buscar a conciencia uno más femenino. —Nos reímos juntos.

Volvimos a acurrucarnos en la cama, abrazados, perdidos en nuestro propio mundo privado. Una vez saciada la pasión, quedaba todo aquel cariño, la ternura de la que solo disfrutaban los amantes que se entregaban por amor. En medio de nuestro momento de unión, sentimos como la puerta de entrada se cerraba, oímos pasos y las ruedas del cochecito de Darío acompañadas de su feliz balbuceo. Inmediatamente, me solté de Darren como si me hubiese dado calambre.

—¡Tu madre ha vuelto! —le dije, ligeramente pálida.

Como si me hubiera oído, Agatha nos llamó desde el salón, avisando de su llegada. Se iba acercando, y yo, llevada por el pánico a ser descubiertos como un par de adolescentes, eché a Darren de la cama de un empujón, para que saliera antes de que fuera su madre la que entrara.

—¡Voy, mamá! —gritó mientras buscaba su ropa—. ¿Sabes? Ya no tengo edad para estos numeritos.

Se puso la ropa interior y los pantalones a medio abrochar y salió, entornando la puerta. Yo me envolví más en la sábana y me pegué a la pared, escudriñando la salida. Por la pequeña rendija solo acertaba a ver la espalda desnuda de Darren, que se movió un poco a la derecha cuando el cochecito llegó a su altura. Se inclinó para besar a Darío, y entonces pude ver a mi suegra.

—¿Estás bien? —preguntó ella—, pareces agitado.

—Estaba... durmiendo. ¿Querías algo? —Sacó al niño y lo cogió en brazos, jugando a meterse sus puñitos en la boca.

—Deciros que ya he llegado, el niño se ha dormido por el camino, a mis amigas les ha encantado, soy la envidia de todas las abuelas. —Agatha agitó feliz la cabeza, haciendo tintinear sus pendientes—. Es más espabilado...

—Bien, pues... estupendo —replicó Darren de forma poco coherente.

Su madre lo miró de arriba abajo. Iba descalzo, sin camisa ni cinturón y parecía nervioso. Le costaba seguir la conversación y no se centraba. Ella alzó una ceja.

—Tienes la misma cara que cuando eras pequeño y hacías una travesura...

—No he hecho ninguna travesura.

De pronto, ella sonrió con malicia.

—Veo que habéis aprovechado mi salida, ¿eh?

—¡Mamá! —espetó, poniéndose colorado. Desde mi escondite, me tapé la cara con la mano, ¡Dios, qué vergüenza!

—¿Qué pasa? No te hagas el santurrón conmigo ni te pongas así, ¿olvidas que me he casado dos veces? —Agatha se puso los brazos en las caderas—. Para mí, el uso del matrimonio es algo completamente natural y hermoso. —Le sonrió a su nieto—. Así es como este peque ha llegado a nosotros.

—Por favor, no me des detalles personales, soy tu hijo, hay una barrera que no podemos cruzar, no quiero traumatizarme. —Solo lo veía de espaldas, pero parecía realmente incómodo con aquella situación. Me permití sonreír porque estaba escondida y era él quien se estaba enfrentando a la pillada.

—Darren, quiero tener más nietos, así que deja de actuar como un mojigato y practica para que Leire se vuelva a quedar embarazada pronto.

La cara de él debía de ser un auténtico poema, pero la mía se había quedado como esculpida en piedra. ¿Podía haber algo peor a que tu suegra te pillara en la cama con tu chico siendo adultos? En principio creía que no, pero sí, sí que había algo peor... que te animara a seguir haciéndolo con fines reproductivos.

—Darío aún es muy pequeño —decía Darren, incómodo—. Además, esa es una decisión que debemos tomar nosotros, hablándolo con calma.

—Eso no te impide practicar en cuanto os quedáis a solas, ¿eh? Me recuerdas a tu padre en sus buenos tiempos. Menudo toro.

—¡Joder, mamá! —Agatha se rió, sin darle importancia.

—Vale, vale, la verdad es que venía para proponerte algo. Había pensado que como os vais en unos días, yo podría acompañaros para ayudar con el niño mientras os trasladáis. —Su voz sonaba esperanzada, o eso me pareció desde mi escondite—. Scotty estará de viaje al menos una semana más buscando esos condenados repuestos para su tienda, y yo me aburro terriblemente.

—Me parece una buena idea. —Darren solo tuvo que pensarlo unos minutos—. Nosotros vamos a estar ocupados, tanto con el papeleo del traslado, como buscando donde vivir, no quiero que mi familia pase mucho tiempo en un hotel. Tu ayuda nos servirá mucho, mamá.

Agatha se mostró muy de acuerdo, ya intuía yo que separarse de su nieto le iba a costar. Intercambió unas palabras más con Darren y prácticamente le arrebató a Darío de las manos para ir a cambiarlo. Mi chico resopló y volvió dentro.

—Menudo papelón... —Me miró con fingido rencor—. Gracias por tu valerosa ayuda, ¿eh?

—En la sierra nos pilló tu hermano, ¿te acuerdas? —dije—. Vamos a tener que empezar a plantearnos buscar un búnker o algo así.

—La próxima vez nos iremos a un hotel los dos solos, menos mal que no ha aparecido cinco minutos antes... —Se estremeció solo de pensarlo.

Nos duchamos y vestimos entre mimos, y después hablamos todos juntos el asunto del viaje. Yo estaba encantada, prefería que mi hijo estuviese al cuidado de su abuela antes que con una extraña, y ella no cabía en sí misma de alegría. Darren actuó de forma práctica mientras nosotras nos limitábamos a emocionarnos ante la perspectiva. Hizo la reserva para su madre y dejó atados todos los cabos.

—Tenemos que estar en el aeropuerto pasado mañana, a las doce —informó—. Intentemos que quede todo listo y no dejar cosas para el último momento... ¿eh, mamá?

Agatha se llevó la mano al pecho, ofendidísima.

—Solo me retrasé una vez —explicó, mirándome—, era una ocasión especial y se exigía ir vestido apropiadamente...

—Una hora tarde, mamá. —Darren dejó escapar la sonrisa, pero no cedió—. Se oyó en todo el teatro cuando entraste y taconeaste buscando tu asiento.

—¡No encontraba el bolso! ¿Querías que apareciera con uno cualquiera? ¿Aunque no hiciera juego con el vestido? ¡Eso sí que habría sido un descaro por mi parte!

Cuando nos fuimos a la cama, Agatha aún se mostraba enfurruñada por el toque de atención de su hijo, que se reía maliciosamente. Él se encargó de vaciar el agua templada de la bañera portátil mientras yo daba el biberón a Darío, que estaba agotado por su paseo, a pesar de haberse echado una cabezada.

—Últimamente está teniendo mucha vida social —murmuró Darren, besando su cabecita con olor a colonia—, es un bebé muy solicitado.

Le sonreí, asintiendo. Cuando el pequeño declaró, cerrando los ojos, que el día para él había acabado, lo metimos en su cuna bien arropadito y nosotros hicimos lo propio.

Se avecinaban días de fuertes emociones.

A las nueve en punto de la mañana, ya íbamos camino al aeropuerto. Darren y yo con cara de pocos amigos y unas ojeras de caballo, mientras nuestro primogénito dormía tranquilamente en su sillita después de habernos dado unas horas infernales. Por lo visto, el dolor por la salida de los dientes se manifestaba solo por las noches.

Por fortuna, el vuelo duró más de cuatro maravillosas horas, que yo personalmente pasé dormida en el hombro de Darren mientras mi encantadora suegra paseaba a su inquieto nieto por el avión, contándole las historias de su juventud, los distintos sitios que había visto y la época *hippie* en que había vivido en una caravana. Para cuando llegamos, nuestro semblante era mucho más amigable.

Como los ensayos de la obra comenzarían un par de días después, tuvimos todo el fin de semana para acomodarnos y acostumbrarnos al nuevo ambiente. Darren pidió dos suites, una para nosotros, y otra para su madre, que insistió en que solo estaría unos días. Intenté por todos los medios contribuir con el pago de las estancias, pero Darren se negó en rotundo. Por más que le decía que me hacía sentir mal, su respuesta siempre era la misma.

—Corriste con todos los gastos del embarazo y los primeros meses de vida de Darío sola. Si alguien se siente mal, soy yo. —Y me sonreía, haciéndome tirar las armas—. Deja que haga esto por nosotros.

Ahí moría la discusión.

Mientras guardaba la ropa en los espaciosos cajones de la cómoda, decidí que intentaría relajarme. Haría un poco de turismo, dedicaría a mi hijo todo el tiempo del mundo y aprovecharía para conocer más y mejor a Agatha. Incluso podríamos salir las dos con Darío y hacer compras o visitar monumentos mientras Darren trabajaba.

Hacia tanto tiempo que no tenía vacaciones que me había olvidado de qué hacer con ellas. Sonreí. Pues bien, eso iba a cambiar, tenía que aprender a disfrutar un poco más, sobre todo teniendo en cuenta el escenario en que me encontraba.

La suite era una maravilla desde todo punto de vista. Una gran cama en la que cabrían cuatro personas, vestida con una colcha nórdica burdeos y almohadones crema; presidía la estancia. En el suelo, casi ocupando la totalidad del espacio destinado al dormitorio, una alfombra Aubusson en tonos ocre. El armario empotrado, las mesillas de noche, la cajonera y el tocador eran de madera de cerezo con un lacado beige. Había un jarrón con rosas y girasoles en la mesita de centro, y tras la puerta corredera, una sala de estilo victoriano que hacía contrapunto con la barra americana, acabada en mármol negro.

Detrás de la barra contábamos con una nevera pequeña de acero inoxidable y una pequeña cocina con estantes anclados a una parte de la pared que permanecía más hundida a simple vista que el resto del dormitorio. La enorme televisión cerraba la zona de ocio. La suite contaba con dos balcones, cuyos ventanales estaban cubiertos por unas cortinas de encaje y seda china que eran los más impresionantes que había visto nunca.

Pero si algo me impactó, fue el baño. Una sala tan grande como todo el salón de mi antiguo piso, con una bañera de cuatro patas y grifería de plata, una ducha sellada con mampara de cristal y un servicio completo de hidromasaje y capacidad para tres personas. Las piezas, de mármol rosa pálido, parecían brillar bajo los focos alógenos. Dos lavamanos flotantes sobre una repisa de granito, totalmente independientes, ocupaban toda la pared de enfrente al aseo. Un mueble de palisandro blanco guardaba los elementos de aseo. Además de todo ese lujo, el baño contaba con toalleros eléctricos, que mantenían las toallas a temperatura, y un pequeño sofá orejero fucsia.

Era el paraíso, casi apetecía vivir en ese baño.

Le di el biberón a Darío acomodada en un sofá de la salita después de haber pasado gran parte de la tarde con Agatha, que ahora se había ido a su propia habitación para refrescarse. Darren había hecho su primera visita a los responsables del hotel, solicitando una cuna para Darío. El servicio de habitaciones la facilitó de inmediato, pero de momento, el pequeño seguía en su capazo porque su padre parecía incapaz de unir las partes.

—¿Quieres que llame al técnico de la planta? —ofrecí después de oírlo suspirar otra vez—, te recuerdo que nos ofrecieron una ya montada. Es un hotel de lujo, Darren.

—Y yo te recuerdo que quiero hacerlo por mi cuenta. Ya me perdí montar la primera que tuvo, armar ésta no va a quitármelo nadie —respondió—. Y seguro que no hay que ser ingeniero de naves espaciales para hacerlo.

—No lo sé —pensé en cómo decir aquello con tacto, lo menos que quería era hundir su moral de padre cuando había tenido tan pocas posibilidades de practicar—. Llevas un rato con ella y todavía nada. No digo que no sepas, solo que a lo mejor...

—No vamos a llamar al técnico —me interrumpió.

—Eres un poquito orgulloso, ¿no? —Crucé los brazos, mirando la obra inacabada—. Solo digo que alguien puede colaborar contigo, ¿qué crees que habría pasado con la Sagrada Familia si Gaudí hubiera decidido que la acabaría él solo?

Darren se puso derecho y me miró, con el destornillador en la mano y las cejas arrugadas.

—Esto es una cuna, no una obra arquitectónica de dimensiones colosales. Y yo puedo perfectamente montarla para que nuestro hijo duerma en ella.

Estaba claro que para Darren, recuperar en la medida de lo posible todos aquellos momentos que no había podido disfrutar con nuestro hijo en el pasado era una cuestión prioritaria. Lo conocía lo bastante para saber que no iba a rendirse.

—¿Sabes? Esa necesidad que tenéis los hombres por demostrar que sois capaces de ser unos manitas se puede tratar con terapia.

—Eso está muy bien —gruñó y apretó con el destornillador, levantando una de las partes transversales y apoyándosela entre las piernas para unirla al resto del armazón—, pero yo armaré esta cuna por mis...

—Me ha quedado claro.

Para cuando bajamos a cenar al restaurante del hotel, la cuna yacía montada en todo su esplendor junto a mi lado de la cama. Darren había pedido tornillos de más para reforzarla y luego me había mirado socarrón mientras yo la vestía con las sábanas y mantas del niño. Parecía hinchado como la cola de un pavo real por haber sido capaz de conseguir la hazaña.

Su madre y yo decidimos ignorarlo deliberadamente y recorrimos el buffet con los platos en la mano y, en mi caso, los ojos fuera de las órbitas. La totalidad de servicios del buffet, incluyendo primer plato, segundo, postre, entrantes y condimentos, medía un kilómetro y medio de largo. Se podía comer, literalmente, cualquier cosa que a uno se le ocurriera.

—Definitivamente todo esto es un mundo completamente distinto para mí —le dije a Agatha, que se estaba poniendo un panecillo junto a su ensalada continental con gambas.

—Es mucho más sencillo de lo que parece, Leire —le quitó importancia, sirviendo salsa de puerros en un cacito y dejándolo a un lado de su plato—. No es como si tuvieras que contar las púas de los tenedores y todo eso.

La miré y pensé en sus palabras. Agatha era una mujer sencilla que se había casado en segundas nupcias con un hombre cuya mayor aspiración en la vida era poder remodelar un motor de coche con el mayor número de piezas originales posible. La fama de su hijo le había venido de rebote, y aunque él era importante en el mundo del espectáculo, ella no se consideraba como tal, se limitaba a vivir su vida como le placía, siendo feliz con lo que había conseguido. No obstante, se comportaba y actuaba encajando a la perfección en cualquiera que fuera el escenario que compartiera con Darren.

Cogí un plato soper y serví puré de manzana para Darío, que nos aguardaba junto a Darren en una elegante mesita con mantel color verde. Una lámpara de cristal de Swarovski le iluminaba la cara mientras repasaba la carta de bebidas. Me dije que todo estaba en la actitud, nadie pensaría que no encajaba si yo creía que estaba actuando correctamente, tal como hacía Agatha.

—Espero que me des chivatazos si los necesito —le susurré, y ella me hizo un guiño conspirador.

—Nos pondremos moradas como auténticas señoras.

Ambas rompimos en carcajadas.

Eran poco más de la diez de la noche, y mientras Darren terminaba de arropar a Darío en la fantástica cuna que él mismo había montado, yo me cepillaba el pelo frente al espejo. Llevaba puesta una camisa blanca suya, de seda y muy cara, que había comprado hacía algunos años para la gran celebración de entrega de los premios Tony, Óscar del Teatro, y ahora yo la usaba para dormir.

Me metí en la cama al mismo tiempo que él. Bostezó ruidosamente, haciéndome reír. Al día siguiente iría al teatro para empezar con los ensayos y la lectura preliminar de la obra, así que pretendía aprovechar el máximo tiempo que pudiera para estar con Darío y conmigo. Esa tarde habíamos acompañado a Agatha de turismo por la ciudad. Algunos fans se acercaron a Darren, y él firmó autógrafos y repartió fotos. Todo aquello me parecía surrealista, casi como si saliera con un cantante o un ídolo adolescente de teleserie. El teatro había dado un *boom* en los últimos tiempos, nunca antes tantos jóvenes habían acudido en masa a representaciones, tanto actuales como históricas. La fama de Darren subía como la espuma, y la promoción de próximos estrenos no hacía sino acrecentarla.

Nada más sentirme cerca en la cama, Darren me acarició las piernas con ternura, mirándome como si viera algo de mucho valor. Le devolví la sonrisa y le di un beso en la mejilla antes de apilar las almohadas para apoyarme en ellas. La televisión estaba apagada y las cortinas del ventanal del dormitorio dejaban pasar la luz de la luna llena y el airecillo fresco de la noche. Era nuestro momento como pareja; agradable, sosegado y muy íntimo.

—Cuando vuelva mañana del ensayo —me dijo—, será la primera vez que alguien me espere.

—¿No lo hacían tus otras parejas?

—Estaban ocupadas en sus cosas, viajando o con sus familias —respondió—. De todas formas, es completamente distinto, Darío y tú sois mi familia ahora, es un lazo más fuerte e irrompible.

Le sonreí, comprendiendo lo que aquel suceso, que miles de hombres trabajadores disfrutaban a diario, significaba para él. Normalidad, una sensación hogareña que por fin podía disfrutar. Me alegré enormemente de poder darle eso a cambio de todo lo que él nos daba.

—Bueno, puedo intentar estar, pero si llegas y no me encuentras, no te asustes, puede que haya salido, sobre todo para no tener al niño encerrado todo el día.

—Intenta estar, por favor, al menos el primer día. —Acurrucó la cabeza en mi pecho, mimoso, mientras yo le acariciaba el pelo—. Me haría muy feliz.

—Lo prometo, estaré aquí para recibirte.

Levantó la vista y me miró de una forma distinta a como lo hacía las otras veces. Había una clase de intensidad que no había visto ni siquiera en el prelude de hacer el amor o en los momentos en que discutíamos. Esta mirada tenía otro matiz, estaba cargada de algo que no pude descifrar, algo que no le había visto nunca hasta ese momento.

—Quiero que tengamos otro hijo —pidió, acariciando mi vientre con su mano.

—¿Cómo? —parpadeé, sin esperarme aquello. Después de habernos reconciliado y hecho planes, no se me había ocurrido pensar en esa posibilidad. De hecho, al haber pasado todo el embarazo sola, ni siquiera me había planteado el volver a repetirlo—. ¿Otro hijo, dices?

—Sé que Darío aún es pequeño, pero me perdí tanto... sus primeros meses, como te crecía la tripa... siempre he querido tener una familia grande. —Lo miré a los ojos, viendo en ellos una sinceridad completa, sin saber muy bien qué decir—. Me encantaría que volvieras a estar embarazada, me gustaría muchísimo, pero si por algún motivo aún no quieres, pues... lo comprendo. Podemos esperar.

—Quiero tener más hijos. —Era la verdad, aunque hasta ese momento no hubiera caído en la cuenta.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Completamente —afirmé—, no me lo había planteado hasta ahora... no había pensado en ello.

—Imagino que vivir el embarazo sola, el nacimiento de Darío y todo lo que pasó... —Darren tenía la capacidad para poner palabras a mis pensamientos—, ahora puede ser diferente, estamos juntos otra vez, estables... no volverás a pasar por eso sola, yo estaré allí, en cada paso del camino, viendo como cambias, como creces...

Le sonreí, y él me devolvió el gesto, acariciando mi mejilla con sus dedos, con los ojos brillantes de promesas y esperanzas. Se acercó y me besó con dulzura en los labios, y luego otra vez, recostándose suavemente entre los almohadones de plumas y dejándome sentir el peso de su cuerpo, la fuerza del deseo que se materializaba abriéndose paso. Me bajó los hombros de la camisa haciéndola resbalar para perderse entre las sábanas, besando mi pecho, el vientre, la cara interna de los muslos...

—No tenemos por qué decidirlo esta noche —me susurró, a sabiendas de que en ese momento no podía negarle nada—, solo... dejemos que el destino decida lo que tiene que pasar.

Asentí porque no podía hacer nada más que dejarme llevar por la marea rojiza del deseo que me arrastraba hacia playas sembradas de placer. Hicimos el amor suave y concienzudamente, y yo supe, por la manera en que se movía, en que me tocaba, que Darren buscaba echar raíces, buscaba dejar en mi cuerpo la germinación de nuestro recuperado amor. Esa consciencia me emocionó e hizo que derramara algunas lágrimas de emoción. Lo apreté entre mis brazos y mis labios exhalaban una plegaria en forma de clímax, esperando que su deseo, y ese mío que apenas sabía que tenía, se hiciera realidad.

Cuando me desperté, tuve la sensación de llevar durmiendo días enteros en aquella cómoda, enorme y cálida cama. Me estiré, perezosa, y toqué el lado opuesto con la mano, pero Darren no estaba a mi lado y una mirada a la cuna me bastó para comprobar que Darío tampoco. Busqué entre las sábanas hasta dar con la camisa y me cubrí, saltando al suelo con renovadas energías después de una noche de amor seguida de un sueño reparador.

—Buenos días —Darren me vio aparecer por el pasillo. Estaba sentado en el sofá con la silla alta de Darío en la mesita de centro. Me acerqué y lo besé—. Estás hecha una dormilona.

—Te llevaste al niño y cerraste las cortinas, no podía despertarme. ¿Qué habéis hecho los dos solos? —Cogí la cafetería de plata del servicio que estaba dispuesto en un carrito y me serví en una taza de porcelana china pintada a mano. La agarré con las dos manos, temiendo arañarla.

—Pues nos hemos duchado y puesto guapos, después nos hemos tomado un biberón con papilla y un café con churros respectivamente y... ahora leíamos la prensa. Darío es un aficionado de las tiras cómicas.

Me reí, pellizcando un cruasán francés de la fuente del desayuno. Me sentía como Julia Roberts en aquella escena de *Pretty Woman* donde amanece tras su primera noche con Richard Gere en una suite impresionante, rodeada de toda clase de comodidades.

—No sé qué estarás pensando, pero se te ha puesto una sonrisilla encantadora. —Darren se incorporó y me dio un beso en la coronilla, robándome un pedacito de cruasán.

—Nada... solo que me he levantado de buen humor.

—Y yo. —Su sonrisa me dejó eclipsada—. Sobre todo después de lo que hablamos anoche.

Abrió la boca, pero él negó, besándome para hacerme callar.

—Sin agobios, sin presiones, sin expectativas, ya lo sé. —Me dio otro beso—. Tengo que irme a la lectura de guion, ¿por qué mejor no vienes a verme?

—No lo sé... ¿ya han llegado los permisos de entrada? No quiero que me tomen por una fanática histérica y que me encierren.

Me refería a unas pequeñas tarjetas de cartón que iban colgadas del cuello, como en los rodajes de cine, y que nos acreditaban como visitantes especiales para poder entrar y salir del teatro sin tener en cuenta los horarios establecidos para el público. Darren había asegurado que hablaría con su agente y conseguiría algunos para que pudiéramos acompañarlo.

—¡Lo había olvidado! Me ocuparé hoy mismo, lo prometo. —Cogió su chupa de cuero y se la puso con aires desenfadados, me era imposible apartar los ojos de él—. Luego podríamos ir a cenar algo. ¿Tienes planes para hoy?

—Quiero echar un vistazo a una tienda de muebles y decoración infantil que vi en el centro cuando salimos con Agatha ayer —expliqué, atacando el segundo cruasán—, de hecho... ya tendría que ponerme en marcha si quiero llegar a tiempo.

—Te hará bien salir y distraerte. Deja a Darío con mi madre, se va mañana, así que supongo que querrá aprovechar el tiempo al máximo.

Asentí, sintiendo lástima por mi suegra y pensando con sorpresa lo mucho que iba a echarla de menos. Habíamos conectado en poco tiempo, volviéndonos cómplices, ayudándonos mutuamente, compartiendo momentos con Darren y Darío y aprendiendo a ser una familia. No obstante, Scott había regresado de su viaje, y su esposa, como era lógico, quería estar en casa para recibirlo.

—Es buena idea —coincidí—. Le gustará tenerlo para ella sola.

Después de despedir a Darren en la puerta, arreglé al niño y preparé su bolsa para que pasara el día con la abuela. Agatha me entretuvo en su habitación al menos media hora, contándome todo lo que su marido le había dicho la noche anterior sobre el viaje. Mi suegra se debatía entre las ganas de volver a verlo y la pena por no poder seguir su rutina diaria de vivencias con Darío. Le prometí que estaría en el hotel para comer, y que luego nos daríamos una escapada al teatro para ver a Darren ensayando. Eso pareció mejorar su humor.

De vuelta a mi habitación, me duché y me cambié de ropa. Me sentía pletórica ese día, desde que había abierto los ojos por la mañana, todo a mi alrededor parecía ser más brillante, más bonito, más especial. Me reí de mí misma, diciéndome que debía dejar de tener la cabeza en las nubes y acabar de arreglarme si quería que la mañana me cundiera con todo lo que me quedaba por hacer. Me puse unas manoletinias planas, cogí el bolso, la llave de cartón de la habitación y recorrí el pasillo hasta el ascensor.

Tenía la cabeza en mil sitios a la vez, intentando al mismo tiempo recordar el camino que habíamos tomado hacia unos días para llegar al centro y pensando de paso comprar algunas cosas que el niño necesitaba. Traspuse las puertas acristaladas del hotel y crucé la calle.

Fui consciente de los gritos que sonaron a mi alrededor, del sonido estridente de un claxon y del ruido sordo que hizo el parachoques de un vehículo al colisionar conmigo. Cuando caí al suelo en medio de la calzada, ya no sentí nada más. Se me cerraron los ojos, la boca se me llenó de sangre, y solo quedó oscuridad a mi alrededor.

Darren recorrió los pasillos sin verlos, perdido en un mar embravecido por el miedo y la angustia que le hacía difícil respirar. Pocas veces una llamada de teléfono había tenido el poder de desbaratarlo por completo hasta dejarlo casi catatónico. Recordaba haber esperado con impaciencia junto al auricular para saber si había obtenido o no algún papel para el que se hubiera postulado. También, cuando su hermana se había puesto de parto, había estado aguardando la llamada. Pero nada, en toda su vida, podía haberlo preparado para el terror que había experimentado en ese momento.

Al oír la voz de su madre al otro lado, casi había sentido como su propia alma se le escapaba del cuerpo para echar a correr antes que él, como si la prisa pudiera ser determinante en lugar de una trampa que ahora lo tendría esperando noticias durante un tiempo indefinido. Se pasó las manos temblorosas por el pelo, maldiciendo para sí mismo los carteles de prohibido fumar, y se dejó caer en una de las sillas de plástico de la sala de espera que estaba vacía. Aquello era imposible de creer, tenía que ser un sueño, una pesadilla, pertenecer a un mundo ajeno e irreal.

Leire...

Un sudor frío le recorrió la espalda. Se echó hacia adelante y escondió la cara entre las manos. Hasta las rodillas le temblaban. Haciendo acopio de valentía, intentó reordenar en su mente lo que sabía. Su madre estaba en el hotel con Darío, dispuesta a salir, cuando un gran escándalo procedente de la calle la había distraído. Al asomarse, había comprobado que la naturaleza del alboroto procedía de un accidente que se había producido exactamente en la misma entrada del hotel. Un coche había atropellado a una persona y se había estrellado pocos metros más adelante contra una farola. Enseguida, la marabunta de gente empezó a rodear el escenario de lo ocurrido por curiosidad morbosa, hasta que la policía se había personado en el lugar del siniestro para poner orden. Entonces Agatha había descubierto que la mujer a la que subían a la ambulancia era Leire y lo había llamado presa del pánico.

Hasta ese momento, Darren no tenía noticias del estado de su chica. Por más que miraba a uno y otro lado, los pasillos estaban vacíos, como si se tratara de una conspiración malvada para evitarle toda información. Con los dedos agarrotados, volvió a levantarse y caminó de un lado a otro, pendiente en todo momento a la ventanilla de información. Miró el reloj de pared con ojos vidriosos y comprobó perplejo que seguramente todas las enfermeras y el personal de planta estarían desayunando.

Por un instante, lo tentó la idea de sacar el móvil y llamar a su agente. Trasladarían a Leire a una clínica privada y en el mismo momento en que llegara al centro sería atendida por los mejores especialistas del país. Nadie dormiría, comería o cerraría los ojos hasta que ella no estuviera completamente repuesta. A su corazón desesperado, aquella idea le sonó razonable, pero su cerebro fue más crítico. Ni siquiera sabía aún qué daños había sufrido Leire, ¿y si no podían moverla? ¿Y si tenía algún traumatismo cerebral ya irreversible? ¿Y si estaba...?

Negó ferozmente para sí mismo. «No..., no pienses eso, no puede ser, no va a pasar... Es imposible... Está bien, va a estar bien... Tienes que confiar...», apoyó la frente contra la fría pared pintada al gotelé en blanco y azul y cogió aire para dejar de hiperventilar. Cerró los ojos con fuerza, evocando la sonrisa dulce de Leire, su ceño fruncido cuando se enfadaba, la vocecilla graciosa que ponía cuando jugaba con Darío, y la melosa que usaba en los momentos de amor que compartía con él. Ella era mucho más que una mujer de la que se había enamorado, aunque hubiera sido la primera. Le había salvado la vida cuando ni siquiera él mismo creía merecer otra oportunidad. Le había dado estabilidad, un hogar, compañerismo, amistad, un hijo...

Dios... Su hijo. Darío. Esa pequeña personita a la que el destino le había hecho conocer tarde, perdiéndose los primeros y cruciales meses de su existencia. ¿Acaso la vida podía ser tan cruel, devolviéndole a su padre y arrebatándole ahora a la madre que tanto necesitaba? El niño debía crecer con ambos, tenerlos a su lado para guiarlo en la vida, para enseñarle cómo ser una buena persona, cómo desenvolverse en el mundo. Nunca conseguiría hacerlo solo, no podría ser un buen padre si Leire no estaba a su lado. No era justo que debiera intentarlo siquiera.

Con todo lo que habían pasado... debió haber supuesto que aquella luna de miel en la que parecían estar sumergidos en los últimos tiempos presagiaba algo malo. Nadie podía ser tan feliz sin pagar un precio. Recordó las últimas palabras, los planes que tal vez ya nunca podrían realizar. Esa familia que en vez de ampliarse como ambos deseaban, tal vez se viera rota y truncada para siempre.

Y, ¿cómo iba él a dar una noticia tan horrible al resto de personas queridas por Leire? ¿Cómo llamar a ese amigo suyo, o a sus padres, para decirles que iban a quedarle secuelas graves? ¿O que nunca sería la misma? O peor...

Estaba a punto de golpearse la cabeza contra la pared con todas sus fuerzas cuando los pasos del médico lo alertaron. Por un instante se quedó inmóvil, «quizá venga a decirme algo que no voy a poder soportar...». Cuando la mano del hombre le tocó el brazo, no le quedó más remedio que atenerse a la realidad que le había tocado vivir. Se aclaró la garganta y lo miró. No le importó que las involuntarias lágrimas que rodaban por sus mejillas, fruto de los escenarios posibles que había imaginado en su mente, fueran visibles.

—Soy Octavio Flores, el médico de guardia que ha atendido a Leire Fernández. —La mirada del hombre fue compasiva, y su voz, calmada, sin duda acostumbrada a aquellas situaciones—. ¿Es usted su familiar más cercano?

—Su pareja. —La voz no parecía ser suya. Se aclaró la garganta otra vez, tratando de recordar lo que era más importante preguntar en ese momento—. ¿Cómo...?

—Afortunadamente, la colisión no ha sido frontal. —El hombre debía tener un gran talento para interpretar los balbuceos más inteligibles de los familiares afligidos. Consultó la planilla médica que llevaba en las manos, leyendo datos antes de proseguir—. Ha perdido mucha sangre, pero las pruebas preliminares no muestran que haya nada roto, por supuesto, debemos cotejarlas con unos estudios más profundos para descartar lesiones internas.

Darren entendió lo suficiente para comprender que no parecía temerse por la vida de Leire. Se llevó la mano al pecho, donde su corazón amenazaba con provocarle una arritmia. Sin embargo, no dejó que el alivio lo calmara del todo, debía mantenerse alerta porque el doctor no había descartado completamente la posibilidad de efectos secundarios.

—No sé si somos compatibles, pero... yo... —Alzó el brazo, esperando que su gesto fuera más elocuente de lo que estaban demostrando ser sus torpes palabras.

Octavio Flores le sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Ya le hemos hecho una transfusión del banco de sangre del hospital. Aunque sería muy cívico que usted repusiera esas bolsas dejando un poco aquí para el futuro.

—Sí, claro, yo... me pasaré. —Las manos le sudaban copiosamente. Cerró los puños y levantó la vista. La cara amable del médico lo miró, esperando—. Ha dicho que... ¿puede haber sufrido daños... internos?

—Voy a serle muy sincero. La paciente todavía está inconsciente debido a la *shock* producido por el accidente, su actividad cerebral parece normal teniendo en cuenta las pruebas a las que la hemos sometido. No obstante —aquella apreciación hizo que todo el contenido del estómago de Darren se revolciera—, será necesario esperar a que despierte para evaluar posibles daños que no pueden verse hasta que el cerebro muestre más actividad.

—¿Y cuándo va a despertar?

La voz del médico empezó a hacerse difusa, aunque Darren creyó entender que el tiempo que tardaría Leire en estar consciente solo podía ser estimado. La habían estabilizado y era poco probable que fueran a quedarle secuelas psíquicas importantes.

—Ha sido más aparatoso que peligroso. —Flores sonrió, encogiéndose de hombros—. Esa es una afirmación que me gusta mucho decir a los familiares. Por supuesto, está llena de hematomas y, salvo que aparezca cualquier complicación, solo se sentirá dolorida e incómoda durante algunos días.

Con la poca voz que le quedaba, el siempre elocuente Darren Matthews, capaz de improvisar diatribas completas frente a más de doscientas personas, solo fue capaz de asentir y musitar un gracias que seguramente solo se oyó en su mente. Las rodillas ya no podían sostenerlo, y los hombros le caían como inertes a los lados del cuerpo. La cabeza le daba vueltas, mezclando sus propias imágenes macabras con las certeras palabras que Octavio Flores le había dedicado y que penetraban en su corteza cerebral calmando uno a uno todos los cables que componían su sistema nervioso.

—¿Puedo verla? —lo dijo como un ruego, la petición más humilde de cuantas había expresado en su vida. Solo así creería lo que había oído y tendría paz para esperar las horas que quedaban por venir.

—Pero solo unos instantes, ella necesita descansar. —Octavio lo miró por encima del hombro mientras lo guiaba por un pasillo que daba a las distintas unidades de atención general—. Y algo me dice que a usted tampoco le vendría mal.

Darren se puso la bata esterilizada que le habían dado y siguió a una enfermera delgada y bajita que lo guió hasta la habitación donde estaba Leire. Se quedó paralizado en la puerta, sin poder moverse. Tan solo había pasado unas horas desde el accidente de la mañana y parecía que llevaba allí interna varios días. Se le encogió el corazón y los ojos volvieron a ponerse húmedos.

Torpemente, avanzó hasta la cama y la miró con atención. Su piel estaba blanca, y los labios, resecos y agrietados. Llevaba el pelo recogido torpemente y solo se apreciaba movimiento en el subir y bajar de su pecho al respirar. Los brazos y una de las mejillas tenían apósitos, y una venda sobresalía de uno de los hombros. No había cabestrillos ni escayolas, aunque sí innumerables arañazos y marcas que empezaban a amarrotarse.

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Miró todos aquellos aparatos cuya función no entendía, agradeciendo que no fueran necesarios para mantenerla con vida. Leire respiraba por sí misma, aunque le habían puesto una sonda en la nariz con oxígeno. Le acarició la mano, apretando sus dedos fríos con los suyos. ¿Siempre había sido tan pequeña? ¿Tan indefensa? Acarició el dorso de la mano con cuidado de la vía intravenosa a través de la cual la sangre de la transfusión entraba en su cuerpo.

—Qué guapa eres... —le susurró, conmocionado y agradecido a la vez—. Incluso así... no necesitas un vestido ni maquillaje, ni siquiera un escenario bonito. La belleza sale de ti... de dentro de ti...

Sorbió por la nariz y giró la cara. La enfermera había tenido la delicadeza de alejarse, rellenando datos y manteniéndose ajena a la conversación. Darren recordaba que le habían dicho que los efectos personales de Leire estaban en el armario de la habitación. Le habían aconsejado revisar el contenido, pues había en ellos elementos de valor y documentación. En ese momento, al tenerla tan cerca y apreciar su estado a corta distancia, le pareció que todo lo que hubiera en esa bolsa podría ser fácilmente reemplazable.

Ella no lo habría sido.

Se obligó a no pensar todavía en el conductor culpable del estado de su chica. Sabía que estaba en ese mismo hospital, el más cercano al hotel donde habían tenido lugar los hechos. De no haberse estrellado contra la farola, probablemente (sin ninguna duda, estaba seguro) se habría dado a la fuga. Lo había intentado, de hecho. Su omisión de socorro ya le había valido que los agentes de policía custodiaran la habitación. Darren pensaba poner a su abogado al corriente de todo en cuanto estuviera convencido de que Leire se pondría bien.

La rabia lo llenó, ponzoñosa, apoderándose de cada pensamiento, sustituyendo al miedo y la tristeza que antes había sentido. Volvió a mirarla buscando sosiego en su rostro de porcelana, hallando el sol en su tormenta personal. Le acarició la mejilla menos magullada con la yema del dedo, aliviado al sentir el aire que expiraba. Tenía los párpados azulados y la piel fría, pero no había gravedad en su semblante sereno.

—No tardes en despertarte —le susurró con una voz tierna y delicada, tan alejada de los pensamientos vengativos que escondía en la parte más oscura de su cerebro—, así estaremos seguros de que estás bien y de que volveremos a casa. No me moveré de aquí.

Esa era una promesa que pensaba cumplir sin importar cuánto tardara. Ya había esperado por ella toda su vida, ahora que sabía que ese camino feliz no había quedado sesgado, se sentía renovado y con fuerzas para volver a emprenderlo junto a ella.

Al volver al pasillo, la actividad se había renovado. Enfermeras y técnicos andaban de un lado a otro. Había pacientes en camillas, mujeres de parto en silla de ruedas, chicos cojeando o con sangre en la nariz y ancianos esperando ser atendidos. El bullicio era ensordecedor a pesar del cartel que pedía silencio y calma. Tomó asiento en la sala de espera, y el alivio que sentía fue tan intenso sobre su agarrotado cuerpo que echó la cabeza hacia atrás y se quedó dormido.

Cuando abrí los ojos, me invadió un punzante y persistente dolor en la cabeza, era tan fuerte que sentí unas intensas ganas de gritar, pero como tenía la boca seca y los labios agrietados, tuve que conformarme con un gemido inaudible. Algo pitaba a mi alrededor y me picaba mucho el dorso de la mano derecha. Al girar la cara con dificultad, vi una aguja en forma de mariposa de la que salían dos tubos; por uno de ellos entraba a mi cuerpo una sustancia incolora que debía ser suero, por el otro, sangre.

Traté de removerme, pero el cuerpo apenas me respondía. Lo poco que podía visualizar desde mi posición eran algunas máquinas, una mesilla de noche, persianas bajadas y un sofá. Todo estaba en penumbra y el olor antiséptico se me metía en las fosas nasales provocándome náuseas. Forcé a mi dolorido cerebro para que hiciera memoria... ¿qué había pasado? ¿Por qué estaba en una cama de hospital? Volví a intentar hacer un movimiento lateral con la cabeza. Sobre una mesita, había una a una jarra de agua y una bolsa de plástico transparente que parecía contener mis objetos personales. Se me secó aún más la boca al fijarme, ¿aquellas eran mis bragas?

La puerta de la habitación se abrió, y un hombre cuarentón entró en la sala. Llevaba una bata blanca y un estetoscopio colgado del cuello. Me sonrió, afable, y sacó de su bolsillo un aparatito iluminado en un extremo. Acercándose a mí, me levantó los párpados y me acercó la luz, lo que me hizo girar la pupila en todas direcciones para esquivarla.

—Veo que ya está despierta, no nos ha hecho esperar mucho —dijo con una voz enronquecida que me resultó agradable—. Eso está bien... se ha dado un buen golpe, ¿eh? —Anotó algo en una planilla y guardó la lucecita en su bolsillo otra vez—. ¿Recuerda su nombre?

—Leire... Fernández —musité con dificultad—. A... agua.

—Naturalmente. —El médico me acercó el vaso, y, con esfuerzo, levanté la cabeza para beber—. Yo soy Octavio Flores, la he atendido desde que la trajeron esta mañana. Sus constantes vitales están bien... —Y otra vez anotó los datos—. ¿Se acuerda de lo que pasó?

—Cruzaba la calle y... creo que... —La cabeza me iba a estallar de un momento a otro, estaba preparada para ver sesos desparramados por todas partes—. Un coche me pasó por encima.

—Se saltó el semáforo y la arrolló —especificó el doctor Flores—. Ha tenido usted muchísima suerte, Leire, no sabe hasta qué punto. Si el vehículo hubiera colisionado con usted a más velocidad y el ángulo de choque hubiera sido frontal, podría haber sido fatal. —Sonrió, tranquilizador—. Afortunadamente, no ha sido así y solo tiene algunas contusiones y unos bonitos arañazos sembrados por el cuerpo.

Fruncí los labios sin encontrarle la gracia a todo aquello. El médico siguió haciéndome el reconocimiento, me midió la tensión, el oxígeno, la fiebre y unas cuantas cosas más con chismes que en mi vida había visto. Mientras me auscultaba, me enteré más o menos de cómo había ido a parar allí. Por lo visto, se había formado un tumulto a mi alrededor después del accidente y Agatha se había encontrado con todo aquello justo antes de su paseo.

Supuse que había sido ella la que había llamado a la ambulancia. Me habían atropellado en el paso para peatones que estaba frente al hotel, ¿no era irónico? Yo que quería aprovechar bien el día...

—Todo parece estar en orden, pero vamos a dejarla en observación, ha perdido bastante sangre, pero, afortunadamente, ha sido más aparatoso que peligroso. —Sonrió, encantado de repetir aquella frase—. Es normal que sienta mareos, náuseas y dolores. Le aplicaremos otro calmante en un par de horas. Intente descansar.

Dejó la estancia antes de que mi aturullada cabeza pudiera efectuar cualquier otra pregunta. Por lo que me había dicho, deducía que en cuanto pasara el efecto de lo que fuera que me habían puesto, iba a aullar porque me inyectaran otro calmante. Debía estar magullada hasta lo irreconocible, porque había partes del cuerpo que no me sentía. Un miedo tenaz me bajó por la espalda a modo de sudor frío cuando empecé a hilar mis pensamientos inconexos, ¿y si hubiera decidido llevarme a Darío esa mañana? ¿Y si Agatha no se hubiera quedado con él? Solo pensar que mi pequeño podría haber recibido algún golpe, que el accidente podría haberlo tenido a él como protagonista... ¿Dónde estaba? ¿Había alguien fuera que pudiera decírmelo?

Haciendo un esfuerzo titánico que me hizo gritar, intenté incorporarme. Si lograra alcanzar la bolsa con mis cosas, coger el teléfono y hacer una llamada... Estiré el brazo, parecía sano salvo por algunas raspaduras. Me dolieron las costillas cuando me incliné, empecé a marearme. Ya temía irme de bruces al suelo o vomitar sobre la cama cuando la puerta de la habitación se volvió a abrir. Giré la cara y mi alivio fue tan intenso que sollocé.

—Ey, ¿qué haces? No puedes moverte. —Darren estuvo a mi lado en dos zancadas y volvió a recostarme con toda su delicadeza—. ¿Qué ocurre? ¿Ibas a llamar a una enfermera? ¿Necesitas más calmantes?

—Darío —fue lo único que pude decir, pero al parecer, bastó.

—Mi madre está con él. —Darren me acarició el pelo, apartando un mechón de mi frente y frunciendo el ceño con consternación al ver el chichón—. Dios, Leire... cuando me llamó para decirme que te traían al hospital, casi me da un infarto, menos mal que estás bien.

Mi tranquilidad fue instantánea en cuanto supe que mi hijo estaba en buenas manos. Darren estaba ahí, a mi lado, Agatha lo había hecho venir. Poco a poco, las piezas que formaban el puzle de las últimas horas fueron teniendo sentido en mi mente, el aturdimiento se me iba pasando en la misma medida que el dolor se hacía presente.

—Estoy bien —me aclaré la garganta y le esboqué una tímida sonrisa—. El médico dice que... solo son unos golpes.

—Estás drogada hasta las cejas, mi amor. —Darren se rió y me dio un beso apenas perceptible en los labios—, en cuanto se te vaya el efecto, ya verás cómo no dices eso.

Esperaba de todo corazón que se equivocara. Me pasé la lengua por los labios y Darren entendió el gesto como una petición muda. Cogió el vaso de agua de la mesilla y me lo acercó a los labios. Bendito fuera, ni siquiera tenía que pedirle las cosas para que me las diera. Cuando hubo saciado mi sed a pequeños sorbos y volvió a dejar el vaso, me cogió la mano y besó los nudillos.

—Mi madre te traerá ropa limpia, se ha ido para darle de comer a Darío, pero enseguida estará aquí. Las cosas que llevabas durante el accidente están en esa bolsa.

—Darren... —Su oportuno comentario encajó otra pieza. No pude verme, pero estaba segura de que me había sonrojado. No había forma de preguntar aquello con tacto, así que... más valía enfrentarlo cuanto antes—: ¿Por qué están mis bragas en la bolsa?

La voz debió sonarme infantil y lastimera porque no pudo esconder su sonrisa. Me besó la mano otra vez, presionando con fuerza los labios suaves y cálidos contra mis nudillos fríos. Imaginé que lo hacía para darse tiempo y que la risa no lo delatará de más.

—Tuvieron que desnudarte para hacerte un reconocimiento completo, es el proceso rutinario —explicó—, así pueden descartar cualquier tipo de lesión o hemorragia.

Vale, eso lo entendía...

—Pero... ¿las bragas? —hice un mohín y apreté instintivamente las piernas. Fue un error, descubrí al tener que quejarme de dolor.

—Tranquila, te aseguro que el doctor estaba más interesado en otras partes de tu cuerpo que necesitaban atención inmediata. —Darren parecía divertido—. Lo único que importa es que estás bien y entera.

—Y desnuda —me empeciné.

—Llevas un camisón de hospital tremendamente favorecedor. —Se rió cuando intenté pegarle con la mano libre, sin éxito—. Vamos, quieta o te harás daño.

Para relajarme, me contó las peripecias ocurridas desde el accidente. Agatha lo había llamado, y él había abandonado la lectura de guion a todo correr. Su madre y Darío habían venido conmigo en la ambulancia, y por lo visto el niño había intuido que algo malo pasaba porque se había pasado todo el trayecto llorando. Aquello me conmocionó, sobre todo porque no podía recordar nada. Darren había llegado unos minutos después, con el coche que habíamos alquilado para movernos por la ciudad.

—Has estado inconsciente unas cuantas horas, eso es muy peligroso para los golpes en la cabeza, te hicieron pruebas para asegurarse de que no había lesiones, y

entonces pudieron sedarte. —Suspiró—. Me he llevado un susto de muerte.

—Creo que se empieza a ir el efecto... Me duelen las costillas. —Y daba gracias a Dios de no haberme partido ninguna, o el dolor sería insoportable—. ¿Cuándo traerá Agatha a Darío? Quiero verlo.

—No vas a poder moverte, Leire. —Darren sonaba comprensivo y tranquilo, pero yo lo conocía, y esas arrugas laterales que le marcaban los ojos eran de preocupación—. Vas a pasar unas horas muy malas, estarás incómoda y dolorida. Lo mejor es que intentes descansar. Mañana podrás verlo, te lo prometo.

Asentí porque mostrarme en contra sería empezar una discusión que no podía ganar y para la que no tenía fuerzas. Darren se quedó conmigo, haciéndome compañía y distrayéndome. Una enfermera me trajo una bandeja con comida, e hice lo que pude para tomarla. La promesa de que habría más drogas si no me dejaba ni una migaja fue estímulo suficiente. Al acabar, recosté la cabeza en la almohada, agotada como si hubiera corrido un maratón.

La misma enfermera que me había traído la bandeja volvió para llevársela poco después. Me dedicó una sonrisa reseca, aunque toda su atención estaba puesta en Darren. Gruñí cuando me puso el termómetro, pero, para mi vergüenza, ni siquiera se dio cuenta. Me tomó las constantes vitales otra vez, mirándome solo lo justo y prestando atención a mi famoso novio. No podía culparla, de haberme encontrado en pleno uso de mis facultades, yo también lo habría mirado más. Estaba guapísimo con aquellos tejanos oscuros y el suéter beige, y también, de haber estado lúcida, me habría molestado mucho por la forma tan grosera en que aquella mujer ignoraba sus responsabilidades hacia una paciente para babear frente a mi novio.

No obstante, era ella la que administraba aquellas drogas milagrosas, así que cuando me inyectó la solución en la vía y empecé a notar sus inmediatos efectos, la perdoné por su debilidad. Después de todo, ¿quién podía resistirse a Darren?

Cuando nos dejó a solas, él cerró la persiana que daba al pasillo para librarme de la molesta luz fluorescente que entraba a través de las rendijas. Me acercó un poco más de agua y luego me alisó las sábanas, cubriéndome hasta por debajo del pecho, mientras mis ojos empezaban a pesarme.

—Descansa un poco, cariño —su voz susurrante era como un bálsamo delicioso que se me extendía por las doloridas articulaciones—. Te sentirás mejor cuando despiertes. —Su beso en mi mejilla fue una bendición—. Pronto nos iremos a casa.

Con un suspiro de satisfacción, proveniente tanto de su presencia como de los potentes calmantes, me dejé llevar a esa nebulosa de sueño sin dolor, cayendo en sus redes sin hacer ningún esfuerzo por evitarlo.

Por la mañana, me trajeron el desayuno y una tanda de pastillas inferior a las de la noche. El doctor Flores volvió a revisarme y aplicó potingues de diversa naturaleza a las heridas abiertas y arañazos que tenía por el cuerpo. Volvió a pasarme la luz por las pupilas y determinó que los malestares que sentía eran normales tras el golpe con el coche.

—No necesita estar sedada, aunque comprendo que se sienta incómoda —me dijo con una sonrisa afable—. Tómese esta pastilla para el dolor de cabeza cuando acabe de comer y si se siente con fuerza, podrá levantarse y estirar las piernas.

—Doctor... ¿cree que me dará el alta pronto?

—Si no presenta ninguna complicación y todo sigue como hasta ahora, es muy posible que esta noche duerma en su cama.

Aquello me sonó maravillosamente bien. Por muy dolorida que me sintiera, no quería perder la oportunidad de demostrar que estaba mucho mejor. Afortunadamente, no me había roto nada, y las piernas, aunque dormidas por haber estado tantas horas quieta, me funcionaban. Algo más animada, me comí todo lo que me habían puesto, incluido el descafeinado color barro rojizo y el calmante para la jaqueca. Acababa de poner la servilleta en la bandeja vacía cuando alguien llamó a la puerta. La cara sonriente de Agatha asomó en el umbral.

—¿Se puede? Aquí hay alguien que quiere ver a su mami.

Me apoyé en las almohadas con una sonrisa de oreja a oreja, extendiendo ya los brazos. Mi suegra entró a la habitación con Darío, que estaba guapísimo vestido con un peto color verde y un suéter blanco.

—Hola, cariño. —Lo besuqueé, sentándomelo encima—. Cuánto te he echado de menos. El pequeño balbuceó algo que cada día se parecía más a la palabra mamá —. Qué guapo estás... ¿has sido bueno con la abuela?

—Un verdadero ángel. —Agatha se sentó en el sofá que estaba junto a la cama—. Parece que no ha sacado el carácter de su padre, por suerte.

—Por cierto... ¿y Darren? ¿Ha venido con vosotros?

La cara de circunstancias de Agatha no me dio buena espina. Esa mañana me había dado por pensar que quizá Darren tuviera problemas por haberse ausentado de los ensayos..., pero creía que al tratarse de un caso de fuerza mayor, su representante sería capaz de arreglarlo.

—Está hablando con su abogado —las palabras de mi suegra no me tranquilizaron—, el conductor que te atropelló, se estampó contra una farola unos kilómetros más adelante. —Alzó la mano para frenarme cuando me vio abrir la boca—. No está muerto.

—Bueno... no puedo decir que sienta que se haya quedado sin coche. —Le sonreí a Darío, que intentaba ponerse de pie sobre mi regazo.

—Iba bebido, como cabía esperar. —Agatha parecía asqueada—. Por supuesto. Darren quiere denunciar y llevar a cabo todas las medidas pertinentes, pero su abogado le aconseja que intente llegar a un acuerdo con él. Su representante opina lo mismo

—Para que no haya escándalos antes de la obra —ella asintió—, y pretenden que nos dé dinero —volvió a asentir—. No creo que Darren se sienta satisfecho con eso...

—En lo más mínimo, ni yo tampoco. —Agatha se levantó, haciendo sonar los collares que llevaba en el cuello—. No solo ponía en peligro a transeúntes y conductores por ir borracho, además, podría haber dejado a este niño sin madre y matado a una mujer joven e inocente. Debe pagar.

El dolor de cabeza empezaba a acrecentarse por momento. Darío me puso sus manitas suaves en la cara, gorjeando para llamar mi atención. Le sonreí, alcanzándole el dinosaurio de peluche que había traído en la mano. Por supuesto que quería que ese conductor pagara por su irresponsabilidad. Cuando pensaba lo que podía haber pasado... que podría no haber vivido para ver crecer a mi hijo, o haberme quedado impedida y no poder atenderlo, una rabia frustrante me subía por la garganta. Pero por otro lado, ¿de qué iba a servir? Un proceso judicial perjudicaría el trabajo de Darren, y lo único que querían los abogados sería pleitear por una cantidad mayor o menor de dinero.

—La verdad es que no sé qué sería mejor —le dije a mi suegra—, denunciar e ir a juicio puede ser largo y cargante, pero tampoco me gustaría que esto se quedara así, he tenido suerte, ¿pero y si no hubiera sido así?

—Eso es lo que debes pensar, querida. —Se sentó a los pies de la cama, mirándome—. Ya sé que el dinero no es el punto fuerte de este asunto, pero si pagarlo sirve para que ese hombre se lo vuelva a pensar antes de coger el coche habiendo bebido, que pague. —Se golpeó la mano derecha con el puño izquierdo—. Y por Dios santo, que le quiten el carné.

Ahí sí estaba totalmente de acuerdo con ella.

Pasé dos horas con Darío y con Agatha en la habitación. Pude levantarme y caminar un poco, le cambié el pañal a mi hijo y le di su merienda. Mi suegra aprovechó para contarme que Darren les había dado a mis padres una versión algo más suave de lo ocurrido, sobre todo porque en esos momentos ellos estaban bastante lejos y esa distancia solo haría que todo pareciera más grave de lo que era.

—Si la cosa hubiera sido peor, los habría traído enseguida, por supuesto —explicó—, anoche estabas demasiado débil, pero antes de que llegáramos, me ha dicho que si quieres, puede avisarles para que vengan.

—Esta noche seguramente me darán el alta, así que los llamaré cuando esté en el hotel y les contaré que solo ha sido un golpecito sin importancia. —Mi madre podría tener un ataque de histeria en cuanto oyera que me habían ingresado, aunque solo fuera preventivamente—. Espero que puedas irte mañana a mediodía como tenías previsto, Agatha, no quisiera entorpecer tus planes.

—Bobadas. —Me sonrió, quitándole importancia a mis palabras con un movimiento de su mano—. Scotty lo entenderá si me retraso, no quiero volver hasta no dejarte instalada y estar segura de que te encontrarás bien.

Darren eligió ese momento para entrar. Nos sonrió a las dos y levantó a Darío del cochecito en cuanto le alzó los brazos. El niño se rió y balbuceó «paaá», haciendo que todos riéramos.

—Cada vez está más cerca. —El orgullo de Darren era patente.

—Será mejor que me lo lleve fuera antes de que lo llenes de babas. —Agatha recuperó a su nieto—. Vamos a la cafetería, grandullón, la *abu* necesita merendar. Di hasta luego a los papis.

Movió su manita, y nosotros hicimos lo mismo, sonriendo como tontos. Una vez nos quedamos a solas, volví a la cama para descansar un poco de mi paseo, y Darren se sentó a mi lado.

—Estás mucho mejor.

—Espero que el médico piense igual, quiero el alta hoy mismo.

—Ya lo suponía yo. —Me cogió la mano, acariciando el morado que me había dejado la vía—. ¿Te ha contado mi madre que estaba reunido con el abogado? —Asentí—. ¿Qué opinas?

—No quiero que ningún escándalo perjudique la publicidad de tu obra.

—Eso no tiene importancia. —Hice un mohín, y él se rió—. Tanto mi agente como mi abogado creen que se puede llegar a un acuerdo con la parte contraria, no dudo que ese tío también quiera evitar el juicio.

—¿Qué tipo de acuerdo? ¿Monetario?

—Además de retirada del permiso de circulación. —Me miró—. Y, probablemente, pena de prisión de algunos meses por negación de auxilio. Si no se hubiera llevado por delante la farola, no lo habrían cogido.

—Supongo que tendré que testificar. —Darren asintió—. ¿Cuándo?

—Si te sientes con fuerzas, mi abogado puede tomarte la declaración hoy mismo para que todo esto quede listo lo antes posible.

Estuve de acuerdo inmediatamente. Quitarme todo aquello de encima cuanto antes era lo único que quería, así que lo azucé para que lo hiciera en ese mismo momento. Darren se extrañó al principio, pero terminó por aceptar y salió fuera en busca de su abogado, un hombre de cuarenta años, con algunas canas incipientes, que había llevado sus asuntos legales desde el despegue de su carrera.

Nos presentó, y procedí a contarle todo lo que recordaba, como había cruzado la calle por el paso de cebra y el coche me había golpeado, dejándome tirada en plena carretera. Le conté también lo que me había explicado Agatha sobre mi traslado al hospital, y cogió una copia del informe médico. Pensé que me citaría para una vista o algo semejante, pero al parecer con eso era suficiente. Dado que la parte contraria de momento no tenía ni siquiera representación legal, nosotros haríamos el primer movimiento.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que le pida al doctor Flores un calmante?

—No, Darren, no quiero que me dé nada que no sea el alta. Quiero volver a nuestra vida.

—Y yo, cariño. —Apoyó la cabeza en mi pecho, meloso, haciéndome sonreír—. Qué susto me has hecho pasar...

—¿Ah, sí? Bueno..., solo quería llamar tu atención un par de días. —Le sonreí coquetamente—. Ya veo que ha funcionado

—La próxima vez bastará con que agites la mano ante mí. —Los dos nos reímos—. Por cierto, tengo una cosita para ti. —Se revolvió en los bolsillos de la chupa y sacó una bolsa de terciopelo de una joyería—. Lo prometido es deuda.

Con las cejas enarcadas, saqué de dentro una caja y me encontré con un solitario de oro blanco y brillantes engarzados que destelló bajo los fluorescentes de la habitación. Me quedé impresionada y lo miré sin saber qué decir.

—¿No te gusta? ¿Preferías algo con más color?

—Es... es exquisito. —Ni siquiera me atrevía a leer el certificado de garantía que reposaba en el fondo de la bolsa para ver los quilates—. Darren..., no tenías por qué, ya tengo un anillo.

—Pero es más simbólico que otra cosa. —Lo sacó con cuidado y me cogió la mano—. Y de atrezo. Este es auténtico. —Lo deslizó ceremonialmente por mi dedo—. Te queda perfecto.

Me acerqué y le di un beso en los labios. Lo cierto es que se sentía muy bien llevarlo puesto, era una joya preciosa y muy cara, pero también era un símbolo de unión entre los dos, y eso era lo que más valor tenía para mí. Vólvimos a guardarlo después de haberlo contemplado durante un rato porque no podía llevar joyas puestas hasta que no me dieran de alta. Darren lo dejó en la pequeña maleta donde había traído mis cosas personales y se acomodó junto a mí en la cama, acariciándome la cabeza como yo había hecho con él en la sierra para calmarlo, tanto tiempo atrás.

—No sé si debería decírtelo, pero... —carraspé—, cuando me desperté y... me enteré de lo del accidente y el golpe del coche... recordé lo que habíamos hablado la noche anterior, sobre intentar... tener un hijo y pensé...

—¿Qué podías haber estado embarazada y haberlo perdido —terminó por mí, besándome con más fuerza en la coronilla—. No pienses eso, cariño, solo servirá para que estés preocupada sin motivo. Es demasiado pronto, solo nos habíamos acostado una vez sin tomar precauciones.

—Lo sé, ya lo sé... luego fui racional y me tranquilicé, pero... ¿y si lo hubiera estado y hubiera pasado esto?

—Pues... habría sido un golpe devastador —coincidió, abrazándome—, pero habríamos estado el uno para el otro, habríamos tenido a Darío. De algún modo, lo habríamos superado.

Me quedé callada, imaginando cómo me habría sentido si al despertar alguien me hubiera dicho que había abortado. Un escalofrío me recorrió, y me pegué más al calor del cuerpo de Darren. Él tenía razón, ¿de qué me valía castigarme de esa manera? Había tenido la suerte de salir de un accidente solo con unos pocos rasguños, tenía a mi lado a toda una familia que se preocupaba por mí, que cuidaba de mí, una suegra cariñosa, un hijo maravilloso y una pareja que lo dejaba todo de lado para acudir junto a mí. No podía dejar que mi propia imaginación fuera más grave que lo que me había ocurrido.

—Todo irá bien —me susurró Darren—, no te preocupes por nada, porque sabremos llevar tanto las cosas buenas como los problemas que nos afecten. Estamos juntos, y así somos más fuertes.

Recibí el alta con mucha felicidad y más tranquilidad. Darren no se había separado de mí, y Agatha solo se había marchado con Darío en cuanto le aseguramos que firmaríamos los formularios y la seguiríamos al hotel inmediatamente. Por fin, abandoné la bata de paciente y me puse mi propia ropa, con todo el cuidado que pude, mientras acababa de recoger el cepillo del pelo y el maquillaje con el que había intentado dar a mi cara un aire más saludable. Darren se encargó del papeleo y me lo trajo para que lo firmara.

Esperaba ver la llegada del atardecer a la salida del hospital, pero Darren y su agente, que hacía las veces de chófer, me llevaron hacia los aparcamientos subterráneos donde habían dejado el coche.

—¿Por qué no has aparcado en la puerta principal? —le pregunté, cogida de su brazo—, creo que el camino es más corto.

—Hay prensa fuera. —Sonrió al ver mi cara de desconcierto—. Por lo visto, les resulta interesante la noticia de que la novia de un actor de teatro haya estado hospitalizada.

—¿Estás de broma?

—Es mejor que no lo pienses, te dolerá más la cabeza.

Me condujo a través de los coches hasta llegar al oscuro que habíamos alquilado al llegar a la ciudad. Ahora estaba distinto, le habían tintado las lunas. Me abrió la puerta mientras su agente terminaba una llamada telefónica con el director de la obra y procedía a ocupar el lugar del conductor.

—Esto debe de ser una broma... —insistí, subiendo detrás—. ¿Qué interés puede tener cualquier persona en mí?

—Va con mi fama, cualquier cosa que gire a mi alrededor, es noticia.

—¡Venga ya! ¿Yo?

Encogiéndose de hombros, Darren entró en el coche a mi lado y me ayudó con el cinturón, después cerró la puerta e indicó que podíamos ponernos en marcha. Aunque la presencia de su agente ya se me hacía familiar en lo referente a sus decisiones laborales, el que nos llevara en un coche tintado era el colmo del surrealismo. Me arrellané en el asiento e intenté no pensarlo. Solo quería llegar al hotel, ponerme mi pijama, las zapatillas, y dedicarle tiempo a mi hijo.

Por fin salimos a la luz mortecina de la tarde desde un lateral del hospital, nos incorporamos a la calle principal en la rotonda y nos perdimos de vista a velocidad moderada, aun así, pude ver el reflejo de la lluvia de flashes intentando seguirnos.

Agatha se negó en rotundo a que la acompañáramos al aeropuerto, así que Darren me dejó en el hotel con el niño y cuando se aseguró de que estaba bien, se marchó al teatro para volver a sus ocupaciones. Estuvo varias horas trabajando y poniéndose al día después de las horas que había perdido conmigo en el hospital. Para cuando volvió, pasaban de las once. Dejó su chaqueta y las llaves en su sitio y entró a ver a Darío, que descansaba plácidamente en su cuna mientras yo lo miraba.

—Vaya, ya se ha dormido —comentó acercándose y dándole un suave beso en la frente—, ¿Has podido ocuparte bien de él a pesar de las molestias?

Me até la bata que llevaba sobre el camisón y le sonreí, asintiendo con la cabeza. Mi muestra de voluntad se ganó un beso y una caricia. El caso es que no había sido tan difícil como había supuesto. Los calmantes ayudaban mucho y, gracias a ellos, pude bañar al pequeño y darle su biberón. Después lo acuné y lo vi quedarse dormido en mis brazos, algo que había echado mucho de menos en el hospital. Después había hablado largo y tendido con mis padres y me había refrescado y puesto mi pijama yo sola.

—Ahora podrás descansar. —Darren me besó otra vez y desvió su mirada al pequeño—. En apenas un par de meses, Darío cumplirá un año, tenemos cientos de cosas que planear. —De pronto parecía exaltado—: ¡El tiempo se irá enseguida y no hemos planificado nada!

—¿Cientos de cosas? Cariño, cumple un año, yo también estoy emocionada, pero él ni siquiera será consciente de nada. —Me reí. Buscando no despertar a Darío con nuestra conversación, nos dirigimos a la parte de la habitación que hacía las veces de sala de estar—. Bastará con que esté toda su familia.

—Tienen que haber muchas golosinas y globos y serpentinas y...

—Darren, no te pases, es demasiado pequeño para disfrutar de todo eso —intenté hacerlo razonar, sonriendo—, probablemente se asustará si un globo le explota demasiado cerca.

—Lo sé, estoy un poco... muy ilusionado. —Se encogió de hombros—. Ya sabes, es el primer cumpleaños de mi primer hijo.

—Yo también estoy deseando que llegue el momento, pero tomémoslo con calma.

Darren asintió, aunque estaba convencida de que su cabeza seguía planeando mil y una ideas para hacer del cumpleaños de Darío, un evento colosal. Puede que el pequeño no lo recordara con el paso de los años, pero estaba claro que su padre sí lo haría.

—¿Te has tomado la medicación que dijo el médico? —preguntó.

—La he tomado a mis horas, sí.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que vayamos a dormir? —chasqueó la lengua, examinándose con ojo clínico—. No debería haberte dejado sola...

—Relájate, estoy bien, llevo descansando dos días, lo menos que quiero es dormir. —Por mi parte, lo miré con seriedad—. Tenías que ocuparte de tu trabajo, y yo, de mi hijo. Estoy perfectamente.

Me estudió unos segundos, aproximándose para besarme en los labios. En principio, resultó apenas un dulce roce, pero poco a poco, la pasión que manteníamos guardada fue apoderándose de nosotros, haciendo que resultara un beso más ardiente.

—Creí que llevarías puesta mi camisa —me dijo cuando rompimos el beso, para poder respirar, manteniéndonos muy juntos—, me gusta que la uses para dormir.

—Puedo cambiarme si quieres... o ponérmela después.

Me hizo ver que había entendido mi invitación volviendo a besarme. Me sentía ansiosa de él y de su amor, de su calor y sus caricias, del simple hecho de sentirlo cerca de mí. Estar en contacto con Darren me hacía sentirme viva y entera, algo que me era muy necesario tras un accidente como el que había tenido. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, directas al nudo de la bata, pero antes de soltarlo, paró en seco, mirándome con seriedad.

—¿Estás segura de esto? Puedo esperar lo que sea, cariño. Si no te encuentras del todo bien..., lo entenderé.

—No sé si puedo decir que he estado cerca de morir —le dije, viendo sus ojos brillantes por la pasión—, pero lo único que quiero ahora es una dosis de vitalidad... y nadie puede dárme la como tú.

Sentí sus labios en mi cuello, haciendo que se me estremeciera hasta el alma. Era una sensación tan turbadora que me hacía flotar y suspirar de alivio y placer. Por fin, desató la bata y, con delicadeza, me la quitó. Sin dejar de besarme, bajó uno de los tirantes del camisón, y entonces, a pesar de mis palabras, rehuí unos pasos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó con voz ronca—. ¿Has cambiado de idea? Cariño, no pasa nada porque no puedas...

—No, no es... no es importante —traté de justificarme.

—Mi vida, ya te he dicho que no tienes que hacer esto si no quieres, comprendo que... bueno, el accidente está reciente y...

—Darren, no es eso, de verdad que no, quiero que pase, lo deseo con todas mis fuerzas, puedo jurártelo. —Esperaba que mis ojos anhelantes fueran más elocuentes que yo.

—¿Entonces, por qué no me dejas tocarte? —preguntó, acercándose—, puedes contarme lo que sea, lo sabes. Cualquier cosa, yo lo comprenderé.

—Tengo muchos arañazos y moratones —decidí que sería mejor que le dijera las cosas claras antes de que mi silencio las hiciera peor—, por el choque y... tal vez pueda resultarte... desagradable. No se me verá si me dejo el camisón puesto.

Darren me miró a los ojos. En ellos vi la transparencia que encuentras cuando hablas con tu mejor amigo, la confianza que te da un novio, el amor de un marido y el deseo de un amante, todo al mismo tiempo. Sin decirme nada, deslizó el tirante del camisón por mi hombro y posó sus cálidos labios sobre una de las marcas, besándola con pureza y ternura. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, para mi eterna vergüenza, no pude controlar un hipido.

—Pensar que podría haberte perdido... —dijo—, no hay absolutamente nada que pueda hacer que deje de sentir amor y deseo por ti, nada. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca, eres preciosa por fuera y aún más por dentro. ¿Cómo puedes pensar que esas insignificantes marcas podrían cambiarlo?

—Yo... no sé, solo quería... —no supe que decirle, aún conmovida por su gesto.

—Nada podrá impedir que nos amemos esta noche, mi amor, ni el resto de nuestras vidas.

Selló sus palabras con un ardiente beso en mis labios, al que yo correspondí, sintiendo mi corazón estallar de felicidad. Nos cogimos de la mano y fuimos lentamente a la cama, teníamos toda la vida por delante, no existían prisas. Nuestro amor era una receta que debía cocinarse a fuego lento y a su tiempo. Después de lo ocurrido, del miedo que ambos habíamos pasado, nos teníamos ganado ese momento. A pesar de sus muchas ansias, Darren trataba de resultar lento y caballeroso en sus caricias y besos, pues no alejaba de su cabeza la idea de que yo estaba delicada. Era un hombre tremendamente detallista en todos los aspectos de su vida.

Nos tumbamos despacio, completamente desvestidos, mirándonos a los ojos como dos quinceañeros que se escapan de casa y se tocan por primera vez. Mimó las marcas enrojecidas de mi cuerpo, los pequeños apósitos y puntos que me habían diseminado donde el impacto del coche había sido más fuerte, sin que su mirada mostrara nada más que amor.

—Abrazame —me pidió, casi como si fuera un ruego—, abrazame para que pueda creer que todo está bien.

Rodeé su espalda con mis brazos, con fuerza y decisión, acariciándolo y transmitiéndole con gestos y palabras todo el amor que sentía por él y que hervía en mi interior ante sus caricias.

Cuando nuestros cuerpos finalmente se unieron, parecíamos bailar una danza perfecta, habíamos nacido para ello, pues mis brazos encajaban en su cuerpo tan perfectamente como sus labios en mi cuello y sus caderas sobre las mías. Se movía rítmicamente, sanando mi interior con las caricias de su pasión, amándome, colmándome, dándome todo lo que me complacía hasta nublarne los sentidos. El dormitorio se llenó de profundos suspiros y felices miradas, sonrisas cómplices y gemidos anhelantes.

Una vez alcanzada la cumbre del placer, un beso en los labios y un profundo abrazo sellaron el momento. Darren se tumbó en la cama y me apoyó en su pecho,

rodeándome con sus brazos y acariciándome, manteniéndome en todo momento muy cerca de su piel. Después de tanta angustia y dolor, por fin habíamos vuelto a encontrar el camino a casa.

Los dos meses que faltaban para el cumpleaños de Darío pasaron tan rápido como Darren había predicho. Culminados los ensayos de la obra, las representaciones habían empezado hacía una semana, siendo todo un éxito. El teatro colgaba todas las noches el cartel de no hay entradas, y yo ya había visto la obra unas cinco veces, sorprendiéndome siempre de los matices y la riqueza que Darren daba a su personaje. Las críticas estaban a su favor, y ya había quienes proclamaban un Tony por su actuación. Su Juan Tenorio enamoraba, dejando claro que la representación de grandes clásicos de la literatura era el punto fuerte para Darren.

Darío crecía fuerte y sano, sorprendiéndonos cada día con una palabra nueva en su vocabulario y dando sus primeros pasos por la casa, así como dejando su firma de identidad en las paredes, mesas y todo aquello que encontrara a su paso.

—Tal vez va a heredar la vena artística inclinada hacia la pintura—solía bromear Darren, que enmarcaba cada trozo de papel que nuestro hijo pintarrajeaba.

Era una fortuna que no hubiera explorado su talento en las paredes del hotel. Habíamos alquilado un apartamento de tres habitaciones, con amplio salón y una terraza cubierta que hacía las delicias de todos los que nos visitaban. Yo, acostumbrada a mi reducido espacio, debía hacerme a la idea de que viajando por distintas ciudades tendríamos distintas viviendas, e intentaba que todas albergaran calor de hogar para que los recuerdos fueran agradables. Sin duda, aquel lugar guardaría siempre un significado muy profundo para nosotros, pues sería donde nuestro hijo cumpliría su primer año.

Esa mañana, mientras yo hacía las llamadas pertinentes a la pastelería y terminaba de acondicionar las mesas y sillas en el amplio salón, Darren permanecía sentado en su sofá favorito de la sala, hinchando globos a pulmón sin medida.

—¿Has llamado a tus hermanos ya?—preguntó Agatha, que había llegado un día antes, ayudándome con las sillas—. ¿Darren? Hijo, por el amor de Dios, usa el hinchador, te estás poniendo azul.

Darren soltó el globo, que salió volando por todo el salón hasta quedarse completamente vacío de aire y que cayó al suelo en alguna parte indeterminada de la casa. Estalló en carcajadas, y Darío empezó a aplaudir desde su parque.

—No sé quién es más pequeño, si tú o él.—Me reí mientras él me guiñaba un ojo, sin darle importancia al asunto—. Lleváis tres días con el subidón de la fiesta.

Agatha empezó a extender los manteles sobre las mesas. La noche anterior, cuando había llegado, me había pescado hablando por teléfono con mi madre, que llegaría esa misma tarde para el cumpleaños. Había insistido en ponerse e intercambiar unas palabras con su consuegra, alegando que era una lástima que apenas se conocieran y que la distancia por los viajes que nos veíamos obligados a realizar no debía ser impedimento para comportarnos como una familia unida.

—¿Has avisado a todo el mundo?—siguió insistiendo

—Sí, mamá, están todos avisados con la hora de la fiesta y todo preparado. Aún faltan algunas horas.—La miró, con un globo a medio hincharse en la mano—. Relájate.

Se levantó y caminó hacia nosotras, esquivando los cientos de globos de distintos colores y formas que él mismo había inflado, y nos ayudó a poner el resto de sillas alrededor de la mesa. Yo miré el trabajo realizado satisfecha. Podíamos haber contratado un servicio de catering que lo dejase todo listo, pero tanto Darren como yo habíamos preferido preparar el cumpleaños de nuestro hijo con nuestras propias manos. Nos habíamos encargado de casi toda la comida y las compras. Empaquetado los regalos, encargado el pastel... como haría cualquier familia normal.

—Hace rato que no oigo a Darío.—Agatha soltó el extremo de las serpentinas y volvió la vista al parquecito—. Oh, se ha quedado dormido.

—Le conviene la siesta, para no agotarse después.—Terminé de colgar el cartel de feliz cumpleaños y me bajé de la escalera para verlo a distancia—. Perfecto.

—Podrás darle el regalo luego, mamá—comentó Darren, picoteando entre las golosinas que ya estaban abiertas—, aunque tendrás que ayudarlo a desempaquetarlo.

Poco antes de las cinco de la tarde, Darren y yo subimos a nuestro dormitorio para arreglarnos antes de que los invitados comenzaran a llegar. Mientras él se duchaba, yo me maquillaba frente al tocador. Mi mente era un batiburrillo de tareas a medio hacer. Tenía conformado un listado mental para asegurarme de no dejar nada sin atender. Agatha había acudido al aeropuerto a recoger a mis padres, y la hermana de Darren acababa de llamar para avisar que estaba llegando con su hija. Daniel también estaba de camino, y los hijos de nuestros vecinos empezarían a llamar a la puerta en breve.

Sonreí al recordar la estupefacción de algunos de ellos cuando el mismísimo Darren Matthews les había llevado la invitación para el cumpleaños de su hijo. Aunque aquella era una zona relativamente acomodada, no había otros famosos viviendo en nuestros alrededores (por ello Darren había escogido ese vecindario) y se les hacía extraño tener a un actor de teatro en la casa de al lado.

Cuando dejé el lápiz de ojos y cogí el rímel, sentí que se me iba la cabeza y tuve que sujetarme a la pared y cerrar los párpados un instante. Notaba que me hormigueaban las sienes y que las piernas dejaban de poder sujetar mi peso. Oí la puerta del baño y luego sentí unos brazos firmes aferrándose por los hombros. El semblante preocupado de Darren ocupó mi campo de visión cuando pude abrir los ojos.

—Ey, ¿estás bien?—preguntó, aplicándose en sujetarme. Llevaba una toalla atada a la cadera y el pelo húmedo—, coge aire, eso es... parece que te has mareado.

—Sí, sí. Solo estoy un poco... agotada, me he levantado prontísimo esta mañana.

—¿Seguro que solo es eso?—Me cogió la cara para mirarme en busca de cualquier síntoma—. ¿Te duele algo?

—No, estoy completamente segura.—Le sonreí, quitándole importancia—. Mejor terminemos antes de que llegue la familia.

No sé si se quedó conforme, pero no insistió. Se fue al armario y empezó a sacar su ropa. Yo respiré hondo varias veces e intenté seguir con mi arreglo.

Guardé el maquillaje tras aplicarme polvos en las mejillas, que estaban extrañamente pálidas, y comencé a cepillarme el pelo, había ido a la peluquería el día antes para estar presentable en un evento tan importante, así que con un par de pasadas, quedé perfecta.

—Cielo, ¿has visto...?

—En la parte baja del armario, por la derecha—contesté a Darren sin tener que mirarlo. Él se dirigió allí y sacó su cinturón de piel para los vaqueros. Mientras lo metía por las trabillas, me miró—. Premio.—Le sonreí.

—¿Cómo lo haces?—preguntó—, ni siquiera necesito terminar las frases.—Se puso una camiseta negra y unos zapatos a juego.

—Te conozco muy bien, sé qué es lo que nunca encuentras y lo que siempre me preguntas.

—Eres absolutamente perfecta.—Me miró de arriba abajo. Yo también llevaba unos vaqueros, de un azul intenso, combinados con una camisa de botones, entallada, en color aceituna y unos botines bajos con motivos étnicos en tonos verdes—, Y estás preciosa.

Le sonreí a través del espejo.

Llegó todo el mundo, y en cuestión de minutos, la casa fue un hervidero de niños y adultos deseosos de comer y conversar. Mis padres me acapararon un momento para que les contara en persona lo ocurrido en el accidente, y yo intenté hacer ver que todo eso había quedado muy atrás. Habían ido a verme el fin de semana siguiente a mi alta, pero por lo visto todavía no se habían asegurado del todo de que estaba bien. Pese a ello, la fiesta estaba resultando un éxito. Darío pasaba de unos brazos a otros; abuelos, tíos, primos y demás familiares y amigos querían besarlo, mimarlo y ofrecerle un sinfín de regalos.

Pasó la tarde entretenido con sus primos o en el parquecito con sus nuevos juguetes, sonriendo y regalando balbuceos a todo el mundo. Mi cuñada nos deleitó con algunas historias antiguas que hicieron sonrojar a Darren, y Scotty, su padrastror, se mostró solícito a servir mesas y rellenar las fuentes de comida que habían quedado vacías. Agatha me explicó que antes de poder montar su negocio de piezas de automóvil había trabajado como jefe de camareros en un restaurante.

Estaba ordenando los regalos sobre una mesa auxiliar cuando volví a sentir le sensación de vahído. Disimuladamente, me acerqué a la mesa principal dando pasos inseguros con unos pies que repentinamente me pesaban mucho, tomé un vaso de agua y me apoyé en la pared, donde respiré hondo varias veces. Darren se acercó a mí. Llevaba guirnaldas de colores brillantes en el cuello y unas pulseras infantiles que le habían dado los niños.

—¿Te encuentras mal otra vez? —me preguntó, tocándome la frente—. Sudas frío.

—Supongo que es... el calor, hay tanta gente aquí... —Me acabé el agua de un par de tragos—. ¿Quién no se sofocaría entre tanto niño?

—Estás pálida, cariño, ¿has comido algo? ¿Quieres algo frío o...?

—Tranquilo, estoy bien, de verdad.

Logré aguantar hasta que los últimos invitados se fueron. Cuando cerré la puerta y me di la vuelta, la imagen de mi cuñada, Agatha y mi madre repitiendo pastel se me emborrónó. Ví a medias a mi padre darle un codazo a Darren y a este venir hacia mí en dos zancadas. Estiré los brazos, y me sujetó antes de que se me quedara todo negro.

No me enteré mucho de cuándo subimos al coche, pero sí oí que Darío se quedaba al cuidado de las abuelas hasta que nosotros volviéramos. Darren condujo hacia el centro de salud sin dejar de preguntarme qué sentía, desde cuándo estaba así o por qué no le había dicho nada para despachar antes a la gente. No estaba segura de que estuviera contestándole con coherencia, pero no le importó mucho porque desde que llegamos, dejó de hablar.

Mientras me revisaban en el centro de salud, Darren esperaba fuera. Yo suponía que su estado de histeria se debía al recordatorio de aquellos días de hospital tras el accidente, aunque estaba segura de que solo se trataba de un inofensivo sobreesfuerzo o, quizá, un poco de anemia.

No sabía lo equivocada que estaba.

Después de que el médico saliera de mi habitación, tan solo permanecí sola unos minutos, de pronto la puerta se abrió y como un vendaval, Darren entró, lanzándose a mis brazos y besándome por todas partes mientras reía como un chiquillo. Yo lo imité, inmovilizada bajo él sobre la camilla.

—Deduzco... que ya te has enterado —dije emocionada ante su reacción.

—¿Qué si me he enterado? ¡Acaba de decírmelo el médico! ¡No puedo creerlo!

—Bueno..., pues es culpa tuya.

—Lo asumo con orgullo —proclamó, sonriéndome con ojos brillantes. Nos besamos con amor durante unos minutos, después, él acarició mi vientre sin dejar de sonreír—, vamos a tener otro hijo —susurró—. ¡Por fin!

—Sí. —Pasé la mano por su barba, pletórica, ¡y yo qué pensaba que estaba enferma!—, ha costado un poco comparado con el primero, ¿eh? Estás desentrenado.

—¿Cómo que desentrenado? —se hizo el ofendido—. Uno no puede concentrarse en engendrar nada con otro niño llorando en la habitación de al lado.

Me eché a reír, sintiéndome enormemente feliz. Menudo primer cumpleaños para Darío. Él no lo sabía, pero pronto tendría un hermano o hermana con quién jugar y con el que debería compartir a sus padres. Una personita que ampliaría nuestro hogar y gracias al cual no crecería solo.

—Verás cuando se entere la familia. —Darren estaba eufórico—. Mi madre se volverá loca.

Lo abracé con fuerza, agradeciéndole mudamente aquel maravilloso regalo que él había hecho posible con su amor.

Cuando volvimos a casa, después de que la ginecóloga me hubiera dado las recomendaciones y citas pertinentes para comenzar el seguimiento prenatal, nos hundimos en un mar de felicitaciones, lloros y abrazos emocionados por parte de nuestras familias, que no se habían imaginado en absoluto que tendrían una celebración doble.

Darren y yo compartimos una cómplice, sabiendo que, sin duda, aquel era el comienzo de una nueva y maravillosa etapa que disfrutaríamos en algunos meses más con un nuevo miembro en nuestra familia.

Me acerqué al despacho con Darío en brazos, balbuceando a su dinosaurio de peluche. La puerta estaba entornada, lo que significaba que se podía pasar porque Darren solo estaba haciendo correcciones en las separatas del nuevo guion de su próxima función. De haber estado ensayando, habría cerrado para evitar interrupciones. Levantó la cara y sonrió al vernos.

—Darren, tengo algo que comentarte —me anticipé.

—¿Comentarme? —Le pasé a Darío, que alzaba los bracitos con fuerza hacia su padre pidiéndole que lo cogiera en brazos—. ¿Es algo grave? ¿El embarazo? —Hizo además de levantarse.

—No, no. Estoy perfectamente bien, no se trata de eso. Quiero volver trabajar. —Parpadeó sin saber qué decirme—. Desde que tramité la excedencia, no he vuelto a retomar nada. —Me encogí de hombros, preguntándome por qué cuando intentaba explicarme, las cosas no sonaban igual que en mi cabeza—. No me planteo volver al Gabinete, pero podría anunciarles mi marcha oficial y buscar algo aquí.

Lamentaría hacerlo, de eso no había duda. Había pasado mucho tiempo con ellos, atendidos grandes casos, conocido personas maravillosas... el simple hecho de no compartir pasillo con Tony, era un gran contra en mi lista mental para tomar esa decisión.

Pero el pro indiscutible, radicaba en la distancia. Ya sabía, cuando solicité la ausencia, que la vuelta iba a ser complicada. No me alejaría de mi familia tantos kilómetros, pero tampoco aspiraba a quedarme sin hacer nada de forma perpetua.

Estaba acostumbrada a valerme por mí misma, tener la mente ocupada y hacer cosas que me enriquecieran como persona. Era algo a lo que no podía, ni quería renunciar.

Solo esperaba que Darren, que seguía mirándome boqueando, lo entendiera.

—Cariño..., estás embarazada —dijo como si aquello fuera algo que me había olvidado de contemplar.

Levanté una ceja y me crucé de brazos en actitud defensiva. Estaba lista para lidiar con sus arranques protectores, ya nos había pasado antes. Desde que nos habíamos enterado del embarazo, había estado intentando (de formas más o menos sutiles) quitarme todo el trabajo, tanto en casa como con el niño, y mostrar que él podía ocuparse de todo. No toleraría ser una mantenida que dependía de él, necesitaba mi independencia profesional, y tendría que entenderlo.

—También trabajaba cuando estaba esperando a Darío, eso no supone ningún problema.

—Pero te cansarás, sufrirás estrés... y, además, no verás a Darío tan a menudo como ahora. —Estaba claro que sabía hacia donde apuntar.

—Tú ahora mismo no estás actuando, podrás estar pendiente de él el tiempo que yo esté fuera.

—¿Y te contratarán para ponerte de baja maternal en unos meses? —apartó el bolígrafo del alcance de Darío y puso a buen recaudo el guion cuando el niño empezó a toquetear la mesa—. No muchas empresas quieren mujeres embarazadas, y no es algo que puedas ocultar.

—¿Es mi impresión, o estás intentando desalentarme?

—No es eso, mi amor, eres una gran profesional, lo sé, créeme, pudiste conmigo, pero... no sé, no me parece una buena idea. —Sonrió conciliador—. Quizá más adelante...

—No te perderás nada del embarazo, estaré en casa mucho tiempo para cuidar de Darío, puedo hacer varias cosas a la vez, no quiero pasar nueve meses tumbada.

—Es que no creo que necesites trabajar —dijo, y aquello me sentó mal. Yo siempre había necesitado trabajar, todo el mundo necesitaba trabajar, a nadie le gustaba estar ocioso demasiado tiempo.

—No quiero que me mantengas, siempre he sido autosuficiente y aunque no gane tanto como tú, quiero hacer algo por mí misma, realizarme como profesional.

Darren no me dijo nada, pero resultaba obvio que se encontraba disconforme con aquella idea porque no volvimos a tocar el tema en lo que quedaba de tarde. Di la merienda a Darío y lo bañamos juntos, después lo dejamos en el parquecito para que se cansara un poco más antes de llevarlo a la cama.

—He organizado lo de tu acompañante de seguridad —me dijo de repente, sobresaltándome.

—¿Mi qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Qué has dicho?

—Tu acompañante de seguridad, para que vaya contigo donde sea que necesites —lo decía como si aquello fuera lo más normal del mundo, como si me estuviera diciéndome que debíamos recoger una chaqueta del tinte—. Puede servirte de chófer o... lo que quieras.

—¿Para qué necesito yo un guardaespaldas? —inquirí confusa—. No quiero que vayan conmigo a todos lados, me sentiría agobiada. —Me levanté del sofá haciendo aspavientos—. Se supone que si quiero trabajar es para sentirme independiente y liberada, si me están siguiendo todo el día...

—Es precisamente para intentar evitar que te persigan —resopló—. Leire, soy una persona pública y por desgracia, ahora tú también, estás embarazada, solo quiero protegerte.

—¿Protegerme de qué? ¡Ni que me fueran a secuestrar! —repose molesta. Todo aquello no tenía ningún sentido para mí—. Es a ti a quien piden autógrafos y esperan a la salida del teatro.

—Escucha, solo serán un par de hombres como mucho, ¿de acuerdo? Para que vayan cerca de ti cuando salgas sola, por seguridad, por favor.

Me crucé de brazos enfadada. No quería ir por ahí con dos tipos de dos metros a los lados como si me llevaran detenida. Comprendía que, por mi condición de pareja de Darren, tanto el niño como yo éramos objetivos claros de la prensa sensacionalista, pero el hecho de tener que llevar guardaespaldas... no me gustaba en absoluto. Por otro lado, pensé que en una pareja había que dar para recibir, y si me cerraba en banda con aquello, tardaría más en hacerle entender mi necesidad de trabajar. Quizá yendo acompañada, se sentiría más tranquilo.

—¿Tengo opción?

—Me sentiría mucho mejor sabiendo que hay profesionales cerca de ti en todo momento —su voz suave y acariciante era un golpe bajo difícil de ignorar—. Sobre todo en tu estado.

—Si de verdad lo crees necesario... —suspiré resignada.

Me besó, sonriendo, satisfecho de sí mismo por haber logrado convencerme. Solo esperaba que el haber cedido tan fácilmente me valiera de as bajo la manga para conseguir luego que él hiciera lo mismo. No iba a ser la única en aquella relación que aceptara cosas que no le parecían del todo bien.

Esa noche, después de arropar a Darío, Darren se dio una ducha y se metió en la cama a esperarme. Normalmente me sacaba unos minutos de ventaja mientras yo me desmaquillaba y guardaba la ropa que había usado, además de dejar algunas cosas preparadas para el día siguiente, pero esa noche en particular, mi tardanza fue mucho más llamativa.

—¿Por qué tardas tanto? —lo oí preguntarme desde la cama.

—Estoy recogiendo los juguetes de Darío —contesté, llevando en los brazos una caja de plástico azul y acumulándolo todo dentro—, ha jugado con su castillo de Lego de *Harry Potter* y ahora tenemos todo Hogwarts desperdigado por el pasillo.

—Deja eso, ya lo haremos mañana, ven aquí, anda, es tardísimo —refunfuñó ahogando un bostezo—. Quiero achucharte y dormir.

Dejé la caja a la entrada de la habitación del pequeño, echando algunas piezas más y andando con pies de plomo para no pisar ninguna. Entré al dormitorio que compartía con Darren y me quité la bata antes de acercarme a la cama.

—¿Pijama? —le pregunté, riendo al verlo mientras me metía entre las sábanas—, ni siquiera enfermo te he visto usarlo.

—Hace frío —respondió simplemente, acercándose a mí—, dame calorcito y a lo mejor me convences de quitármelo.

Me giré hacia mi lado con una sonrisa boba en los labios, sintiendo sus brazos a mi alrededor y su respiración acompasada en el cuello. Yo tenía los ojos muy abiertos y el cerebro trabajando a cien por hora a pesar de la aparente relajación de mi cuerpo. Deseaba trabajar, lo quería con muchísimas ganas, casi más que cualquier otra cosa en aquel momento. Era un reto personal, una meta que me había propuesto. Y necesitaba alcanzarla. Solo esperaba que mi decisión no afectara demasiado a la relación de pareja que Darren y yo construíamos.

Por la mañana, tras dar el desayuno a Darío, me vestí y salí a la calle en busca de nuevos horizontes. Me sentí tremendamente incómoda cuando los dos guardaespaldas comenzaron a seguirme, pero traté por todos los medios de ignorarlos. Le había asegurado a Darren que haría unos recados y los llevaría para irme acostumbrando. No tenía idea de que había estado indagando en puestos vacantes, y mucho menos que pensaba presentarme en algunos de ellos esa mañana. Le dejé a Darío, intentando que la sensación de culpabilidad por haberle mentado se disipara para poner mi mejor cara ante posibles futuros jefes.

Me presenté en unos cuantos hospitales, colegios y centros específicos, no encontrando en ellos lo que realmente buscaba como trabajo, haciendo que mis ánimos decayesen poco a poco. Daba casi el mediodía cuando, siguiendo el itinerario de los anuncios del periódico, di con un respetable centro experimental en el que buscaban terapeutas con experiencia en el trato con pacientes de diversas dolencias. Le entregué mis credenciales al encargado de recursos humanos, esperé durante unos treinta minutos, paseándome por la salita de estar, y al final el chico me interceptó con una frase que me dilapidó:

—Pase por aquí, señorita Fernández, el director del centro quiere entrevistarla.

Impresionada por la rapidez con que se sucedía todo, lo seguí por el pasillo blanco de suelos en granito hasta una puerta corredera que era del mismo material que las lunas tintadas de los coches. Eso me recordó a mis dos *acompañantes*, que, después de muchas negociaciones, habían aceptado esperarme fuera. Solo de imaginar que hubiera tenido que realizar aquella entrevista con ellos en medio hacía que los nervios se me subieran a la garganta. Carraspeé y respiré hondo antes de entrar al despacho.

—Jorge Monreal —se presentó el hombre que encontré tras la puerta, estrechándome la mano con fuerza—. Nos corre mucha prisa en contratar un terapeuta con experiencia —me informó—. Y, por lo que parece, es usted lo que necesitábamos. —Revisó mi currículum y levantó una ceja negra en mi dirección—. Veo que renunció a su anterior trabajo —inquirió—: ¿Por algún problema específico?

—No, fue una situación personal, me mudé —respondí.

—Pese a sus muchas capacidades... me temo que la política de este centro nos obliga a establecer un periodo de prueba a todos nuestros posibles empleados. —Sonrió, aunque el gesto no le llegó a los ojos—. No es nada personal...

—Estoy al corriente, me parece absolutamente normal, no tengo ningún problema en someterme al proceso —le dije sinceramente. Aquel puesto me interesaba mucho y esperaba poder conseguirlo.

Jorge Monreal me devolvió aquel gesto levemente. Era un hombre de unos cincuenta años, con expresión dura y cuerpo delgado. Parecía muy serio y seguro de sí mismo. Vestía un traje elegante y tenía el pelo teñido de negro azabache peinado hacia atrás con grandes cantidades de fijador.

—En ese caso, señorita, vuelva mañana a primera hora. Si logra usted superar el proceso de prueba, será contratada para ofrecernos sus servicios. —Me dedicó una sonrisa socarrona acompañada de una mirada que me radiografió—. Buena suerte.

—Vaya... ¡Muchísimas gracias! —Estreché su mano otra vez, incrédula de que hubiera sido tan fácil—. Le aseguro que no se arrepentirá.

Salí del despacho sintiéndome feliz y efusiva. Tras unas cuantas puertas cerradas, por fin, había dado justamente con lo que quería. Un respetable centro donde todos los trabajadores parecían estar encantados con sus ocupaciones.

Un solo día de búsqueda, uno solo, y casi podía decir que estaba ante el trabajo de mi vida. Mis temores y penas por haberme despedido del Gabinete se esfumaron, convencida de que estaba ante algo que realmente merecía la pena.

No pude evitar sentirme pletórica durante todo el camino al aparcamiento. No obstante, en cuanto subí al vehículo tintado y mis acompañantes pusieron rumbo al apartamento donde me esperaba Darren, la alegría se transformó en seria duda.

¿Cómo iba a tomarse aquello?

Aunque retrasé el momento de dar todos los detalles hasta después de haber hecho recados, vuelto a casa y comido en familia, para cuando cayó la tarde fue imposible seguir con las evasivas. Darren quería detalles sobre mis supuestos recados y, sin más trinchera donde meterme, solté la bomba.

Por supuesto, la discusión no se hizo esperar y fue mucho peor de lo que mi mente fatalista había conjurado.

—¿Y qué más da lo que opine? A fin de cuentas, ya lo has hecho, ¿no?

—Darren, quiero saber lo que piensas, pensé que te alegrarías, que me felicitarías.

Su mirada me dejó claro que no pensaba cambiar de parecer. En cuanto había llegado a casa y nuestras miradas se habían cruzado, él había empezado a sospechar que mi salida matutina había tenido un doble fondo. Apenas tuve tiempo de contarle la suerte que había tenido de ser contratada a la primera entrevista que había tenido cuando el caos había estallado a nuestro alrededor. Se sentía insultado, como si yo hubiera roto algún juramento sagrado entre los dos pasando por encima de su voluntad.

—Creí que ya habíamos decidido que por el momento no era necesario que trabajaras —me dijo. Apretaba los dientes para no gritar, aunque se veía que quería hacerlo.

—No, perdona, tú lo decidiste, yo nunca estuve de acuerdo con ello. —Le dediqué una mirada seria, que supiera que no iba a achantarme—. Yo siempre dije que quería volver a trabajar y ampliar mis posibilidades laborales.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas llegar a tu mesa del despacho con la barriga de ocho meses?

—¡Aún es demasiado pronto para eso! Apenas estoy de dos —me defendí—. Deja de buscar excusas tontas para justificar que te hayas vuelto un machista.

Abrió los ojos como platos y me miró como si acabara de insultarlo con el peor vocablo inventado por el hombre. Negó con la cabeza, llevándose la mano al puente de la nariz y resoplando con fuerza. Cuando volvió a mirarme, casi no podía contenerse.

—¿Machista? —su tono profundamente ofendido—, yo no soy machista, nunca lo he sido, pero para una vez que estoy en casa, pensé que querías estar conmigo. —Se señaló con la mano—. Por no hablar de que tienes muy poco de embarazo y podría ser peligroso para el bebé que hicieras esfuerzos, ¿no lo has pensado?

—Pues claro que lo he pensado. —Era un golpe bajo—. Y nada de lo que voy a hacer supone esfuerzo, no pondría en peligro al bebé. Que vaya a trabajar no quiere decir que no vaya a verte, deja de exagerar las cosas.

La discusión nos llevó hasta el dormitorio, cuando yo, desesperada por hacerme entender, eché a andar por el pasillo buscando poner distancia. Darren me siguió, poco o nada dispuesto a dejar las cosas estar por la paz. La noche nos había caído encima entre reproches. El día tocaba a su fin y no parecía que nosotros fuéramos a dejar de subir el tono el uno contra el otro.

Estaba agotada, me sentía descorazonada y todo el entusiasmo que había experimentado horas antes, se había ido junto con el sol de la tarde, escapándoseme entre los dedos.

Abrí el armario con más fuerza de la necesaria y dejé la chaqueta en la percha. Cuando me di la vuelta, ahí estaba él, de brazos cruzados, listo para el siguiente asalto.

—¿Has dicho que te iban a poner a prueba, no? —preguntó.

—Sí, al parecer lo hacen con todos sus nuevos empleados.

—Pues no me parece normal, se supone que ya tienes el grado de profesional, ¿y te van a poner a prueba como si fueras una becaria?

—Son cosas de la empresa, no lo entiendes.

—Oh... Perdona, claro, yo no lo entiendo.

Se desvistió y se metió en la cama dándome la espalda, ofendido por mi comentario. Me mordí la lengua y cogí aire para serenarme. Me acerqué a la cuna, que trasladábamos a nuestro dormitorio durante la noche, y comprobé que, por algún tipo de milagro, Darío no se había despertado, le cubrí el bracito con la manta, usando esos segundos para organizar mis ideas.

—No te pongas así, solo me refería a que no sabes cómo va la estructura de la empresa.

—Tengo sueño —se limitó a responder, mostrando que no le interesaba en absoluto lo que tuviera que contarle—. Apaga la luz.

—¡Oh, por favor! ¿Quieres dejar de comportarte como un niño?

—¿Yo? —espetó, incorporándose otra vez—, no he sido yo el que ha hecho algo a espaldas de su pareja.

—Yo no he hecho nada a tus espaldas, Darren —me defendí, cansada de aquella situación—. Te lo habría explicado si no hubieras empezado todo esto.

—Aceptaste el trabajo sin siquiera decirme que habías salido a buscarlo. Cuando hablamos de que querías hacerlo, no pensé que fuera algo inmediato, no me gustó la idea, y en vez de hablar conmigo, te lanzaste a ello sin más.

—Estoy en mi derecho a trabajar.

—¡Soy tu pareja! Se supone que debemos consultarnos ese tipo de cosas.

—¿Si te lo hubiera consultado, habrías dicho que sí? —sabía la respuesta de antemano, pero aun así le di la oportunidad de retractarse.

—¡No! —respondió enérgicamente.

—Machista... —susurré para molestarlo, acostándome y dándole la espalda—. No puedes decirme qué hacer y qué no, ¡no eres mi padre!

—No, soy tu pareja, pero parece que eso tampoco me otorga el grado necesario de respeto para que me consultes las cosas —dejó caer la cabeza en la almohada, molesto—. Y no es machismo, me preocupó, estás embarazada y no has pensado las consecuencias de esa decisión.

—Quiero dormir —rezongué sin más. No pensaba seguir discutiendo porque se me venían a la boca muchas cosas de las que luego me arrepentiría.

El despertador sonó a las siete en punto de la mañana. De un manotazo, lo apagué, destapándome en el proceso y sintiéndome desorientada por la falta de costumbre de madrugar. Me había acostumbrado muy pronto a no tener que hacerlo. Giré la vista hacia la ventana, apenas había amanecido. Respirando hondo y dándome ánimos, me dispuse a levantarme antes de que el calorcito de las sábanas me sedujera otra vez.

—¿Adónde vas? —preguntó Darren, adormilado al sentir el movimiento de la cama.

—Al trabajo. —Abrió el armario intentando hacer el menor ruido posible. Darío ya dormía toda la noche, lo que quería decir que por la mañana tenía las fuerzas renovadas.

—Genial. —Se dio la vuelta y no me dijo nada más.

No dejé que eso me desanimara. Cogí un conjunto de falda y chaqueta azul que pronto dejaría de valerme, me duché y me arreglé con calma, repasando todo lo que podría dar de mí misma en aquel primer día que sería crucial para dar una buena impresión y que el periodo de pruebas se convirtiera en un contrato fijo.

Bajé a la cocina y dejé el biberón de Darío preparado para que Darren solo tuviera que calentarlo cuando el pequeño despertara, luego fui a verlo, lo arropé y besé. Esperaba llegar antes esa noche y poder estar con él un rato mientras estuviera despierto. Le acaricié el pelito, diciéndome a mí misma que aquellos sacrificios valdrían la pena. Volví al estudio a por mí maletín, credenciales, papeles y demás documentos que había dejado preparados la noche anterior.

—Espero que no pienses irte sin al menos despedirte de mí —oí decir a Darren a mi espalda.

—Creí que dormías y no estaba segura de que estuvieras de humor para una despedida cariñosa. —Cogi el maletín y el bolso y lo miré, resultaba obvio que seguía enfadado, pero al menos había bajado a desearme suerte. Lo besé levemente y me despedí con una sonrisa nerviosa—. Gracias por esto. Hasta luego.

—¿Volverás pronto? —preguntó, acompañándome hasta la puerta, descalzo y despeinado, como un niño al que acababan de llamar para ir al colegio.

—Lo intentaré.

Más me valía no hacer promesas con esos términos para evitar incurrir en mentiras de las que luego no pudiera salir. En un trabajo nuevo, podían surgir imprevistos, horas extras o exigencias de los jefes sobre enseñarte esto o aquello, así que consideré mejor no dar a Darren una hora fija de mi llegada, por si acaso.

Crucé los dedos mentalmente, esperando no tener que llamarle para comunicarle un retraso, estaba cansada de discusiones.

—Quizá te canses y renuncies mañana mismo —dijo mordazmente, ganándose una mala mirada por mi parte.

—Vete a la cama —le ordené, saliendo de casa con prisa.

Mi despacho resultaba acogedor y cómodo, los compañeros eran pocos en palabras, cosa normal teniendo en cuenta lo agobiados que parecían a simple vista. Me asomé a través del estor que cubría la ventana que daba a la calle y respiré aliviada cuando no vi ni el coche tintado ni a mi acompañante. Al menos, esa mañana solo había venido uno y parecía que se había dedicado a otras cosas mientras yo trabajaba. Esperaba que supiera ocultarse durante el resto del día.

Me instalé, e inmediatamente llegaron a mi oficina con cientos de informes descatalogados que yo debía actualizar y archivar. Algunos, de pacientes que incluso ya habían muerto de viejos. Pura burocracia. Máximo aburrimiento. No obstante, si en eso iban a consistir las pruebas, pensaba dar lo mejor de mí misma. Me remangué y me puse a ello con eficiencia. Lo que menos me esperaba era que, solo una hora después, mi jefe apareciera en el umbral.

—Señor Monreal —murmuré asombrada.

—Puedes llamarme Jorge. —Me dedicó esa sonrisa que no le llegaba a los ojos y que debía haber perfeccionado con el paso de los años—. Por ser mi nueva empleada y por tener unos ojos tan bonitos.

—Pues... gracias. —Era la primera vez que un jefe me decía algo así. Volví a sentarme, aunque no recordaba haberme levantado, y organicé un poco las carpetas que tenía en la mesa—. Divido los historiales sin clasificar según el año y las características tratadas para crear un patrón de búsquedas —expliqué.

—Bien, será útil para hacer consultas. ¿Cómo te va? —Se sentó frente a mí y entrelazó los dedos de ambas manos, aguardando.

—En apenas unos días tendré todos los informes listos, soy rápida leyendo y ordenando. —Esbocé una sonrisa para no sonar demasiado pedante—. Durante mis prácticas iniciales cogí mucha velocidad.

—A juzgar por su despacho, se la ve bastante ordenada. —Su pelo negro estaba tan perfectamente engominado hacia atrás como el día anterior, y sus pobladas cejas, peinadas con pulcritud—. Valoro mucho el orden, señorita Fernández.

—Pues yo lo soy, de hecho, mi pareja cree que sufro una seria adicción al orden. —Me encogí de hombros con una sonrisa—. No tendrá problema con que no encuentre alguna cosa, nunca me ha pasado.

—Según su currículum, no está casada—Su interés se hizo aparente.

—Casi —respondí, después me di cuenta de que mi respuesta era ambigua y había sonado infantil teniendo en cuenta el anillo que llevaba en el dedo y que no pasaba precisamente desapercibido—. Mantengo una relación estable.

Bajé la vista para seguir apilando carpetas. El señor Monreal parecía haber perdido las ganas de conversación, pues se levantó con agilidad y carraspeó para volver a llamar mi atención. La chispa afable de su mirada ya no estaba, en su lugar, solo seriedad.

—Señorita, a partir de ahora trabaja para mí, pero en esta empresa todos nos consideramos amigos —su voz grave quitaba calidez a sus palabras—. Es mucho el tiempo y esfuerzo que dedicamos a este trabajo, por ello, intentamos que el ambiente sea lo más agradable posible. Espero que participe de ese empeño.

—Por supuesto. —Asentí—. Soy la primera que espera contar con un ambiente cordial entre mis compañeros.

Se despidió con un gesto de la cabeza que le daba aspecto de *Dandy* y volvió a dejarme sola. Me pareció un hombre interesante y bastante inteligente. Había algo en él que hacía pensar que sabía muy bien dominar la imagen de sí mismo que quería mostrar. Incluso cuando parecía salirse del protocolo, como en el momento de ir a visitar el despacho de la más reciente empleada, todas sus palabras y acciones parecían preparadas previamente. Suponía que, con el peso que llevaba sobre sus hombros, era normal que cuidara hasta el mínimo detalle, aunque ello supusiera no dejar sus propias acciones al azar.

Salí de la oficina a las ocho, agradecida de poder disfrutar aquella noche de los rituales nocturnos de Darío. Esperaba poder mantener ese horario de media jornada, pues si empezaba a volver a casa tarde, solo me acarrearía más problemas con Darren de los que ya tenía.

Haciendo resonar mis tacones en los adoquines del suelo, subí al coche que me esperaba y me encaminé de vuelta a casa.

Después de una primera semana de trabajo sin demasiado que destacar, contaba por fin con mi primer domingo libre de ocupaciones. Creí que, si tenía que organizar un solo documento, archivar un mísero expediente o buscar una hoja de tratamiento extraviada más, me volvería completamente loca, así que me levanté un poco más tarde y me regodeé en el cariño de mi pequeño Darío, corrí tras él y lo sujeté cuando intentaba ponerse en pie, evitando que se cayese y se hiciera daño. Mientras me reía viendo sus intentos por dar más de cuatro pasitos seguidos, me pregunté cómo serían las cosas en unos meses, cuando tuviera que correr detrás de dos pares de piernecillas temblorosas por toda la casa.

Le di de comer pacientemente en su silla, haciendo mil y una florituras con la cuchara, y después lo puse a dormir la siesta. Dediqué el rato libre a las tareas hogareñas que se habían quedado a medias, como sacar la ropa de la secadora y separar la que iba para guardar de la que iba para planchar. Arrugué el entrecejo y puse los ojos en blanco a al darme cuenta del hecho de que, otra vez, estaba clasificando cosas. Parecía que mis manos iban ya mecánicamente y el cerebro había decidido desconectarse de algo tan repetitivo.

—Hola —Darren apareció al anochecer, cuando acabó sus repasos de guion.

—Hola —le contesté, sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo.

—¿Qué haces aquí tan solita? —me preguntó, acercándose.

—Archivo la ropa de Darío

—Fascinante —pasó por mi lado de la mesa, mirando por encima de mi hombro.

—Alguien debe hacerlo —dije, sin inmutarme ante su cercanía—, y ha quedado claro que tu capacidad para doblar ropa es nula.

Se encogió de hombros con una sonrisa indolente. Parecía más grande en la salita que usábamos para el lavado y planchado de la ropa al ser más estrecha que las demás. Darren hacía prácticamente todo en casa, especialmente lo referente al niño, pero cada vez que doblaba una mísera camiseta, tenía que lavarla otra vez y plancharla para quitarle las arrugas.

—Quizá debas tomarte un pequeño descanso de un par de horas para... relajarte —su voz aterciopela vino acompañada del contacto de sus manos en mi cintura, a la vez que besaba mi cuello lentamente, intentando hacerme caer en su seducción—, después de todo, es domingo.

—Luego, cariño, no puedo dejar esto a medio hacer. —Sacudí la cabeza para concentrarme. Pantalones con pantalones, ropa interior aparte, ropa de cama doblada...

—Vamos... llevas horas haciendo cosas, dedícame un rato. —Apartó mi pelo con su mano y besó mi cuello con algo más de pasión, logrando hacerme perder la concentración. ¿Qué era lo que tenía que hacer con la ropa de cama?

—Darren, de verdad que tengo que acabar esto. —Me removí para que me soltara—. Ahora no.

Darren me soltó y se alejó de mi espalda, poniéndose frente a mí con los brazos cruzados. Quedaba claro que mi poca efusividad le había sentado tan mal, como si me hubiese comportado con una frialdad glacial. Me miró con reproche, molesto.

—Ahora no —repetió con sorna.

—Estoy ocupada, cariño —traté de sonar suave porque no podía creer que fuéramos a discutir otra vez. Últimamente, ese era nuestro único pasatiempo juntos—. No tardaré mucho más.

—Parece que siempre que me acerco a ti estas ocupada, apenas puedo tocarte sin que salgas huyendo.

—No seas exagerado. —Solté un cubrecama con fuerza sobre el montón—. Solo intento llevar las cosas al día para no tener que hacerlas al volver del trabajo.

—Es domingo, tu día libre, se supone que hoy no tendrías que hacer nada, suficiente con que trabajes casi seis a la semana —el tono empezaba a airarse, y yo no deseaba discutir, pero tampoco iba a dejarme vapulear—, apenas te vemos...

—No volvamos a lo mismo...

—Te estás obsesionando, no piensas en otra cosa que no sea el maldito trabajo.

—Eso no es cierto. —Esta vez, dejé todo lo que tenía en las manos y lo miré—. He estado con Darío todo el día y le dedico cada segundo que estoy en casa.

—¿Y yo qué? —preguntó Darren.

—Pues tú necesitas una tila porque estás un poco susceptible. —Abandoné el lavadero sabiendo que me seguiría.

—Lo que necesito son las atenciones de mi mujer. Cuando la veas, hazme el favor de decírselo.

—Tu mujer tiene un trabajo.

—Que no tendrías ninguna necesidad de hacer, por cierto. Lo sabes de sobra.

—No se trata de que necesite ese sueldo para vivir, Darren, se trata de que yo, como persona, quiero sentirme útil y realizada. He trabajado siempre, no puedo plantearme dejar de hacerlo de forma definitiva. No por ahora.

¿Por qué no podía entenderlo? ¿Por qué hacía que el querer expandirme como profesional fuera un problema? Era tan injusto, tan complicado hacerle ver que aspirar a tener una vida profesional no me hacía menospreciar la personal...

—Tu familia la echa de menos —me recriminó.

—Me ocupo de mi familia —dije dolida, subiendo las escaleras hacia el dormitorio—. Me parece muy bajo que uses eso como defensa. Estás exagerando y comportándote como un niño solo porque no hago las cosas como tú quieres.

No soportaba la idea de que dejara entrever que yo prefería trabajar a estar con ellos, y mucho menos que intentara decirme a qué debía ocuparme cuando estaba en casa. Yo no dejaba desatendido a mi hijo y trataba de hacer lo propio con el trabajo y mi hogar. Darren no me respondió inmediatamente, y esperé de corazón que no fuera porque estuviera pensando una pulla aún más dolorosa que lanzarme.

—Apenas pasas tiempo conmigo, ya casi no hablamos. Cuando estamos en el sofá, no te acercas a mí, no me mimas como antes.

—Darren, por el amor de Dios, ¿tú te estás oyendo? Ahora pareces un niño.

—Antes hacías todas esas cosas, formaban parte de nuestra rutina como pareja, pero te lo repito, apenas le dedicas tiempo a nuestra relación.

—Bueno, tú tampoco haces mucho echándome en cara mis errores constantemente, no te he visto acercarte e interesarte por mi trabajo ni mucho menos.

Me cambié la ropa de faena en el dormitorio, y Darren esperó a la entrada, manteniendo una sutil distancia. Intenté pensar si era cierto, si tenía razón, si yo estaba descuidando nuestra relación, pero es que todas sus acusaciones eran tan infantiles, todo lo que me recriminaba era propio de un niño que quería conseguir un juguete que su madre le había negado. En ningún momento había pensado en mí, en qué era lo que yo necesitaba para sentirme completa. No podía creer que Darren, que desde nuestra reconciliación no se había apartado de nosotros, con el que había superado cosas muy graves, esperara de mí que pasara mis días en quietud, aguardando el momento de dedicarme a mimarlo hasta que su ego estuviera satisfecho.

Acababa de decidir que no dejaría que llegáramos a ese punto. Salí del dormitorio y empecé a recoger los juguetes que Darío había esparcido durante la mañana.

—No me gusta tu trabajo. —La tregua había terminado.

—Oh, créeme, eso ya lo había notado —respondí con ironía, lanzando los bloques de construcción al cesto, como si fueran misiles—, no eres precisamente sutil a la hora de demostrarlo.

—Ni siquiera es tu especialidad, te están explotando, intento decírtelo, pero no me escuchas.

—No voy a molestarme en volver a explicarte lo que significa el periodo de prueba, ¿sabes? Porque eres tú el que no me presta atención.

—Es curioso que seas tú la que se queja de que no le prestan atención...

—¿Quieres dejarlo ya? —espeté nerviosa—. Estoy harta de esta situación. ¿Cuándo vas a volver a actuar como un hombre maduro?

—Cuando tú vuelvas a comportarte como mi mujer. —Su última estocada me dejó boquiabierta, pero salió de la habitación antes de que pudiera decirle nada.

Me desperté a primera hora del lunes con el sonido del despertador y, tras una ducha fría, me senté frente al tocador a maquillarme para borrar los estragos de una noche infernal. Darío se había despertado tres veces y, como me había olvidado de dejar listas las tomas, había tenido que preparar los biberones en la cocina con él en brazos, y hacer la mezcla de leche en polvo y agua caliente mientras lo mecía no era nada fácil.

Por otro lado, Darren no había venido a dormir al dormitorio, y aunque una de las veces le había dado él el biberón, no tenía la más mínima idea de dónde había pasado la noche.

Se las había arreglado para tener cosas que hacer hasta después de mediodía, según un escueto e impersonal mensaje de texto, por lo tanto, había almorzado sola con el niño, mirando el reloj y preguntándome, cada vez más cabreada, si no pensaba aparecer hasta la hora justa para obligarme a llegar tarde al trabajo.

Era muy capaz.

Entró a nuestra habitación cuando yo casi estaba preparada para marcharme. Apenas me miró antes de ir al armario y sacarse una muda de ropa.

—Vaya... y yo que pensaba que se te había olvidado donde estaba el dormitorio —o la casa completa, pensé.

—Me sorprende que hayas notado mi ausencia —respondió en el mismo tono.

—He tenido toda la cama para mí sola.

—Estupendo.

—Y no he tenido que pelear con nadie por el dominio de las mantas.

—Seguro que ha sido el momento más feliz de tu vida.

—Ha estado muy cerca de serlo. —Guardé el maquillaje con brusquedad.

—Bien —dijo simplemente.

—Bien —repetí, cogiendo mi traje de chaqueta.

—¡Genial! —añadió Darren. Y salió azotando la puerta tras de sí.

Darío lloró en su dormitorio, anunciando que estaba despierto y de mal humor. Era contagioso, por lo visto.

Me acerqué y vi a Darren con él, así que le di un besito a mi hijo y seguí escaleras abajo sin mirarlo a él. Si quería que jugáramos a comportarnos como críos, estaba dispuesta. Me había cansado de intentar razonar con él cuando se ponía en ese plan, y no iba a darle la razón solo para que el ambiente estuviera más tranquilo. Eso era algo que no había hecho cuando fui su terapeuta, en la sierra, así que ahora tenía aún menos razones para ello.

Decidida más que nunca a empezar a hacer las cosas a mi manera, salí a la calle y cogí el coche personal, que habíamos alquilado para movernos por la ciudad, en lugar de aquel donde me esperaban los guardaespaldas que se habían convertido en mi sombra. Sin dirigirles una sola palabra ni darles la más mínima explicación, salí del garaje sola y me fui al trabajo.

Pasé la tarde entre las cajas polvorientas de los archivos. Puede que todos los empleados fueran muy profesionales y estuvieran siempre atareados con el trabajo, pero su dejadez en cuanto a organizar el papeleo parecía remontarse a muchos años atrás. Cajas empolvadas, apiladas una sobre otra en una recóndita habitación oscura, parecían prueba suficiente de que iba a precisar de toda mi capacidad de organización.

—Más para catalogar... este es el cuento de nunca acabar —murmuré en voz baja—, ¿cómo es posible encontrar nada con todo este desorden?

—¿Todo bien? —oí preguntar al señor Monreal, que se asomó por allí a la hora de comer.

—Relativamente. —Me sacudí las manos y lo miré. Por su expresión de sorpresa, parecía que aquella era la primera vez que pisaba los archivos—. Es una cantidad grande de burocracia descatalogada, pero... me haré con ella. Es cuestión de tiempo.

—No lo pongo en duda. —Me sonrió, acercándose y mirando los fajos de papeles que llevaba en las manos—. Bonito anillo.

—Sí que lo es. —Me miré el dedo anular y asumí que el señor Monreal se había interesado más en eso que en los documentos.

—¿Regalo de su pareja? —Me limité a asentir, sin creer que quisiera detalles de algo tan personal—. Tal vez deberías guardarlo, entre tanta caja y con esta oscuridad podría perderlo sin querer. —Otra vez aquella sonrisa calculada.

Se marchó, dejándome completamente confusa. Que el jefe fuera a esa zona de la empresa ya daba que pensar, pero que lo hiciera para tratar temas de índole personal era todavía más raro. Medité sus palabras durante unos segundos y llegué a la conclusión de que, fuera lo que fuese lo que hubiera de trasfondo en sus palabras, estas tenían parte de razón, así que retiré el anillo de mi dedo y lo metí en el bolsillo de la chaqueta.

Después, volví al trabajo, olvidándome del asunto.

Cerré la puerta de la entrada tratando de hacer el mínimo ruido posible. Deposité las llaves en el llavero, maldiciéndome ante el fuerte sonido metálico que produjeron en el silencio. Me descalcé y sostuve los tacones en mis manos mientras recorría de puntillas el pasillo que iba desde la entrada al salón principal. Eché un ojo al reloj: pasaban cinco minutos de las once de la noche.

Continué avanzando lentamente, hasta que, tras poner un pie en la primera baldosa del salón, la lámpara de pie se encendió con un leve *clic*. Me quedé estática.

Sentado en el sofá estaba Darren, mirándome con una expresión tal, que deduje que no iba a correr a mis brazos a recibirme. Me mordí el labio y sujeté con más fuerza de la necesaria los zapatos de tacón. Esperaba que no me pescara llegando a semejantes horas, como a una adolescente que se había saltado el toque de queda de sus padres. Mi plan era meterme en la cama y esperar a que, en la mañana siguiente, Darren pensara que solo me había retrasado un poco. No obstante, ahí estaba, en fragante delito. Se me ocurrió intentar no parecer culpable.

—Qué susto —dije simplemente, sabiéndome en un grandísimo problema.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó sin levantar el tono de voz.

—Eh... —Dejé los zapatos en el sillón situado frente a él, junto con el bolso, para poder mirar mejor mi muñeca derecha para ganar tiempo—. Pues... ya pasan de las once, ¿qué haces levantado?

—Esperarte —respondió sin inmutarse ante mi actuación. Odiaba hacerme la tonta, pero la idea de discutir era aún peor—, saliste esta mañana a las siete... ¿no podías llamarme para decirme que te retrasarías?

—Lo siento. —Era la verdad, había estado muy ocupada y cuando me había dado cuenta...—. Se me pasó.

—Se te pasó... ¿Tienes idea de la cantidad de cosas que se me han pasado a mí por la cabeza? He llamado a tu móvil infinidad de veces, ¿para qué lo quieres si no lo usas? Iba a darte media hora más antes de empezar a llamar a la policía y a los hospitales.

—Me quedé sin batería... Lo siento. —Empezaba a sentirme como una condenada.

—Lo sientes... —Se levantó, pasándose las manos por el pelo—. Joder, Leire, ¿de verdad crees que eso sirve para algo?

—Sí, lo siento, ¿qué más quieres que te diga? Me entretuve en el trabajo, tenía cientos de cosas que hacer.

—Tu jornada tiene un fin, ¿sabes? He estado toda la noche con el corazón en un puño, porque como no se te ha ocurrido avisar...

—Ya te he dicho que lo olvidé.

—¡Podía haberte ocurrido cualquier cosa! —la acusó, dando un golpe insonoro en una de las orejeras acolchadas del sofá donde había estado sentado—, y encima llegas y no se te ocurre nada más que decir que... «se me pasó».

Me crucé de brazos, mirándolo con desafío. Estaba agotada, apenas me sentía las piernas después de haber pasado muchas horas de pie en aquel infernal archivo, y para cuando me había sentado en la oficina, el trabajo había aumentado. El día había sido de perros, de principio a fin, sinceramente no deseaba una discusión marital al volver a casa. Reconocía mi culpa, pero temía que regular significara otra baza en su huelga de no al trabajo.

—Me he disculpado, y tú no lo has aceptado. —Levanté la barbilla con insolencia—. No sé qué más quieres oír.

—Esto no puede seguir así —dictaminó con seriedad—, se te está yendo de las manos y tienes que admitirlo.

—He logrado codificar y catalogar informes de hace casi diez años —comenté con triunfo—. ¿Tienes idea de la imagen que tienen de mí ahora? ¿Sabes la clase de logro que es eso?

—Lo único que sé es que mi mujer lleva todo el día desaparecida y que lo que yo piense le da lo mismo.

—Darren, necesito trabajar, necesito ese trabajo para pasar el período de pruebas y demostrarme a mí misma que soy capaz. Por eso llego más tarde y me voy más pronto.

—Y sola. Porque ni siquiera has avisado a tu equipo de seguridad como yo te pedí que hicieras. —Ahora, su mirada tenía un matiz feroz, el que daba el ser consciente de que te habían mentido deliberadamente.

—Mis horarios no están fijos, no puedo irles diciendo que me sigan cada día media hora más tarde.

—¡Es su trabajo! Yo les pedí que te cuidaran, que te protegieran, y tú prometiste aceptarlo.

—No, tú me obligaste a ello, yo nunca quise, no me gusta sentirme observada todo el día —puntualicé, dando un paso hacia él—. Te repito que la idea de trabajar consiste en sentirme independiente; si me vigilan, pierde todo sentido.

—Es por tu bien.

—¡Eso es lo que dices tú, Darren! —aquello me exasperaba. Habíamos vuelto a dar vueltas en aquel tiovivo infernal; por más que discutíamos, éramos incapaces de llegar a un acuerdo—: ¿Tienes idea de lo incómoda que me siento? ¿De lo insegura, con ellos cerca?

—Sé de lo que hablo, ¿vale? Llevo años en esto. Si te digo que es lo mejor, es que lo es, no quiero que salgas sola, estás embarazada.

—No hace falta que lo digas como si yo no lo supiera.

—¿Y tu jefe? ¿Sabe que una mujer embarazada está haciendo ese horario infrahumano?

—No, no lo sabe. —Su cara se contorsionó hasta perder sus bellas facciones—. No me pareció apropiado contarle más detalles de mi vida de los que ya debía saber, sobre todo, antes de probarme como profesional.

—Es tu estado, es parte de tu vida, ¿cómo es posible que...? ¡No puedo creerlo!

—No quiero un trato especial por estar esperando un hijo. —Ahora yo estaba siendo irracional, lo sabía. Había hecho mal en ocultar mi estado, también lo sabía. Tantas horas de pie en el archivo me habían hecho darme cuenta.

—¡Pero es que lo mereces! —espetó, subiendo ligeramente el tono—. ¡Tienen que dártelo!

—Quizá, si lo hubieran sabido, no me habrían contratado —razoné, más para mí misma que para él—, apenas estoy de dos meses y medio. De momento, puedo sobrellevarlo.

—¿Qué te está pasando? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos. Estaba muy enfadado y me observaba casi como si no me reconociera. Me barrió con la mirada, y sus ojos se detuvieron en mis manos, aún cruzadas sobre el pecho—. ¿Dónde está tu anillo?

El estómago me dio un vuelco, ¡maldita sea, lo había olvidado!

—Olvidé ponérmelo. —Lo cogí inmediatamente del bolsillo de la chaqueta y lo coloqué en mi dedo con firmeza, sintiendo que el frío del metal me taladraba tanto como los ojos negros de Darren.

—¿Por qué te lo quitaste? —Su seriedad me bloqueó.

—Yo... estaba... estaba ordenando archivos viejos y cogiendo cajas...

—En tu estado —me interrumpió, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Cogiendo cajas en tu estado!

—Cajas de informes, pequeñas y ligeras —añadí apresuradamente—, y entonces el señor Monreal, mi jefe, pasó por ahí para supervisar mi trabajo y... dijo que podría perderlo entre las cajas, que tuviera cuidado, así que yo...

—Tú te lo quitaste —finalizó. Parecía decepcionado más allá de toda lógica, y yo sentí un nudo en el estómago por haber sido la causante de esa expresión en su

—cara—. No le cuentas a ese hombre que estás embarazada porque no quieres que se inmiscuya en tu vida, pero luego, te quitas el anillo solo porque él te lo sugiere.

—Solo pretendía no perderlo, significa mucho para mí.

—¿Seguro?

—¿Qué insinúas? ¡Claro que significa mucho para mí, tú me lo diste, es un símbolo de nuestro compromiso!

—Nuestro compromiso también está formado por muchas otras cosas, pero parece que estás olvidándolas.

—¿Solo porque me he ido sola y no te he llamado ya estoy faltándote? —pregunté alterada. No quería que la discusión se fuera por esos derroteros—. Yo tengo muy claros mis sentimientos, y nada de esto los ha cambiado.

—Mira, no es una hora conveniente para hablar de esto, solo quería asegurarme de que estabas bien, ahora me voy a la cama, he cuidado de nuestro hijo todo el día.

—¿Ahora me lo echas en cara? —espeté, siguiéndolo cuando pretendía salir del salón—. ¿Te pesa cuidar de tu hijo?

—Por supuesto que no me pesa cuidar de Darío, pero necesita a su madre, a la que, por cierto, no ha visto en todo el día.

—Darren, te estás pasando. —Aquella frase me había dolido y ese hecho se reflejó en el hilo de voz con que le respondí—. Todo lo que hago es por el bienestar de nuestro hijo, exclusivamente. —Me temblaban tanto las manos que tuve que cerrarlas para poder continuar—. Que sea madre no significa que quiera renunciar a ser una profesional.

Se giró y me miró con frialdad, con esa expresión de desconocimiento que me helaba la sangre al verla en su rostro. Parecía herido, dolido hasta haberle calado en el hueso, ¿pero y yo? ¿Acaso no intentaba ponerse en mi lugar, entender cómo me sentía, cómo me afectaba que el hecho de hacer algo que necesitaba, que ansiaba para mi madurez profesional, estuviese convirtiéndose en una brecha entre los dos?

—Tenemos grandes problemas, y yo ya no sé qué hacer para resolverlos —dijo sombrío, perdiéndose después en el dormitorio de Darío sin mirar atrás.

Último Acto

Desenlace

Un par de días después de aquello, la tormenta parecía no haberse disipado. Darren y yo apenas cruzábamos palabra, a no ser que fuera estrictamente necesario, y, por lo general, se trataba de monosílabos fríos e indiferentes. Me iba a la cama sola y cuando despertaba, seguía estando sola.

El viernes después de mediodía me vestí, cogí mi coche y me encaminé a la oficina dispuesta a hacer algo que debía haber hecho antes. El monovolumen tintado, con el guardaespaldas que se me había asignado, me seguía. Les había comunicado donde iba por intentar limar algunas asperezas con Darren, pero en ningún momento había aceptado que ocuparan mi propio coche. Al mirar por el retrovisor, sabía que estaban ahí, pero al menos, estaba sola para entregarme a mis pensamientos con libertad.

Al llegar a la oficina, pedí permiso a la secretaria del señor Monreal, que inmediatamente me permitió pasar a verlo. Él permanecía sentado ante su gran mesa color caoba, con su pelo negro brillante extremadamente bien peinado.

—Buenos días, señorita Fernández —me dijo con una sonrisa—. Siéntese, por favor.

—Buenos días, señor Monreal —respondí con educación y tratando de sonreír. Tomé asiento por no ser descortés, aunque no pensaba quedarme mucho tiempo.

—Disculpe mi atrevimiento, pero... la noto pálida, ¿ha pasado una mala noche? ¿Se encuentra mal?

—Verá... La palidez es normal en mi estado —suponía que me había dado el pie preciso para hacer lo correcto y contarle aquel secreto que tanto me llenaba de alegría. Me acaricié el vientre, y mi bebé me infundió fuerzas—. Estoy embarazada de casi tres meses.

—¿Embarazada? Vaya... Es usted muy joven.

—Pues... es mi segundo embarazo, tengo un hijo de un año —aclaré llena de orgullo. Darío era lo que más quería en el mundo.

—¿Un hijo de apenas un año y ya está embarazada otra vez? —Jorge Monreal negó con la cabeza en gesto de desaprobación—. ¿Y qué pasa con su carrera? Esto va a frenar su ascenso de una manera atroz. ¿No ha pensado en ello?

—No me parece tan grave. —Me erguí inmediatamente en la silla, a la defensiva—. Considero que soy una profesional capaz de tener tanto vida personal como laboral. Mis deberes maternos no influyen para nada en los laborales.

—Por supuesto, señorita Fernández, es usted una gran profesional y tiene un futuro brillante como terapeuta, no me cabe duda... —Entrelazó los dedos de ambas manos—. Seguro que sabrá tomar la mejor decisión llegado el momento. ¿Qué quería de mí?

Sacudí la cabeza y decidí que ya intentaría descifrar sus palabras más tarde. Ahora me urgía conseguir la segunda parte de mi plan. El hecho de que no hubiera empezado a despotricar sobre los inconvenientes de contratar a una mujer embarazada me envalentonó.

—Quería solicitar el fin de semana libre. —Intenté esbozar una sonrisa a pesar del mal trago que me había hecho pasar. Esperaba que mis últimas palabras no contradijeran las primeras—. Se trata de un asunto de índole personal, aunque no imposibilita mi desempeño en el trabajo.

—¿Alguna cosa más? —Negué, esperando—. Concedido entonces. Buenos días.

Mientras volvía a casa en coche, en mi mente se materializaron las caras sonrientes de Darren y Darío, sus ojos, el sonido de sus risas, y me llevé la mano al vientre, apenas abultado, donde crecía mi pequeño bebé... Sí, por todo aquello que tenía, bien había valido la pena tener aquella extraña reunión con el señor Monreal. Poco me importaba si ahora estaba sentado en su despacho creyendo que, pese a mis palabras, el ser madre ocupaba todo mi tiempo y me hacía imposible el ser una buena profesional. Ya tendría yo tiempo de demostrarle cuán equivocadas estaban sus premisas. Por ahora, lo único que me importaba era disfrutar del tiempo de gracia que había ganado para estar con mi familia. Era tiempo de sembrar campos verdes sobre las brechas que me alejaban de Darren.

Pasé la tarde jugando con Darío en la alfombra, mientras él gateaba de un lado a otro del salón, llamando mi atención y pronunciando mi nombre con esa media lengua propia de los pequeños que me tocaba el corazón. Le di la merienda en la terraza y luego lo acuné en brazos, sosteniéndolo mientras dormía con la cabecita apoyada en mi pecho, confiado, seguro. Una vez lo dejé en su cunita, subí a la habitación donde estaba Darren preparando la maleta, con aire meditabundo. Sin decirle nada, saqué la mía del armario y lo imité.

—¿Qué haces? —preguntó sin mirarme.

—Preparo las cosas para que podamos irnos a esos premios del teatro —respondí con una sonrisa—, eran este fin de semana, ¿no?

—Sí, yo... ¿Irnos? Yo creía que...

—¿Creías que por estas... pequeñas diferencias que hemos tenido días atrás, yo iba a perderme cómo le entregan a mi novio un reconocimiento por su carrera? Estás loco.

—Estaba seguro de que no vendrías —susurró—. Lo habíamos hablado hacía muchas semanas... Movernos a otra ciudad todo un fin de semana... No pensé que...

—Si prefieres que me quede, dilo. Quizá no te apetezca estar dos días enteros a solas conmigo.

—No. —Fue rotundo—. Ven, si quieres.

Estaba convencida de que a él le encantaba la perspectiva de alejarme de mi trabajo y de mi jefe durante unos días, teniéndome a su lado constantemente, aunque, por supuesto, no iba a decírmelo en aquel momento. Ni falta que hacía. Su sonrisilla de medio lado, contenida pero visible mientras guardaba sus pertenencias en la maleta, era más que locuaz. Por mi parte, no pensaba dejarlo solo en un día tan importante, quería estar con él, demostrarle cuáles eran mis prioridades, y mantenerme a distancia de lo demás para poder tomar una decisión.

Además, no todos los días la crítica entregaba un premio por una obra que todavía estaba en representación y que ni siquiera había salido todavía de gira por las demás ciudades. El regreso de Darren a las tablas había sido un completo éxito, y yo quería estar presente para festejarlo con él.

—¿Y tu trabajo? —preguntó después de un rato.

—He pedido el fin de semana libre para poder acompañarte —contesté como si tal cosa, escogiendo un conjunto respetable para el evento.

—¿Has hecho eso? —Entonces sí me miró, visiblemente asombrado y con toda su atención.

—Haría eso o cualquier otra cosa, no lo pongas en duda. —Le devolví una mirada que esperaba que expresara todo lo que estaba pasando por mi mente—. No me perdería algo que es tan importante para ti.

Darren asintió y bajó la cabeza hacia su equipaje. Lo vi tragar saliva, y su nuez se movió de forma compulsiva. Yo me giré al tocador y fingí escoger pendientes con atención. Los dos necesitábamos un momento para que la emoción de la cercanía se nos pasara. Cuando volvimos a mirarnos, al bajar la escalera para recibir a Agatha y a Scott, quienes venían a encargarse de Darío durante nuestra ausencia, volvíamos a compartir miradas tiernas y roces de manos inocentes con promesas escondidas.

A pesar de que la idea de estar a solas con Darren me llenaba el alma de esperanzas conciliadoras, y pese a que Agatha y su marido eran dos de las personas en las que más confiaba, me costó lágrimas dejar a Darío y decirle adiós antes de partir. No recordaba haber estado separada de él dos días enteros, ni siquiera cuando me habían hospitalizado. Verlo agitar su manita en brazos de su abuela casi me rompió el corazón.

Hice un esfuerzo titánico por no llorar delante de él y conseguí contenerme hasta subir al coche que nos llevaría al aeropuerto. Una vez sentada y con las lágrimas amenazando con brotar, Darren deslizó su mano entre la mía, confortándose como nadie más podría hacerlo.

—Estará bien, cariño —me susurró, acomodándose a mi lado—. Sus abuelos lo malcriarán durante estos días y aprovecharán cada segundo que pasen juntos.

—Lo sé..., pero lo echaré tanto de menos... —la voz me sonó acuosa, y Darren sonrió.

Me acaricié la mejilla, haciéndome apoyar la cabeza en su hombro, en una cercanía que había temido no volver a recuperar. Suspiré de alivio y angustia al mismo tiempo.

—Yo también —dijo con dulzura, colocando sus labios en mi pelo—, pero nos tenemos el uno al otro.

—¿Te falta mucho?

—Dame dos minutos —respondí desde el dormitorio.

—Vamos a llegar tarde.

—Tú siempre llegas tarde, cariño. —Sonreí, dando saltitos para enfundarme en aquel vestido nuevo tan favorecedor—. Es parte del protocolo de los actores.

—Pues vamos a llegar aún más tarde.

—No te preocupes, no pueden entregar el premio si no estás allí, eres el homenajeado.

Mientras, me maquillaba delante del espejo, intentando dar luminosidad a mi piel y ocultar las orejas que el nuevo embarazo sumado al trabajo estaban causándome. Quería estar lo más guapa posible para quedar bien junto a Darren, que llevaba un traje chaqueta negro azabache con camisa blanca y sin corbata. Los dos primeros botones desabrochados dejaban ver el nacimiento de su pecho, dándole un aire desenfadado de lo más cautivador.

—Ya han pasado los dos minutos.

—Ya estoy, no seas impaciente. —Sus palabras me sacaron de mi ensimismamiento. Me apliqué el rimel, la barra de labios y estuve lista—. ¿Ves? No ha sido para tanto.

Sali de la habitación, e inmediatamente clavó sus ojos en mí. Llevaba un vestido blanco cortado bajo el pecho, con falda vaporosa, que disimulaba a la perfección el pequeño abultamiento de mi vientre. Dos anchas tiras de seda cruzadas en el cuello sujetaban el escote en uve, no demasiado prominente, pero sí sugerente.

—¿Y bien? ¿Ha merecido la pena la espera? —pregunté con una sonrisa.

—Estás... te queda... bien.

Enarqué una ceja, viendo como se daba la vuelta fingiendo arreglar los botones de su chaqueta.

Desde que habíamos llegado al hotel, Darren pretendía fingir que seguía molesto conmigo por lo ocurrido en casa, aunque lo cierto era que lo pillaba mirándome cuando pensaba que yo no lo veía. Lo conocía demasiado bien y sabía que su coraza se disolvía, lo que me alegraba, porque de la mía apenas quedaba un vago recuerdo.

—Bueno, vámonos pues. —Cogí un chal y mi bolsito de mano.

Asintió con la cabeza, abrió la puerta y me dejó salir primero.

Mientras estábamos en el coche, Darren se mantuvo callado y serio, toqueteándose la rodilla. En un determinado momento, puse mi mano sobre la suya, logrando que me mirase.

—Todo irá muy bien —le dije con una sonrisa tierna.

—No estoy nervioso —si no lo hubiera dicho tan deprisa, podría haberle creído.

—Yo no he dicho que lo estés. —Volví a sonreír—. Solo que todo saldrá bien.

Asintió, respiró hondo y se desabrochó la chaqueta con dedos trémulos.

Llegamos al teatro entre un mar de gritos y fotografías. Darren levantó la mano y saludó, y hice lo mismo cuando me lo indicó, aunque me sentía tonta saludando a toda aquella masa de personas que no me conocían y de las que yo solo sabía que eran admiradores de todas las personalidades que iban a llegar aquella noche. Como lloviznaba ligeramente, el encargado de coordinar las llegadas nos hizo pasar con premura, poniendo un paraguas sobre nuestras cabezas, al *hall* del teatro. Una vez allí, Darren firmó algunos programas de sus obras, saludó a conocidos y me presentó a personas que en mi vida había pensado conocer.

Todavía con la boca medio abierta y sintiéndome más torpe que nunca, encontramos nuestros asientos y esperamos al comienzo de la gala.

—Me siento como Julia Roberts en la escena de *Pretty Woman* en la que Richard Gere la lleva a ver *La traviata* —le susurré.

Un grupo de ballet clásico amenizaba la noche, y yo no podía apartar la vista de ellos, observando cómo las delicadas bailarinas danzaban al compás de los instrumentos de cuerda, que tocaban en directo en el estrado. Giraban sobre sí mismos, apoyados únicamente en un pie, realizando piruetas gráciles y hermosas. De repente, sentí como la mano de Darren se colaba entre las mías, y la tomé, acariciándola.

—No es la primera vez que haces una comparación parecida —me contestó en voz baja—, deberías dejar de ver esa película.

Desvié mis ojos hacia él con una sonrisa, parecía atender al baile, pero yo sabía que su cabeza estaba muy lejos de ahí; conocía todos sus movimientos y expresiones. Apreté su mano con fuerza, infundiéndole confianza.

Aplaudimos al cuerpo de baile cuando terminaron, después, el presentador salió a escena, agradeció nuestra presencia y procedió a la entrega de los distintos premios. Me sorprendió lo rápido que iba todo, y Darren me explicó, con sorna, que ese acto no era como los que televisaban en abierto, sino algo mucho más sencillo, de ahí que hubiera menos parafernalia. Me dediqué a aplaudir a todos los que subían al estrado, premiados por la crítica. Darren iba diciéndome quiénes eran o a qué se dedicaban exactamente, si habían trabajado con él o no y cosas por el estilo.

La noche avanzó y cuando por fin los labios del presentador pronunciaron el nombre de Darren, la sala prorrumpió en aplausos, y yo sentí una gran emoción en el pecho ante tan ensordecedora muestra de cariño. Le sonreí cuando buscó mis ojos y solté su mano para que pudiera acudir al estrado. Mientras lanzaba su discurso, me miró directamente. Por mis mejillas corrían lágrimas de emoción y de orgullo, preguntándome, una vez más, cómo era posible que una persona tan sencilla como yo hubiera podido dar con un hombre como él.

—Te has emocionado —dijo, secando con su pulgar las lágrimas de mis ojos cuando volvió al asiento—. ¿Tal mal hablo en público?

—Ha sido muy emocionante, por eso me he emocionado. —Le cogí la mano sin saber cómo expresar todo lo que me había inspirado ese momento.

—Gracias por estar aquí. —Su sonrisa fue completa—. Si no hubieras venido, no sé...

Besé su mano, no hicieron falta más palabras.

Estuvimos en la fiesta con el resto de premiados y sus familias apenas unos instantes, sentados en una mesa, conversando animadamente, hasta que llegaron a mis oídos los acordes de una bonita balada. Dejé de lado la copa de champán afrutado en la que solo me había mojado los labios y tiré de la mano de Darren, entusiasmada.

—¡Oh, Darren, vamos! —rogué, mirando a las parejas a nuestro alrededor entrelazadas en la pista. Una orquesta en directo amenizaba la noche. Los camareros, de etiqueta, se paseaban por entre las mesas sirviendo bebidas o entremeses—. ¡Mira qué ambiente! Sácame a bailar.

—No sé bailar. —Se mostró azorado, algo que me encantó.

—Por favor, solo esta canción, es lenta, no nos moveremos mucho...

Me miró a los ojos y debió ver en ellos cuanto lo deseaba porque accedió, levantándose. Nos colocamos en la pista, yo abrazándolo por el cuello, y él con sus manos en mi espalda, mirándonos como hacía tiempo que no lo hacíamos, con los ojos del alma, del amor, dejando de lado todo lo demás que no fuéramos nosotros dos, compartiendo ese momento.

—Estás preciosa. —Me acarició la espalda desnuda con los dedos—. Realmente maravillosa, de la cabeza a las puntas de los pies.

—Tú tampoco estás mal así, tan formal. —Nos sonreímos los dos—. Has estado muy bien antes, en el discurso.

—¿Esperabas agradecimientos como los de la televisión?

—Lo que has dicho ha sido mucho mejor. —Tan solo unas acertadas palabras sobre el trabajo y el esfuerzo, el agradecimiento a quien lo había premiado y su promesa de demostrar merecerlo—. Ha sido muy sincero.

La suave melodía embargaba los sentidos, a veces creía reconocer los acordes, pero entonces cambiaba, convirtiéndose en un popurrí cadencioso que permitía la conversación. Apenas nos movíamos por la pista, pero eso no tenía importancia, estuvimos juntos durante toda la canción y después, continuamos abrazados.

—Volvamos al hotel. —Me besó la mano, caminando hacia nuestra mesa—. Estoy un poco agobiado de tanta gente.

—Claro, cariño.

Cogí mi bolso, esperé mientras se despedía (hice lo propio, por educación, aunque no recordaba la mitad de los hombres) y nos marchamos. Resultaba obvio que Darren había notado mi cambio de actitud, pero si le importaba, no parecía demostrarlo, incluso estaba segura de que le resultaba agradable haberse convertido en mi única preocupación.

De vuelta en el hotel, y mientras Darren se servía una copa de vino y se sentaba en la alfombra, yo llamé a casa para saber de Darío y para informar a Agatha de todo lo ocurrido. Mi suegra compartió mis impresiones y se rió de buena gana cuando volví a recitar mi comparación con *Pretty Woman*. Mostró el grado adecuado de asombro ante algunos nombres que yo había conocido y controló mis nervios de madre al asegurarme de que todo iba bien. Me dio algunas recomendaciones, pidiéndome que no me excediera en mi estado. Cuando colgué, Darren me indicó que me colocara a su lado.

—Pareces más entusiasmada que yo —comentó, mirando de frente las llamas de la chimenea.

—Es agradable ver como la gente aprecia las capacidades del hombre que amas.

—¿Quién es ese hombre al que amas? —me preguntó, fingiendo estar molesto.

—Tú, tonto. —Sonreímos abiertamente.

—Oh... claro. —Tomó un sorbo de vino sin disimular la sonrisa—. Solo quería oírlo de esos labios tan dulces. —Intenté coger su copa, pero la apartó de mí—. Estás embarazada, olvídale.

—Vamos, solo mojarme los labios, no me hará daño, por favor...

Cedió, permitiéndome apenas degustar el vino y acabándose la copa luego, para evitar tentaciones. Lo saboreé unos instantes, como había hecho con el champán. Era una pena no poder beber teniendo al alcance aquellas bebidas tan exquisitas. Me acaricié la tripa a través del vestido, sabiendo que bien merecía la pena renunciar a todo por aquel bebé que crecía en mi vientre.

—¿Qué debo hacer? —Darren observaba las llamas con la vista perdida.

—¿Sobre qué? —Su pregunta me desconcertó.

—Para no perderte. Para seguir siendo el hombre al que amas. Para no dejar de verme reflejado en tus ojos.

Lo miré emocionada, acariciando su rostro con mis manos, haciendo que girara la cara y me mirase. El fuego hacía relumbrar sus ojos negros y confería brillo a su cabello. Dejaba la mitad de su cara en sombras, de forma sensual. Las llamas tintineaban en sus labios, haciéndome imposible el no mirarlos, echándolos de menos sobre mi boca, en todo mi cuerpo.

—Nunca me perderás, te quiero, mucho, y no importa todo lo que nos digamos o lo que hagamos, porque eso no puede cambiar.

—Yo también te quiero a ti, Leire, creo que nunca sabrás de qué forma. —Acercó su mano a mi pelo, rozándolo con dulzura—. Por eso quiero vigilar mis pasos, no me perdonaría hacer algo que te apartara.

—Aún no te he felicitado por tu premio. —Lo miré directamente a los ojos, dispuesta a convencerlo de lo que había dicho con algo más que palabras.

—No, no lo has hecho, es verdad.

—Pues... debemos remediar eso inmediatamente.

Con el único sonido del crepitar del fuego, acercamos nuestras bocas y nos besamos con gran intensidad y pasión, dejando al resto del mundo y sus complicaciones en un segundo plano. Cuando separé los labios y su lengua perpetró un avance con toda la caballería que conformaba su deseo, supe que no todo estaba perdido, que nuestros cimientos seguían siendo duros e indestructibles, únicamente agrietados en la superficie por los problemas cotidianos que nos habían asolado, como un huracán malintencionado. Decidida a terminar con aquel vaivén, envolví a Darren en mis brazos, y él aceptó mi petición muda acercándose al calor de su cuerpo, hasta que su piel candente me abrasó tanto, como habían hecho las llamas de la chimenea, al entrar en contacto con mi cuerpo.

—Dime que pare —susurró Darren, alejándose momentáneamente de mis labios, manteniendo los ojos cerrados.

—¿Por qué? — Mis dedos encontraron los botones de su camisa y en cuanto empecé a desabrocharlos, de su garganta nació un jadeo que me tocó el corazón—.

¿Por qué debería pedirte?

—Porque si no lo haces ahora... —su voz estaba enronquecida y le salía con dificultad—, luego no podré dejarlo.

—No quiero que pares, quiero estar contigo —le hablé muy cerca de su rostro, acariciándole la nariz con la mía—. Quiero que ocurra porque te amo y necesito demostrártelo de todas las formas posibles.

Por si mis palabras no hubieran sido suficientes, mis dedos mimosos dejaron caer la camisa a través de sus hombros, desnudándole el pecho, medio oculto en sombras por la acción de las llamas. Aquello pareció bastarle, reanudó sus besos y caricias, tumbándome sobre la mullida alfombra persa color gris perla en el proceso. Conforme la ropa se agotaba y el calor sofocante de las llamas de la chimenea humedecía nuestros cuerpos a gran velocidad, nos alejamos del continuo espacio tiempo, perdiéndonos en nosotros mismos. Sus dedos mimaron cada curva de mi piel, el incipiente vientre, el nacimiento de los pechos, el interior de las rodillas. Cada rincón fue atendido y venerado por las hábiles manos de mi amante, envolviéndome en la seda de su amor hasta no dejar nada para nadie más.

En todo momento, me regaló la maravillosa vista de su rostro, iluminado por el fuego crepitante de las llamas que hacía que sus ojos brillasen de una forma casi irreal. Su cabello lacio y húmedo se movía al compás de nuestra respiración cuando nuestros cuerpos se acoplaron en un empuje perfecto. Sentía a Darren anclado en un lugar dentro de mí que solo había conocido él. Acaricié su espalda, maravillada, agradecida por aquella comunión tan esperada, al tiempo que lo sentía respirar en mi cuello, buscando la calma cuando la tempestad nos arrasó dejándonos varados en una orilla tranquila, con los restos del deseo sacudiéndose en nuestras pieles temblorosas.

—Recuérdame —dije con dificultad, pues me faltaba el aire—, que discutamos más a menudo.

Él solo pudo reírse, tumbándose a mi lado y atrayéndome a sus brazos, con expresión relajada y satisfecha.

—Por una reconciliación así, bien vale la pena, ¿um? —Su índice me recorrió las sienes, el puente de la nariz y las cejas.

Abrí los ojos sin ser consciente de que se me habían cerrado, me estiré, encontrándome cubierta por una fina sábana. En la chimenea apenas quedaban unos rescoldos, y Darren me miraba con una sonrisa.

—Me he dormido un poquito —bostecé avergonzada.

—Me he dado cuenta —respondió, sonriendo. Su semblante relajado, saciado, me hizo sentir bien—, parecías necesitarlo.

—¿Qué vamos a hacer todo el fin de semana? —Me dediqué a jugar con los mechones de su pelo, ahora ondulados y despeinados.

—Pues... el amor, en todos los rincones de esta habitación, ¿qué te parece? —Me besó en los labios, suavemente—. Tengo grandes planes para ti.

—Uhh... suena realmente interesante, pero no sé si en mi estado estaré capacitada para tanta actividad.

—Si eres buena, te dejaré salir del dormitorio para almorzar. —Darren sonrió juguetón, como un niño—. Siempre que prometas comer deprisa, claro.

Logamos levantarnos pese a sus protestas y decidimos tomar una ducha y recuperar la compostura poniéndonos algo encima. Al final, Darren me dejó comer al ritmo que quisiera, incluso se sentó conmigo y picó algo cuando el servicio de habitaciones nos trajo un carrito con un poco de todo lo que había en el menú de desayuno. Habíamos acordado, sin necesidad de palabras, dejar de lado todos los asuntos que nos habían distanciado y dedicar aquellas horas restantes de fin de semana a disfrutar el uno del otro, sin mencionar nada que se saliera de nuestro ámbito familiar.

Decididos a ocupar el tiempo en algo más que nuestro mutuo placer físico, salimos a ver algunas tiendas, cogidos de la mano. Dado que Darren había viajado mucho por su trabajo, me llevó a conocer el teatro donde había actuado en esa ciudad, así como algunos sitios turísticos donde me hizo posar para el recuerdo. Parecíamos dos enamorados más entre las muchas parejas que paseaban y charlaban ajenas a todos.

—Quiero llevar algunas cosas a Darío y también a tu madre, que nos está haciendo el favor de cuidarlo —se me ocurrió al entrar en la zona turística—, y alguna chuchería para casa, de recuerdo.

—¿Compras? —Me hizo un mohín tras sus gafas de sol—. ¿Sabes cuántas horas de pasión vas a tener que dedicarme después de esto?

—Pagaré el peaje con la condición de que cargues con las bolsas.

—¡Hecho! —Tiró de mi mano hasta la primera tienda—. No tardes mucho.

Lamentablemente para él, paseé por todas las boutiques y tiendas diversas que se cruzaron en mi camino, mientras Darren cargaba las bolsas con infinita paciencia y sacaba la cartera sin rechistar, sin dejarme aportar un solo céntimo del dinero que llevaba en el bolso.

—Ahora vengo, ¿vale? Tengo que hacer una cosa —me dijo de repente—, dejaré esto en el coche y nos encontraremos en cinco minutos. No te pierdas.

—Bien —respondí, besándolo intrigada, preguntándome adónde iría.

Para entretenerme, miré conjuntos vaqueros para Darío y le compré un par de ositos de peluche y una camiseta como recuerdo de la ciudad. Después, salí de la tienda ajustándome las bolsas en la muñeca y esperé a Darren, que fue fiel a su palabra y no tardó en aparecer.

—¡Te he echado de menos! —exclamé, lanzándome a sus brazos.

—Y yo a ti, mi vida. —Su abrazo casi me rompió—. Ha sido una verdadera pesadilla, los peores siete minutos de mi vida. Dime, por favor, que has acabado las compras y podemos volver a quitarnos la ropa.

—¡Darren!

Se encogió de hombros sin más y cogimos el coche para regresar al hotel. Pasamos por delante de plazas y multitud de puestos de comida rápida de todos los lugares del mundo. Se entremezclaban los vendedores de perritos calientes con los de kebab y comida india. Había pizzerías italianas y restaurantes típicos con menús peruanos en la misma acera. Aquella era la calle de la diversidad, una ONU del buen comer.

Cuando entramos en nuestra habitación, los pies me estaban matando. Dispuse todas las bolsas sobre la cama, dividiendo sus contenidos según su tipo y según la persona a la que iban destinados, y decidí que los empaquetaría cuando hubiera descansado un poco. Me quité las sandalias y cogí un paquete. Salí al saloncito y caminé descalza hacia Darren.

—Te he comprado un par de cosas. —Le enseñé la bolsita.

—No me sorprende, te has llevado toda la tienda. —Me sonrió—. Deben haberte hecho cliente VIP en alguna.

—Y no he tenido que hacer cola para pagar, me han dejado pasar —comenté, sonriendo.

—¿Por tu embarazo? Pero si apenas se te nota...

—Eso mismo pienso yo... Creo que quizá es porque algunas personas me vieron contigo y entonces... —me encogí de hombros, inocente—, todo ventajas.

—Cómo te aprovechas de mí... —Me bordeó la cadera con los brazos, apoyando la barbilla sobre mi cabeza—. Me encanta.

—Oye... ¿adónde has ido antes? —Le acaricié el pecho, relajada en sus brazos—. Me mata la curiosidad.

—¿En los horribles siete minutos que nos han mantenido alejados? —preguntó. Me sintió asentir bajo su mandíbula—. Estaba comprando algo.

Levanté la cabeza para poder verle la cara y abrí los ojos con la curiosidad pintada en el rostro. Darren me soltó, y lo vi revolver entre los bolsillos de la cazadora que había llevado puesta hasta dar con un pequeño paquetito que luego me entregó. Rasgué el papel y se me hizo un nudo en la garganta al ver su contenido. Eran unos

pequeños patucos de lana tejidos a mano.

—Los he comprado amarillos... como aún no sabemos lo que es... —explicó, con una sonrisa—, eran los más diminutos que había, ¿te gustan?

Como única respuesta, me eché a sus brazos, abrazándolo y sollozando ligeramente, mientras él me mecía con ternura. Parecía que todas mis hormonas habían elegido ese momento para hacer acto de presencia. Darren se rió, pasándome la mano por la espalda para reconfortarme.

—Vale, vale. Lo tomaré como un sí —dijo.

Y fue en aquel preciso instante, con los pequeños zapatitos que debían calentar los pies del hijo que llevaba en mi vientre en mis manos y el cuerpo de Darren abrazado a mí, con su risa cariñosa en mi oído y su reconfortante presencia, firme como un muelle contra el que se estrellaban todas las olas de mi preocupación, cuando supe cuál era la decisión que debía tomar con respecto a todo aquello que nos había estado separando. Mis dudas habían encontrado por fin una resolución.

—Somos unos indecentes pecadores.

—¿A qué viene eso?

Dejé caer la cabeza sobre la almohada mientras cubría con la sábana mi desnudez y miraba a Darren, que permanecía tumbado boca arriba con un brazo bajo su cabeza. Su pecho subía y bajaba mientras intentaba recobrar el aliento. Tiré de la sábana para cubrirle la cadera, y él me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Pudorosa...

—Son las tres de la tarde y aún estamos en la cama. —Me incorporé, apartándome el pelo húmedo de los hombros—. Y tenemos que volver a casa hoy.

—Nos estamos reconciliando. —Darren no parecía en absoluto preocupado. Las líneas de tensión de su rostro se habían disipado completamente y solo quedaba satisfacción en su mirada—. Son cosas que llevan su tiempo. Anda, acuéstate...

—¿Reconciliándonos? ¿Todavía? ¿Cuántas veces son suficientes para llegar al perdón?

—Bueno... soy un hombre un poco rencoroso.

—¡Arriba! —ordené entre risas, comenzando a incorporarme.

—De eso nada. —Darren se lanzó sobre mí, inmovilizándome entre su cuerpo y el colchón—. Sigo enfadado... no hemos hecho las paces del todo.

—Las hemos hecho más que de sobra. —Le di un besito y conseguí librarme de la cárcel de su cuerpo, aunque de mala gana. Me incorporé y recogí la bata del suelo. Cuando me la puse, lo oí bufar con desagrado. Parecía un niño al que habían negado el postre por haberse portado mal en la mesa—. Voy a llamar a casa a ver cómo están el niño y tu madre.

—Entonces me adelanto a la ducha.

—Vale, pero no te agotes el agua caliente —marqué los dígitos y descolgué el auricular. Lo vi pasearse por la habitación como Dios lo había traído al mundo antes de perderse en el interior del cuarto de baño.

Aquel era nuestro último día antes de tener que volver a la cruda realidad de nuestras vidas. A pesar de que había sido un fin de semana dominado por el romanticismo, donde habíamos tenido tiempo para estar a solas y trabajar en nuestra relación como pareja, echaba de menos a Darío, ocuparme de él y ejercer ese rol de madre que parecía haber ido relegando a un segundo puesto por mis ansias de trabajar y prosperar. Ser una buena madre no consistía solo en la independencia económica que me ayudaría a dar a Darío todo lo que quisiera, ya había pasado por eso antes, cuando estaba sola y renunciaba a pasar momentos con él, siendo recién nacido, por cuestiones prácticas de comprar pañales y biberones.

Ahora tenía alguien que me apoyaba, no tenía que ser una madre ausente por obligación nunca más. Me toqué el vientre, consciente de que mis deberes y recompensas maternas pronto se multiplicarían.

—¡Agatha! —sonreí al escuchar la voz de mi suegra—, no sabes las ganas que tenía de oírte... ¿qué tal todo?

Darren terminó de ponerse los vaqueros, todavía mirando con lástima las sábanas arrugadas de la cama. Se había resignado a que el tiempo libre se nos escapaba de las manos, pero por lo menos ya no insistía. La conversación con su madre me había dado aún más ganas de volver a casa, y, aunque lo negara, a él también.

—He pensado que podemos alquilar una buena película para descansar hasta la hora de volver —me dijo cuando ambos estuvimos arreglados.

—Me parece buena idea, bajaré a por algunas cosas para picar mientras tú te encargas de eso.

Entre todas las características de aquel hotel, contaba con un servicio de alquiler de vídeos que nos había llamado mucho la atención cuando habíamos vuelto del teatro. En aquella ocasión, estaba cerrado por las altas horas de la noche que eran, pero ahora podíamos acceder a él. Darren se paseó entre las salas, bajo la atenta mirada del encargado, y yo me hice con un pequeño arsenal dulce para nuestra sesión de cine particular.

Al final, dimos con la perfecta comedia romántica para una tarde de relajación en el sofá. Aderezamos el argumento con conversaciones banales entre nosotros, como había hecho aquella vez, hacía tanto tiempo, en la sierra. Darren estaba acomodado en el enorme sillón de piel blanca de la habitación, conmigo recostada entre sus piernas, recostada en su pecho y con la bolsa de chucherías variadas apoyada sobre mi vientre. Era el paraíso.

No me di cuenta de que me había adormilado hasta que abrí los ojos y me vi recostada en el sofá con una manta por encima. Me rasqué los ojos, viendo la borrosa silueta de Darren moverse por la habitación. Aparté la manta y me incorporé con un bostezo, estirándome de una forma muy poco femenina.

—Estás haciendo de las tuyas con mi cansancio, ¿eh? —le susurré a mi tripa, tocándola con ternura—, ni siquiera me doy cuenta de que caigo redonda.

Me levanté y doblé la manta. Darren se acercó con una sonrisa antes de volver su atención al teléfono que tenía apoyado en la oreja. Cuando volvió a hablar, parecía molesto.

—¿Sí? Escuche, como ya le he dicho a su compañero, nos marchamos hoy, ¿puede pedirnos un taxi para ir al aeropuerto? Gracias, sí, a nombre de Darren Matthews, con dos t... ¿me está escuchando?

Como habíamos dejado el equipaje listo antes de ponernos con la sesión temática de cine, solo tuve que guardar el neceser (después de lavarme la cara y retocarme el maquillaje, por supuesto) y proceder a revisar los cajones y armarios para no olvidar nada. Estaba cerrando mi maleta de mano cuando Darren entró a la habitación y se puso la chaqueta con un gesto hosco.

—Creo que será mejor que pidamos el taxi directamente a la salida —dije yo, aguantándome la risa.

—¿Te puedes creer que no haya creído que soy yo? ¡Es el colmo! Me registro con mi nombre y piensa que me estoy quedando con él. —Puso las maletas en el suelo y se guardó la cartera en un bolsillo—. ¿Me quieres decir qué persona en su sano juicio se registraría en un hotel con mi nombre sin ser yo?

—Hay gente para todo. —Sabía que casi todos los actores usaban nombres falsos, aunque no creía que eso le quitara el mal humor—. El personaje de Julia Roberts en *Notting Hill* usaba nombres de personajes de Disney.

Darren se caló una gorra de baloncesto en la cabeza y me miró a través de la visera que le caía sobre los ojos. Estaba guapísimo con ese look entre adolescente rebelde y famoso hastiado que tanto gustaba a sus admiradores.

—De verdad, Leire, lo tuyo con las referencias a esa actriz empieza a ser preocupante.

El amable botones de planta nos ayudó a bajar las maletas hasta el *hall* del hotel, donde Darren mostró su documento de identidad y se quejó de que el recepcionista que le había respondido al teléfono lo hubiera acusado de burlarse de él al darle su nombre. El encargado de los registros, colorado de vergüenza, hizo lo imposible para suavizar la situación, llegando al punto de ofrecernos dos noches en la suite, un tratamiento gratis de spa o cualquier otra cosa que pudiéramos pedir para reparar el error.

—¿Tienes alguna película de Julia Roberts entre las de alquiler?

Me eché a reír ante la cara de confusión del encargado, cuyo bigote perfectamente peinado se removía sobre su labio superior. Balbuceó que tenía que comprobarlo y, ante la seriedad de Darren, que tenía la misma cara que un cantante de ópera que hubiera solicitado más champán, empezó a teclear en el ordenador. Quince minutos después, cogimos un taxi en la entrada del hotel rumbo al aeropuerto, con *Erin Brockovich* como equipaje de mano.

El trayecto en avión se nos hizo más corto de lo normal, posiblemente porque lo pasamos durmiendo y no nos despertamos hasta que la azafata nos avisó que íbamos a tomar tierra y debía poner los respaldos de los asientos en posición vertical. Para cuando llegamos a casa, era ya hora de cenar. Agatha nos recibió con alegría,

dándonos un par de besos y abrazos a cada uno y repitiendo sin cesar que se nos veía mejor cara, que parecíamos más relajados. Centré todas mis atenciones en no sonrojarme, pero no estuve segura de haberlo conseguido.

Dejamos las maletas en el pasillo e inmediatamente nos dirigimos al dormitorio de Darío, lo cogimos en brazos y lo mimamos mientras intentábamos llenar los estómagos al mismo tiempo. El pequeño pasó de unos brazos a otros y entretuvimos a Agatha contándole cosas sobre la gala de entrega de premios, el hotel y la anécdota del recepcionista que no había creído a Darren.

—Cómo he echado de menos a este renacuajo —le dijo Darren cuando lo estábamos arrojando—, mañana no pienso separarme de él.

—Ni yo tampoco —comenté cuando salimos de la habitación del pequeño. Se había dormido más tarde de lo habitual debido a la agitación de nuestra vuelta y a la presencia de su abuela hasta tarde—, seremos siameses los tres.

—Bueno... estarás con él cuando llegues del trabajo. —Darren fue sutil, dándome pie sin saberlo—. ¿Qué haces?

Me siguió cuando me desvié y seguí al estudio en lugar de a nuestro dormitorio. Cogí un sobre que había dejado y se lo tendí. Su mirada confusa me hizo gracia. Estaba allí plantado, con el sobre entre los dedos, sin moverse. Le indiqué con un gesto que lo abriera, y bastó que sus ojos leyeran un par de líneas para que en el entrecejo se le formaran las características arrugas de incomprensión que yo tanto conocía.

—¿Qué es esto?

—Mi carta de dimisión —dije con simpleza—, la he redactado mientras te duchabas, justo después de que tu madre se fuera —expliqué.

Me miró con el papel a cierta distancia de su cara. No vi una alegría inmediata en su expresión, y tampoco parecía preparado para decir «te lo advertí», solo parecía confundido.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? No quiero que tomes esta decisión por mí... porque creas que quiero que dejes de trabajar a toda costa —negó con la cabeza al mismo tiempo que hablaba—. Porque estaba equivocado, cariño, no quiero eso.

—Lo sé, Darren, y te aseguro que si hago esto, es por mí misma. Porque me ha costado entenderlo, pero ahora lo sé. No lograré superarme y alcanzar mis metas en ese lugar; fue mal desde el principio, desde que el trabajo iba por un lado y mi familia por otro. —Me encogí de hombros—. Sigo queriendo hacerlo, sigo queriendo trabajar y superarme... pero ese no es el lugar, no con esas condiciones ni de esa forma.

—Escucha... —Suspiró, dejando la carta sobre la mesa y cogiéndome la mano—. Leire, eres una gran profesional, nunca he dudado de eso, no quiero que te quedes aquí sin cumplir tus sueños. —Me miró, y esta vez había algo distinto en sus ojos, arrepentimiento—. No debí haberte presionado, tenías razón, estaba portándome como un machista, y no es así como quiero que sea nuestra relación.

—Darren, sé que no pretenderías convertirme en una extensión de ti mismo. No pasa nada, está olvidado.

—No, déjame acabar... —Dio otro paso hacia mí, acariciándome la mejilla con la mano libre—. Quiero lo mejor para ti. Desde que te conozco, he sabido que vales mucho más de lo que los demás creen. Este lugar... sabía que era poco para ti, que merecías más, pero no he sabido expresarlo. No quería que pareciera que te cortaba las alas, lo que quiero es volar contigo.

—Lo sé, cariño. —Le sonreí emocionada—. Y esta vez me tomaré mi tiempo para decidir, no tomaré lo primero que me ofrezcan por miedo a no poder optar a nada más.

—Tienes muchas más opciones de las que tú crees. Vales más de lo que tú misma piensas —me susurró, demostrándome una confianza en mí misma que me hizo crecer varios palmos.

—Ahora lo sé y no pienso volver a minusvalorarme. No me defraudaré a mí misma, y tampoco a ti. —Mi sonrisa se amplió—. Y te juro que pienso exigir horarios decentes antes que cualquier otra cosa.

Con una carcajada, Darren me abrazó con fuerza. Su confianza y honestidad habían sido incluso más balsámicos para mí que aquellos días en que habíamos estado solos. Ahora sí habíamos hecho las paces, hablando de lo sucedido sin rencores, sin peleas, sin echarnos nada en cara, solo siendo honestos y expresando qué era lo que sentíamos en nuestro interior. Por fin habíamos abandonado aquella calle de desconfianza. Por fin teníamos una nueva dirección que tomar.

Darren paró el coche justo frente al edificio gris en el que yo trabajaba, mirándome con una expresión que por fin denotaba algo. Se había comportado objetivamente desde que iniciáramos el camino, y ahora que llegaba el momento de la verdad, empezaba a mostrar signos de preocupación. Le sonreí para aplacar sus nervios, esperando que los míos siguieran el mismo camino.

—Podrías haber esperado un par de días más...

—Dicen que al mal paso es mejor darle prisa —me quité el cinturón y cogí el sobre, aferrándolo en mis manos.

—¿Estás completamente segura de esto? —volvió a preguntarme mientras apagaba el motor—, todavía puedes reconsiderarlo un poco más.

—Lo estoy, es lo que debo y quiero hacer. Escucha, hay algo que no te he contado. —Suspiré, esperando no equivocarme—. Hay un motivo más por el que quiero marcharme... Le conté al señor Monreal lo de mi estado cuando le pedí el fin de semana libre, y él... —Los ojos de Darren se abrieron, esperando lo peor. Se inclinó hacia adelante en el asiento, todo su cuerpo en tensión—. No lo dijo con estas palabras, pero dejó caer que me había portado como una irresponsable al quedarme embarazada otra vez... Dijo que eso frenaría mi carrera.

—¿Qué hizo qué? —su voz subió de tono—, ¿cómo se atreve a poner en tela de juicio tu capacidad? No solo en el trabajo, sino como madre, ¿qué derecho tiene a opinar sobre nuestra familia?

—Eso pensé yo. No me gustó su tono... ni las insinuaciones que implicaba. Por eso voy a dimitir, no quiero que me haga sentir incómoda.

—Voy contigo —declaró, sacando la llave del contacto—, no pienso arriesgarme a que ese cerdo...

—Iré sola, le daré la carta y vendré al coche para que nos vayamos a casa.

—Leire..., no puedo dejarte con él... ¡después de lo que me acabas de contar!

—Tranquilo, estaré bien. Volveré contigo en unos minutos. Confía en mí, necesito hacerlo yo, necesito plantarle cara.

Darren respiró hondo, dando un golpe al volante, con frustración. Podía comprender lo duro que estaba resultando para él hacer lo que le había pedido, dejarme ir sola cuando todo su ser le pedía intervenir para protegerme. Valoraba mucho su preocupación y para mí era muy importante saber que lo tenía a mi lado y que podía contar con él si las cosas se ponían realmente feas, pero, como le había dicho, aquel era un paso que nadie podía dar por mí. Tenía que ser capaz de defenderme y aguantarlo si Jorge Monreal era capaz de caer tan bajo como para ponerse grosero conmigo.

No sería capaz de respetarme a mí misma si me escondía detrás de mi pareja.

—Si en quince minutos como mucho no estás aquí, entraré a buscarte —dejó claro, por su tono de voz, que ahí no iba a claudicar.

—No tendrás que hacerlo. Vendré enseguida.

Lo besé y bajé del coche, entrando en el edificio con firmeza. No me temblaron las piernas ni tampoco me enteraron las dudas en el último momento. Simplemente, seguí andando todo recto por el pasillo que había cruzado durante semanas, giré a la derecha y me encontré con la sala de despachos justo frente a mí. Eché los hombros hacia atrás y tras llamar con los nudillos por cortesía, me personé justo frente al que pronto sería mi ex jefe, que me miró sorprendido.

Rápidamente, se llevó las manos a las sienes, echándose para atrás unos imaginarios mechones de pelo que no se le habían movido del sitio. De repente me di cuenta de que era patético en sí mismo, cubriéndose de remaches que escondieran sus inseguridades. Se había teñido el pelo tantas veces para esconder las canas propias de su edad que ya solo conseguía brillo con cantidades ingentes de fijador. Con un suspiro de alivio, casi como si fuera una liberación, dejé caer el sobre en la pulida mesa de madera, justo ante sus narices.

—Señorita Fernández... —como si presintiera que algo iba a salirse de control, su voz sonó con un graznido.

—Presento mi dimisión.

La mirada de Jorge Monreal se clavó directamente en mis ojos, con un rictus de desprecio enmarcando su media sonrisa que no se molestó lo más mínimo en disimular. Comprendí que esa era una de sus armas intimidatorias de más éxito, la misma con la que me había convencido de que pese a mi experiencia, necesitaba pasar por un periodo de prácticas.

Entrecruzó los dedos y apoyó en ellos la barbilla, sin apartar la mirada de mí, intentando hacerme sentir pequeña frente a su supuesta grandeza. Me di cuenta de que, hasta entonces, lo había conseguido, ¿cómo había podido estar tan ciega durante aquel tiempo?

—Veamos... me pide un fin de semana libre por asuntos personales y vuelve presentando su dimisión. —Señaló, sin tocar el escritorio, con un dedo de excelente manicura—. Creí que tenía usted muy claras sus prioridades, señorita Fernández, pero veo que, al final, la presión del hogar ha podido con sus expectativas.

—No pretendo que entienda mis razones. —Erguí los hombros decidida a no amilanarme. Me esperaba una reacción semejante, pero yo tenía muy claras cuáles eran mis metas laborales, y no pasaban por encima de mi familia—. Decido abandonar esta empresa porque no me siento valorada como profesional.

—¿Valorada? —Jorge Monreal soltó una carcajada ofensiva que retumbó en todo el despacho—, vaya, vaya... así que la pequeña gatita sabe sacar las uñas.

Tal falta de respeto me dejó momentáneamente sin habla. Había preparado respuesta para cualquier diverso ataque que pensé poder recibir, pero nunca esperé que, el que hasta ese momento había sido mi jefe, cayera tan bajo. Lo miré impactada ante su cambio de actitud, ¿o era la auténtica, mostrando por fin su fea cara?

—Podría haber seguido ascendiendo si supiera cuáles son tus prioridades —ahora su tono de voz era hostil, destinado a incomodar—, si hubiera dejado los lastres donde deben estar, fuera del camino.

—Cuando el trabajo y la familia en lugar de complementarse se estorban... es que algo está mal, y, por supuesto, no son las personas que quieres lo que debes cambiar —le respondí, subiéndome el asa del bolso y dispuesta a darme la vuelta y salir de allí—, de modo que este es mi lastre.

—¿De quién has aprendido esa gilipollez? —espetó, las formas totalmente perdidas ya.

—De mi padre —respondí sin titubeos—. Es así como él se ha regido en su vida, y pienso seguir su ejemplo.

—Entonces no me cabe duda, serás una fracasada ama de casa sin más sueños que el conseguir que su maridito le de algunos billetes para trapos, ¡y creerás que tienes suerte!

Se levantó del asiento, tuteándose con sardónico placer. Su pelo impecablemente peinado se salía ahora de sitio, mostrando mechones desordenados que le daban una apariencia de loco que me puso el vello de punta. Mi incomodidad estaba empezando a convertirse en alarma, y era lo bastante experta en las reacciones de mi cuerpo como para saber cuándo tenía que replegarme.

—Esa será su opinión —dije para zanjar el tema, con la voz más clara que pude mantener—, no tengo nada más que decirle, así que...

—Ah, pero yo sí, ¡yo sí tengo algo más que decirte a ti! —Avanzó hasta mí, haciéndome retroceder el mismo número de pasos que él caminaba—. No eres más que una pobre y desvalida embarazada a la que contraté porque pensé que podría valerme de algo..., pero no lo has entendido, ¿verdad? No has sabido para qué carajo estabas aquí.

Seguí caminando hacia atrás, sin perder de vista el rostro iracundo de Jorge Monreal, cuya lunática expresión llenaba cada espacio vacío del despacho. Tropecé contra la puerta y empecé a buscar a tientas el pomo con dedos temblorosos. Con el bolso me tapé el vientre, era una absurda maniobra de protección y lo sabía, pero sentía que algo debía interponer entre ese ser despreciable y mi hijo.

—Apártese de mí —tragué saliva—, si me pone un dedo encima, se arrepentirá, se lo juro.

Otra vez esa carcajada llena de ofensa, y el avance hasta mí era progresivo. Puso una de sus enormes manos en un lado de la puerta, peligrosamente cerca de mi cabeza, inclinándose hacia adelante. Cuando abrió la boca, noté claramente el hálito a alcohol que desprendía, y eso me aclaró muchas cosas. Me obligué a no mostrar

debilidad, no podía evitar su mirada o descubriría que estaba aterrorizada, lo que le daría ventaja sobre mí. Mi esperanza era que bajara la guardia, un despiste fortuito y podría salir de esta.

Claro que también cabía la posibilidad de que Darren cumpliera su palabra y entrara a buscarme al no verme salir transcurrido un tiempo prudencial, ¿qué ocurriría entonces? ¿Se lanzaría sobre Monreal al ver su actitud amenazante hacia mí? ¿Acabarían peleándose? Se me heló la sangre al imaginarlo. Eso perjudicaría a Darren, su carrera y su vida se verían tachadas ante una conducta agresiva semejante, aunque hubiera sido por defenderme a mí y al hijo que esperábamos. Pensé en ellos dos, pensé en Darío, y a pesar del miedo que sentía, a pesar de que temía por mí misma, recé para que Darren no se inmiscuyera en ese asunto.

Tendría que salir de él sola, aunque no tenía ni idea de cómo.

—¿Se te han acabado las amenazas? —Veía su rostro cada vez más cerca, haciendo más nauseabundo el olor a alcohol a medida que se acercaba—. ¿Qué vas a hacer ahora, golpearme con toda tu experiencia laboral no valorada?

—No tiene ni idea de lo que es capaz una madre que se siente amenazada —le solté, con la rabia bulléndome en el interior del cuerpo. Detestaba sentirme débil o amenazada, y por Dios que si ese hombre ponía una sola mano sobre mí, sería capaz de usar cualquier cosa para defenderme—, y más si esa madre soy yo.

—¡No me digas! —Me enseñó los dientes en una sonrisa lasciva—. Aprende de una vez que solo eres una mujer.

Entonces empezó a reírse con tanto estruendo que la cabeza se le echó hacia atrás. Como no sabía si tendría otra oportunidad, decidí coger la que se me presentaba con todo el impulso que pude. Aproveché que ya no estaba en su campo de visión más inmediato, levanté el brazo y le propiné un codazo en el puente de la nariz. El alarido me subió las pulsaciones, y la euforia me corrió por las venas cuando vi la sangre empapar su mandíbula y bajarle por la camisa. Se apartó de mí, llevándose las manos a la cara y profiriendo gritos e insultos que sonaban aguados debido a la sangre.

Temblando, me reajusté el bolso en el hombro y lo miré, totalmente despeinado, doblado sobre sí mismo y sangrando con abundancia.

—Eso —jadeé, abriendo la puerta de un tirón—, ¡también lo aprendí de mi padre!

Eché prácticamente a correr por el pasillo, mirando atrás de cuando en cuando por temor a que me siguiera. Aún podía oírlo blasfemar, y el camino a la puerta parecía alejarse de mi alcance más y más con cada paso que daba. Me sujeté el vientre, dándome fuerzas y ánimos a través del bebé al que había logrado proteger.

La recepcionista me miró con aprensión y se levantó al verme, pero yo seguí de largo, solo unos metros más y me encontraría de frente con la puerta de salida. Tenía que conseguirlo, tenía que irme de allí.

—¡Leire!

Crucé el último tramo y allí vi a Darren, que entraba en ese momento por las puertas acristaladas que dejaban pasar el sol de la mañana. Sin pensarlo, solté el bolso y corrí hacia él, que me recibió en sus brazos con expresión confundida. Me pasó las manos por la nuca y luego sujetó mis mejillas, mirándome. Sus ojos se fueron encendiendo de furia conforme los efectos secundarios de lo vivido en el despacho se fueron haciendo visibles en mi cara.

—Ha sido... una dimisión dura —musité, apenas sin voz—, sácame de aquí, por favor.

Lo vi mirar a través del pasillo por encima de mi cabeza, como si cavilara sus opciones en caso de decidir dejarme allí e ir en busca de Monreal. Tiré de su camisa, con mirada suplicante y, al final, Darren asintió. Cogió mi bolso, me pasó la mano por la cintura, manteniéndome pegada a su pecho, y traspusimos las puertas rumbo a la salida.

Me removí inquieta cuando sentí el airecillo frío rozar mi cara, apreté los ojos, negándome a abandonar mi estado de somnolencia hasta que una mano grande zarandeó mi hombro con cuidado, obligándome a rendirme a lo inevitable.

—Despierta, nena, ya estamos aquí... vamos, arriba, perezosa.

Abrí los ojos levemente y no pude evitar sonreír ante el maravilloso paisaje que tenía ante mí. La tan querida casa de la sierra, aún con trazas de nieve por las bajas temperaturas que habían asolado el lugar las semanas anteriores, se erguía ante nosotros, dándonos la bienvenida una vez más. Suspiré encantada, estirándome en el asiento y subiendo el respaldo para poder tener un mejor ángulo de visión. No había lugar mejor en el que pasar periodos marcados por crisis que ese.

—Voy a abrir la puerta para que entremos con Darío, espérame —me dijo Darren, bajando del coche con un par de bolsos a hombros. Por fin mostraba una sonrisa después de una semana realmente mala—. Ten cuidado al bajar, el suelo resbala.

Después de haberle contado a Darren todo lo ocurrido con Jorge Monreal, inmediatamente se había puesto en contacto con su abogado personal para consultarle la situación. Por fortuna para mí, tanto el pasillo como el despacho contaban con cámaras de seguridad, todo el edificio era un circuito cerrado donde no se escapaba una sola entrada o salida de personal. También había tenido suerte con que Monreal no recordara ese hecho, pues en la grabación se advertía totalmente su postura amenazadora y el acoso al que me había sometido, por lo que yo le había golpeado en clara defensa propia.

El abogado nos había sugerido una demanda por daños y prejuicios basándonos en mi estado, asunto que estábamos empezando a plantearnos. Intentaba no pensar que podría haber perdido al bebé si me hubiera golpeado o tirado al suelo, aquella idea me había quitado el sueño durante la última semana. Ahora solo quería seguir adelante y olvidar el suceso junto a mi familia.

Después de eso, Darren y yo coincidimos en que nos vendría bien pasar el resto de mi embarazo en un lugar tranquilo y alejado, donde pudiésemos respirar aire puro y centrarnos únicamente en nuestra familia. Y teníamos el sitio perfecto. Nada más bajarme del coche y pisar aquel camino, sentí que todas mis preocupaciones y miedos se quedaban muy atrás, perdidos en el camino de vuelta a casa.

Volvió a buscarme y recorrimos el sendero que conducía hasta la casa marcando nuestras huellas en los restos de granizo y barro que enlodaban el caminito de piedras que hacía las veces de entrada. Ya dentro de la casa, Darren dejó a Darío en el parquecito que había abierto y colocado frente a la entrada al dormitorio, después se entretuvo en encender la chimenea, y yo fui dejando los biberones y productos perecederos dentro de la nevera.

—¿Estás bien? —me preguntó al llegar a la cocina. Subió a la mesa lo que más pesaba y me ayudó a llenar la nevera.

—Estoy mejor —respondí con una sonrisa—, es la primera vez en una semana que logro dormir sin sobresaltos.

—Siento haberte despertado. —Me besó la frente—. A partir de ahora todo irá mejor, está todo arreglado, no tienes nada que temer.

—Lo sé. Me siento segura y tranquila aquí.

Su sonrisa demostró que él también. Había tenido la idea, así que se merecía que le reiterara lo bien que me veía para traer de vuelta la paz a nuestro día a día. Cuando me quité las capas extra de ropa, me rodeó con los brazos, acariciándome la tripa con mimo.

—Me ha encantado ver ese codazo tuyo en la cinta de seguridad —comentó Darren, logrando, como siempre, hacerme sonreír—, estás muy sexy cuando te pones violenta.

—Mi padre también está orgulloso. —Sonreí más—. Se atribuye todo el mérito por sus clases de defensa personal.

—Si hubiera llegado a hacerte el más mínimo daño... a ti o a la niña... yo...

—Estamos bien, las dos. —Le di un besito—. Ella me dio las fuerzas que necesitaba para romperle la nariz a ese tipo. —Me abracé a él—. Espero que le quede torcida.

Darren rompió en carcajadas, meciéndome en sus brazos.

La única cosa buena que había traído todo el incidente con mi ex jefe había sido que ya conocíamos el sexo de nuestro segundo bebé. Darren se había empeñado en que el médico me revisara, me encontraba nerviosa y temía que se me hubiera subido la tensión por las nubes. Todo resultó estar bien, y cuando nos quedamos más tranquilos, el tocólogo ofreció la posibilidad de conocer el sexo del bebé. Volvimos a casa sabiendo que en unos meses tendríamos una niñita.

—Bueno, ya estamos otra vez aquí. —Levanté la cabeza para poder verlo—. Parece que pase lo que pase siempre acabamos retornando.

—Es nuestro lugar, nuestra toma de contacto. Podremos estar solos y tranquilos, sin que nadie nos moleste —Miró hacia el salón, que empezaba a calentarse agradablemente—. Darío está dormido en el parque.

—Se ha pasado todo el viaje balbuceando cosas, no me extraña que haya caído.

—Si la nieve cuaja, pienso enseñarle a hacer carreras en trineo.

—Darren... aún no tiene ni los dos años. —Mi radar de peligro materno se puso a parpadear inmediatamente—. Espera un invierno más.

—Bueno pues te enseñaré a ti —sonrió, abarcándome con sus manos—, pero para peleas de bolas de nieve. Serás un blanco muy fácil. —Le di un manotazo en el hombro que lo hizo reír aún más—. Uy, había olvidado que mi chica es toda una guerrera. No te enfades, ya sabes que tu tripita me vuelve loco.

—¿Ah, sí? ¿Cómo de loco? —Le di un par de suaves besos en la barbilla, parpadeando tiernamente en su dirección. Era agradable poder recuperar aquellos momentos de pareja tras tantos días.

—Lo suficiente como para no dejarte usar esos pijamitas tuyos durante demasiado tiempo —murmuró, mordisqueándome el lóbulo de la oreja y encendiendo todas mis terminaciones nerviosas.

—Ya no me valen —le respondí con un puchero.

—Tanto mejor, así usaré el tiempo de desnudarte en otras cosas.

Con asombrosa fuerza, me levantó en brazos, haciéndome reír a carcajadas. Cargó conmigo, como si no pensara más que Darío, y me llevó hasta la puerta abierta del dormitorio, me tumbó en la cama y dedicó una buena cantidad de tiempo a demostrarme lo útil que podía ser no tener pijamas de mi talla.

Dedicamos la tarde a guardar cosas en armarios, sacar abrigos, vestir las camas con mantas y colchas y perseguir a Darío cuando se nos escabullía por el pasillo, amenazando con acercarse demasiado a la chimenea.

—Empiezo a temer que trepe por la reja de seguridad para llegar a ella —decía Darren cada vez que lo pescaba por allí.

Logramos dejar la casa habitable en un par de horas e improvisamos una cena sencilla. Después de comer y cuando el niño se entretuvo jugando con sus cochecitos en la mullida alfombra del salón, me asomé a la entrada, donde pude ver a Darren fumando con aire pensativo.

—Te vas a helar —le dije, envuelta en una de las mantitas del sofá.

—Me quedan un par de caladas.

—¿Estás pensando en algo importante?

—Alguna vez... ¿te he dado las gracias por lo que hiciste? —dejó la colilla en el cenicero y se pasó las manos frías por los brazos. Me miró, serio.

Fruncí el ceño y me subí más la manta sobre los hombros. Medité su pregunta durante unos segundos, sin tener ni idea de a qué venía a aquellas alturas. Quizá todo

lo que había ocurrido le había removido sentimientos o recuerdos del pasado.

—Creo que sí... aunque, de todas formas, no tienes que hacerlo, yo también tendría mucho que agradecerte. —Me toqué el vientre con elocuencia.

—Era un caso perdido... era un caso realmente alarmante, pero entonces llegaste tú... —siguió diciendo, ajeno a mis palabras—, aún no puedo entender cómo pasó.

—Bueno, tengo que admitir que lo tuve planeado desde el principio.

—¿Qué? —preguntó, riéndose.

—Sí, te lo confieso, cuando llegué a esta casa y te vi tirado en el sofá con ese aire de peligroso psicópata, pensé... ese es mi chico.

—¿Peligroso psicópata? ¿En qué revista has leído eso? —Nos reímos los dos—. Anda, vamos a dar un paseo, hace sol, Darío está despierto y podrá ver la nieve.

Asentí, cogiendo su mano fría y guiándole al calor de la cabaña. Darío se volvió a una velocidad asombrosa hacia su padre, riendo eufórico cuando este lo levantó en brazos y empezó a hacerle pedorretas en la tripita. Lo metí en el abrigo como pude y luego lo colocamos en su cochecito para que paseara más cómodo.

Cuando llegamos a la parte del camino que estaba junto al río, sonreí. El cielo estaba lleno de nubes esponjosas que amenazaban llovizna, y las aguas, antaño tranquilas y cristalinas, se veían oscurecidas y en quietud. No obstante, aquel seguía siendo el lugar más especial del emplazamiento de la sierra para mí, los recuerdos me inundaron.

—Justo ahí. Bésame —le pedí a Darren cuando llegó hasta mí.

Él me miró extrañado, enarcando las cejas, echó un vistazo alrededor y entonces lo comprendió. Estábamos entre los dos grandes árboles y frente al lago de la primera vez. Suspiró, aguantando la risa.

—¿Vamos a hacer esto cada vez que vengamos aquí?

—¿No puedes simplemente besarme sin más? Me gusta cumplir con las tradiciones.

—Eres una romántica.

—¿Me quieres besar? —inquirí ansiosa—. Tiene que ser aquí, da buena suerte.

Se acercó sonriendo, dejando el cochecito con el niño a solo unos pasos de nosotros. El pequeño parecía más interesado en apretujar y morder su camión de tela que en prestar atención a los arrumacos de sus padres, así que me entregué al momento con Darren con toda libertad. Se acercó y cumplió mi deseo, dando calor a mis labios con la intensidad de su beso.

—¿Cómo ha cambiado la estampa, eh? —comentó cuando nos separamos y miró a Darío jugar en su carrito al tiempo que posaba una mano sobre mi vientre.

—Hemos visto prosperar nuestra vida, y siempre acabamos haciendo balance aquí.

—Eso me ha llevado a decidir una cosa, tengo algo para ti, vamos dentro.

Tiré de mi mano y condujo el cochecito con la otra, emprendiendo el camino de vuelta a casa entre los balbuceos alegres de nuestro hijo, a quien le encantaban los baches formados por piedrecitas del camino.

—¿Qué? ¿Qué tienes? —intenté seguir su ritmo, aunque cada zancada suya eran casi tres mías—. ¿Es un regalo? ¡No tenías por qué!

—No preguntes o lo fastidiarás, entra. —Se sacudió los pies y dejó el cochecito en el *hall* bajo techo para después sacar al niño—. Después dices que yo cuestiono tus tradiciones románticas.

Dejé el abrigo en la percha y seguí a su zaga hasta el dormitorio. Una vez allí, me senté en la cama con Darío, intentando sujetarlo mientras él se esforzaba en ponerse en pie intentando caminar por la superficie irregular de la cama. Darren revolvió en el cajón de la mesilla donde había puesto sus cosas hasta que dio con una carpeta. Satisfecho, se sentó junto a nosotros y me la cambió por el niño.

—Ábrela, venga.

Me quedé un instante mirando cómo se revolcaba por la cama, jugando con Darío, sujetándolo de la cintura mientras él trataba de no perder el equilibrio sobre la esta. Al final, la intriga me pudo y abrí la carpeta. Me encontré con unos documentos que no me sonaban de nada y que poco tenían que ver con cualquier cosa relacionada con el niño. Darren me miraba expectante, así que leí la primera línea en voz alta para ver si me aclaraba algo.

—Escritura de cesión de inmueble ubicado en la propiedad... —Levanté los ojos del papel, la sonrisa de Darren se había ensanchado, empecé a negar—. No... no me digas que es...

—Lo es —declaró, sonriéndome—, son las escrituras de esta casa. Es tuya, cariño.

—¿Me estás regalando esta casa? —mi voz salió aguda y chirriante. Agité los papeles ante él, como si pretendiera hacerle ver su valor con el movimiento—. ¿Estás loco? ¡Es tu casa, Darren, tu refugio! No puedes...

—Puedo, y estará hecho en cuanto firmes. Cuando la compré, lo hice enamorado de su paz, su tranquilidad y su belleza. Ahora te he encontrado a ti, y estoy enamorado de la tranquilidad que regalas a mi vida, la paz que das a mi espíritu y lo hermosa que eres por dentro y por fuera.

Me acaricié la mejilla, con una sonrisa relajada y satisfecha, como si mirarme y saberme su compañera le confiriera a su vida todo lo que siempre había anhelado tener.

—Darren... —Puse mi mano sobre la suya, muy emocionada—. Es un gesto precioso y valoro lo que significa, pero no puedo aceptar que me des algo así... es tuya...

—Espera, déjame acabar. Este es un lugar muy especial para los dos, sé que te encanta, que es importante para ti, por eso deseo que sea tuyo, en él salvaste mi vida, me salvaste de mí mismo. —Se inclinó y me dio un beso en la frente con tanta ternura que me sentí bendecida por la fuerza de sus sentimientos—. Quiero que la tengas, porque ya es tuya. Es la forma simbólica que tengo de entregarte una prueba física que demuestre que mi corazón es tuyo.

Sin poder controlar las lágrimas, me lancé a sus brazos, aprisionándolo en un abrazo conmovido y emocionado. Lloriqué como una niña, apretujándome contra él, oliendo el aire del invierno mezclado con su aroma en su garganta. Darío se había sentado en la cama y nos miraba con sus ojitos curiosos, riendo en su inocencia ajena a todas las verdades del mundo.

—Me comprometo a encargarme de las reparaciones —me susurró al oído, ganándose, como siempre, la llave de mis sonrisas acompañadas, esta vez, con un beso que lo hizo suspirar.

Sentada en aquella cama, con el hombre que amaba entre mis brazos y mi hijo pequeño jugando a mi alrededor, sentí que no había nada en el mundo que pudiera desear más, nada que lograra hacer más perfecto el momento.

Entonces, Darren y yo nos miramos a la vez, con las mismas expresiones de asombro y júbilo. Puse la mano en mi vientre a toda velocidad, y él se recostó para apoyar la oreja. Las patadas de la niña eran fuertes, haciéndose notar, queriendo participar de nuestra estampa familiar. Emocionada, cogí a Darío en brazos y coloqué su pequeña mano en mi estómago.

—Mira, cariño, ¿notas eso? —Le besé la suave mejilla—. Tu hermanita te dice hola.

El tiempo en la paz de la sosegada casa de la sierra pasaba casi volando. Había entrado ya en la última etapa de embarazo, con casi ocho meses, y aunque el médico se desplazaba a menudo para revisarme y no creía que pudiese dar a luz antes de tiempo, me recomendaba extrema calma y relajación. No paraba de aconsejarme que, debido a encontrarnos a considerable distancia de un hospital, ante la más mínima duda, me desplazara para que me ingresaran por precaución.

Por ese motivo, mis padres habían viajado y estaban hospedándose en el hotel del pueblo, con vistas a estar presentes en caso de que algo sucediera. Además, tenían con ellos a Darío. En principio, me negué en rotundo a separarme de mi hijo, quería tenerlo conmigo, pero comprendí que, en caso de tener que ir al hospital de urgencia o ponerme de parto, no podíamos arriesgarnos a dejarlo solo en la casa, y si Darren se quedaba con él, a que se perdiera nuevamente el nacimiento de uno de sus hijos, así que no me quedó más remedio que aceptar el arreglo.

Acudía a verlo casi todos los días y llamaba a mis padres más veces de las recomendadas para asegurarme de que todo iba bien.

Esa tarde, salí de darme un baño caliente y advertí que Darren permanecía asomado a la ventana, dejando que el frío aire invernal alborotara su cabello. Llevaba días meditando, callado, perdido en unos pensamientos a los que no me dejaba acceder. Me acerqué a él por detrás, envolviendo su cintura con lo que podían abarcar mis brazos y apoyando mi voluminoso vientre en su espalda.

—Si no me dices en qué piensas, me voy a poner terriblemente celosa —le dije con voz dulce.

—No es nada, ¿qué tal tu baño? ¿Te sientes más relajada? —Estiró el brazo hacia atrás para tocarme—. Al menos así la tripa te pesa menos.

—Eres hábil cambiando de tema.

—No quiero hablar ahora —zanjó, aunque con cordialidad—, no me ocurre nada, no te preocupes.

Se alejó de la ventana y de mí, echándose en el sofá con expresión cansada. Por un momento, el tiempo pareció volver atrás y nos vi a nosotros en ese mismo lugar hacía toda una vida. De pronto, sentí miedo de que, al estar tan preocupada por Darío, el embarazo y la niña, hubiera podido descuidar a Darren, ¿estaría volviendo a caer en su etapa oscura sin que yo me hubiera dado cuenta?

Negué con la cabeza. No, aquello no era posible, vivía con él, dormía con él cada noche, estábamos más unidos que nunca, si le ocurría algo, si se sintiera perdido otra vez, yo lo sabría.

—Estoy teniendo un *deja vu*. —Me acerqué unos pasos, pero sin invadir su espacio—. Es como cuando nos conocimos, ¿te acuerdas? Sé que te pasa algo, te conozco muy bien.

—Son cosas mías, no quiero preocuparte ni atosigarte con más problemas.

—Pero es que para eso estamos las parejas, cariño, ayudar a la gente es mi trabajo, y ayudarte a ti, una gran satisfacción. Compártelo conmigo, quizá eso te ayude.

—Quiero estar solo un rato. —Se levantó del sofá y me rozó el hombro con una sonrisa que no le alcanzó la mirada—. Luego hablamos, ¿vale?

Cuando se fue al dormitorio, yo me acomodé frente al televisor, aún preocupada, pero queriendo darle su espacio personal, porque una cosa era pretender ayudar, y otra muy distinta entrometerse. Sabía que cuando estuviera preparado, acudiría a mí por sí mismo. Así había sido la otra vez y confiaba en mi instinto, de modo que decidí esperar. Y no me equivoqué.

Como una hora más tarde, cuando empezaba a quedarme traspuesta al son del murmullo de la televisión, lo oí salir de la habitación. Se me acercó encogido de hombros, con una expresión vacilante en la mirada, como si no supiera que paso dar a continuación.

—Ven aquí —lo invité, apartando los cojines de mi lado.

—Lo siento, no quería ser tan antipático. —Se sentó y me besó la mano—. Necesitaba poner en orden lo que pensaba antes de poder compartirlo.

—Está bien, no tiene importancia. Dime qué te pasa.

—Es que... —Suspiró—. Cuando conocí a Darío, ya tenía unos cuantos meses, tú te habías encargado de todo, pero ahora, la niña será recién nacida y será diferente.

—¿Crees que no sabrás hacerlo? —pregunté—, ¿o que no estarás preparado?

—Tengo miedo de no servirte de ayuda, de no poder apoyarte en el parto o no saber ser un buen padre desde el principio de su vida

Me quedé mirando su expresión triste, intentando esconder la sonrisa que tocaba las comisuras de mis labios. Quizá Darren no lo sabía, pero era precisamente esa preocupación la que diferenciaba a los buenos padres de los que no lo eran. El hecho de que para él fuera tan importante, tan vital ser útil en la vida de nuestra niña cuando aún no había nacido, dejaba claro que haría su mayor esfuerzo para estar a la altura. Y yo no dudaba de que lo fuera a conseguir.

—Cariño, eso es puro instinto, eres su padre, y la sangre te dirá lo que debes hacer. Nadie nace sabiendo, yo tuve mis problemas con Darío y estoy segura de que ahora los tendré también, pero, juntos, los solucionaremos. —Le sonreí, dándole confianza—. Juntos lo haremos lo mejor que podamos.

—¿Me enseñarás? —preguntó con timidez—. ¿A ocuparme de un recién nacido?

—Claro que sí. Y tú me enseñarás a mí. Aprenderemos al mismo ritmo, porque ningún hijo es igual que otro.

—No quería agobiarte... tienes que descansar, no pensar en nada —refunfuñó, aunque parecía más calmado—, y aquí estoy yo, dándote más preocupaciones.

—¿Sabes por qué me enamoré de ti? —le pregunté repentinamente. Él negó, prestándome toda su atención—. Me enamoré de ti porque no eres perfecto.

—Eres muy particular con los halagos —bromeó—. ¿Gracias?

—No seas tonto. —Me reí—. Verás, cuando te conocí, estabas en una época realmente mala, mostrabas todos tus defectos. Cuando fuiste mejorando, te descubrí como un hombre sensible, con inquietudes y temores, pero también como un hombre fuerte, capaz de defender lo que ama y lo que cree.

Darren me miró con atención, jugueteando con mi pelo aún húmedo de la ducha. Suspiré, inspirada por la quietud del momento, por la paz del lugar donde nos encontrábamos. Él me había abierto su corazón, contándome sus miedos y preocupaciones. Me pareció justo hacer lo mismo.

—No intentas fingir que eres perfecto, no pretendes mostrarte siempre seguro de todo, me apoyas, y también permites que yo te apoye. Eres simplemente tú mismo, con tus virtudes y defectos.

—Necesitaba oír eso —admitió en un susurro, apoyando la cabeza sobre mi vientre. Yo le acaricié el pelo como tantas veces había hecho en el pasado—, siempre has sabido qué decir para que me sienta mejor.

—Solo digo la verdad. No tengas miedo de decirme lo que sientes en cada momento, prometo intentar comprenderte, escucharte para aligerar tu carga.

Me besó, guiado por el instinto o por la emoción de mis palabras. Le era tan importante saber que me tenía a su lado en los pequeños tropiezos, en las dudas, como lo era para mí. Habíamos encontrado nuestro equilibrio como pareja, aunque nos había costado, ahora por fin estábamos en sintonía con el otro.

—Me daba vergüenza sentir ese miedo —confesó—, pero prefería decirlo antes de hacer algo mal que pudiera afectar a nuestra hija.

—El miedo no es algo malo, pero estoy segura de que cuando llegue el momento, sabrás mantener la calma mejor que yo. —Le dediqué la sonrisa más sincera que mis labios habían dibujado nunca—. Serás tan buen padre para ella como lo eres para Darío.

Su semblante cambió. Casi durante toda nuestra relación, Darren se había mostrado fuerte e irrompible ante todas las adversidades que nos había tocado vivir, nuestra separación, enterarse de su paternidad, mi accidente, el distanciamiento por el trabajo, el problema con mi jefe. Ahora, una vez que el peligro había pasado, por fin se daba a sí mismo la posibilidad de mostrar sus debilidades, esas que todos los seres humanos sufríamos en algún momento de nuestra vida.

—Eres la mejor amiga que un hombre puede tener —susurró.

—No es para tanto —dije quitándole importancia, enrojeciendo un poco—, pero es uno de los piropos más bonitos que me has dicho nunca.

—Y no será el último. —Me dio un beso suave en los labios—. Te amo tanto... —Un beso más, más largo, más intenso.

Nos miramos a los ojos, y luego nuestros labios se unieron en la pasión. Fue un beso de esos que despiertan el alma y calientan el cuerpo, que estimulan todo tipo de sensaciones y hacen que te sientas vivo. Por mi avanzado estado, era poco recomendable que tuviéramos relaciones íntimas, ambos lo sabíamos y lo habíamos aceptado, pero eso no significaba que nos resultara fácil de cumplir.

—Creo que necesito una ducha —gruñó Darren, haciéndome sonreír.

—No entiendo cómo puedo despertar tu libido con este enorme bombo —reclamé, riéndome.

—Ese bombo es nuestra hija —me recordó, acariciándolo con adoración—, y tú tienes absoluto control sobre mi libido y todas mis pasiones.

Volvíamos a besarnos, esta vez con calma, con un gesto romántico que escondía promesas para momentos más propicios.

—Gracias por todo lo que has dicho, Leire, necesitaba desahogarme, pero no me atrevía a hacerlo, no quería ponerte nerviosa.

—Estoy bien, no va a pasarme nada. Podemos hablar de todo lo que quieras, cuando quieras. Estoy embarazada, pero no impedida.

—Lo tendré en cuenta. Voy a ducharme y a preparar la cena, ¿qué te apetece?

—Tu hija y yo tenemos antojo de pasta —declaré de inmediato, sintiéndome salivar—, con mucha salsa.

Él sonrió, afirmando con la cabeza mientras se perdía por el pasillo que daba al cuarto de baño. Respiré hondo, sintiéndome satisfecha por haberle sido útil y segura por tener a mi lado un hombre que anteponía mi bienestar y el de nuestros hijos a sus propias preocupaciones. Me acarició el vientre con una sonrisa en los labios, ya lo sabía, pero ese día lo había ratificado, era una mujer muy afortunada.

La humedad y el granizo que habían caído hacían que la madera se hinchara, por lo que Darren tuvo que darle un empujón a la puerta para abrirla. Caballerosamente, se hizo a un lado, dejándome pasar como una exhalación. Me quitó el abrigo a tirones, dejándolo sobre la percha y tocándome la tripa con los ojos inyectados en furia.

—¿Contracciones falsas? ¿Contracciones falsas? —repetía una y otra vez desde que habíamos salido de la consulta—, ¿qué sabrá él? Yo ya he hecho esto, reconozco mi propio dolor.

—Braxton Hicks nos está complicando las cosas —bostezó Darren, dejando las llaves y quitándose el suéter con los ojos medio cerrados—, es la segunda vez en cinco días que hace aparición como falsa alarma.

—Estoy cumplida y vivimos a una distancia considerable del hospital, ¿por qué no deja de darme de alta y de mandarme a dar largos paseos de una vez?

—Leire..., todavía no tienes las contracciones tan seguidas como para que puedan monitorizarse y dejarte ingresada en el hospital, eso solo te pondría más nerviosa, estarías incómoda y la cosa se podría retrasar aún más.

Gruñí de rabia porque él, que era un hombre, nunca había estado embarazado y jamás daría a luz, tenía más razón que yo. Estaba desesperada. Los nueve meses habían llegado y pasado, estaba fuera de cuentas y la niña podría llegar en cualquier momento. Deambulé por la salita de estar, notando el peso del vientre duro sobre la vejiga y el ardor de mis pies hinchados dentro de los zapatos que no me había podido atar.

—Cielo, relájate. —Darren me masajó los hombros, solícito, haciéndome sentir todavía peor por mis exigencias cuando él estaba casi tan cansado como yo—. Cuando menos lo esperemos, llegará.

—Para ti es fácil decirlo, no te han gritado a la cara, estando de nueve meses y tres días, que te inventas las contracciones —me quejé con un mohín ofendido. Él arrugó el entrecejo, pero no tuvo la crueldad de decirme que las cosas no habían sido exactamente así—. Es el segundo, ¿se supone que tendría que ser más fácil!

—La naturaleza es así —me dio un besito en la nariz—, maravillosa y lenta para estas cosas.

—¡Oh, venga! ¿Por qué encima de todo tienes que ponerte romántico?

—Será el cansancio. —Consultó su reloj de pulsera y bufó, restregándose la cara—. Las cuatro, ¿te importa si me echo un rato antes de que vuelvas a asustarme?

Lo miré compungida. Lo había sacado de la cama a voces asegurando que el momento había llegado, y él, aunque transparente, había conseguido mantener la calma, vestirse, coger las cosas y llevarme al hospital en tiempo récord. ¿Y todo para qué? Para que el médico dijera que apenas había dilatado, que el bebé estaba bien y que el nacimiento aún podía esperar unos días más. No había querido ni oír hablar de provocar el parto. «Hay tiempo hasta llegar a eso», decía, «vaya a casa, dé largos paseos y relájese». ¿Era una maldita broma? Apenas podía dormir y solo me movía de forma precaria, ¿de verdad esperaba, por algún extraño milagro, que descansara? ¿Cómo?

Me tomé un té con limón bien calentito, tratando de apaciguar mis nervios, y me dirigí hacia la habitación. Darren se había tirado a la cama boca abajo y totalmente vestido. Estaba profundamente dormido. Incluso roncaba un poco. Recordé las recomendaciones que me habían hecho en mi otro embarazo, decidida a intentar seguir poniendo de mi parte. Lo mejor para los nervios era un buen baño de agua caliente, así que salí de puntillas, llené la bañera, me recogí el pelo y me introduje, acomodándome y cerrando los ojos. En el agua, mi abultado vientre no pesaba, así que sentí un alivio inmediato y me dejé llevar por la lividez.

—¿No puedes dormir? —Abrí los ojos y vi a Darren frente a mí, apoyado en la puerta.

—Estaba demasiado nerviosa y no quería ponerme a dar vueltas y despertarte, así que decidí nadar un rato —comenté, logrando que mi voz dejara de sonar como si le rugiera, por fin.

—Eres toda una sirena. —Se me acercó, sentándose en la butaca que teníamos junto al lavabo—. Me alegro de que te sientas más aliviada.

—Bueno, eso es decir mucho —conseguí esbozar una sonrisa—. ¿Te apetece un baño? Hay sitio para uno más.

—¿Entrar contigo ahí? ¿Estando desnuda y mojada? —Lo vi morderse el labio y negar con la cabeza—. Subestimas lo golfo que puedo llegar a ser...

Se acercó un poco más y cogió la esponja de la repisa de la bañera para empaparla de agua y pasármela suavemente por los hombros y la nuca. Yo cerré los ojos, dejándome embaucar por el placer que sus atenciones me prodigaban.

—Siento mucho todo esto —le susurré—, los desvelos y las falsas alarmas.

—No seas tonta, es cosa de los dos. —Volvió a empapar la esponja, deslizándola esta vez por mi brazo—. Yo prometí estar a tu lado, es lo que quiero, y lo haré tanto en lo fácil como en lo difícil.

—Quiero que nazca ya. —Me toqué la tripa, disimulando un bostezo como pude—. Estoy agotada.

—Me he dado cuenta. Anda, sal, te estás arrugando.

Se levantó para acercarme el albornoz y me ayudó a salir, cubriéndome con este con mimo y cariño, frotándome incluso los brazos y la espalda para que no me enfriara.

—No te preocupes por nada —me dijo con ternura, sosteniéndome para que no perdiera el equilibrio en mis torpes intentos de secarme y vestirme—, yo estoy contigo y te voy a cuidar.

—¿Hasta cuando me ponga gruñona? —Lo hice reír, aunque no lo dudó a la hora de contestar.

—Sobre todo cuando te pongas gruñona.

Cuando resucitamos para desayunar, era casi mediodía. Darren hizo tortitas con sirope y exprimió naranjas para llenar una jarra de zumo. Se comportaba tan complaciente y atento que me enfadada muchísimo conmigo misma por no ponerme de parto de una vez. Me había convertido en una mala bruja.

—Tu hija tiene el mismo sentido de la puntualidad que tú, ¿sabes? —le recriminé—, su única misión es nacer... y nada, sigue ahí, dormida en mi matriz.

—Es cosa mía, o ¿me estás echando la culpa genética de que nuestra hija no haya nacido aún? —Me sirvió dos tortitas y dejó la fuente sobre la mesa.

—Me duelen las piernas y tengo una enorme barriga responsabilidad tuya, así que, sí, te estoy echando la culpa, algo tengo que hacer para sentirme mejor. —Gemí de placer al dar el primer mordisco. Maldito fuera, encima tenía que cocinar bien—. Algo malo te tenía que tocar, ¿no? Pues será soportar mis berrinches.

—Eres irresistible cuando sacas tu carácter. —Darren me lanzó un beso desde el otro lado de la mesa—. Te comería con bombo y todo.

Durante la tarde, descansamos un rato y me puse la televisión, con las piernas en alto, atenta a cualquier posible contracción, pero nada. Llamé a mi madre y le conté que seguíamos sin novedades, ella me pidió paciencia y me aseguró que todo llegaría en su momento. Debía estar tranquila, me decía, si la niña corriera algún peligro en algún momento, el médico sabría qué hacer. Mi padre se había llevado a Darío a hacer sus recados, así que quedé en llamar más tarde para que mi hijo mayor oyera mi voz.

—¿Vamos a dar un paseo por el jardín? Todavía está un poco nevado, así nos distraemos —me invitó Darren—, te hará bien.

Acepté, aunque no estaba segura de que pudiera disfrutar de la belleza de aquel paraje con mis malos humos. Nos abrigamos y salimos fuera, cogiéndonos de la

mano casi inconscientemente. Darren se amoldó a mi paso, animándome a esforzarme un poco cuando el cansancio y el peso me hacían mella. Aquello me ayudaría a dilatar y haría más fácil el parto. No podía entender por qué tenía que tomarme todas aquellas molestias, cuando ya había pasado por eso una vez. Respiré hondo y me prohibí ponerme tensa, así que busqué otro tema de conversación.

—Esta mañana te ha llegado una carta —dije.

—Sí, una invitación para los PNT. —Sonrió ante mi expresión interrogativa—: Los Premios Nacionales del Teatro.

—¿No piensas ir? —Nuestras pisadas hacían ruido en el caminito que entremezclaba los restos de blanca nieve con el barro producido por la lluvia.

—Ya me volverán a nominar. —Se encogió de hombros como si tal cosa.

—¿Que estás nominado? —Me paré en seco, haciéndolo frenar—. ¿Y no me lo habías dicho? Darren, ¡tienes que ir!

—Me lo ha comunicado mi hermano esta mañana. No iré, podría perderme el nacimiento de la niña y... no puedo permitir que eso vuelva a pasar, no quiero fallarle desde los primeros momentos de su vida. —Tiró de mí para retomar el paseo—. Es solo un premio, esto es más importante.

—¡Oh, por el amor de Dios! Deja de decir esas cosas —le advertí, dándole un suave manotazo en el hombro—, eres un padre maravilloso, y en el hipotético caso de que me ponga de parto justo para los premios... al ritmo que va todo, seguro que te da tiempo de dar un largo discurso y volver.

—No me arriesgaré. Además... en todo caso, iría contigo, no me gusta estar solo en ese tipo de sitios. —Puso la mano sobre mi vientre, notando los movimientos que la pequeña efectuaba mientras intentaba moverse en tan reducido espacio—. De todas formas, este año, la competencia es muy dura, no voy a ganar.

—¿Y crees que verme retorcerme de dolor va a ser más entretenido que esos premios? —Se rió, contagiándome—. Mi discurso probablemente contenga algunos insultos para ti.

—¿Ah, sí? Bueno, trabajaré mis réplicas, señorita.

El paseo prosiguió hasta que llegamos a la salida del jardín que daba hacia el camino del lago. Di un paso y luego otro más, pero el tercero se me quedó bloqueado cuando un agudo e intenso dolor me atravesó los costados, haciendo que me doblara sobre mí misma, profiriendo un quejido.

—¿Nena? —Darren se inclinó hacia mí, preocupado—. ¿Qué tienes?

—Esas estúpidas Braxton... —cogí aire, enderezándome. Se me habían acalambrado las piernas y notaba el vientre más bajo y duro.

—¿Quieres que entremos?

—No, no, sigamos paseando; pasear me hace bien. —Lo miré, viendo la duda en su expresión. Retomé la postura a su lado y lo insté a seguirme—. Estoy segura, vamos.

Continuamos bordeando nuestro lago, echándole miradas significativas y sonriéndonos como un par de quinceañeros enamorados, hasta que aquel dolor volvió a incomodarme, haciendo que me llevase las manos al vientre y profiriera un leve gemido de dolor. Esta vez, el vientre me bajó un poco más y noté la clara presión en la pelvis.

—De acuerdo... eso no me ha sonado como una Braxton, Leire. —Darren me sujetó la tripa, ayudándome a que usara su espalda como punto de apoyo.

—No pienso volver a hacer el ridículo delante de ese médico...

—Me parece que esta vez vas a ganar tú, cariño.

Lo miré, antes de que una nueva contracción me sacudiera. Intenté mover las piernas y noté una ligera humedad en mis partes íntimas. Estaba rompiendo aguas.

—Darren, no te asustes.

—Vale... estás de parto, ¿verdad? —Estaba tan pálido como yo.

—Sí, estoy de parto.

A partir de ese momento, todo lo que habíamos ensayado perdió valor. Logramos volver a casa a paso aceptable a pesar de que los dolores empezaban a hacerme sentir débil y cansada. Darren cargó el bolso en el coche, y yo llamé a mi madre para que supiera que íbamos al hospital. Le prometí que le avisaría cuando todo estuviera avanzando, todavía tenía las contracciones espaciadas, por lo que la niña podría demorarse hasta entrada la noche.

Subimos al coche y Darren condujo con las manos aferradas al volante, mirándome de soslayo cada pocos segundos, recordándome que respirara, que estuviera tranquila y que iniciara los pujidos si eso me hacía sentir mejor.

—Tú, conduce mirando la carretera —le contesté—. Déjame lo demás a mí.

Una vez en monitores, la cosa se disparó. Las contracciones eran cada dos minutos y cada vez más intensas. De golpe había dilatado casi seis centímetros y ya estaba casi lista para que me inyectaran la epidural y me preparara para el parto. Parecía que la pequeña nos quería compensar por la espera y en el momento de la verdad tenía planeado deslizarse al mundo en una salida supersónica a través de mi canal uterino.

Darren se lavó las manos y se puso la bata y el gorro esterilizados para entrar a paritorio. Estaba tan nervioso y desesperado por perderse algo que casi pude apreciar como el corazón le saltaba en el pecho cuando la comadrona abrió la puerta y le indicó que pasara.

—Dese prisa —le dijo con una risilla—, o su hija se le adelantará.

«El ganador del Premio Nacional de Teatro al mejor actor del año es... ¡Darren Matthews! En ausencia de Darren, recoge el premio...».

Sonreí, quitando el volumen al televisor con el mando a distancia desde la cama del hospital. Al girar la vista a la derecha, con una sonrisa satisfecha en el rostro, pude ver a Darren con la pequeña Isabella Smith Fernández en brazos. La acunaba con una experiencia asombrosa, aunque podría tener que ver con el hecho de que no la había soltado desde que había llegado al mundo, hacía unas cuatro horas.

—Y tú decías que estaba difícil. —Le sonreí—. Enhorabuena.

—Gracias —respondió atontado, mirando a la niña—, sí que ha sido difícil, sobre todo para ti, pero eres toda una campeona. —Me miró un momento. Su rostro era la viva imagen de la felicidad—. Felicidades también para mamá.

Me eché a reír, sosteniéndome el vientre vacío para que no me causara dolor al moverse. Los efectos de la epidural se habían desvanecido un poco antes de lo esperado porque habían reducido la dosis debido a que el parto ya estaba avanzado. No me habían dado puntos, pero el malestar que ahora sentía me acompañaría unos cuantos días más. Le cogí la mano cuando se sentó en el sofá que estaba a mi lado.

—Lo digo por el premio, Darren. Tenías que haber ido.

—¿Y perderme este momento? Mi hermano me lo mandará, y ya me darán otro —contestó, sin alejar la mirada de la niña—, no necesito ningún reconocimiento más de lo que ahora tengo.

Lo miré emocionada. La verdad es que su comportamiento había superado con mucho todas mis expectativas. Se había colocado a mi lado y no me había dejado sola en ningún momento. Habíamos compartido el sudor del esfuerzo, y luego las lágrimas de felicidad cuando Isabella anunció su llegada al mundo entre llantos estridentes. Ahora que todo había pasado, volvía a sentir que me inundaba esa sensación mágica que solo podía sentir una mujer cuando se convertía en madre. Era como un brillo cegador que te envolvía en su luz.

—Déjamela —le pedí a Darren, alzando mis brazos.

—Tú la has tenido dentro nueve meses —protestó—, a mí apenas me conoce.

Seguí con los brazos estirados hacia él hasta que, al final, a regañadientes, Darren la colocó en mis brazos. La pequeña permanecía dormida, con sus manos diminutas entrecruzadas y su suave piel enrojecida. Había nacido con una mata de pelo oscuro en la cabeza y tenía la boca fruncida de una forma adorable.

—Es tan perfecta —murmuró Darren, que se había medio sentado junto a nosotras—, absolutamente perfecta, completa y preciosa.

—Sí que lo es. —La acaricé con devoción, dándole un beso delicado en la mejilla—. Ha merecido la pena la espera.

Isabella abrió sus ojitos y bostezó levemente. Todavía no podía vernos, pero sí sentir el calor de las dos personas que más la querían en el mundo. Sus ojos, grandes y ligeramente rasgados, recorrieron la distancia entre Darren y yo, moviéndose de un lado a otro como si quisiera forzarse a vernos bien. Yo le sonreí, susurrándole para que mi voz la tranquilizara. Volvió a dormirse, sabiéndose segura entre nuestros brazos.

—Creo que me he enamorado —declaró Darren. Luego me dio un beso en la coronilla—, por tercera vez.

—¿Has avisado a mis padres? —El tener a mi hija en brazos me hacía sentir completa e incompleta a la vez—. Para que traigan a Darío. Tiene que conocer a su hermanita, y yo lo echo de menos.

—Deben estar a punto de llegar, también he llamado a mi madre, mis hermanos están enterados... —Empezó a contar con los dedos, haciéndome reír—. He estado como una hora colgado del teléfono avisando a todo el mundo. Mi dentista te felicita.

—Estás loco. —Acomodé la cabeza en su pecho, con un suspiro—. Gracias por haberte mantenido a mi lado. —Aquel era un sentimiento que no tendría cómo pagarle.

—Ha sido la experiencia más impresionante de mi vida, te lo digo en serio.

Nos besamos entre susurros enamorados antes de que unos nudillos irrumpieran en nuestro pequeño escenario privado. La puerta se abrió, y la emoción me embargó, obligándome a esbozar una inmensa sonrisa ante la persona a la que tenía frente a mí.

—¡Cariño! ¿Dónde está esa pequeñina?

—¡Tony! —exclamé, recibiendo un poderoso abrazo y un par de besos de parte de mi fiel amigo que ya estaba mirando a la niña dormida en mis brazos con ojo clínico—. Es preciosa, ¿a que sí?

—Todo un bombón, prepárate a ser destronada con la mayor crueldad imaginable —recitó, dejando que le pusiera a Isabella en brazos—, le he traído de todo, pero me lo han confiscado fuera.

—Lo mejor es que estés aquí. —Me sonrió—. No estaba segura de si habías recibido mi mensaje anoche —le dije, viendo como la mecía—, la verdad, ni siquiera estaba segura de que estuvieras en el país.

—Y no estaba hasta hace unos días, pero de ninguna manera me iba a perder el nacimiento de tu hija. —La alzó, mirando su carita de cerca—. Espejito, espejito, ¿quién es la cosita más bonita del reino?

Me reí encantada. Darren se levantó de la cama y se puso a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin perder de vista uno solo de los movimientos que ejercía Tony sobre la niña. Parecía dispuesto a saltarle al cuello al menor indicio de peligro.

—Cuidado con la cabeza, Rony —le espetó, con la mandíbula tensa. Puse los ojos en blanco.

—Es Tony —corrigió el aludido—, Isabella Nieves no corre ningún peligro en brazos de su padrastro bueno, ¿verdad qué no, pequeña manzanita?

Darren levantó los ojos al cielo y refunfuñó.

—Enanito entrometido diría yo —masculló para sí.

Durante el resto de la tarde, desfilaron por la habitación una enorme variedad de familiares por parte de ambas ramas de la familia, que miraban embobados a la pequeña Isabella como si fuera la octava maravilla del mundo. Nos llenaron de ropitas, peluches y globos rosas que inundaron la habitación. Los ramos de flores se amontaban en el pasillo junto con una especie de canastilla tamaño saco que Tony nos había obsequiado.

En cuanto mis padres pusieron un pie en la habitación, Darren cogió en brazos a Darío y lo acercó hasta la pequeña cuna blanca donde reposaba Isabella. El niño, fuertemente sujeto del cuello de su padre, la miró con la curiosidad pintada en sus grandes ojos castaños.

—Mira, campeón, esta es tu hermanita, ahora eres el mayor, tendrás que cuidar de ella y espantarle los ligues cuando yo no pueda hacerlo.

—¡Darren! —le recriminé mientras todos se reían.

—Bueno, está bien, solo cuidar de ella —le dijo al niño, que miraba a la niña con curiosidad, como si no pudiera creer que existiera un ser más pequeño que él. Darren lo besuqué—. Vamos a comernos los bombones que le han traído a mamá, ¿trato hecho?

Con unas hurtadillas muy mal disimuladas, los dos cogieron una caja roja que estaba sobre la mesilla y se sentaron en el sofá que estaba junto al armario, donde se unió mi padre, que era goloso como pocos.

—Digan lo que digan, la niña es idéntica a Darren cuando era bebé —me decía Agatha un momento después, mirando a su nieta con adoración—, salta a la vista desde donde quiera que la mires.

—No lo creo, se parece más a mi hija, tiene su misma expresión —rebatí mi madre—. Su barbilla y el nacimiento del pelo es exacto.

—Le digo que no —insistió Agatha—, mire ese contorno de los ojos, pero si es que no cabe ninguna duda. Incluso me atrevería a decir que la nariz es de su

bisabuela, mi madre la tenía igual.

—Tiempo muerto, abuelas, a sus rincones —cortó Darren, desenvolviendo un bombón relleno y poniéndolo en las manos pringosas de Darío—, la niña todavía es muy pequeña para que eso se note.

—Digamos que está mezclada. —Así todos se quedaban contentos—. Cuando vaya creciendo, ya veremos de quién saca más. —Esperaba que fuera de mí, ya que Darío era un calco de su padre.

La tarde pasó volando y de forma entretenida con el ir y venir de las visitas, las anécdotas del parto tardío, esas Braxton que tantos quebraderos de cabeza nos habían traído y la repetición de cómo habían sido finalmente los hechos. Isabella pasó por manos de familiares, amigos y compañeros de trabajo, y yo tuve que contener la vergüenza cuando algunos compañeros de profesión de mi pareja acudieron al hospital y me vieron con las pintas que debía tener tras dar a luz.

—¿Te he dicho hoy que te amo? —me preguntó Darren cuando nos quedamos a solas con nuestros dos hijos. Estaba a punto de anochecer, y todas las visitas se habían ido—, desde que has dado a luz, me refiero.

—Pues... ahora que lo dices... creo recordar que no, no me lo has dicho —respondí, sonriéndole.

—Te amo. —Su ternura fue como una caricia que me recorrió la piel.

—Yo también a ti.

Había permanecido conmigo todo el día y la tarde casi completa, salvo el rato en que había ido a la cabaña para ducharse y traer una muda para la noche. No sé cómo había conseguido que permitieran a Darío quedarse con nosotros, pero el caso es que estaba acurrucado en la otra cama de la habitación, mirando dibujos en la televisión que colgaba del techo, con los ojos más cerrados que abiertos. De cuando en cuando miraba a su hermanita y la saludaba con la mano a través de la cuna.

—Acabo de acordarme, ha llegado una cosa para ti —la voz de Darren me hizo volver al presente.

—¿Más regalos? Todavía no he tenido tiempo ni de ver con calma todo lo que nos han dejado por aquí.

—Creo que esto te hará más ilusión que todas las cajas de bombones del mundo. —Sacó de su chaqueta una especie de libro encuadernado, que llevaba pegado un sobre, y me lo entregó—, aunque no estoy seguro de que tu padre y Darío opinen lo mismo.

Me bastó con leer las primeras líneas para saber de qué se trataba. Con asombro, comprendí que tenía en mis manos los documentos que certificaban que era poseedora de una beca de apoyo a la investigación terapéutica asistida.

—Pero... ¿cómo es posible? —Estaba anonadada—. Presenté la documentación antes de pedir la excedencia, pero de ninguna forma pensé...

—Tu ex jefe llamó hace un par de días para preguntarme cómo iba todo, rutina para antiguos pacientes, según dijo. —Su mirada dejaba entrever que no se lo había creído del todo—. El milagro que hiciste conmigo, en sus propias palabras, terminó por convencer a los jueces encargados de dar el fallo de que eras la profesional que más merecía esa beca.

—¡Esto significa que puedo fundar mi propio centro de estudios! —resumí, sin podérmelo creer, levantándome casi de la cama—. ¡Puedo realizar la formación desde donde quiera!

—Serás la jefa suprema —añadió Darren con una sonrisa—, estoy muy orgulloso de ti, cariño. Te lo mereces.

—Podemos establecer unas oficinas cerca de casa para así poder trabajar sin que el desplazamiento sea un problema. —Mi mente ya iba a mil por hora—. Incluso podría inaugurar un centro diurno de guardería tanto para nuestros niños, como para los hijos de los alumnos.

—Es una gran idea. En cuanto te den de alta, empezaremos a mirarlo. —Darren parecía tan ilusionado como yo—. Solo tienes que aceptar la beca, y yo mismo la echaré al correo mañana cuando empiece con el papeleo de Isabella.

—¿Harás eso por mí?

—Es tu sueño, y yo quiero ser parte de él.

Nos besamos largamente durante unos intensos minutos, no pudiendo expresar nuestra alegría de ningún otro modo. Cogí un bolígrafo del bolso y rellené el formulario que venía adherido a la carta, todavía sin podérmelo creer. Tardé mucho rato en poder soltar el dossier informativo, y solo cuando la enfermera de planta me trajo la cena, decidí que antes de ponerme manos a la obra con el nuevo giro de mi vida, debía atender las necesidades más apremiantes.

Resultaba que entre las mudas de ropa que mi inteligente novio había traído, se encontraban también algunos bocadillos y *tupperwares* con ensalada. Me reí de buena gana, contenta de poder acompañar la insípida comida del hospital con un poco de guarnición casera. Cenamos juntos y le dimos la primera toma de la noche a la peque, que volvió a dormirse casi inmediatamente.

—¿Sabes? Creo que, si el cielo existe, tiene que ser esto —dijo Darren con mucha seguridad, mirando a sus hijos dormir, Darío en la cama que estaba a mi lado, arropado con su mantita, e Isabella en la cuna, justo al lado. Dirigió su rostro hacia mí, colocando un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Hemos tenido que pasar muchas cosas para llegar hasta aquí, algunas de ellas muy desagradables —rememoré con nostalgia—, incluso debimos pasar por una separación de mucho tiempo.

—Afortunadamente, todo ha quedado atrás. Hemos superado todo lo que se nos ha presentado y ahora tenemos nuestra recompensa por ello, una familia.

—Y la oportunidad de lidiar nuevos frentes. —Le apreté la mano, ofreciéndole mi fuerza, embebiéndome de la suya, consciente de que mientras aquella unión férrea se mantuviera intacta, podríamos mover montañas con la fuerza de nuestra determinación—. Sé que todavía nos quedan muchas pruebas por delante.

—Pues que lleguen cuando tengan que llegar —dijo con seguridad, dejando un beso en mi sien—. Aquí las esperamos, juntos.

Ambos nos miramos y sonreímos, sellando aquel momento perfecto con un profundo y sincero beso de amor.

Decidí hacer balance de los últimos nueve años de mi vida mientras me arreglaba para salir. Sopesé todo lo que había vivido, lo malo, lo bueno y lo regular, el nacimiento de mis dos hijos, su crecimiento y mi relación con Darren. Conocía perfectamente todas las cosas que a él le molestaban, entendía cada expresión de su cara y me sabía de memoria sus gustos. Él, por su parte, era capaz de arrancarme una sonrisa en el momento más duro, lograba estremecerme con una caricia y me hacía enfadar tan rápido como lograba que lo disculpara.

Éramos un par de personas tan diferentes, que la gente a menudo no podía entender cómo era posible que llevásemos casi una década estando juntos, y lo cierto era que, muchas veces, nosotros tampoco. Nos bastaba mirarnos a los ojos para encontrar aquel poderoso lazo que nos mantenía unidos ante cualquier adversidad. El amor. El amor a nosotros como pareja y el amor a nuestros hijos.

Salí a la calle con una elegante falda hasta la rodilla color negro, botas altas de tacón, un jersey blanco de cuello vuelto y mi larga melena perfectamente peinada y suelta a media espalda. Darren me siguió minutos después, con unos vaqueros oscuros sujetos por un cinturón con la hebilla colocada al lado derecho, sus viejas botas, una camiseta blanca medio cubierta por una a cuadros de varios colores, y su chupa de cuero marrón desgastada como abrigo. Se puso las gafas de sol para que la claridad de la mañana no le castigara los ojos y extendió la mano esperando a que yo la entrelazara con la mía. No lo defraudé.

La obra en que había estado trabajando, y que lo había mantenido alejado de casa, había terminado sus pases hacía dos días, así que por fin contaba con vacaciones. Había pasado esas cuarenta y ocho horas sin moverse de casa, descansando y jugando con los niños. Ni siquiera había querido leer las críticas de los periódicos, que ya lo veían como un claro favorito de los PNT. Aquella era nuestra época favorita, cuando Darío e Isabella estaban en casa y podíamos disfrutar de ellos.

Ahora, y como resultaba tradicional desde hacía nueve años, íbamos rumbo al centro comercial para hacer las compras de Navidad. No importaba lo que pasara o donde estuviéramos, pues siempre resolvíamos juntos esas gestiones. Una vez subimos al coche y nos atamos el cinturón, cogió mi mano y, tras besarla, la colocó sobre su pierna.

—Espero que los niños se porten bien con Agatha —murmuré—, se ponen frenéticos cuando se acercan las Navidades, más ruidosos de lo normal.

—Tranquila, son buenos chicos y saben que no les traeremos nada si se portan mal.

Asentí con una sonrisa maternal. Los niños nos habían encargado que les llevásemos golosinas a casa después de dejar sus cartas en los buzones de los Reyes Magos. Yo empezaba a temer que tuvieran sospechas sobre lo que en realidad hacíamos, pero o bien no era así, o se hacían los desentendidos para mantener la magia propia de las fechas. Si era lo segundo, se los agradecía, porque me gustaba pensar que seguían siendo niños aún.

Decidida a aprovechar un poco el tiempo durante el monótono viaje hacia el centro comercial, saqué del bolso mi lista de Navidad para repararla una vez más. Junto a algunos nombres había anotaciones con ideas que se me habían ido ocurriendo, y otros estaban marcados con interrogantes. Cada año había alguna persona que se me resistía un poco. Darren miró por encima del hombro, en una de las ocasiones en que tuvo que parar tras una hilera de coches en un semáforo en rojo.

—No estoy —se quejó—, no me has anotado en la lista.

—No voy a comprar tus regalos contigo delante, te lo repito todos los años.

—Pero no me pones en la lista. Mira, tienes hasta a tus compañeros de trabajo, pero no a mí. —Estiró una mano y tocó el papel—. Incluso Tony sale.

—No empieces —le advertí, alejando el papel de sus garras—, o puede que este año recibas por Navidad los papeles del divorcio.

—No te los firmaré. —Se encogió de hombros—. Empezaríamos una dura y larga batalla legal que yo aprovecharía para reconquistarte y que desistieras de separarnos. —Puso el intermitente y giró a la derecha.

—No tienes remedio. —Era una de las cosas de él que más me gustaban, pero no tenía por qué saberlo todo. Me sonrió angelicalmente, le hice un guiño—. Seguiré sin ponerte en la lista.

Nos habíamos casado hacía casi un año, en verano y en nuestra propia casa, solo nosotros, los niños y los familiares más cercanos. Sin apenas haberlo preparado, haciendo caso a un impulso. Una mañana, al despertar, habíamos sabido que aquel era el momento. Hicimos algunas compras, y para la caída del sol ya estábamos unidos en matrimonio. Teníamos pendiente el matrimonio pomposo por la Iglesia, pero personalmente me daba mucha pereza meterme en ese jaleo. Las fotos habían quedado preciosas, y yo había llevado un vestido muy favorecedor. Darren ya era mi marido a todos los efectos, así que no necesitaba adornarlo más.

Llegamos al centro comercial cuarenta y cinco minutos después de haber salido y tardamos otros diez en aparcar. Nada más entrar, sentimos la inmensa avalancha de gente por todas partes, nos cogimos de la mano, más por no perdernos que por otra cosa, y emprendimos el camino hacia la juguetería, lo que en teoría sería lo más sencillo de la lista. Sin embargo, después de nueve años, me conocía muy bien aquel percal y sabía que la acción de fácil, no tendría nada. Comprar juguetes para los niños con Darren resultaba una odisea por una sola razón: quería llevárselo todo.

Después de tener que jugar a la poli mala para que redujera su lista (que era incluso más larga que la que los propios niños habían hecho), conseguimos escoger algunas cosas variadas para cada uno.

—Es increíble —decía mientras mirábamos los ordenadores con actividades de lectura y cálculo y los ojos de mesa—. Hasta hace nada estábamos en ese otro pasillo, con los muñecos de goma espuma, las cocinillas y los bebés llorones, y ahora miranos... en la sección de niños mayores.

—Crecen muy deprisa. —Apoyé la cabeza en su hombro para consolarlo—. Dentro de nada pedirán dinero para viajar.

El mediodía llegó cuando habíamos acabado con los encargos de los niños y habíamos tanteado un poco a los hermanos de Darren. Después de dejar el primer saco de paquetes en el coche, decidimos sentarnos a comer algo en una terraza de la planta superior del centro comercial. Estaba casi todo abarrotado, porque todo el mundo solía tener las mismas ideas cuando salía de compras. Debimos esperar un poco para conseguir mesa.

—Seguro que si te hubieras dado a conocer, nos habrían sentado antes —azucé a Darren mientras él llamaba al camarero.

—¿Y eso? No es propio de ti querer sacar provecho de la fama.

—Los pies me están matando. —Era una defensa tan válida como otra cualquiera—. Solo pedía una silla, ¿es un delito?

—Aprovechase es aprovecharse. —Se rió, mirando la carta y a mí simultáneamente—. ¿Sabes qué día es el sábado?

—Claro que lo sé, nuestro aniversario. Nueve años de novios y uno de casados.

—Podríamos hacer algo, irnos de fin de semana romántico a un hotel, solos tú y yo —cogió mi mano por encima de la mesa—, antes de entrar en festividades Navideñas donde los peques serán los protagonistas, nos lo merecemos.

—Me encantaría —admití y dejé que se me escapara un suspiro soñador—. Me gustaría muchísimo.

—¿Sí? Pues estupendo, porque tenemos las reservas para esta noche.

Volvimos a casa con el tiempo justo para coger un par de piezas de ropa, despedirnos de los niños y de la madre de Darren y subir al coche otra vez. Era una completa locura, pero ni se me ocurrió plantearme que apenas había tenido tiempo de planificar nada. Darren tenía muchos detalles como ese, organizaba escapadas,

viajes o salidas de improviso, de ahora para después porque decía que así no podría negarme ni volverme loca con los preparativos. La verdad es que tenía razón, y me sentía tan emocionada, como una adolescente escapándose con su novio motero, que no me planteé nada más que disfrutar de aquello.

Llegamos al hotel más alejado de la ciudad en apenas una hora. Darren había querido salir de la ciudad, y aquello era lo más parecido a hacerlo. Me guió por el pasillo hasta la fila de ascensores. Los botones del panel se iluminaron uno tras otro hasta llegar a la planta más alta.

—¿La suite nupcial? —contemplar aquellos lujos hizo que mi instinto hogareño de defensora de una economía aceptable saltara por los aires.

—En realidad, la Presidencial. —Darren me cogió las manos y tiró de mí hacia dentro—. Como en la que se hospedaba Richard Gere cuando conoció a Julia Roberts en *Pretty Woman*. —Me sonrió, consciente de que se había anotado un tanto—. En el último piso.

—Es el mejor —canturreé, parafraseando a la película que tanto me gustaba—, ¡Me encanta! Qué detalle, cariño.

—Estupendo, me alegro que te guste, ¿podemos irnos a la cama ya?

Asentí con la cabeza inmediatamente y corrimos el uno hacia el otro, besándonos como críos que habían aprendido a hacerlo por primera vez, sin poder quitarnos las manos de encima. Mi apasionado marido era hábil en muchas cosas, sobre todo en el arte de encontrar las cremalleras, botones o corchetes de todo lo que yo me ponía, así que no me resultó extraño sentir como la falda se me holgaba, amenazando con resbalar caderas abajo.

—Um... espera un segundo. —Le puse las manos en el pecho—. Quiero llamar a casa para saber cómo están los niños.

—De eso nada —me prohibió, deslizando sus labios por mi hombro, bajándose el jersey a su paso—, mientras estemos aquí, no tenemos responsabilidades, somos solo una pareja de novios, nada de trabajo, nada de casa, nada de niños...

—¿Sin compromisos? —pregunté, cerrando los ojos ante el contacto de su boca contra mi cuerpo. Asintió, haciéndome cosquillas al meter las manos por la cinturilla de la falda—. Dame un segundo —dije con una sonrisa coqueta—. Vuelvo enseguida.

—Leire..., mi madre los cuidará bien.

—Lo sé, no es eso... —Me mordí el labio, corriendo a abrir la maleta y sacando una bolsita que había escondido bajo el neceser. Me puse ambos a la espalda—. Tengo una cosita para ti, no tardo.

Le tiré un beso y me escabullí hacia el cuarto de baño, presidido por una bañera de cuatro patas negras en la que se podría competir por la medalla de oro de natación. Pensé que ya tendría tiempo de maravillarme por los artesonados y mármoles, y desde luego no pensaba detenerme a inspeccionar las posiciones del hidromasaje. Dejé la bolsa y el neceser sobre la repisa del lavabo y procedí a cambiarme.

Cuando volví a salir, enfundada en un corto, suave y semi transparente camisón de raso celeste, observé que Darren se había despojado de su camisa, había deshecho la cama, abierto el champán y saboreaba una fresa despreocupadamente. El servicio con la cubitera y los entremeses de picar estaba junto a las puertas que daban al balcón. Ni siquiera me había fijado al entrar.

—Estoy lista —anuncié con un carraspeo.

Tuve el placer de observar la impresión en su mirada. La cabeza le bajó y le volvió a subir mientras me recorría varias veces en todas direcciones. Dejó la copa sobre la mesita de servicio y se rascó la barba incipiente, silbando suavemente con gesto apreciativo.

—Oh... esto va a ser espectacular —dijo, indicándome con el índice que me acercara.

—Más te vale, has pasado mucho tiempo fuera con esa obra. —No me apresuré, dejé que mis pies disfrutaran de la textura suave de la alfombra, paso a paso—. Tienes muchos deberes conyugales atrasados.

—Te lo compensaré. —Me sirvió una copa de champán—. Para empezar, brindemos.

—¿Por nosotros? —pregunté, acariciando su pecho con mi mano cuando llegué a su altura.

—Por lo que pienso hacerte esta noche. —Me dio la copa al tiempo que me susurraba, provocándome un estremecimiento que me recorrió entera—. Y por lo mucho que vas a disfrutarlo.

A pesar de todos los años que hacía que estábamos juntos, la llama de nuestra pasión permanecía completamente intacta, e incluso más inflamable que al principio, gracias al grado de compenetración que ahora teníamos. Al dejar las copas sobre la mesa y empezar a besarnos, nuestros cuerpos encontraron el modo de abrazarse, de reconocerse. El calor por el contacto de nuestras pieles nos hizo suspirar. Poco a poco, nos fuimos dirigiendo hacia el centro de la habitación. Con manos hábiles, Darren dejó caer mi camisón al suelo y después, me posó en la cama con delicadeza, colocando su cuerpo sobre mí y acariciándome el rostro con las yemas de sus dedos.

—¿Me amas como el primer día? —me preguntó, mirándome y rozando sus labios con los míos.

—Más que el primer día —respondí, acercándolo a mí, sintiéndome ansiosa de él. El sentir el peso de su cuerpo fuerte, moreno, hacía que me sintiera conectada a la tierra, perteneciente a un lugar que me era conocido.

—Repítelo —supliqué, sus dedos ya vagando por mi dolorida piel—, quiero oírlo. Necesito oírlo.

—Te amo, te amo más que el primer día, te amo más que ayer, pero sé que mañana te amaré más y más. —Le besé la frente, abrazándolo con mis piernas, con mis brazos y con mi alma—. Porque cada día conoceré más de ti, y eso alimentará mi amor.

Aquello terminó por enloquecerlo y derribó todas las barreras de contención que quedaban entre los dos. Inmediatamente, comenzó a poseerme con un amor recubierto de pasión cegadora. Su entrega me hizo gritar, gemir y suspirar. Mis manos aferraban su espalda, transmitiéndole todo lo que me hacía sentir, haciéndolo partícipe de cuánto quería darle. Las suyas paseaban por mi cuerpo libremente, regalándome un placer inexplicable, emborrachándome con unas sensaciones a las que no me había acostumbrado.

—Dios mío... ha sido tanto tiempo... —jadeó con voz ronca en mi oído, acelerando el ritmo, dejándome resuello solo para besarlo—, pasar días sin tenerte, sin sentirte... me ha parecido una eternidad, mi amor.

Las puertas del cielo se abrieron para nosotros. De mi garganta salió su nombre en forma de gemido ahogado, y de la suya, un ronco jadeo que marcaba el final de aquella apoteósica entrega. Lo acuné en mi cuerpo, dándole el cobijo que se había ganado con su compañerismo, su confianza y su cariño. Después, todo quedó en silencio.

El adormecimiento se apoderó de nosotros, pero lo vencimos al observar las manecillas del reloj. Era medianoche. Le besé la coronilla con una sonrisa, acariciándole el hombro para espabilarlo. Me respondió con un quejido que se parecía mucho a los que emitía Darío cuando tenía que levantarse para ir al colegio.

—Feliz noveno aniversario, cariño —susurré. Él levantó la cabeza.

—Siempre te adelantas. —Me besó con una sonrisa—. Feliz aniversario, Leire.

—Tengo un regalo para ti, en la maleta. —Darren se hizo a un lado y nos quedamos mirándonos.

—Y yo, pero ya habrá tiempo para eso. —Jugueteó con mi pelo—. De ninguna manera quiero que nos movamos de aquí.

Estuve de acuerdo y me acurruqué a su lado, entrelazando sus dedos con los míos y oyendo como el acelerado latir de su corazón poco a poco se iba sosegando, pasando del galope tendido al suave andante conforme las pulsaciones se le calmaban.

—¿Crees normal que después de nueve años, siga perdidamente enamorada de ti? —le pregunté, mirándolo con adoración.

—No, pero espero que no se te pase nunca —admitió, acariciando mi espalda por debajo de la sábana con que me había cubierto—, porque es algo que yo también siento.

Empezaba a estar otra vez adormecida cuando la cama se removió. Darren se incorporó apoyado en el brazo, apartó la sábana y se me echó encima, negando con la cabeza cuando vio mi semblante relajado, seducido por el sueño. Me dio un mordisquito en el lóbulo de la oreja y me sujetó las manos por encima de la cabeza con la

mínima presión.

—Ahora, basta de sentimentalismos, tenemos tiempo que recuperar y cuarenta y ocho horas por delante, quiero que hagamos el amor en cada rincón de esta habitación —anunció, haciéndome reír—, y cuando acabemos, volveremos a empezar.

Fue el fin de semana más pasional y romántico que habíamos tenido hasta ese momento, pero cuando llegamos a casa y acogimos a nuestros hijos en nuestros brazos, agradecemos interiormente la bendición de tener una familia, con todas las responsabilidades que ello conllevara, sin importar los problemas que pudieran surgir, el tiempo que les debiéramos dedicar o la mucha atención que nos veíamos obligados a ofrecerles. Todo eso era ínfimo comparado con la satisfacción de verlos correr para recibirnos, dándonos tanto en aquellos abrazos de bienvenida que rompían el corazón.

En los años venideros hubo mil peleas, con sus reconciliaciones. Tuvimos alegrías y también decepciones. Conquistamos algunos objetivos y abandonamos otros en el camino. La familia aumentó, las amistades variaron, el tiempo siguió su curso a través de nuestros ojos.

Darren tuvo momentos de éxito en su trabajo. A veces se sentía encumbrado, y en las raras situaciones donde se perdía, yo me apresuraba a encontrarlo. Me apoyó y empujó cuando tuve miedo a fracasar. Tiró de mí para no dejarme caer, me ayudó a superarme como profesional, y a su lado me sentí mejor persona y más mujer.

A pesar de lo muy felices que fuimos hasta que entramos en la vejez, rodeados de familia y amigos, con toda clase de experiencias cargadas a las espaldas, nuestra vida nunca fue perfecta. Sin embargo, era nuestra.

Y estábamos encantados con ella.

AGRADECIMIENTOS

A todas esas personas que dan una oportunidad a las primeras historias.

Cada lector que hizo de *'El Jefe'* algo memorable tiene por derecho un pedazo de esta historia, cuyo destino era permanecer escondida en el olvido, como un reto personal guardado en el polvo, un logro individual que nadie llegaría a conocer.

Su momento llega y es gracias a quienes valoran los inicios, el trabajo duro y los comienzos.

Gracias de corazón por permitirle salir a la luz.

Al grupo Selección RNR, Ediciones B y cada uno de sus lectores.